KRISTIN HANNAH

Vuela lejos

Vuelve a la emoción de *El baile de las luciérnagas*

SUMA de letras

Kristin Hannah

VUELA LEJOS

Traducción de
Eva Carballeira

A Benjamin y Tucker,
que me enseñan cada día lo que de verdad es el amor.

A mi familia:
Laurence, Debbie, Kent, Julie, Mackenzie,
Laura, Lucas y Logan.
Vosotros me hacéis seguir adelante
y nuestros recuerdos cuentan nuestra historia.

Y, por último, a mi madre.
Te echamos de menos.

«Lo fascinante, o incluso podría decirse que lo genial de la memoria, es que es selectiva, caprichosa y temperamental: rechaza la catedral edificante y fotografía de forma indeleble al pequeño que está en la calle, masticando un pedazo de melón en medio del polvo».

ELIZABETH BOWEN

«Si un hombre atravesara el Paraíso en un sueño y le dieran una flor como prueba de que había estado allí y al despertar encontrara esa flor en sus manos... ¡Sí! Entonces, ¿qué?».

Cuadernos de S. T. COLERIDGE

Prólogo

Está desplomada en la cabina de un baño, con lágrimas secas en las mejillas que emborronan el rímel que tan meticulosamente se ha aplicado unas horas antes. Salta a la vista que ese no es su lugar, y, sin embargo, allí se encuentra.

El dolor es un ente furtivo, siempre yendo y viniendo como un invitado que no es bien recibido, pero al que tampoco puedes echar. A ella le gusta ese dolor, aunque nunca lo haya reconocido. Últimamente, es lo único que le parece real. Se sorprende pensando en su mejor amiga a propósito, incluso después de tanto tiempo, porque quiere llorar. Es como una niña que no puede evitar rascarse una costra, aunque sabe que le va a doler. Ha intentado seguir adelante sola. Lo ha intentado con todas sus fuerzas. Todavía lo sigue intentando, a su manera, pero a veces hay una persona que es la que te sostiene en la vida, la que te mantiene en pie, y, sin esa mano a la que agarrarte, puedes acabar cayendo en picado por muy fuerte que fueras antes, por mucho que trates de mantenerte a flote.

Una vez, hace mucho tiempo, ella caminaba sola por una calle oscura llamada Firefly Lane, en la peor noche de su vida, y se topó con un espíritu afín.

Así empezó nuestra historia. *Hace más de treinta años.*

Tully y Kate. Tú y yo contra el mundo. *Mejores amigas para siempre. Pero todas las historias tienen un final, ¿no? Cuando pierdes a tus seres queridos, debes encontrar la manera de seguir adelante.*

Tengo que pasar página. Despedirme con una sonrisa.

No va a ser fácil.

Ella todavía no sabe los engranajes que ha puesto en marcha. En unos instantes, todo cambiará.

1

2 de septiembre de 2010
22.14 horas

Se encontraba un poco atontada. Era agradable, como estar envuelta en una manta calentita, recién salida de la secadora. Pero al volver en sí y darse cuenta de dónde estaba, dejó de resultarle tan grato.

Se hallaba sentada en la cabina de un baño, desplomada hacia adelante, con lágrimas resecas en las mejillas. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? Se levantó lentamente y salió del aseo, abriéndose paso a través del abarrotado vestíbulo del cine, ignorando las miradas críticas que le dirigía la gente guapa que bebía champán bajo una reluciente lámpara de araña del siglo XIX. La película debía de haber terminado.

Una vez fuera, se adentró en las sombras con sus ridículos tacones de charol. Enfundada en aquellas carísimas medias negras, caminó bajo la llovizna por las sucias aceras de Seattle, en dirección a su casa. Eran solo unas diez manzanas. Podía hacerlo y, de todos modos, sería imposible encontrar un taxi a esas horas de la noche.

Mientras se acercaba a la calle Virginia, un llamativo letrero rosa con las palabras «martini bar» captó su atención. Unas cuantas personas se agolpaban delante de la puerta principal, fumando y hablando al resguardo de un voladizo.

Todavía se estaba prometiendo pasar de largo, cuando de repente giró, fue hacia la puerta y entró. Avanzó por el interior oscuro y abarrotado para ir directamente hacia la larga barra de caoba.

—¿Qué le pongo? —le preguntó un chico delgado con pinta de esnob, el pelo color mandarina y más herrajes en la cara que la sección de ferretería de unos grandes almacenes.

—Un chupito de tequila —respondió ella.

Se bebió el primero de un trago y pidió otro. La música alta la reconfortaba. Se tomó el chupito moviéndose al ritmo de la melodía. A su alrededor, la gente hablaba y se reía. Casi se sentía como si formara parte de toda aquella actividad.

Un hombre vestido con un traje caro italiano se acercó a ella. Era alto y saltaba a la vista que estaba en forma; tenía el cabello rubio pulcramente cortado y peinado. Probablemente sería un banquero, o

un abogado de empresa. Demasiado joven para ella, por supuesto. No podía tener más de treinta y cinco años. ¿Cuánto tiempo llevaría allí, echando la caña, buscando a la mujer más guapa del local? ¿Una copa, dos?

Por fin, se volvió hacia ella. Vio en su mirada que la había reconocido y ese pequeño detalle la sedujo.

—¿Puedo invitarte a una copa?

—No lo sé. ¿Puedes? —¿Estaba arrastrando las palabras? Eso no era bueno. Y no conseguía pensar con claridad.

Él dejó de mirarla a la cara para bajar la vista hacia sus pechos, antes de volver de nuevo a la cara. Fue una mirada de lo más elocuente.

—Yo diría que a una copa como mínimo.

—No suelo ligar con desconocidos —mintió ella. Últimamente, solo había extraños en su vida. Todos los demás, todos los que importaban, se habían olvidado de ella. Sintió que el ansiolítico empezaba a hacerle efecto de verdad, ¿o era el tequila?

Él le acarició la barbilla, rozándole la mandíbula de una forma que la hizo estremecerse. Era muy osado al tocarla; ya nadie lo hacía.

—Soy Troy —dijo.

Ella alzó la vista hacia sus ojos azules y sintió el peso de su propia soledad. ¿Cuándo había sido la última vez que un hombre la había deseado?

—Tully Hart —repuso ella.

—Lo sé.

La besó. Tenía un sabor dulce, a algún tipo de licor y a tabaco. O tal vez a marihuana. Ella deseaba perderse en la pura sensación física, disolverse como un pedacito de caramelo.

Quería olvidar todo lo que le había salido mal en la vida y cómo era posible que hubiera acabado en un sitio como aquel, sola en un mar de extraños.

—Bésame otra vez —le pidió, con ese patético tono de súplica que tanto aborrecía. Así sonaba su voz de pequeña, cuando era una niña y esperaba con la nariz pegada a la ventana a que su madre volviera. «¿Qué tengo de malo?», le preguntaba aquella niña a cualquiera que quisiera escucharla, pero nunca había recibido una respuesta. Tully lo agarró y lo atrajo más hacia sí, pero mientras él la besaba y estrechaba su cuerpo contra el suyo, ella se dio cuenta de que estaba empezando a llorar y, cuando las lágrimas brotaban, ya no había forma de contenerlas.

3 de septiembre de 2010
02.01 horas

Tully fue la última persona en salir del bar. Las puertas se cerraron con fuerza tras ella; el letrero de neón se apagó con un silbido. Eran más de las dos de la madrugada; las calles de Seattle estaban vacías. Y silenciosas.

Avanzó por la acera resbaladiza, tambaleándose. Un hombre la había besado, un desconocido, y ella se había echado a llorar.

Qué patético. No era de extrañar que él se hubiera echado atrás.

La lluvia la golpeaba, casi aplastándola. Pensó en detenerse, inclinar la cabeza hacia atrás y bebérsela hasta ahogarse.

No estaría mal.

Le pareció que tardaba horas en llegar a casa. Cuando por fin se encontró ante su edificio, pasó por delante del portero sin establecer contacto visual.

Una vez en el ascensor, se miró en la pared de espejos.

«Dios santo».

Tenía un aspecto terrible. Su pelo de color caoba, que necesitaba un tinte urgente, parecía un nido de pájaros y el rímel le corría como pintura de guerra por las mejillas.

Las puertas del ascensor se abrieron y salió al pasillo. Su equilibrio era tan precario que tardó una eternidad en llegar a la puerta y necesitó cuatro intentos para introducir la llave en la cerradura. Cuando consiguió abrirla, estaba mareada y el dolor de cabeza había regresado.

En algún lugar entre el comedor y el salón, chocó contra una mesita auxiliar y estuvo a punto de caerse. Por suerte pudo apoyarse en el sofá en el último momento y eso la salvó. Se hundió en los mullidos cojines blancos rellenos de plumas, suspirando. El correo estaba amontonado sobre la mesa que tenía delante. Facturas y revistas.

Se recostó y cerró los ojos, pensando en el desastre en el que se había convertido su vida.

—Maldita seas, Katie Ryan —le susurró a su mejor amiga, que no estaba allí. Esa soledad era insoportable. Pero su mejor amiga se había ido. Estaba muerta. Eso era lo que lo había desencadenado todo. Perder a Kate. Aquello no podía ser más triste. Tully había empezado a caer en picado tras la muerte de su mejor amiga y no era capaz de salir a flote—. Te necesito —añadió—. ¡Te necesito! —repitió a gritos.

Silencio.

Dejó caer la cabeza hacia delante. ¿Se había quedado dormida?

Quizá...

Cuando volvió a abrir los ojos, observó con mirada perdida el montón de cartas que había sobre la mesita de centro. La mayoría era correo basura; catálogos y revistas que ya no se molestaba en leer. Iba a mirar hacia otro lado, cuando una fotografía captó su atención.

Frunció el ceño y se inclinó hacia delante, apartando el correo para dejar al descubierto un ejemplar de la revista *Star* que yacía bajo todo aquel montón. Había una pequeña instantánea de su rostro en la esquina superior derecha. No era precisamente una buena fotografía. No era como para estar orgullosa. Debajo había escrita una única palabra terrible: «Adicta».

Cogió la revista con manos temblorosas y la abrió. Pasó las páginas una tras otra hasta que la vio: allí estaba de nuevo su foto.

Se trataba de un artículo breve, no llegaba a una página.

LO QUE REALMENTE SE ESCONDE DETRÁS DE LOS RUMORES

Envejecer no es fácil para ninguna famosa, pero parece que a Tully Hart, la antigua estrella del programa de entrevistas que en su día causó sensación, *La hora de las chicas*, le está resultando especialmente duro. La ahijada de Hart, Marah Ryan, ha hablado en exclusiva con *Star*. Ryan, de veinte años, confirma que Hart, ya en la cincuentena, ha estado luchando últimamente con los demonios que la han perseguido durante toda la vida. En los últimos meses, Hart «ha ganado una cantidad alarmante de peso» y ha estado abusando de las drogas y el alcohol, según Ryan...

—Dios mío...

Marah.

La traición le dolió tanto que se quedó sin respiración. Leyó el resto del artículo y dejó caer la revista.

El dolor que había estado manteniendo a raya durante meses, incluso años, cobró vida súbitamente, arrastrándola al lugar más sombrío y solitario en el que jamás había estado. Por primera vez, ni siquiera podía imaginarse saliendo de aquel pozo.

Se puso en pie, con la vista nublada por las lágrimas, y cogió las llaves del coche.

No podía seguir viviendo así.

2

3 de septiembre de 2010
04.16 horas

¿Dónde estoy?

¿Qué ha pasado?

Respiro de forma superficial y trato de moverme, pero no logro hacer que mi cuerpo funcione, ni mis dedos, ni mis manos.

Por fin abro los ojos. Los noto como arenosos. Tengo la garganta tan seca que no puedo ni tragar.

Está oscuro.

Hay alguien aquí conmigo. O algo. Emite un golpeteo, como de martillos contra acero. Las vibraciones me suben por la columna vertebral, se alojan en mis dientes, me levantan dolor de cabeza.

El sonido de metal crujiendo y rechinando está por todas partes; fuera de mí, en el aire, a mi lado, dentro de mí.

Pum, ras, pum, ras.

Dolor.

Me sobreviene todo de golpe.

Es intenso e insoportable. Una vez que soy consciente de él, de que lo estoy sintiendo, lo demás deja de existir.

El dolor me despierta: una agonía continua y lacerante en la cabeza, una palpitación en el brazo. Definitivamente, hay algo roto dentro de mí. Trato de moverme, pero me duele tanto que me desmayo. Cuando me despierto, vuelvo a intentarlo, respirando con fuerza, con el aire traqueteando en los pulmones. Huelo mi propia sangre, siento cómo me corre por el cuello.

Intento pedir ayuda, pero la oscuridad se traga mi débil tentativa.

ABRALOSOJOS.

Oigo la orden, una voz, y el alivio me invade. No estoy sola.

ABRALOSOJOS.

No puedo. Nada funciona.

ESTÁVIVA.

Más palabras, esta vez pronunciadas a gritos.

NOSEMUEVA.

La oscuridad se desplaza a mi alrededor, se transforma y el dolor estalla de nuevo. Un ruido me envuelve, en parte parecido al de una sierra circular sobre madera de cedro, en parte similar al grito de un niño. En la oscuridad, las luces brillan como luciérnagas y hay algo en esa imagen que me entristece. Y me deja exhausta.

UNDOSTRESARRIBA.

Noto cómo tiran de mí, cómo me levantan unas manos frías que no veo. Grito de dolor, pero el sonido se apaga al instante, o tal vez solo está en mi cabeza.

¿Dónde estoy?

Me golpeo con algo duro y grito.

TRANQUILA.

Me estoy muriendo.

De pronto caigo en la cuenta y mis pulmones se quedan sin aliento.

Me estoy muriendo.

3 de septiembre de 2010
04.39 horas

Johnny Ryan se despertó pensando que algo no iba bien. Se incorporó y miró a su alrededor.

No había nada que ver, nada fuera de lugar.

Estaba en su oficina, en Bainbridge Island. Una vez más, se había quedado dormido trabajando. La maldición del padre soltero que trabaja desde casa. El día no tenía horas suficientes para hacerlo todo, así que le robaba horas a la noche.

Se frotó los ojos cansados. A su lado, un monitor de ordenador mostraba una imagen congelada y pixelada de un niño de la calle de aspecto desaliñado, sentado bajo un cartel de neón que crepitaba y se apagaba, fumando un cigarrillo hasta el filtro. Johnny le dio al *play*.

En la pantalla, Kevin (conocido en la calle como «Frizz»), empezó a hablar de sus padres.

«A ellos les da igual», dijo el chico encogiéndose de hombros.

«¿Por qué estás tan seguro?», le preguntó Johnny en la locución.

La cámara captó la mirada de Frizz, el dolor descarnado y la violenta rebeldía de sus ojos cuando levantó la vista. «Sigo aquí, ¿no?».

Johnny había visto esas imágenes al menos cien veces. Había hablado con Frizz en varias ocasiones y seguía sin saber dónde se

había criado aquel chaval, de dónde era o quién lo esperaba por las noches preocupado, escrutando la oscuridad.

Johnny sabía lo que era la preocupación de un padre, sabía que un niño podía sumirse en las sombras y desaparecer. Por eso estaba ahí, trabajando día y noche en un documental sobre los niños de la calle. Tal vez si buscaba lo suficiente, si hacía las suficientes preguntas, la encontraría.

Miró fijamente la imagen de la pantalla. Como estaba lloviendo, no había muchos niños en la calle la noche que había grabado esa secuencia. Sin embargo, cada vez que veía alguna figura de fondo, alguna silueta que pudiera pertenecer a una muchacha, entornaba los ojos y se ponía las gafas para observar más atentamente los detalles, pensando: «¿Marah?».

Pero ninguna de las chicas que había visto mientras rodaba ese documental era su hija. Marah se había escapado de casa y había desaparecido. Él ni siquiera sabía si seguía en Seattle.

Apagó las luces del despacho, que estaba en el piso de arriba, y recorrió el pasillo oscuro y silencioso. A su izquierda, decenas de fotografías familiares, enmarcadas en negro con paspartú blanco, colgaban de la pared. A veces se detenía y seguía el rastro de esas imágenes —su familia—, dejando que lo transportaran a una época más feliz. A veces se quedaba delante de la foto de su mujer y se perdía en la sonrisa que una vez había iluminado su mundo.

Esa noche, pasó de largo.

Paró en la habitación de sus hijos y abrió la puerta. Últimamente le había dado por controlar de forma obsesiva a sus gemelos de once años. Una vez que has aprendido hasta qué punto puede torcerse la vida y lo rápido que puede hacerlo, intentas proteger a los que quedan. Estaban allí, dormidos.

Soltó el aire, sin darse cuenta de que estaba conteniendo la respiración, y fue hacia la puerta cerrada del cuarto de Marah. En ese no se detuvo. Le dolía demasiado ver su habitación, contemplar aquel lugar deshabitado congelado en el tiempo —la habitación de una niña —, con todo tal y como lo había dejado.

Entró en su propio dormitorio y cerró la puerta tras de sí. Estaba abarrotado de ropa, papeles y libros que había empezado a leer y había abandonado, pero que pretendía retomar cuando la vida se ralentizara.

Fue al cuarto de baño, se quitó la camiseta y la tiró al cesto. Se miró en el espejo del lavabo. Algunos días, cuando se veía a sí mismo, pensaba: «No estás mal para tus cincuenta y cinco años». Y otras veces, como esa, pensaba: «¿En serio?».

Tenía un aspecto... triste. Sobre todo por la mirada. Llevaba el pelo más largo de lo que debería y un montón de finas canas se entretejían con su cabello negro. Siempre olvidaba cortárselo. Con un suspiro, abrió la ducha y se metió debajo para dejar que el agua hirviendo lo bañara y se llevara con ella sus pensamientos. Cuando salió, volvía a sentirse mejor, preparado para afrontar el día. No tenía sentido intentar dormir. Al menos en ese momento. Se secó el pelo con una toalla y se puso una camiseta vieja de Nirvana que encontró en el suelo del armario y unos vaqueros desgastados. Mientras regresaba al pasillo, sonó el teléfono.

Era el fijo.

Frunció el ceño. Estaban en 2010. En esa nueva era, raras veces lo llamaban al número viejo.

Y mucho menos a las 5.03 de la mañana. A esas horas solo se recibían malas noticias.

Marah.

Se abalanzó sobre el teléfono y contestó.

—¿Sí?

—¿Puedo hablar con Kathleen Ryan?

Malditos vendedores telefónicos. ¿Es que nunca actualizaban sus registros?

—Kathleen Ryan falleció hace casi cuatro años. Quítela de su lista de llamadas —dijo con firmeza, esperando un: «¿Es usted quien toma las decisiones en casa?». Se impacientó durante el silencio que siguió a sus palabras—. ¿Quién es? —preguntó.

—El agente Jerry Malone, de la policía de Seattle.

Johnny frunció el ceño.

—¿Y está llamando a Kate?

—Ha habido un accidente. La víctima tiene el nombre de Kathleen Ryan en su cartera como contacto de emergencia.

Johnny se sentó en el borde de la cama. Solo había una persona en el mundo que todavía tenía el nombre de Katie como contacto de emergencia. ¿Qué demonios había hecho ahora? ¿Y quién seguía llevando los contactos de emergencia en la cartera?

—Se trata de Tully Hart, ¿verdad? ¿Estaba conduciendo bajo los efectos del alcohol? Porque si...

—No dispongo de esa información. Ahora mismo están llevando a la señora Hart al Sagrado Corazón.

—¿Ha sido muy grave?

—No puedo responder a eso. Tendrá que hablar con alguien del Sagrado Corazón.

Johnny colgó el teléfono, buscó el número del hospital en Google y

llamó. Estuvieron pasándose su llamada al menos diez minutos, hasta encontrar a alguien que pudiera responder a sus preguntas.

—¿Señor Ryan? —le dijo una mujer—. Entiendo que es usted familiar de la señora Hart, ¿cierto?

Él se estremeció ante aquella pregunta. ¿Cuánto tiempo hacía que no hablaba con Tully?

Qué mentira. Sabía exactamente cuánto.

—Sí —respondió—. ¿Qué ha sucedido?

—No dispongo de todos los datos, solo sé que la están trayendo hacia aquí.

Miró el reloj. Si se daba prisa, podría llegar al ferry de las 5.20 y estar en el hospital en poco más de una hora.

—Iré tan rápido como me sea posible.

No se dio cuenta de que no se había despedido hasta que el teléfono le zumbó en el oído. Colgó y tiró el auricular sobre la cama.

Cogió la cartera y fue de nuevo a por el teléfono. Mientras buscaba un jersey, marcó un número. Sonó las veces suficientes como para recordarle que era demasiado temprano.

—¿Sí?

—¿Corrin? Siento llamarte tan temprano, pero se trata de una emergencia. ¿Puedes recoger a los niños y llevarlos al colegio?

—¿Qué pasa?

—Debo ir al Sagrado Corazón. Ha habido un accidente. No quiero dejar a los niños solos, pero no me da tiempo a acercártelos.

—No te preocupes —lo tranquilizó ella—. Estaré ahí en quince minutos.

—Gracias, te debo una. —Cruzó a toda prisa el pasillo y abrió la puerta del dormitorio de sus hijos—. Tenéis que vestiros ahora mismo, chicos.

Estos se incorporaron lentamente.

—¿Qué? —dijo Wills.

—He de irme. Corrin os recogerá en quince minutos.

—Pero...

—Pero nada. Iréis a casa de Tommy. Puede que Corrin también tenga que recogeros al salir del entrenamiento de fútbol. No sé cuándo volveré a casa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lucas, con marcas de dormir en la cara y frunciendo el ceño preocupado. Esos niños sabían bien lo que era una emergencia y la rutina los reconfortaba. Sobre todo a Lucas. Era como su madre, una persona que cuidaba de los demás y se preocupaba por la gente.

—Nada —respondió Johnny con firmeza—. Debo ir a la ciudad.

—Cree que somos unos bebés —comentó Wills, apartando las mantas—. Vamos, Skywalker.

Johnny miró con impaciencia el reloj. Eran las 5.08. Tenía que salir ya para llegar al barco de las 5.20.

Lucas se levantó de la cama y se acercó a él, mirando a Johnny a través de una mata de pelo castaño.

—¿Es Marah?

Era normal que eso le preocupara. ¿Cuántas veces habían salido corriendo para ir a ver a su madre al hospital? Y quién sabía en qué líos estaría metida Marah actualmente. Todos estaban preocupados por ella.

Había olvidado lo recelosos que sus hijos eran a veces, incluso casi cuatro años después. La tragedia los había marcado a todos. Hacía lo que podía con los niños, pero su esfuerzo no era suficiente para compensar la pérdida de su madre.

—Marah está bien. Se trata de Tully.

—¿Qué le pasa a Tully? —preguntó Lucas, alarmado.

Ellos la adoraban. ¿Cuántas veces en el último año le habían suplicado verla? ¿Cuántas veces había puesto Johnny alguna excusa? Eso disparó su sentimiento de culpabilidad.

—Todavía no lo sé muy bien, pero os lo contaré en cuanto pueda —les prometió Johnny—. Estad listos para ir al colegio cuando llegue Corrin, ¿de acuerdo?

—No somos bebés, papá —replicó Wills.

—¿Nos llamarás después del fútbol? —le preguntó Lucas.

—Sí.

Les dio un beso de despedida y cogió las llaves del coche en la mesa de la entrada. Los miró por última vez: dos niños idénticos que necesitaban un corte de pelo, allí de pie en calzoncillos y con camisetas enormes, frunciendo el ceño con preocupación. Salió hacia el coche. Tenían once años; podían quedarse solos diez minutos.

Subió al vehículo, arrancó y condujo hasta el ferry. Una vez a bordo, se quedó en el coche, tamborileando impaciente con el dedo sobre el volante forrado de cuero durante los treinta y cinco minutos de travesía.

Exactamente a las 6.10, entró en el aparcamiento del hospital y estacionó bajo la luz artificial de una farola. Aún faltaba media hora para el amanecer, así que la ciudad estaba a oscuras.

Entró en aquel hospital que tan bien conocía y se dirigió al mostrador de información.

—Tallulah Hart —dijo con gravedad—. Soy familiar suyo.

—Oiga...

—Necesito saber ahora mismo cómo está Tully. —Lo dijo con tanta dureza que la mujer dio un bote en su asiento, como si una pequeña descarga eléctrica le hubiera recorrido todo el cuerpo.

—Ah. Vuelvo enseguida —repuso la mujer.

Johnny se alejó del mostrador de recepción y empezó a dar vueltas. Dios, odiaba ese lugar, con todos esos olores tan familiares.

Se hundió en una incómoda silla de plástico y se puso a golpear nervioso con el pie el suelo de linóleo. Los minutos pasaban y cada uno de ellos le hacía perder un poco más el control.

En los últimos cuatro años, había aprendido a seguir adelante sin su mujer, el amor de su vida, pero no había sido fácil. Había tenido que dejar de mirar atrás. Los recuerdos dolían demasiado.

Pero ¿cómo no iba a mirar atrás, estando precisamente allí? En ese hospital la habían operado, había recibido quimioterapia y radiación; habían pasado horas juntos allí, él y Kate, prometiéndose mutuamente que el cáncer no podría con su amor.

Mintiéndose.

Cuando finalmente se enfrentaron a la verdad, estaban allí, en una habitación. En 2006. Él se había acostado a su lado para abrazarla, tratando de pasar por alto lo delgada que se había quedado en el año que llevaba luchando por su vida. Junto a la cama, en el iPod de Kate sonaba Kelly Clarkson. *«Some people wait a lifetime... for a moment like this»*[1].

Recordó la expresión de Kate. El dolor era como fuego líquido en su cuerpo; le dolía todo. Los huesos, los músculos, la piel. No tomaba toda la morfina que habría debido, porque quería estar lo suficientemente despierta para que sus hijos no se asustaran.

—Quiero irme a casa —había dicho.

Cuando la miró, él solo era capaz de pensar: «Se está muriendo». La verdad le sobrevino con fuerza, haciendo que se le saltaran las lágrimas.

—Mis bebés —musitó ella. Luego se rio—. Bueno, ya no son ningunos bebés. Se les están cayendo los dientes. Es un dólar, por cierto. Para el Ratoncito Pérez. Y hazles siempre una foto. Y a Marah, dile que la entiendo. Yo también era cruel con mi madre a los dieciséis años.

—No estoy preparado para esta conversación —contestó él, maldiciéndose por su debilidad. Vio la decepción en su mirada.

—Necesito a Tully —le dijo ella entonces. Aquello le sorprendió. Su esposa y Tully Hart habían sido amigas íntimas casi toda la vida, hasta que una discusión las había separado. Llevaban dos años sin hablarse y, en esos años, Kate se había enfrentado al cáncer. Johnny no podía

perdonar a Tully, ni por la pelea en sí (que, por supuesto, había sido culpa de ella), ni por su ausencia cuando Kate más la necesitaba.

—No. ¿Después de lo que te hizo? —repuso Johnny con amargura.

Kate se giró ligeramente hacia él. Vio cuánto le dolía hacerlo.

—Necesito a Tully —repitió ella, esa vez con más suavidad—. Ha sido mi mejor amiga desde los catorce años.

—Lo sé, pero...

—Tienes que perdonarla, Johnny. Si yo puedo, tú también.

—No es tan fácil. Te hizo daño.

—Y yo a ella. Los buenos amigos se pelean. Olvidan qué es lo importante. —Ella suspiró—. Créeme, ahora sé lo que es importante y la necesito.

—¿Qué te hace pensar que vendrá, si la llamas? Ha pasado mucho tiempo.

Kate sonrió a pesar del dolor.

—Vendrá. —Le acarició la cara, para hacer que la mirara—. Tendrás que ocuparte de ella... después.

—No digas eso —susurró él.

—No es tan fuerte como finge ser. Tú lo sabes. Prométemelo.

Johnny cerró los ojos. Se había esforzado mucho en los últimos años para superar el dolor y crear una nueva vida para su familia. No quería recordar aquel año terrible, pero ¿cómo no hacerlo, especialmente en esos momentos?

«Tully y Kate». Habían sido amigas del alma durante casi treinta años y, de no haber sido por Tully, Johnny no habría conocido al amor de su vida.

Desde el momento en el que Tully había entrado en su despacho cutre, Johnny se había sentido fascinado por ella. Tenía veinte años y desbordaba fuego y pasión. Se había empeñado en trabajar en el pequeño canal de televisión que él dirigía por aquel entonces. Él había pensado que estaba enamorado de ella, pero no era amor, sino algo más. Había caído bajo su hechizo. Ella era más enérgica y brillante que cualquier otra persona que hubiera conocido. Estar a su lado era como ponerse bajo la luz del sol después de meses viviendo entre las sombras. Tuvo claro de inmediato que se haría famosa.

Cuando esta le presentó a su mejor amiga, Kate Mularkey, que era algo más callada y tranquila que Tully, como un pecio flotando sobre la cresta de su ola, él apenas se había fijado en ella. No fue hasta años después, en el momento en que Katie se atrevió a besarlo, cuando Johnny vio su futuro reflejado en los ojos de aquella mujer. Recordó la primera vez que hicieron el amor. Eran jóvenes, él tenía treinta años y ella veinticinco, pero solo ella era ingenua. «¿Siempre es así?», le

había preguntado en voz baja.

El amor le había llegado de repente, mucho antes de estar preparado. «No —le había respondido él, incapaz de mentirle incluso entonces—. No lo es».

Después de que él y Kate se casaran, fueron testigos a distancia del meteórico ascenso de Tully en el mundo del periodismo pero, por mucho que la vida de Kate se alejara de la de su amiga, ambas mujeres seguían estando más unidas que dos hermanas. Hablaban por teléfono casi a diario y Tully pasaba en su casa la mayoría de las vacaciones. Cuando renunció a las cadenas de televisión y a Nueva York y regresó a Seattle para crear su propio programa de entrevistas diurnas, Tully le rogó a Johnny que fuera su productor televisivo. Fueron buenos años. Unos años de éxito. Hasta que el cáncer y la muerte de Kate acabaron con todo.

En esos momentos, no pudo evitar recordarlo. Cerró los ojos y se recostó en la silla. Sabía perfectamente cuándo había empezado a desmoronarse todo.

En el funeral de Kate, hacía casi cuatro años. En octubre de 2006. Estaban todos apiñados en la primera fila de la iglesia de Santa Cecilia...

agarrotados y con mirada triste, muy conscientes de por qué estaban allí. Habían ido a esa iglesia muchas veces en los últimos años, para la misa del gallo en Navidad y para los servicios de Pascua, pero en esa ocasión era diferente. En lugar de adornos dorados y brillantes, había lirios blancos por todas partes. El aire de la iglesia resultaba empalagosamente dulzón.

Johnny estaba sentado recto como un marine, con los hombros hacia atrás. Se suponía que en esos momentos debía ser fuerte por sus hijos, por los hijos de ambos, por los hijos de ella. Era una promesa que le había hecho a Kate mientras agonizaba, pero ya le empezaba a resultar difícil de cumplir. Por dentro, se encontraba seco como la arena. Marah, de dieciséis años, estaba sentada igualmente rígida a su lado, con las manos cruzadas sobre el regazo. Llevaba horas sin mirarle, quizá días. Él sabía que debía salvar esa brecha, obligarla a conectar con él, pero, cuando la miró, se vino abajo. El dolor de ambos combinado era tan profundo y oscuro como el mar. Así que permaneció sentado con los ojos llenos de lágrimas, pensando: «No llores. Sé fuerte».

Cometió el error de mirar a su izquierda, donde un gran caballete sostenía una fotografía de Kate. En la imagen, ella era una joven

madre, de pie en la playa frente a su casa de Bainbridge Island, con el pelo alborotado, la sonrisa tan deslumbrante como un faro en la noche y los brazos abiertos para recibir a los tres niños que corrían hacia ella. Le había pedido que buscara esa foto una noche en la que estaban juntos en la cama, abrazados. Él había escuchado su petición, consciente de lo que significaba. «Todavía no», le había murmurado al oído, acariciando su cabeza calva.

No se lo había vuelto a pedir.

Claro que no. Incluso al final, ella había sido la más fuerte, protegiéndolos a todos con su optimismo.

¿Cuántas palabras habría acumulado en su corazón para que su miedo no le hiciera daño? ¿Cómo de sola se habría sentido?

Dios. Solo hacía dos días que se había ido.

Dos días y él ya quería tener una segunda oportunidad. Ansiaba volver a abrazarla y decirle: «Cuéntame, cariño, ¿de qué tienes miedo?».

El padre Michael subió al púlpito y la congregación, que ya estaba en silencio, se quedó inmóvil.

—No me sorprende que haya venido tanta gente a despedirse de Kate. Era una persona importante para muchos de nosotros... —«Era»—. No os sorprenderá que me diera instrucciones estrictas para este servicio y no deseo decepcionarla. Ella quería que os dijera que os apoyarais los unos en los otros. Quería que cogierais vuestra pena y la transformarais en alegría de vivir. Quería que recordarais el sonido de su risa y el amor que sentía por su familia. Quería que vivierais. —Se le quebró la voz—. Así era Kathleen Mularkey Ryan. Ni al final dejó de pensar en los demás. —Marah gimió en voz baja.

Johnny intentó agarrarla de la mano. Ella se sobresaltó cuando la tocó y, mientras se apartaba mirándolo, él pudo ver aquella pena insondable.

La música empezó a sonar. Al principio muy lejana, o puede que fuera por el estruendo que Johnny tenía en la cabeza. Tardó un momento en reconocer el tema.

—Por favor, no —susurró, sintiendo que la emoción iba aumentando como el volumen de la música.

Se trataba de *Crazy for You*.

La canción que habían bailado en su boda. Cerró los ojos y la sintió a su lado, deslizándose entre sus brazos mientras la música los arrastraba. *«Touch me once and you'll know it's true»*[2].

Lucas —el dulce Lucas, de ocho años, que había empezado a tener pesadillas otra vez y en ocasiones se derrumbaba si no encontraba la mantita de bebé que había dejado de usar hacía años— le tiró de la

manga.

—Mamá dijo que estaba bien llorar, papá. Nos hizo prometer a Wills y a mí que no nos daría miedo hacerlo.

Johnny no se había dado cuenta de que estaba llorando. Se enjugó las lágrimas y asintió bruscamente.

—Así es, pequeñajo —susurró, pero fue incapaz de mirar a su hijo. Ver aquellos ojos llenos de lágrimas acabaría con él. En lugar de ello, fijó la vista al frente y desconectó. Convirtió las palabras del sacerdote en cosas pequeñas y frágiles, en piedras lanzadas contra una pared de ladrillos. Se estrellaban y caían, mientras él se concentraba en su respiración y trataba de no recordar a su esposa. Ya lo haría en soledad, por la noche, cuando no hubiera nadie alrededor.

Finalmente, tras lo que le parecieron horas, el oficio terminó. Johnny reunió a su familia y bajaron para asistir a la recepción. Allí, mientras miraba a su alrededor, a la vez aturdido y destrozado, vio decenas de rostros desconocidos o que apenas le resultaban familiares y eso le hizo comprender que había partes de la vida de Kate que él ignoraba, algo que le provocó sentirse alejado de ella. En cierto modo, eso le dolió aún más. En cuanto tuvo oportunidad, sacó a sus hijos del sótano de la iglesia.

El aparcamiento de la parroquia estaba lleno de coches, pero eso no fue lo que le llamó la atención.

Tully estaba allí, alzando la vista hacia los últimos rayos de sol del día. Tenía los brazos abiertos y se movía meciendo las caderas, como si hubiera música en alguna parte.

Estaba bailando. Se encontraba en medio de la calle, delante de la iglesia, bailando.

Él pronunció su nombre con tal severidad que Marah se estremeció a su lado.

Tully se giró y los vio ir hacia el coche. Se quitó los auriculares de los oídos y se acercó a él.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó en voz baja.

Johnny sintió un arrebato de rabia y se aferró a ella. Cualquier cosa era mejor que aquella tristeza infinita. Cómo no, Tully solo había pensado en sí misma. Le dolía ir al funeral de Kate, así que no lo hizo. Se quedó en el aparcamiento, bailando. «Bailando».

Menuda mejor amiga. Kate podría perdonar a Tully su egoísmo, pero para Johnny no era tan fácil.

Se volvió hacia su familia.

—Subid todos al coche.

—Johnny... —Tully se le acercó, pero él se apartó. No habría podido soportar que nadie lo tocara—. No me apetecía entrar —dijo.

—Ya. ¿Y a quién sí? —repuso él, con resquemor. Se dio cuenta al instante de que había sido un error mirarla. La ausencia de Kate se hacía aún más evidente al lado de Tully. Ellas siempre estaban juntas, riendo, hablando, cantando versiones inventadas de canciones discotequeras.

«Tully y Kate». Durante más de treinta años habían sido amigas íntimas y en esos momentos le dolía tanto mirar a Tully que no podía soportarlo. Era ella la que debería haber muerto. Kate valía quince Tullys.

—La gente va a venir a casa —comentó—. Es lo que ella quería. Espero que te apetezca hacerlo.

Oyó su brusca inspiración entrecortada y supo que la había herido.

—Eso no es justo —replicó ella.

Ignorando sus palabras, ignorándola a ella, Johnny metió a su familia en el SUV y se dirigieron a casa en un silencio lacerante.

La pálida luz del sol de media tarde brillaba sobre la vivienda de estilo rústico de color caramelo. El jardín estaba hecho un desastre, tras haber sido abandonado durante el año del cáncer de Katie. Johnny aparcó en el garaje y entró el primero en la casa, donde un tenue aroma a enfermedad persistía en el tejido de las cortinas y las hebras de lana de la alfombra.

—¿Y ahora qué, papá?

Johnny supo, sin necesidad de volverse, quién había hecho aquella pregunta. Lucas, el niño que lloraba cada vez que se le moría un pez y que le hacía un dibujo a su madre moribunda todos los días; el niño que había empezado a llorar de nuevo en el colegio y que se había sentado en silencio en su reciente fiesta de cumpleaños, incapaz de sonreír mientras abría los regalos. Ese niño lo vivía todo con mucha intensidad. «Sobre todo a Lucas —le había dicho Kate en aquella terrible última noche—. No sabrá cómo extrañarme tanto. Abrázalo».

Johnny se giró.

Wills y Lucas estaban allí de pie, tan cerca que sus hombros se rozaban. Los niños, de ocho años, iban vestidos igual, con pantalones negros y jerséis grises de cuello de pico. Esa mañana, Johnny había olvidado obligarles a ducharse y tenían el cabello desaliñado, revuelto y aplastado en algunos puntos, como si acabaran de levantarse.

Lucas tenía los ojos muy abiertos y brillantes, con las pestañas apelmazadas y de punta por la humedad. Sabía que su madre se había ido, pero no entendía muy bien cómo era posible.

Marah se acercó a sus hermanos. Estaba delgada y pálida, parecía un fantasma con su vestido negro.

Todos lo miraron.

Le tocaba hablar, ofrecerles palabras de consuelo, darles consejos que pudieran recordar. Como padre, era su deber convertir las próximas horas en una celebración de la vida de su esposa. Pero ¿cómo?

—Vamos, chicos —dijo Marah, con un suspiro—. Os pondré *Buscando a Nemo*.

—No —gimió Lucas—. *Buscando a Nemo* no.

Wills levantó la vista y le dio la mano a su hermano.

—La mamá se muere.

—Ah. —Marah asintió—. ¿Qué tal *Los Increíbles*?

Lucas asintió, cabizbajo.

Johnny todavía estaba tratando de averiguar qué demonios decirles a sus hijos heridos, cuando el timbre de la puerta sonó por primera vez.

Se estremeció al oírlo. A partir de ese momento, fue vagamente consciente del paso del tiempo, de la gente que se agolpaba a su alrededor y de las puertas que se abrían y se cerraban. De la puesta de sol y de la noche presionando contra los cristales de las ventanas. No dejaba de pensar: «Muévete, ve, saluda», pero no era capaz de ponerse en marcha.

Alguien le tocó el brazo.

—Lo siento mucho, Johnny —oyó decir a una mujer. Él se volvió. Se encontraba a su lado, vestida de negro, sosteniendo un guiso cubierto con papel de aluminio. No tenía ni idea de quién era—. Cuando Arthur me dejó por esa barista, pensé que mi vida se había acabado. Pero sigues levantándote a diario y un día te das cuenta de que estás bien. Volverás a encontrar el amor.

Johnny tuvo que hacer un gran esfuerzo de autocontrol para no gritarle a aquella mujer que la muerte no tenía nada que ver con la infidelidad, pero, antes de que pudiera recordar siquiera su nombre, apareció otra mujer. Ella también creía que el hambre era su mayor problema en esos momentos, a juzgar por el tamaño de la bandeja cubierta de papel de aluminio que sostenía entre las manos regordetas.

Cuando escuchó «un lugar mejor», Johnny se marchó.

Se abrió paso entre la multitud y se dirigió a la barra que habían instalado en la cocina. Por el camino, se cruzó con varias personas y todas ellas murmuraron alguna combinación de las mismas palabras inútiles: «Lo siento, se acabó el sufrimiento, un lugar mejor». Él no se detuvo ni respondió. Siguió avanzando. No miró las fotografías que habían colocado por toda la habitación, en caballetes, y apoyadas contra las ventanas y las lámparas. En la cocina, se encontró con un coágulo de mujeres de ojos tristes que trabajaban con eficiencia

retirando el papel de aluminio de los guisos y rebuscando en los cajones de los cubiertos. Al verlo entrar, enmudecieron de repente, como pájaros acorralados por un zorro, y levantaron la vista. Su compasión —y el temor de que eso pudiera ocurrirles algún día— era una presencia tangible en la habitación.

Junto al fregadero, su suegra, Margie, posó la jarra que estaba llenando de agua. Esta golpeó la encimera con un ruido seco. Apartándose el cabello del rostro arrugado por la preocupación, se acercó a él. Las mujeres se hicieron a un lado para dejarla pasar. Se detuvo ante la barra, le sirvió a Johnny un whisky con agua y hielo y se lo entregó.

—No encontraba ningún vaso —dijo él. Qué estupidez. Los tenía justo al lado—. ¿Dónde está Bud?

—Viendo la televisión con Sean y los niños. Esto no es algo que le agrade especialmente. Me refiero a compartir la muerte de su hija con todos estos desconocidos. —Johnny asintió. Su suegro siempre había sido un hombre tranquilo y la muerte de su única hija lo había destrozado. Incluso Margie, que había mantenido su vitalidad, su melena negra y su risa hasta mucho más allá de su último cumpleaños, había envejecido inconmensurablemente desde el diagnóstico. Su espalda se había encorvado, como si esperara otro golpe de Dios en cualquier momento. Había dejado de teñirse el pelo y el blanco fluía a lo largo de la raya como una especie de río helado. Sus gafas sin montura agrandaban sus ojos llorosos—. Ve con tus hijos —le dijo Margie, estrechándole la cara interna del codo con una mano pálida de venas azules.

—Debería quedarme aquí y ayudarte.

—Estoy bien —aseguró ella—. Aunque me preocupa Marah. Dieciséis años es una edad complicada para perder a una madre y creo que se arrepiente de lo mucho que ella y Kate discutían antes de que esta enfermara. A veces no somos capaces de olvidar ciertas palabras, sobre todo las de rabia.

Johnny le dio un buen trago a la copa y observó cómo tintineaba el hielo en el vaso, cuando acabó.

—No sé qué decirles.

—Lo importante no son las palabras. —Margie lo agarró con fuerza del brazo y se lo llevó de la cocina.

La casa estaba llena de gente, pero ni entre una multitud de dolientes Tully Hart pasaba desapercibida. Era el centro de atención. Con aquel vestido negro, que probablemente costaba tanto como algunos de los coches aparcados en la entrada, se las arreglaba para seguir estando guapa en medio del dolor. Últimamente, llevaba la

melena hasta los hombros teñida de color caoba y debía de haberse maquillado de nuevo después del funeral. En la sala de estar, rodeada de gente, gesticulaba de forma teatral, obviamente contando una historia, y, cuando terminó, todos a su alrededor se rieron.

—¿Cómo es capaz de sonreír?

—No olvides que Tully es experta en corazones rotos. Se ha pasado la vida intentando ocultar su dolor. Recuerdo la primera vez que la vi. Crucé Firefly Lane para ir a su casa porque se había hecho amiga de Kate y quería conocerla. Dentro de la vivienda vieja y deteriorada que teníamos enfrente, conocí a su madre, Nube. Bueno, no exactamente. Nube estaba despatarrada en el sofá con un montón de marihuana sobre la tripa. Intentó incorporarse y, al ver que no podía, dijo: «A la mierda, estoy colocada», y se volvió a tumbar. Cuando miré a Tully, que debía de tener unos catorce años, vi en ella el tipo de vergüenza que te marca para siempre.

—Tu padre era alcohólico y lo superaste.

—Me enamoré y tuve hijos. Una familia. Tully piensa que Kate era la única persona capaz de quererla. No creo que haya asimilado todavía la pérdida pero, cuando lo haga, va a ser terrible.

Tully puso un CD en el equipo de música y subió el volumen a tope. *«Born to be w-iiii-ld»*[3], aullaron los altavoces.

La gente del salón se alejó de ella, ofendida.

—Vamos, ¿quién quiere un chupito? —preguntó Tully.

Johnny sabía que debía detenerla, pero no podía acercarse tanto. No en esos momentos, todavía no. Cada vez que miraba a Tully, pensaba que Kate se había ido y la herida volvía a abrirse. Dio media vuelta y subió a consolar a sus hijos.

Le costó un triunfo subir las escaleras.

Se detuvo delante del cuarto de los gemelos, tratando de reunir fuerzas.

«Puedes hacerlo».

Podía hacerlo. Tenía que hacerlo. Los niños que estaban al otro lado de aquella puerta acababan de aprender que la vida era injusta y que la muerte desgarraba los corazones y las familias. Era su deber hacérselo entender, mantenerlos unidos y curarlos.

Respiró hondo y abrió la puerta.

Lo primero en lo que se fijó fue en las camas: sin hacer, revueltas, con las sábanas de Star Wars amontonadas. Las paredes azul marino —que Kate había pintado personalmente con nubes, estrellas y lunas — habían sido recubiertas a lo largo de los años con dibujos de los niños y algunos de sus pósteres de películas favoritos. Varios trofeos dorados de béisbol y fútbol descansaban orgullosos sobre la cómoda.

Su suegro, Bud, estaba sentado en el gran sillón papasan en el que ambos niños cabían perfectamente cuando jugaban a la consola y Sean, el hermano pequeño de Kate, se había quedado dormido sobre la cama de Wills.

Marah estaba sentada en la alfombra delante del televisor, con Lucas al lado. Wills estaba en un rincón, viendo la película con los brazos cruzados, enfadado y aislado.

—Hola —susurró Johnny, cerrando la puerta detrás de él.

—¡Papá! —Lucas se puso en pie de un salto. Johnny cogió a su hijo en brazos y lo estrechó con fuerza.

Bud se levantó con torpeza del mullido sillón y se puso de pie. Tenía un aspecto desaliñado con su traje negro anticuado, la camisa blanca y la corbata ancha de poliéster. Su rostro pálido, marcado por algunas manchas de la edad, parecía haber ganado arrugas y pliegues en las últimas semanas. Bajo sus pobladas cejas grises, sus ojos parecían tristes.

—Os dejaré solos —dijo. Se acercó a la cama y le dio un golpecito a Sean en el hombro—. Despierta.

Sean se despertó sobresaltado y se sentó bruscamente. Parecía confuso, hasta que vio a Johnny.

—Ah, vale. —Siguió a su padre fuera de la habitación.

Johnny oyó cómo la puerta se cerraba tras él. En la pantalla, unos superhéroes de vivos colores corrían por la selva. Lucas se liberó de los brazos de su padre y se quedó de pie a su lado.

Johnny miró a sus apesadumbrados hijos y ellos lo miraron a él. Sus reacciones ante la muerte de su madre eran tan diferentes como ellos, igual de únicas. Lucas, el más tierno, estaba destrozado por lo mucho que la echaba de menos y no entendía adónde había ido exactamente. Su gemelo, Wills, era un niño para el que el deporte y la popularidad eran fundamentales. Ya era todo un atleta y la gente lo adoraba. Aquella pérdida lo había ofendido y asustado. No le gustaba tener miedo, así que en lugar de eso había decidido enfadarse.

Y luego estaba Marah; la hermosa Marah, de dieciséis años, a la que todo siempre le había resultado fácil. En el año del cáncer, se había encerrado, se había vuelto contenida y silenciosa, como si pensara que, si no hacía ningún ruido, si no causaba ningún trastorno, podría evitar ese día inevitable. Él sabía lo mucho que lamentaba la forma en la que había tratado a Kate antes de que enfermara.

La necesidad de sus ojos era la misma, sin embargo. Lo necesitaban para recomponer su mundo destruido, para aliviar aquel dolor inconcebible.

Pero Kate era el corazón y el alma de aquella familia, el pegamento

que los mantenía unidos. La suya era la voz que siempre sabía qué decir. Cualquier cosa que él dijera sería mentira. ¿Cómo era posible que se recuperaran? ¿Cómo era posible que las cosas mejoraran? ¿Cómo era posible que sintieran alivio al pasar más tiempo sin Kate?

Marah se levantó de repente, irguiéndose con una elegancia que la mayoría de las chicas nunca conocerían. Parecía una sílfide desolada, pálida y casi etérea, con su larga melena oscura, su vestido negro y su piel casi translúcida. Johnny se dio cuenta de que respiraba de forma entrecortada, como si le costara inhalar ese aire nuevo.

—Voy a acostar a los niños —dijo, tendiéndole la mano a Lucas—. Venga, enano. Te leeré un cuento.

—¿Cómo vamos a poder sentirnos mejor, papá? —preguntó Wills, antes de apretar los labios. Era una expresión aciaga y tristemente adulta para el rostro de un niño de ocho años.

—Iremos mejorando —contestó Johnny, maldiciendo su debilidad.

—¿En serio? —replicó Wills—. ¿Cómo?

Lucas lo miró.

—Eso, ¿cómo, papá?

Johnny miró a Marah, que parecía tan fría y pálida que bien podría estar tallada en hielo.

—Dormir os ayudará —comentó ella con dulzura, lo que hizo que él le estuviera patéticamente agradecido. Sabía que se le estaba yendo de las manos, que les estaba fallando, que se suponía que él era quien debía proporcionarles apoyo, no recibirlo, pero se sentía vacío por dentro.

Simplemente vacío.

Al día siguiente se encontraría mejor. Y lo haría mejor.

Pero cuando vio la triste decepción en los rostros de sus hijos, se dio cuenta de que aquello era mentira.

«Lo siento, Katie».

—Buenas noches —dijo, con un nudo en la garganta.

Lucas lo miró.

—Te quiero, papá.

Johnny se arrodilló lentamente y abrió los brazos. Sus hijos se apretaron contra él y él los abrazó con fuerza.

—Yo también os quiero. —Por encima de sus cabezas, observó a Marah, que parecía impasible. Se mantenía erguida, con los hombros hacia atrás.

—¿Marah?

—No te molestes —susurró esta.

—Tu madre nos hizo prometer que seríamos fuertes. Juntos.

—Ya —repuso ella, con el labio inferior temblando

imperceptiblemente—. Lo sé.

—Podemos lograrlo —insistió él, aunque pudo percibir la inestabilidad de su voz.

—Sí. Claro que sí —dijo Marah, con un suspiro—. Venga, chicos, vamos a prepararnos para irnos a dormir —añadió.

Johnny sabía que debía quedarse y consolar a Marah, pero no le salían las palabras.

En lugar de ello, eligió el camino del cobarde y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Bajó las escaleras e, ignorando a todo el mundo, se abrió paso entre la multitud. Cogió el abrigo en el cuarto de la colada y salió afuera.

Ya era de noche y no había ni una estrella en el cielo. Una fina capa de nubes las ocultaba. Una brisa fresca corría entre los árboles que delimitaban su propiedad y hacía bailar las ramas como si fueran una falda.

Allá arriba, en las ramas de los árboles, había tarros colgados de hilos de bramante, llenos de piedras negras y velitas. ¿Cuántas noches se habían sentado él y Kate allí, bajo una tiara de velas, escuchando las olas que barrían la playa y hablando de sus sueños?

Se apoyó en la barandilla del porche para mantener el equilibrio.

—Hola.

Su voz le sorprendió y le molestó. No quería compañía.

—Me has dejado bailando sola —dijo Tully, acercándose a él. Estaba envuelta en una manta azul de lana cuyo extremo se arrastraba por el suelo, al lado de sus pies descalzos.

—Debe de ser el intermedio —repuso él, volviéndose hacia ella.

—¿A qué te refieres?

El aliento le olía a tequila y Johnny se preguntó hasta qué punto estaría borracha.

—Al espectáculo «Tully Hart, reina de la fiesta». Debe de estar en el intermedio.

—Kate me pidió que esta noche fuera divertida —replicó ella, retrocediendo. Estaba temblando.

—No puedo creer que no hayas ido al funeral —dijo Johnny—. Ella se habría llevado un disgusto.

—Ella sabía que yo no iría. Incluso...

—¿Y eso hace que esté bien? ¿No crees que a Marah le hubiera gustado verte allí? ¿O es que no te importa tu ahijada?

Antes de que ella pudiera responder —¿qué iba a decir, de todos modos?—, él le dio la espalda y volvió a entrar, tirando el abrigo sobre la lavadora al pasar por el cuarto de la colada.

Sabía que había arremetido contra ella injustamente. En otro

momento, en otro mundo, eso le habría preocupado lo suficiente como para disculparse. Kate habría querido que lo hiciera, pero en ese momento no conseguía hacer el esfuerzo. Necesitaba todas sus energías simplemente para mantenerse en pie. Hacía cuarenta y ocho horas que su mujer se había ido y ya era una versión peor de sí mismo.

3

Aquella noche, a las cuatro de la madrugada, Johnny renunció a la idea de dormir. ¿Cómo se le había ocurrido pensar que podría encontrar sosiego el día del funeral de su esposa?

Apartó el edredón y se levantó de la cama. La lluvia repiqueteaba sobre las tejas y resonaba en toda la casa. Accionó el interruptor de la chimenea del dormitorio y, tras un efecto de sonido, las llamas azules y naranjas cobraron vida, deslizándose a lo largo del falso tronco. Percibió el leve olor a gas. Permaneció unos minutos allí de pie, contemplando el fuego.

Después, se encontró a la deriva. Era la única palabra que se le ocurría para describir la forma en la que empezó a vagar de una habitación a otra. En más de una ocasión se sorprendió en algún lugar, observando algo, sin recordar bien cómo había llegado hasta allí o por qué había iniciado ese viaje en particular.

Por alguna razón, acabó de nuevo en el dormitorio. El vaso de agua de Kate seguía sobre la mesilla de noche. También estaban sus gafas de leer y los mitones que se ponía en la cama al final, cuando siempre tenía frío. Con la claridad de su propia respiración, la oyó decir: «Tú has sido el hombre de mi vida, John Ryan. Te he amado con todo mi corazón durante dos décadas». Fue lo que ella le dijo en su última noche. Se habían tumbado juntos en la cama, mientras Johnny la abrazaba porque ella estaba demasiado débil para agarrarse a él. Recordaba haber enterrado la cara en la curva de su cuello, diciendo: «No me dejes, Katie. Todavía no».

Incluso entonces, mientras ella yacía moribunda, él le había fallado.

Se vistió y bajó las escaleras.

La sala de estar estaba iluminada por una luz gris acuosa. La lluvia caía del alero exterior, suavizando la perspectiva. En la cocina, se encontró la encimera llena de platos que la gente había lavado y secado meticulosamente, antes de colocarlos sobre paños, así como un cubo de basura a rebosar de platos de papel y servilletas de colores vivos. El frigorífico y el congelador estaban abarrotados de recipientes cubiertos con papel de aluminio. Su suegra había hecho lo que era debido, mientras él se escondía fuera, en la oscuridad, solo.

Mientras preparaba una cafetera, intentó imaginar la nueva versión de su vida. Lo único que vio fueron espacios vacíos en la mesa del comedor, un coche compartido con el conductor equivocado, un desayuno hecho por las manos incorrectas.

«Sé un buen padre. Ayúdales a superar esto».

Se apoyó en la encimera, bebiéndose el café. Al servirse la tercera taza, notó el subidón de adrenalina causado por la cafeína. Empezaban a temblarle las manos, así que lo sustituyó por un zumo de naranja.

Primero cafeína y luego azúcar. ¿Qué sería lo siguiente, tequila? En realidad no tomó la decisión de moverse. Más bien, se limitó a alejarse de la cocina, donde cada centímetro cuadrado guardaba un recuerdo de su mujer: la loción de lavanda para las manos que tanto le gustaba, el plato de «eres especial» que sacaba ante el mínimo logro de sus hijos, la jarra de agua que había heredado de su abuela y que utilizaba en las ocasiones especiales.

Sintió que alguien le tocaba el hombro y se sobresaltó.

Margie, su suegra, estaba de pie a su lado. Iba vestida con unos vaqueros de cintura alta, zapatillas y jersey negro de cuello vuelto. Le sonrió con cansancio.

Bud se acercó a su mujer. Parecía diez años mayor que Margie. Se había vuelto más callado en el último año, aunque nunca había sido muy hablador. Había empezado a despedirse de Katie mucho antes de que el resto aceptara lo inevitable y, ahora que ella se había ido, parecía haber perdido la voz. Al igual que su esposa, iba vestido de la forma habitual: unos tejanos Wrangler que acentuaban tanto sus delgadas piernas como su prominente panza, una camisa de vaquero de cuadros marrones y blancos y un gran cinturón con hebilla de plata. Hacía tiempo que se había quedado calvo, pero en el arco de las cejas le crecía pelo suficiente como para compensarlo.

Sin mediar palabra, volvieron todos a la cocina, donde Johnny les sirvió sendas tazas de café.

—Café. Menos mal —dijo Bud con voz ronca, cogiendo la taza con una mano deformada por el trabajo.

Se miraron unos a otros.

—Tenemos que llevar a Sean al aeropuerto dentro de una hora, pero después podemos volver aquí a ayudarte —dijo Margie, finalmente —. Nos quedaremos el tiempo que necesites.

Johnny le agradecía el ofrecimiento. Tenía más confianza con ella de la que nunca había tenido con su propia madre, pero ahora debía valerse por sí mismo.

El aeropuerto. Esa era la respuesta.

No era un día más y él no podía fingir que lo era, tan seguro como que estaba allí de pie. No podía darles el desayuno a sus hijos, llevarlos al colegio y luego irse a trabajar a la emisora para realizar algún segmento cursi de entretenimiento o de estilo de vida que no cambiaría la existencia de nadie.

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo.

—¿Eh? ¿A dónde? —preguntó Margie.

Johnny dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—A Kauai. —A Katie le había encantado. Siempre habían querido llevar allí a los niños.

Margie lo miró a través de sus nuevas gafas sin montura.

—Huir no cambiará nada —gruñó Bud.

—Lo sé, Bud. Pero me estoy asfixiando aquí. Mire donde mire...

—Ya —dijo su suegro.

Margie le acarició el brazo.

—¿Qué podemos hacer para ayudar?

Ahora que tenía un plan, aunque imperfecto y temporal, Johnny se sintió mejor.

—Voy a hacer las reservas. No se lo digáis a los niños. Dejadlos dormir.

—¿Cuándo os iréis?

—Esperemos que hoy.

—Será mejor que llames a Tully y se lo digas. Tenía previsto pasarse otra vez por aquí a las once.

Johnny asintió, pero Tully era la menor de sus preocupaciones en ese momento.

—Muy bien —repuso Margie, dando una palmada—. Vaciaré la nevera y guardaré los guisos en el congelador del garaje.

—Yo voy a llamar para que dejen de entregar la leche y también avisaré a la policía —dijo Bud—. Solo para que sepan que tienen que echarle un vistazo la casa.

Johnny no había pensado en ninguna de esas cosas. Kate siempre se ocupaba de todos los preparativos de los viajes.

Margie le dio una palmadita en el antebrazo.

—Ve a hacer las reservas. Nosotros nos ocupamos.

Les dio las gracias a ambos y se fue a su despacho. Una vez delante del ordenador, le llevó menos de veinte minutos solucionarlo todo. A las 6.50 ya había comprado los billetes de avión, reservado un coche y alquilado una casa. Solo le faltaba decírselo a los niños.

Atravesó el pasillo. Entró en la habitación de los chicos, se acercó a la litera y encontró a sus dos hijos en la cama de abajo, enredados como un par de cachorrillos.

Revolvió el grueso cabello castaño de Lucas.

—Oye, Skywalker, despierta.

—Yo quiero ser Skywalker —murmuró Wills en sueños.

Johnny sonrió.

—Tú eres el Conquistador, ¿recuerdas?

—Nadie sabe quién es Guillermo el Conquistador —dijo Wills, sentándose con su pijama azul y rojo de Spiderman—. Tienen que hacerle un videojuego.

Lucas se incorporó, mirando angustiado a su alrededor.

—¿Ya es hora de ir al cole?

—Hoy no vamos a ir al cole —anunció Johnny.

Wills frunció el ceño.

—¿Porque mamá ha muerto?

Johnny se estremeció.

—Supongo. Nos vamos a Hawái. Quiero enseñar a mis hijos a hacer surf.

—Tú no sabes surfear —replicó Wills, todavía con el ceño fruncido. Ya se había convertido en un escéptico.

—Sí que sabe. ¿Verdad, papá? —dijo Lucas, mirándolo a través de su largo cabello. Su fiel Lucas.

—Sabré dentro de una semana —respondió Johnny y ellos empezaron a vitorear, dando saltos en la cama—. Lavaos los dientes y vestíos. Volveré en diez minutos para preparar vuestras maletas.

Los niños salieron de la cama y corrieron al baño, dándose codazos por el camino. Johnny salió lentamente de la habitación y avanzó por el pasillo.

Llamó a la puerta de su hija.

—¿Qué? —respondió esta, exhausta.

Literalmente, Johnny respiró hondo antes de entrar en su habitación. Sabía que no sería fácil convencer a su popular hija de dieciséis años para que se fuera de vacaciones. Nada le importaba más a Marah que sus amigos. Sobre todo en esos momentos, probablemente.

Se encontraba junto a la cama deshecha, cepillándose su melena negra, larga y brillante. Ya se había vestido para ir al instituto aunque, entre los vaqueros acampanados de tiro excesivamente bajo y la camiseta de talla infantil, más bien parecía a punto de salir de gira con Britney Spears. Johnny dejó a un lado su irritación. No era el momento de discutir sobre moda.

—Hola —dijo, cerrando la puerta tras de sí.

—Hola —respondió ella, sin mirarlo. Su voz tenía esa mordacidad frágil que se había vuelto ineludible desde la pubertad. Johnny

suspiró; al parecer, ni siquiera el dolor había ablandado a su hija. En todo caso, la había enfurecido aún más.

Ella dejó el cepillo para el pelo y lo miró. Ahora entendía por qué Kate se sentía herida tan a menudo al ver el juicio reflejado en los ojos de su hija. Era capaz de fulminarte con la mirada.

—Siento lo de anoche —dijo Johnny.

—Paso. Hoy tengo entrenamiento de fútbol después de clase. ¿Puedo llevarme el coche de mamá?

Notó que su voz se quebraba al decir «mamá». Se sentó en el borde de la cama, con la esperanza de que ella hiciera lo mismo. Al ver que no lo hacía, lo invadió el cansancio. Era evidente que ella se sentía frágil. En ese momento todos se sentían así, pero Marah era como Tully. Ninguna de las dos sabía demostrar su debilidad. Lo único por lo que Marah se estaba permitiendo preocuparse era porque él había interrumpido su rutina, y bien sabía Dios que su hija dedicaba más tiempo a prepararse para ir al instituto que un monje a las oraciones matutinas.

—Nos vamos a Hawái una semana. Podemos...

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Salimos de aquí dentro de dos horas. Kauai es...

—¡Ni de coña! —gritó ella.

Su arrebato fue tan inesperado que Johnny olvidó lo que estaba diciendo.

—¿Qué?

—No puedo faltar a clase. Tengo que seguir sacando buenas notas para la universidad. Le prometí a mamá que me aplicaría en los estudios.

—Eso te honra, Marah. Pero necesitamos pasar tiempo en familia. Para solucionar las cosas. Podemos hacer que te envíen los deberes, si quieres.

—¿Si quiero? ¿Si quiero? —exclamó ella, pateando el suelo—. Tú no tienes ni idea de cómo es el instituto. ¿Sabes lo competitivo que es todo el mundo ahí afuera? ¿Cómo voy a entrar en una buena universidad si suspendo este semestre?

—No creo que por una semana se vaya a ir todo al traste.

—¡Ja! Tengo Álgebra 2, papá. Y Estudios Americanos. Y este año estoy en el equipo de fútbol del instituto.

Johnny sabía que había una manera correcta de gestionar eso y una manera incorrecta, solo que no sabía cuál era la correcta y, francamente, estaba demasiado cansado y estresado como para preocuparse por eso.

Se levantó.

—Nos vamos a las diez. Haz la maleta.

Ella lo agarró del brazo.

—¡Deja que me quede con Tully!

Él la miró y vio que la ira había enrojecido su pálida piel.

—¿Tully? ¿Hacerse cargo de ti? Pff. Olvídalo.

—Los abuelos podrían quedarse aquí, conmigo.

—Marah, nos vamos. Tenemos que estar juntos, solos los cuatro.

Ella pateó de nuevo el suelo.

—Me estás arruinando la vida.

—Lo dudo mucho. —Sabía que debía decir algo valioso o trascendental. Pero ¿qué? Ya no soportaba los tópicos que la gente repartía como caramelos de menta después de una muerte. No creía que el tiempo fuera a curar esa herida, que Kate estuviera en un lugar mejor, ni que acabarían aprendiendo a seguir adelante. No pensaba transmitirle ningún sentimiento vacío a Marah, quien claramente pendía de un hilo tan fino como el suyo propio.

Ella dio media vuelta, se metió en el cuarto de baño y cerró de un portazo.

Johnny tenía perfectamente claro que no cambiaría de opinión. De vuelta en su dormitorio, hizo una llamada telefónica mientras entraba en el armario para coger una maleta.

—¿Sí? —respondió Tully, con una voz tan lúgubre como su estado de ánimo.

Johnny sabía que debía disculparse por lo de la noche anterior, pero, cada vez que pensaba en ello, la rabia se apoderaba de él. No pudo evitar mencionar el decepcionante comportamiento que ella había tenido, pero, incluso mientras lo sacaba a colación, sabía que ella se defendería y así lo hizo. «Era lo que quería Kate». Lo sacaba de quicio. Todavía seguía hablando de ello cuando él la interrumpió.

—Nos vamos hoy a Kauai —dijo.

—¿Qué?

—Necesitamos pasar tiempo juntos. Tú misma lo dijiste. Salimos a las dos, con Hawaiian.

—No hay mucho tiempo para prepararse.

—Ya. —Eso empezaba a preocuparle—. Te dejo. —Ella seguía hablando, preguntándole algo sobre el tiempo, cuando él colgó.

El aeropuerto internacional de SeaTac estaba sorprendentemente abarrotado esa tarde de octubre de 2006. Habían llegado temprano, para dejar al hermano de Kate, Sean, que regresaba a casa.

Johnny sacó las tarjetas de embarque en la máquina y luego miró a

sus hijos, cada uno de los cuales sostenía algún dispositivo electrónico. Marah estaba enviando algo llamado «mensaje de texto» con su nuevo teléfono móvil. Él no tenía ni idea de lo que era eso ni le importaba. Había sido Kate quien había querido que su hija de dieciséis años tuviera un móvil.

—Estoy preocupada por Marah —dijo Margie, acercándose a él.

—Al parecer, le estoy arruinando la vida llevándola a Kauai.

Margie chasqueó la lengua.

—Si no le estás arruinando la vida a una chica de dieciséis años, es que no la estás criando bien. Eso no es lo que me preocupa. Creo que se arrepiente de cómo trató a su madre. Suele ser algo que se supera con la edad, pero cuando tu madre fallece...

Detrás de ellos, las puertas automáticas del aeropuerto se abrieron y Tully apareció corriendo con un vestido de verano, unas sandalias de tacón altísimas y un sombrero blanco flexible. Arrastraba una bolsa con ruedas de Louis Vuitton.

Se detuvo sin aliento delante de ellos.

—¿Qué? ¿Qué pasa? Si es por la hora, lo he hecho lo mejor que he podido.

Johnny miró fijamente a Tully. ¿Qué demonios estaba haciendo ella allí? Margie dijo algo en voz baja y luego negó con la cabeza.

—¡Tully! —gritó Marah—. Menos mal.

Johnny agarró a Tully del brazo e hizo un aparte con ella.

—No estás invitada a este viaje, Tul. Es solo para nosotros cuatro. No puedo creer que hayas pensado...

—Ah —musitó ella, en un susurro apenas más audible que una respiración. Johnny se dio cuenta de lo herida que estaba—. Cuando dijiste «nosotros», pensé que te referías a mí también.

Sabía cuántas veces la habían ignorado en la vida y que su madre la había abandonado, pero en esos momentos no tenía fuerzas para preocuparse por Tully Hart. Estaba a punto de perder el control de su propia vida; solo era capaz de pensar en sus hijos y en no tirar la toalla. Murmuró algo y le dio la espalda.

—Vamos, niños —dijo con dureza, dándoles solo unos minutos para despedirse de Tully.

—Adiós —susurró Johnny, después de abrazar a sus suegros.

—Deja que venga Tully —gimió Marah—. Por favor...

Johnny siguió andando. Era lo único que se le ocurría.

Durante las últimas seis horas que habían pasado en el avión y en el aeropuerto de Honolulu, la hija de Johnny lo había ignorado por

completo. En el avión, no había comido, no había visto ninguna película y tampoco había leído. Se había limitado a sentarse al otro lado del pasillo, alejada de él y de los chicos, con los ojos cerrados y moviendo la cabeza al ritmo de una música que su padre no podía oír.

Tenía que hacerle saber que, aunque se sintiera sola, no lo estaba. Tenía que asegurarse de que supiera que podía seguir contando con él, que seguían siendo una familia, por muy precario que pareciera en esos momentos ese constructo.

Pero la selección del momento era importante. Con las adolescentes había que elegir cuidadosamente cuándo tender la mano o, en lugar de brazo, podías acabar con un muñón ensangrentado.

Aterrizaron en Kauai a las cuatro de la tarde, hora hawaiana, aunque parecía que llevaban días viajando. Johnny bajó por la pasarela mientras los chicos lo adelantaban. La semana anterior habrían estado riendo; ahora estaban callados.

Johnny se acercó a Marah.

—Hola.

—¿Qué?

—¿Es que uno no puede saludar a su hija?

Ella puso los ojos en blanco y siguió andando.

Pasaron por delante de la zona de recogida de equipajes, donde mujeres vestidas con *muumus*, los vestidos tradicionales hawaianos, entregaban collares de flores o *leis* morados y blancos a las personas que viajaban con paquetes vacacionales.

En el exterior, el sol brillaba con fuerza. Las buganvillas de color rosa, en plena floración, trepaban por la valla del aparcamiento. Johnny les hizo cruzar la calle para ir a la zona de alquiler de coches. En diez minutos estaban en un Mustang plateado descapotable y se dirigían al norte por la única carretera de la isla. Pararon en una tienda Safeway, se hicieron con un alijo de víveres y volvieron a subir al coche.

A su derecha, la costa era una playa interminable de arena dorada azotada por olas azules y bordeada por negros afloramientos rocosos de lava. A medida que avanzaban hacia el norte, el paisaje se volvió más frondoso y verde.

—Bonito, ¿eh? —le comentó Johnny a Marah, que iba a su lado en el asiento del copiloto, encorvada, mirando el teléfono. Enviando mensajes de texto.

—Sí —repuso Marah sin levantar la vista.

—Marah —le dijo él, en tono de advertencia. Como para hacerle saber que se estaba pasando de la raya.

Ella lo miró.

—Ashley me está enviando los deberes. Te dije que no podía faltar a clase.

—Marah...

Ella miró hacia la derecha.

—Olas. Arena. Gente blanca y gorda con camisas hawaianas. Hombres que llevan calcetines con sandalias. Unas vacaciones maravillosas, papá. He olvidado por completo que mamá acaba de morir. Gracias —señaló, antes de seguir enviando mensajes de texto con su Motorola Razr.

Johnny se dio por vencido. La carretera se extendía ante él, serpenteando a lo largo de la costa y adentrándose en el verde mosaico del valle de Hanalei.

La ciudad de Hanalei era una curiosa amalgama de construcciones de madera, letreros de colores vivos y puestos de granizados. Johnny giró por la carretera que le indicaba MapQuest e inmediatamente tuvo que reducir la velocidad para evitar a los motoristas y a los surfistas que se agolpaban a ambos lados de la calle.

La vivienda que habían alquilado era una casa de campo tradicional hawaiana que se encontraba en la calle Weke que, al parecer, se pronunciaba «Veke». Entró en el camino de acceso de coral machacado y aparcó.

Los chicos salieron del coche de inmediato, demasiado excitados como para que los retuvieran un segundo más. Johnny subió dos maletas por las escaleras de la entrada y abrió la puerta. La cabaña de suelo de madera estaba decorada con muebles de bambú de los años cincuenta, adornados con mullidos cojines floreados. Había una cocina de madera de koa con un rincón para comer en el lado izquierdo de la habitación principal y una cómoda sala de estar en el lado derecho. Un televisor de un tamaño considerable hizo las delicias de los chicos, que enseguida empezaron a correr por la casa gritando: «¡Me lo pido!».

Johnny fue hacia las puertas correderas de cristal que daban a la bahía. Más allá del jardín cubierto de hierba se hallaba la bahía de Hanalei. Recordó la última vez que él y Kate habían estado allí. «Llévame a la cama, Johnny Ryan. Haré que merezca la pena...».

Wills chocó contra él con fuerza.

—Queremos comer, papá.

Lucas se unió a ellos, resbalando sobre el suelo.

—Estamos muertos de hambre.

Normal. En Seattle eran casi las nueve de la noche. ¿Cómo podía haber olvidado que sus hijos necesitaban cenar?

—Vale. Iremos a un bar que a tu madre y a mí nos encantaba.

Lucas soltó una risita.

—No podemos entrar en un bar, papá.

Johnny le revolvió el pelo a Lucas.

—Puede que en Washington no, pero aquí eso no es ningún problema.

—¡Genial! —exclamó Wills.

Oyó a Marah en la cocina, detrás de él, guardando la comida. Parecía una buena señal. No había tenido que suplicarle, ni amenazarla.

Tardaron menos de treinta minutos en guardar las cosas, elegir las habitaciones y ponerse pantalones cortos y camisetas; luego caminaron por la tranquila calle hasta una caseta de madera vieja y destartalada que había cerca del centro de la ciudad. El Tahiti Nui.

A Kate le había encantado la decoración polinesia retro *kitsch* del local, que allí era algo más que un estilo decorativo. Se rumoreaba que el interior tenía el mismo aspecto desde hacía más de cuarenta años.

Una vez dentro del bar, que estaba lleno de turistas y lugareños —fácilmente identificables ambos por su vestimenta—, encontraron una pequeña mesa de bambú cerca del «escenario», una zona elevada de un metro por un metro y medio con dos taburetes y un par de micrófonos de pie.

—¡Cómo mola! —exclamó Lucas, rebotando en el asiento con tanta fuerza que a Johnny le preocupó que pudiera caerse al suelo. En condiciones normales, habría dicho algo para intentar calmar a los chicos, pero ese entusiasmo era exactamente la razón por la que habían ido allí, así que se centró en su cerveza Corona sin decir nada. La camarera, de aspecto cansado, acababa de entregarles la pizza cuando apareció la banda, compuesta por dos hawaianos con sendas guitarras. Su primera canción fue la icónica versión para ukelele de Israel Kamakawiwo'ole de *Somewhere Over the Rainbow*.

Johnny tuvo la sensación de que Kate se materializaba en el banco a su lado, cantando en voz baja con voz desafinada mientras se apoyaba en él, pero, cuando se volvió, solo vio a Marah frunciendo el ceño.

—¿Qué? No estaba mandando mensajes. —Él no supo qué responder—. Paso —dijo Marah, aunque parecía decepcionada.

Empezó otra canción.

«When you see Hanalei by moonlight...»[4].

Una mujer muy guapa, con el pelo rubio decolorado por el sol y una radiante sonrisa, se dirigió al minúsculo escenario y bailó un *hula* al ritmo de la canción. Cuando la música acabó, se acercó a su mesa.

—Me acuerdo de ti —le dijo a Johnny—. Tu mujer quería tomar

clases de *hula* la última vez que estuvo aquí.

Wills miró fijamente a la mujer.

—Ha muerto.

—Ah —repuso ella—. Lo siento.

Dios, estaba harto de aquellas palabras.

—Le habría hecho ilusión que te acordaras —añadió Johnny, con desgana.

—Tenía una sonrisa preciosa —comentó la mujer.

Johnny asintió.

—Bueno —dijo, dándole una palmadita en el hombro, como si fueran amigos—. Espero que la isla os ayude. Puede hacerlo, si se lo permitís. *Aloha*.

Más tarde, mientras regresaban a casa bajo la luz del crepúsculo, los chicos estaban tan cansados que empezaron a pelearse. Johnny estaba demasiado agotado como para decirles nada. Cuando llegaron a la cabaña, les ayudó a prepararse para irse a la cama y los arropó, dándoles un beso de buenas noches a cada uno.

—¿Papá? —dijo Wills, soñoliento—. ¿Podemos ir mañana al mar?

—Por supuesto, Conquistador. Para eso estamos aquí.

—Seguro que soy el primero en entrar. Luke es una gallina.

—De eso nada.

Johnny los besó de nuevo y se levantó. Pasándose una mano por el pelo y suspirando, recorrió la casa en busca de su hija. La encontró en el porche, sentada en una silla de playa. La luz de la luna bañaba la bahía. El aire olía a sal, a mar y a plumerias. Era un olor embriagador, dulce y seductor. Había varias hogueras a lo largo de aquellos tres kilómetros de costa, con gente de pie y bailando alrededor. El sonido de las risas se elevaba sobre el rumor de las olas.

—Deberíamos haber venido aquí cuando aún estaba viva —comentó Marah. Su voz sonaba joven, triste y lejana.

Eso a Johnny le dolió. Querían hacerlo. ¿Cuántas veces habían planeado un viaje y habían acabado cancelándolo por alguna razón ya olvidada? Crees que tienes todo el tiempo del mundo, hasta que te das cuenta de que no es así.

—Tal vez nos esté viendo.

—Sí. Ya.

—Mucha gente cree en esas cosas.

—Me gustaría ser uno de ellos.

Johnny suspiró.

—Sí. A mí también.

Marah se levantó. Lo miró y la tristeza que él vio en sus ojos fue devastadora.

—Te has equivocado.

—¿En qué?

—El paisaje no cambia nada.

—Necesitaba salir de allí. ¿Es que no puedes entenderlo?

—Ya, bueno. Pues yo necesitaba quedarme.

Dicho lo cual, dio media vuelta y volvió a entrar en la casa. La puerta se cerró tras ella. Johnny se quedó donde estaba, turbado por sus palabras. Lo cierto era que no había pensado en lo que sus hijos necesitaban. Había incorporado sus necesidades a las de él y se había dicho a sí mismo que a todos les vendría bien marcharse.

Kate se sentiría decepcionada. Ya. Otra vez. Y, lo que era peor, Johnny sabía que su hija tenía razón.

No era el paraíso lo que él quería ver. Era la sonrisa de su esposa y eso se había ido para siempre.

Ese paisaje no cambiaba nada.

4

Aunque aquello era el paraíso —o quizá precisamente por eso— Johnny dormía mal, desacostumbrado como estaba a la soledad, pero cada mañana se despertaba con el sol, el cielo azul y el sonido de las olas que parecían reírse al rodar sobre la arena. Normalmente era el primero en levantarse. Empezaba la jornada con una taza de café en el porche. Desde allí, observaba cómo la luz del día comenzaba a bañar las aguas azules de la bahía en forma de herradura.

A menudo hablaba con Katie allí fuera, diciéndole cosas que le hubiera gustado decirle antes. Al final, mientras Kate agonizaba, el ambiente en casa era tan sombrío como la franela gris, silencioso y tranquilo. Sabía que Margie había dejado que Katie hablara de lo que la asustaba —dejar a sus hijos, saber que estarían tristes, su dolor—, pero Johnny había sido incapaz de escucharla, incluso aquel último día.

«Yo estoy preparada, Johnny —le había dicho con una voz tan suave como el roce de una pluma—. Necesito que tú también lo estés».

«No puedo estarlo», había respondido él. Lo que debería haberle dicho era: «Siempre te querré». Debería haberla cogido de la mano y haberle dicho que todo iría bien.

—Lo siento, Katie —musitó entonces, ya demasiado tarde. Se esforzó por encontrar una señal de que ella lo había escuchado. Una brisa en el pelo, una flor cayendo en su regazo. Algo. Pero no percibió nada. Solo el sonido de las olas que acariciaban insinuantes la arena.

Pensó que la isla había ayudado a los chicos. No paraban desde que salía el sol hasta que se ponía. Echaban carreras en el jardín, aprendían a hacer *bodyboard* en la espuma burbujeante de las olas y se enterraban el uno al otro en la arena. Lucas hablaba de Kate con frecuencia, mencionándola en conversaciones triviales casi todos los días. Como si estuviera en el supermercado y pronto fuera a volver a casa. Al principio, eso desconcertaba a los demás pero, con el tiempo, como el suave e incesante movimiento de las olas, Lucas había vuelto a introducir a Kate en su círculo, la había mantenido presente, les había mostrado la manera de recordarla. «A mamá le habría encantado esto» se convirtió en una muletilla habitual que les ayudaba a todos.

Bueno, puede que eso no fuera completamente cierto. Después de una semana en Kauai, Johnny aún no tenía ni idea de qué podría ayudar a Marah. Esta se había convertido en una versión burbuja de sí misma: con la misma belleza elegante y el mismo compromiso con el cuidado personal, pero con una mirada inexpresiva y una forma de moverse automática. Mientras él y los niños jugaban en las olas, ella se quedaba sentada en la playa, escuchando música y pulsando la pantalla del móvil como si fuera un transpondedor que pudiera conseguir que la rescataran. Hacía todo lo que le pedían, así como cosas que nadie le había requerido, pero era una versión fantasma de sí misma. Estaba pero no estaba. Cuando alguien mencionaba a Kate, Marah decía invariablemente algo como: «Se ha ido», y se marchaba. Siempre se marchaba. No quería formar parte de esas vacaciones y su intención era dejarlo claro a diario. Ni una sola vez había introducido un dedo del pie en el agua.

Como en ese momento. Johnny se encontraba metido hasta la cintura en las cálidas aguas azules, ayudando a los niños a coger olas en sus *bodyboards* de poliestireno, mientras Marah estaba sentada en una silla de playa rosa fucsia en la arena, mirando hacia la izquierda.

Mientras Johnny la observaba, un grupo de chavales se acercó a ella.

—Seguid caminando, chicos —murmuró él.

—¿Qué, papá? —gritó Wills—. ¡Empújame!

Johnny le dio un empujón a Wills para que cogiera la ola que se estaba formando y le dijo: «Patalea», pero no estaba mirando a su hijo.

En la orilla, los muchachos se reunieron alrededor de Marah como abejas alrededor de una flor.

Los chicos eran mayores, probablemente universitarios. Él ya estaba a punto de salir del agua para desfilar por la arena caliente y agarrar a uno de los chavales por su pelo de surfista, cuando por fin se marcharon.

—Vuelvo enseguida, chicos —dijo, cruzando las olas de sesenta centímetros para ir hacia la arena. Se sentó junto a su hija—. ¿Qué querían los Backstreet Boys? —le preguntó, tratando de fingir indiferencia. Ella no contestó—. Son demasiado mayores para ti, Marah.

Finalmente, su hija lo miró. Unas gafas de sol oscuras ocultaban la expresión de sus ojos.

—No me los estaba tirando, papá. Solo hablábamos.

—¿De qué?

—De nada.

Tras esa respuesta tan esclarecedora, Marah se levantó y echó a

andar hacia la casa. Cerró la puerta corredera tras ella. No habían tenido una conversación que durara más de tres frases en toda la semana. Su enfado era un escudo de teflón. De vez en cuando, Johnny alcanzaba a ver atisbos de su dolor, de su confusión y de su pena, pero esos segundos eran breves. Ella estaba escondida dentro de toda esa rabia, como una niña pequeña agazapada dentro de una adolescente con la defensa perfecta, y él no sabía cómo traspasar la fachada. Eso había sido siempre cosa de Kate.

Aquella noche, Johnny estaba tumbado en la cama, con los brazos cruzados detrás de la cabeza, mirando al infinito. Un ventilador de techo zumbaba perezosamente sobre él; el mecanismo se enganchaba en cada vuelta y emitía un chasquido entre el zumbido de las aspas giratorias. Las persianas de la puerta vibraban ligeramente, sacudidas por la brisa.

No le sorprendía seguir despierto en esa última noche de vacaciones —si era razonable llamar así a un viaje como aquel— y estaba casi convencido de que le resultaría imposible dormirse. Miró el reloj digital: las dos y cuarto de la madrugada.

Apartó las sábanas y se levantó de la cama. Abrió la puerta mosquitera y salió al porche. Una luna llena increíblemente brillante flotaba en el cielo nocturno. Las palmeras negras se balanceaban bajo la brisa perfumada por las plumerias. La playa parecía un bucle de plata deslustrada.

Johnny se quedó allí un buen rato, respirando el aire dulce, escuchando el sonido de las olas. Aquello lo tranquilizó tanto que creyó que tal vez sería capaz de dormir.

Se dio una vuelta por la casa a oscuras. En la última semana había tomado por costumbre comprobar cómo estaban sus hijos durante la noche. Abrió con cuidado la puerta de la habitación de los chicos. Estos dormían en camas gemelas, uno al lado del otro. Lucas estaba aferrado a su muñeco favorito: una orca de peluche. Su hermano no tenía tiempo para esos juguetes de niño pequeño.

Cerró la puerta lentamente y bajó a la habitación de Marah. Abrió la puerta con cuidado.

Lo que se encontró dentro de la habitación fue tan inesperado que tardó unos instantes en asimilarlo.

La cama estaba vacía.

—¿Qué demonios...?

Encendió la luz y se acercó para echar un vistazo más de cerca.

Marah había desaparecido. Y también sus chanclas doradas. Y su

bolso. Eso era lo único que sabía con certeza, aunque era suficiente como para tener claro que no la habían secuestrado. Bueno, eso y lo de la ventana abierta, que estaba cerrada cuando ella se había acostado y solo podía abrirse desde dentro.

Se había escapado.

—La madre que la parió. —Volvió a la cocina y rebuscó en los armarios hasta encontrar una linterna. Luego salió en busca de su hija.

La playa estaba casi desierta. Había alguna pareja aquí y allá, paseando de la mano por la línea de espuma plateada que dejaban las olas o acurrucadas juntas sobre toallas de playa. No dudó en bañar a todo al que veía con el deslumbrante rayo de la luz de la linterna.

Se detuvo en el viejo espigón de hormigón que se adentraba en las olas y aguzó el oído. Se oían risas y olía a humo. Había una hoguera más adelante.

También olía a marihuana.

Subió por el césped y rodeó el inicio del espigón para adentrarse entre los grandes árboles que crecían en una zona que los lugareños llamaban Black Pot Beach.

Había una hoguera en la punta de tierra que separaba la bahía de Hanalei del río Hanalei. Incluso desde allí, Johnny podía oír la música —estaba casi seguro de que se trataba de los Usher— sonando a través de unos altavoces de plástico baratos. Varios coches tenían los faros encendidos.

Pudo ver a algunos chavales bailando alrededor de una hoguera y a otros reunidos en torno a una hilera de neveras de poliestireno.

Marah estaba bailando con un joven de pelo largo que llevaba el torso desnudo y unos pantalones cargo cortos. Ella se estaba acabando una cerveza mientras movía las caderas al ritmo de la música. Llevaba una falda vaquera tan minúscula que podría hacer las veces de servilleta de cóctel y una camiseta de tirantes que había cortado para dejar su vientre plano al descubierto.

Nadie se dio cuenta siquiera de que él había llegado a la fiesta. Cuando agarró a Marah por la muñeca, al principio ella se rio y luego, al reconocerlo, se quedó de una pieza.

—Oye, viejo —le dijo su pareja de baile, frunciendo el ceño, como si tratara de enfocar la vista.

—Tiene dieciséis años —lo interrumpió Johnny tajante, mientras pensaba que deberían otorgarle algún tipo de medalla por no haberle pegado al chico directamente.

—¿En serio? —El joven se enderezó y retrocedió, con las manos levantadas en el aire—. Tío...

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Es una pregunta, una

afirmación o un reconocimiento de que has hecho algo malo?

El chico parpadeó, confundido.

—Oye. ¿Qué?

Johnny se llevó a Marah a rastras de la fiesta. Al principio ella se quejó, pero se calló para vomitarle en las chanclas. A mitad de la playa, después de devolver dos veces más (mientras él le sujetaba el pelo), su padre la rodeó con un brazo para sostenerla.

Una vez delante de la cabaña, la condujo hasta una silla del porche.

—Me encuentro fatal —gimió ella, desplomándose en el asiento.

Johnny se sentó a su lado.

—¿Tienes idea de los problemas en los que se puede meter una chica en una situación así? Podrías haber salido muy mal parada.

—Adelante, regáñame. No me importa. —Marah se giró hacia él. Había una tristeza en sus ojos que a Johnny le rompió el corazón, una nueva comprensión del dolor y la injusticia. En adelante, la pérdida de su madre moldearía su vida.

Johnny estaba en un buen lío. Sabía lo que ella necesitaba: consuelo. Necesitaba que le mintiera, que le dijera que podía seguir siendo feliz sin su madre. Pero no era cierto. Nadie conocería a Marah nunca tan bien como ella y ambos lo sabían. Él era un pobre sustituto.

—Paso —dijo Marah, poniéndose en pie—. Tranquilo, papá. Esto no volverá a ocurrir.

—Marah, lo estoy intentando. Dame una...

Su hija lo ignoró y entró en la casa dando tumbos. La puerta se cerró de golpe tras ella.

Johnny volvió a su habitación, pero no le esperaba paz en la cama. Se quedó allí tumbado, escuchando el zumbido y el chasquido del ventilador del techo, tratando de imaginar cómo sería la vida a partir del día siguiente.

No fue capaz.

Tampoco fue capaz de imaginarse volviendo a casa, de pie en la cocina de Kate, durmiendo en un lado de la cama, esperando que su beso lo despertara cada mañana.

De ninguna manera.

Necesitaba empezar de nuevo. Todos lo necesitaban. Era la única salida. Y no unas vacaciones de una semana.

A las siete de la mañana, hora de Kauai, hizo una llamada.

—Bill —dijo, cuando su amigo contestó—. ¿Sigues buscando un productor ejecutivo para *Buenos días, Los Ángeles*?

3 de septiembre de 2010

06.21 horas

—¿Señor Ryan? —Johnny regresó al presente. Cuando abrió los ojos, estaba rodeado de luces brillantes; el lugar olía a desinfectante. Se encontraba sentado en una silla de plástico duro en la sala de espera del hospital. Había un hombre delante de él, con una bata azul y un gorro de cirujano—. Soy el doctor Reggie Bevan. Neurocirujano. ¿Es usted familiar de Tallulah Hart?

—Sí —respondió él, tras una breve pausa—. ¿Cómo se encuentra?

—Está en estado crítico. La hemos estabilizado lo suficiente para operarla, pero...

«Código azul, trauma nueve», dijo una voz atronadora en el pasillo.

Johnny se levantó.

—¿Es ella?

—Sí —contestó el médico—. Quédese aquí. Ahora vuelvo. —Sin esperar una respuesta, el doctor Bevan dio media vuelta y corrió hacia los ascensores.

5

*D*ónde estoy? «Oscuridad».

No puedo abrir los ojos, o tal vez sí puedo y no hay nada que ver. O quizá mis ojos no funcionen. Quizá esté ciega.

APARTADTODOS.

Algo me golpea el pecho con tanta fuerza que pierdo el control de mi cuerpo. Siento que me arqueo hacia arriba y caigo.

NADADOCTORBEVAN.

Siento un dolor lacerante e inimaginable, de esos que te hacen querer renunciar, y luego... nada.

Estoy tan inmóvil como una respiración contenida; la oscuridad que me acuna es densa y silenciosa.

Ya no me cuesta abrir los ojos. Continúo en la oscuridad, pero es diferente. Es líquida y tan negra como el agua del fondo marino. Cuando trato de moverme, esta me lo impide. Lo intento una y otra vez, hasta que consigo sentarme.

La oscuridad disminuye por etapas, se vuelve gris y sombría, y aparece una luz, difusa, casi como un amanecer lejano. Y entonces, de repente, esta se intensifica.

Estoy en una especie de habitación. Flotando en lo alto, mirando hacia abajo.

Debajo de mí, veo una multitud de personas que se mueven frenéticamente, gritando palabras que yo no entiendo. Hay máquinas en la sala y una cosa roja derramándose por el pálido suelo. La imagen me resulta familiar; es algo que ya he visto antes.

Son médicos y enfermeras. Estoy en una habitación de hospital. Intentan salvarle la vida a alguien. Están apiñados alrededor de un cuerpo en una camilla. Un cuerpo de mujer. No. Un momento.

Es mi cuerpo.

Yo soy el cuerpo destrozado y desnudo que sangra en la camilla. Es mi sangre la que gotea sobre el suelo. Puedo ver mi cara magullada y cortada, que no deja de sangrar...

Lo curioso es que no siento nada. Soy yo, Tully Hart. Soy el cuerpo que se está desangrando en esa habitación, pero también soy esta; estoy flotando en un rincón, por encima de todos.

Las batas blancas se agolpan alrededor de mi cuerpo. Se gritan

unos a otros; puedo ver lo preocupados que están por lo mucho que abren la boca, lo coloradas que se ponen sus mejillas y cuánto fruncen el ceño. Arrastran otras máquinas a la sala, con ruedas que gimen sobre el suelo ensangrentado, dejando huellas blancas sobre el rojo.

Sus voces emiten sonidos que no significan nada para mí, como si fueran los adultos de un especial televisivo de Charlie Brown. «Bla, bla, bla».

ESTÁENPARADA.

Debería importarme, pero no es así. El drama de ahí abajo es como una telenovela que ya he visto. Me giro de repente y las paredes desaparecen. A lo lejos, veo una luz efervescente y brillante que me llama y me calienta.

Pienso: «Ve», y, mientras lo hago, ya estoy avanzando. Entro flotando en un mundo tan nítido y claro que me escuecen los ojos. Un cielo azulísimo, una hierba verdísima, una flor blanca como la nieve que cae de las nubes algodonosas. Y la luz. Una luz hermosa e incandescente que no se parece a nada que haya visto antes. Por primera vez desde que tengo uso de razón, me siento en paz. Mientras cruzo la hierba, aparece un árbol delante de mí; al principio es solo un retoño retorcido y nudoso, pero crece mientras yo estoy allí, abriéndose paso, ensanchándose hasta ocupar todo mi campo de visión. Me pregunto si debería volver, si este árbol crecerá sobre mí y me engullirá con su maraña de raíces. A medida que va creciendo, la noche cae a mi alrededor.

Cuando levanto la vista, veo un montón de estrellas. La Osa Mayor. El Cinturón de Orión. Las mismas constelaciones que en su día estudiaba desde mi jardín cuando era niña, cuando el mundo no parecía lo suficientemente grande como para albergar todos mis sueños.

Desde algún lugar lejano, oigo los primeros acordes de una canción. *«Billy, don't be a hero...»*[5].

La canción me desgarra de tal forma que me cuesta respirar. A los trece años, ese tema me hacía llorar. Creo que entonces pensaba que hablaba de una trágica historia de amor. Ahora sé que habla de una vida trágica.

No malgastes tu vida.

Aparece ante mí una bicicleta, una bicicleta antigua de niña con asiento banana y una cesta blanca. Está apoyada en un seto de rosas. Me acerco a ella, me subo y empiezo a pedalear... ¿Hacia dónde? No lo sé. Una carretera surge debajo de mí, extendiéndose hasta donde alcanza la vista. Estoy en medio de una noche estrellada y, de repente, vuelvo a ir a toda velocidad cuesta abajo, como una niña, con el pelo

suelto enredándose alrededor de mi cara.

Conozco ese lugar. Summer Hill. Lo llevo en el corazón. Obviamente no estoy de verdad ahí. Mi verdadero «yo» está tumbado en una cama de hospital, destrozada y sangrando. Así que todo esto me lo estoy imaginando, pero no me importa.

Abro los brazos y acelero, recordando la primera vez que hice aquello. Kate y yo teníamos catorce años y fuimos en bicicleta a esa colina, al inicio de una amistad que se convirtió en la única historia de amor verdadero de toda mi vida. Yo la obligué, por supuesto. Lancé piedras a la ventana de su habitación, la desperté en plena noche y le supliqué que se escapara conmigo.

¿Sabía yo que esa decisión nos cambiaría la vida? No. Aunque sí sabía que mi vida necesitaba un cambio. ¿Cómo no iba a saberlo? Mi madre era toda una experta en el arte de abandonarme y yo había pasado toda mi infancia fingiendo que la realidad era una ficción. Solo había sido completamente sincera con Kate. Mi mejor amiga para siempre. La única persona que me quería tal y como era.

Nunca olvidaré el día que nos hicimos amigas. Para mí tiene sentido recordarlo ahora. Éramos dos chicas de catorce años, sin amigos y tan diferentes como el agua y el aceite. Aquella primera noche, yo le había dicho a mi madre, que estaba colocada y se había puesto el nombre de Nube en los años setenta, que iba a ir a una fiesta del instituto. Ella me había dicho que me divirtiera.

En una oscura arboleda, un chico al que apenas conocía me violó y me dejó tirada, por lo que tuve que volver andando sola a casa. Por el camino, vi a Katie sentada en el listón superior de su valla. Empezó a hablar conmigo mientras pasaba.

«Me encanta estar aquí de noche. Lo brillantes que están las estrellas. A veces, si te quedas un rato mirando el cielo ves como puntitos blancos cayendo a tu alrededor, como luciérnagas». Un aparato dental transformaba sus eses en un ceceo sin fin. «Igual por eso se llama así la calle. Seguro que piensas que soy una pardilla por decir cosas así... Oye, no tienes muy buena cara. Y apestas a vómito».

«Estoy bien».

«¿De verdad estás bien?».

Para mi horror, me eché a llorar.

Ese fue el comienzo. Nuestro comienzo. Le conté mi vergüenza secreta, ella me tendió la mano y yo me aferré a ella. Desde ese día, nos volvimos inseparables. Durante el instituto, la universidad y de ahí en adelante, ninguna experiencia era real hasta que se la contaba a Katie, ningún día era completo si no hablábamos. A los dieciocho años, ya nos habíamos convertido en «Tully y Kate», un dúo

inseparable. Yo estuve presente en su boda, en el nacimiento de sus hijos, cuando intentó escribir un libro y en 2006, cuando exhaló su último aliento.

Con las manos extendidas, el viento en el pelo y los recuerdos cabalgando a mi lado, pienso: «Así es como debería morir».

—*¿Morir? ¿Quién te ha dado permiso para morir*?

Reconocería esa voz en cualquier lugar. La he echado de menos cada día durante los últimos cuatro años.

«Kate».

Giro la cabeza y veo una imagen imposible: Kate está en una bicicleta a mi lado. Su visión me sobrecoge y pienso: «Cómo no». Esta es mi versión de ir hacia la luz y ella siempre ha sido mi luz. Durante un último segundo, breve y hermoso, volvemos a ser «Tully y Kate».

—Katie —digo, estupefacta.

Ella me regala una sonrisa que calcina los últimos años.

Cuando me doy cuenta, estamos sentadas en la orilla cubierta de hierba y barro del río Pilchuck, como solíamos hacer, allá por los setenta. El aire huele a lluvia, a lodo y a árboles de un verde intenso. Un tronco en descomposición, cubierto de musgo, hace las veces de asiento. El canto borboteante del río se arremolina a nuestro alrededor.

—*Hola, Tul* —dice ella.

Al oír su voz, la felicidad se despliega en mi interior, como un hermoso pájaro blanco abriendo sus alas. La luz está por todas partes, envolviéndonos. En ella, vuelvo a sentir aquella paz maravillosa y eso me tranquiliza. Llevo mucho tiempo sufriendo y aún más tiempo sola.

Me giro hacia Kate y me empapo de su imagen. Es casi translúcida, brillante. Cuando se mueve, aunque solo sea un poco, puedo ver un atisbo de la hierba que hay debajo de ella. Cuando me mira, percibo a la vez tristeza y alegría en sus ojos y me pregunto cómo pueden coexistir esas dos emociones en un equilibrio tan perfecto en su interior. Suspira y me llega un aroma a lavanda.

El río burbujea y retoza a nuestro alrededor, emanando su intenso y fecundo aroma a crecimiento y a decadencia. Se convierte en música, en nuestra música; las crestas de las olas forman notas que se elevan y puedo escuchar aquella vieja canción de Terry Jacks: *«We had joy, we had fun, we had seasons in the sun»*[6]. ¿Cuántas noches llevaríamos allí mi pequeño transistor para encenderlo y escuchar nuestra música mientras hablábamos? *Dancing Queen*, *You Make Me Feel Like Dancing*, *Hotel California*, *Da Do Run*...

—*¿Qué ha pasado*? —me pregunta Kate en voz baja. Sé a qué se refiere. A por qué estoy ahí... y en el hospital—. *Cuéntamelo, Tul.* —

Dios, cómo echaba de menos oírla decir eso. Deseo hablar con mi mejor amiga, contarle que la he fastidiado. Ella siempre lo hacía todo bien. Pero no me salen las palabras.

No logro encontrarlas en mi cabeza; se escapan bailando como hadas, cuando intento atraparlas—. *No necesitas palabras. Tan solo cierra los ojos y recuerda*.

Recuerdo el momento en el que todo empezó a ir mal. Aquel día que fue peor que cualquier otro, aquel día a partir del cual nada fue ya igual.

Octubre de 2006. El funeral. Cierro los ojos y recuerdo estar en medio del aparcamiento de Santa Cecilia, completamente...

sola. Hay coches a mi alrededor, perfectamente aparcados en sus plazas. Me fijo en que muchos de ellos son SUV.

Kate me ha dejado un iPod como regalo de despedida y una carta. Se supone que tengo que escuchar *Dancing Queen* y bailar sola. No quiero hacerlo, pero no me queda más remedio y la verdad es que cuando oigo las palabras *«you can dance»*[7], por un instante breve y maravilloso, la música me teletransporta.

Y entonces todo acaba.

Veo que su familia viene hacia mí. Johnny, los padres de Kate —Margie y Bud—, sus hijos y su hermano Sean. Parecen prisioneros de guerra liberados al final de una larga marcha mortal, destrozados y sorprendidos por seguir vivos. Nos reunimos y alguien dice algo... Qué, no lo sé. Yo respondo. Fingimos estar bien unos delante de otros. Johnny está enfadado, cómo no.

—La gente va a venir a casa —dice.

—Es lo que ella quería —añade Margie. (¿Cómo puede mantenerse en pie? Su dolor pesa cincuenta kilos más que ella).

El mero hecho de pensar en ello —en una supuesta celebración de la vida de Kate— hace que me sienta mal.

Nunca se me ha dado bien eso de hacer de la muerte una transición positiva. ¿Cómo habría podido? Yo quería que luchara hasta el último aliento. Fue un error. Debería haber escuchado sus miedos, haberla consolado. En lugar de ello, le prometí que todo iría bien, que se curaría.

Pero también le hice otra promesa. Al final. Le juré que cuidaría de su familia, que sus hijos podrían contar conmigo, y no volveré a defraudarla.

Sigo a Margie y a Bud hasta su Volvo. El interior del vehículo huele como mi infancia con la familia Mularkey: a cigarrillos mentolados, a perfume Jean Nate y a laca del pelo.

Me imagino a Katie de nuevo a mi lado, en el asiento trasero del coche, con su padre conduciendo y su madre echando humo por la ventanilla abierta. Casi puedo oír a John Denver cantando *Rocky Mountain High*.

Los seis kilómetros que separan la iglesia católica de la casa de los Ryan se me hacen eternos. Dondequiera que mire, veo la vida de Kate. El puesto de café que frecuentaba, la heladería donde hacían su dulce de leche favorito, la librería que siempre era su primera parada en Navidad.

Y por fin llegamos.

El jardín está abandonado y desatendido. Descuidado. Katie siempre «tenía intención» de aprender jardinería.

Aparcamos y me bajo. Sean, el hermano de Kate, se acerca a mí. Es cinco años más joven que Kate y que yo... o que yo, supongo... pero está tan delgado y encorvado y tiene tanta pinta de cerebrito que parece mayor. Se está quedando sin pelo y sus gafas están pasadas de moda, pero sus ojos verdes son tan parecidos a los de Katie detrás de los cristales de las gafas que lo abrazo.

Después doy un paso atrás, esperando a que él diga algo. Pero no lo hace y yo tampoco. Nunca hemos tenido mucho de que hablar y obviamente este no es el día adecuado para iniciar una conversación. Mañana, retomará su trabajo relacionado con la tecnología en Silicon Valley, donde me lo imagino viviendo solo, jugando a videojuegos por la noche y alimentándose a base de sándwiches. No sé si su vida será así o no, pero es como yo me la imagino.

Él se va y yo me quedo sola al lado del coche, contemplando una casa que siempre he considerado también mi hogar.

No puedo entrar.

No puedo.

Pero tengo que hacerlo.

Respiro hondo. Si hay algo que se me da bien es pasar página. Soy experta en el arte de la negación, ¿no es así? Siempre he sido capaz de ignorar mi dolor, sonreír y seguir adelante. Eso es lo que tengo que hacer ahora.

Por Kate.

Entro y me reúno con Margie en la cocina. Juntas, nos enfrascamos en los preparativos de la fiesta. Me muevo con rapidez, convirtiéndome en una de esas mujeres diligentes que revolotean como un colibrí. Es la única manera de salir de esta. «No pienses en

ella. No la recuerdes». Margie y yo nos convertimos en un equipo de trabajo, preparando en silencio la casa para una fiesta a la que ninguna de las dos quiere asistir. Pongo caballetes por toda la casa y coloco en ellos fotografías, las que Kate eligió para reflejar su vida. No soy capaz de mirar ninguna de ellas.

Me estoy esforzando por mantener la entereza en cada respiración, cuando oigo el timbre de la puerta. Detrás de mí, unos pasos golpean la madera.

Es la hora.

Me giro y hago lo posible por esbozar una sonrisa, pero me sale torcida y no consigo mantenerla. Paseo entre la multitud con cuidado, sirviendo vino y retirando platos. Cada minuto se me antoja un triunfo de la voluntad. Mientras me muevo, oigo fragmentos de conversaciones. La gente habla de Kate, comparte recuerdos. No los escucho, me duele demasiado y estoy a punto de perder la cabeza, pero las historias están por todas partes. Cuando oigo «su oferta en la subasta del Rotary», me doy cuenta de que la gente de esa sala está hablando de una Kate que yo no conocía, por lo que mi tristeza se hace cada vez más y más profunda. Siento celos.

—Hablaba mucho de ti —me dice una mujer con un vestido negro anticuado, después de acercarse a mí.

Yo sonrío, agradecida.

—Fuimos amigas íntimas durante más de treinta años.

—Qué valiente fue durante la quimio, ¿verdad?

No puedo responder a eso. Entonces, yo no estaba a su lado. En las tres décadas que duró nuestra amistad, hubo un paréntesis de dos años durante el que estuvimos enfadadas. Yo sabía lo deprimida que se encontraba Kate y traté de ayudarla, pero, como es habitual en mí, lo hice todo mal. Al final, la herí profundamente y no le pedí disculpas.

En mi ausencia, mi mejor amiga luchó contra el cáncer y se sometió a una doble mastectomía. No estuve a su lado cuando se le cayó el pelo, cuando las pruebas dieron malos resultados, ni cuando decidió dejar el tratamiento. Lo lamentaré mientras viva.

—La segunda tanda fue brutal —asegura otra mujer, que parece recién salida de una clase de yoga, con unas mallas negras, bailarinas y una chaqueta de punto negra enorme.

—Yo estaba con ella cuando se afeitó la cabeza —comenta otra mujer—. Bromeaba diciendo que parecía la teniente Kate. Nunca la vi llorar.

Trago saliva.

—Llevó pastelitos de limón a la obra de Marah, ¿os acordáis? —interviene otra persona—. Solo a Katie se le ocurriría ponerse a hacer

dulces cuando estaba a punto de...

—Morirse —termina la frase alguien en voz baja y finalmente las mujeres dejan de hablar.

No lo soporto más. Kate me pidió que hiciera sonreír a la gente. «Nadie sabe animar una fiesta como tú, Tul. Hazlo por mí».

«Cómo no, amiga».

Me libero de las mujeres y me acerco al reproductor de CD. Esa música de jazz para viejos no ayuda nada.

—Esto es para ti, Katie Scarlett —digo, mientras introduzco un CD en la ranura. Cuando empieza a sonar la música, subo el volumen a tope.

Veo a Johnny al otro lado de la habitación. El amor de su vida y, tristemente, el único hombre de la mía. El único hombre con el que he podido contar. Cuando lo miro, veo lo hecho polvo que está, cómo está de destrozado. Puede que, si no lo conociera, no me hubiera dado cuenta: los hombros caídos, el afeitado matutino irregular, las arrugas que se le han quedado grabadas bajo los ojos por la sucesión de noches en vela. Sé que no puede ofrecerme ningún consuelo, que el dolor lo ha dejado en carne viva.

Conozco a ese hombre prácticamente de siempre, primero como jefe y luego como marido de mi mejor amiga. En todos los grandes acontecimientos de nuestras vidas hemos estado juntos y eso me reconforta. El mero hecho de verlo alivia un poco mi soledad. Lo necesito para sentirme menos sola en este día en el que he perdido a mi mejor amiga. Antes de que pueda ir hacia él, me da la espalda.

La música, nuestra música, se filtra como un elixir en mis venas, me colma. Sin pensarlo siquiera, me balanceo siguiendo el ritmo. Sé que debería sonreír, pero mi tristeza se está despertando de nuevo, invadiéndome. Veo cómo me mira la gente. Fijamente. Como si desentonara por alguna razón. Pero esas personas no la conocían. Yo era su mejor amiga.

La música, nuestra música, me la devuelve como ninguna palabra jamás podría hacerlo.

—Katie —murmuro, como si estuviera a mi lado.

Veo que la gente se aleja de mí.

No me importa lo que piensen. Me giro y ahí está ella.

Kate.

Me detengo frente a un caballete. En él hay una foto en la que salimos Kate y yo, jóvenes y sonrientes, abrazándonos. No recuerdo cuándo nos la hicieron; en los años noventa, a juzgar por mi corte de pelo a lo «Rachel», de *Friends* —que no me favorecía en absoluto—, por mi chaleco y mis pantalones cargo.

El dolor hace que me fallen las piernas y caigo de rodillas. Las lágrimas que he estado conteniendo durante todo el día brotan entre grandes sollozos desgarradores. Empieza a sonar *«Don...n't stop bee-lieving»*[8], de Journey, y lloro aún más fuerte.

¿Cuánto tiempo me paso allí? Una eternidad.

Finalmente, siento una mano en mi hombro y una caricia amable. Levanto la vista y veo a Margie a través de mis lágrimas. La ternura de su mirada me hace llorar de nuevo.

—Vamos —me dice, ayudándome a ponerme en pie. Me aferro a ella, dejo que me lleve a la cocina, que está llena de mujeres fregando platos, y luego al cuarto de la colada, donde reina el silencio. Nos abrazamos en silencio. ¿Acaso hay algo que decir? La mujer que amamos se ha ido.

Se ha ido.

De repente estoy agotada. Exhausta. Siento que me doblo como un tulipán marchito. El rímel me escuece en los ojos; sigo viendo borroso a causa de las lágrimas. Acaricio el hombro de Margie y noto lo delgada y frágil que se ha quedado.

La sigo al exterior del oscuro lavadero y vuelvo a la sala de estar, pero soy consciente de inmediato de que no puedo permanecer aquí. Avergonzada, me doy cuenta de que no puedo hacer lo que Kate me pidió. No puedo fingir celebrar su vida. Me resulta imposible hacerlo en este momento. A mí, que me he pasado la vida fingiendo estar estupendamente. Es demasiado pronto.

Cuando me doy cuenta, ya es por la mañana. Antes siquiera de abrir los ojos, un pensamiento asalta mi mente: «Se ha ido».

Emito un fuerte gemido. ¿Esta va a ser mi nueva vida, este redescubrimiento constante de la pérdida?

Al salir de la cama, noto que empieza a dolerme la cabeza. El dolor se concentra detrás de mis ojos, palpitante. He vuelto a llorar en sueños. Es un viejo hábito de la infancia que el dolor ha reactivado. Me recuerda que soy frágil.

Es un estado que me irrita, pero parece que no soy capaz de encontrar la fuerza necesaria para combatirlo.

Mi habitación también me resulta extraña. Apenas he estado aquí en los últimos cinco meses. En junio, cuando me enteré de lo del cáncer de Kate, cambié mi vida de la noche a la mañana; lo dejé todo —mi exitoso programa de entrevistas en televisión y mi edificio— y dediqué mi vida a cuidar de mi mejor amiga.

Suena el teléfono y me acerco a él a trompicones, agradeciendo

cualquier distracción. En la pantalla pone «Ryan» y lo primero que pienso es: «Está llamando Kate». Siento un subidón de alegría. Entonces me acuerdo.

Descuelgo.

—¿Sí? —digo, escuchando la tensión de mi propia voz.

—¿Qué te pasó anoche? —me pregunta Johnny, sin molestarse siquiera en saludar.

—No podía soportarlo más —digo, desplomándome en el suelo al lado de la cama—. Lo intenté.

—Ya. Menuda sorpresa.

—¿Qué significa eso? —Me siento—. ¿Te refieres a la música? Es lo que Kate quería.

—¿Hablaste al menos con tu ahijada?

—Lo intenté —respondo, molesta—. Pero solo quería estar con sus amigas. Y les leí un cuento a los niños antes de dormir. Pero... —Se me quiebra la voz—. No podía soportarlo, Johnny. Estar sin ella...

—Estuviste bien durante los dos años que os distanciasteis.

Inspiro con fuerza. Nunca me había dicho algo así. En junio, cuando Kate llamó y fui corriendo al hospital, Johnny volvió a acogerme en la familia sin rechistar.

—Ella me perdonó. Y créeme, no estuve bien.

—Ya.

—¿Me estás diciendo que tú no me has perdonado?

Él suspira.

—Eso ya no importa —dice, tras una pausa—. Ella te quería. Ya está. Y todos lo estamos pasando mal. Dios. ¿Cómo vamos a salir adelante? Cada vez que veo la cama, o su ropa en el armario... —Se aclara la garganta—. Nos vamos hoy a Kauai.

—¿Qué?

—Necesitamos pasar tiempo juntos. Tú misma lo dijiste. Salimos a las dos, con Hawaiian.

—No hay mucho tiempo para prepararse —digo. Una imagen florece en mi mente: los cinco en la playa, recuperándonos juntos—. Es perfecto. Sol y...

—Ya. Te dejo.

Tiene razón. Ya hablaremos luego. Ahora debo darme prisa.

Cuelgo y me pongo en marcha. El equipaje para ir al paraíso se prepara en un suspiro y en menos de veinte minutos estoy duchada y con la maleta lista. Me recojo el pelo húmedo en una cola de caballo y me maquillo tan rápido como puedo. Johnny odia que llegue tarde. Él

lo llama «horario de Tully» y no sonríe cuando lo dice.

Elijo en el vestidor un vestido de Lilly Pulitzer blanco y azul verdoso oscuro y lo combino con unas sandalias de tacón plateadas y un sombrero de paja blanco.

Mientras me pongo el vestido de punto, me imagino las vacaciones. Es algo que necesito: un tiempo de desconexión con la única familia que tengo. Lloraremos juntos, compartiremos recuerdos y mantendremos vivo el espíritu de Kate entre nosotros.

Nos necesitamos los unos a los otros. Yo los necesito desesperadamente.

Estoy lista a las 11.20 —solo unos minutos más tarde del horario ideal— y pido una limusina. No es tan tarde. En realidad nadie necesita estar dos horas antes en el aeropuerto.

Cojo mi bolsa de viaje con ruedas y salgo del apartamento. Abajo, una limusina negra me espera delante del edificio.

—A SeaTac —digo, depositando el equipaje en la acera, al lado del maletero.

Sorprendentemente, el tráfico es lento en esa cálida mañana de otoño. Miro el reloj una y otra vez.

—Acelere —le pido al conductor, tamborileando con el pie en el suelo. Una vez en SeaTac, llegamos a la terminal y salgo del coche antes de que el conductor pueda abrirme la puerta—. Dese prisa —le exijo, esperando a que baje mi equipaje, mientras consulto el reloj. Son las 11.47. Llego tarde.

Por fin, cojo el equipaje y echo a correr, sujetando el sombrero en la cabeza y arrastrando la bolsa tras de mí. El gran bolso de paja se me resbala del hombro y me araña el brazo desnudo. La terminal está llena de gente. Tardo un minuto en encontrarlos entre la multitud, pero ahí están, junto al mostrador de Hawaiian Airlines.

—¡Estoy aquí! —grito, saludando como la participante de un concurso que intenta hacerse notar. Corro hacia ellos. Johnny me mira confundido. ¿He hecho algo malo?

Me detengo sin aliento.

—¿Qué? ¿Qué pasa? Si es por la hora, lo he hecho lo mejor que he podido.

—Siempre llegas tarde —comenta Margie, con una sonrisa triste—. Pero no es eso.

—¿Voy demasiado arreglada? Traigo pantalones cortos y chanclas.

—¡Tully! —exclama Marah, sonriendo—. Menos mal.

Johnny se acerca a mí. Al mismo tiempo, Margie se aleja. Sus movimientos parecen escenificados, tan coreografiados como *El lago de los cisnes*, y eso me molesta. Johnny me agarra del brazo y me hace

a un lado.

—No estás invitada a este viaje, Tul. Es solo para nosotros cuatro. No puedo creer que hayas pensado...

Me siento como si me dieran un puñetazo en el estómago. Lo único que se me ocurre decir es:

—Ah. Cuando dijiste «nosotros», pensé que te referías a mí también.

—Lo entiendes —dice, formulándolo como una afirmación, no como una pregunta.

Al parecer soy tonta por no entenderlo.

Me siento de nuevo como esa niña de diez años abandonada, sentada en las escaleras sucias de un portal de la ciudad, olvidada por mi madre, preguntándome por qué es tan fácil dejarme atrás.

Los gemelos se ponen a ambos lados de nosotros, rebosantes de entusiasmo, eufóricos por la aventura. Tienen el pelo castaño y rebelde, demasiado largo y rizado en las puntas, los ojos de un azul intenso y sus sonrisas han reaparecido desde el día anterior.

—¿Vienes a Kauai con nosotros, Tully? —me pregunta Lucas.

—Vamos a hacer surf —señala Wills. Puedo imaginar lo agresivo que será en el agua.

—Tengo que trabajar —respondo, aunque todo el mundo sabe que he dejado mi programa.

—Claro —dice Marah—. Porque si tú vinieras sería divertido, así que nanay.

Dejo a los niños y voy hacia Marah, que está sola, haciendo algo en el teléfono.

—Dale un poco de cancha al viejo. Tú eres demasiado joven para saber lo que es el amor verdadero, pero ellos lo encontraron y él la ha perdido.

—¿Y la arena le va a ayudar?

—Marah...

—¿Puedo quedarme contigo?

Lo deseo con todas mis fuerzas y, aunque soy muy dada a mirarme el ombligo —cuando discutíamos, Kate solía llamarme «narcisista»—, reconozco un fracaso estrepitoso cuando lo tengo delante de las narices. No pinto nada allí. Y Johnny no está de humor para esas cosas. Se le nota.

—No, Marah. Esta vez no. Necesitas estar con tu familia.

—Creía que tú eras parte de la familia.

—Divertíos. —Es lo único que soy capaz de decir.

—Paso.

Mientras los veo alejarse, me siento abrasadora y dolorosamente

sola. Ninguno de ellos se gira para mirarme.

Margie se acerca y me acaricia la cara. Me presiona la mejilla con una palma suave y arrugada. Percibo el olor de la loción cítrica para manos que tanto le gusta, además de un leve aroma a cigarrillos mentolados.

—Lo necesitan —dice en voz baja. Percibo el tono ronco de su voz y me doy cuenta de que está agotada—. ¿Te encuentras bien?

Su hija ha muerto y ella está preocupada por mí. Cierro los ojos, mientras pienso que ojalá fuera más fuerte.

Entonces la oigo llorar; es un sonido tan suave como el de una pluma al caer, casi imperceptible entre el ruido del aeropuerto. Ha sido fuerte durante mucho tiempo, por su hija y por todos los demás. Sé que las palabras no sirven de nada, así que no pronuncio ninguna. Me limito a estrecharla entre mis brazos y a abrazarla. Finalmente, se separa y retrocede.

—¿Quieres venir a casa con nosotros?

No quiero estar sola, pero tampoco puedo ir a la casa de Firefly Lane. Todavía no.

—No puedo —digo. Veo que lo entiende.

Después de eso, cada una toma su camino.

Cuando llego a casa, recorro las habitaciones del apartamento del rascacielos. Ese sitio nunca ha sido un hogar. Nadie ha vivido en él excepto yo y, en realidad, me he limitado a residir ahí. Hay pocos recuerdos u objetos personales. Mi diseñadora lo eligió casi todo y, según parece, le gustaba el marfil. Todo es de algún tono de blanco: los suelos de mármol, los ásperos muebles de color crema y las mesas de piedra y cristal.

En cierto modo es bonito y parece el hogar de una mujer que lo tiene todo. Pero ahí estoy, con cuarenta y seis años, sola.

El trabajo.

Siempre he dado prioridad a mi carrera, una y otra vez. Desde que puedo recordar, siempre he soñado con «S» mayúscula. Todo comenzó en la casa de Firefly Lane, con Kate, cuando teníamos catorce años. Recuerdo aquel día como si fuera ayer; es una historia que he contado en decenas de entrevistas a lo largo de los años. Katie y yo estábamos en su casa y Margie y Bud veían las noticias. Margie se giró hacia mí y dijo: «Jean Enersen está cambiando el mundo. Es una de las primeras mujeres presentadoras de los informativos de la noche».

Y yo respondí: «Voy a ser periodista».

Decir aquello me había resultado tan natural como respirar. Quería

convertirme en una mujer que el mundo entero admirara. Lo conseguí renunciando a todos mis sueños excepto a uno: necesitaba el éxito como un pez necesita el agua. Sin él, ¿quién sería? Solo una chica sin familia a la que era fácil ignorar y dar la espalda.

Es todo lo que tengo en la vida: fama, dinero y éxito.

Entonces caigo en la cuenta. Es hora de volver al trabajo.

Será así como supere el dolor. Haré lo que siempre he hecho. Mostraré fortaleza y fingiré. Dejaré que la adoración de los desconocidos me alivie.

Voy al armario y me cambio el vestido de punto por unos pantalones y una blusa negros. Me doy cuenta de que he engordado. Los pantalones me aprietan tanto que no puedo subir la cremallera.

Frunzo el ceño. ¿Cómo es posible que no haya notado el aumento de peso en los últimos meses? Cambio de idea y me pongo una falda de punto, mientras observo mi barriga abultada y mis caderas ensanchadas.

Genial. Otra cosa de la que preocuparse: el aumento de peso en la era de la alta definición. Cojo el bolso y salgo, ignorando el montón de correo que el administrador del edificio ha dejado sobre la encimera de la cocina.

Solo hay unas cuantas manzanas hasta mi estudio y suelo llamar a un chófer para que me recoja, pero hoy, en honor a mi culo gordo, decido caminar. Hace un día de otoño precioso en Seattle, una de esas obras maestras del sol que convierten la ciudad en una de las más bonitas del país. Los turistas se han ido a casa y, por lo tanto, las aceras están tranquilas, pobladas de lugareños que van de un lado a otro sin establecer contacto visual.

Llego al gran edificio tipo almacén que alberga mi empresa de producción. Firefly, Inc. El espacio es absurdamente caro porque está situado en Pioneer Square, a menos de una manzana de las azules orillas de la bahía de Elliott, pero ¿qué me importa a mí el precio? El programa que produzco genera millones.

Desbloqueo la puerta y entro. Los pasillos están oscuros y vacíos, un crudo recordatorio de que me marché sin mirar atrás. Las sombras confluyen en las esquinas y se agazapan en los pasillos. Mientras camino hacia el estudio, noto que el corazón se me acelera. Mi frente se perla de sudor y me pica. Se me humedecen las palmas de las manos.

Por fin llego allí, estoy de pie ante la cortina roja que separa los bastidores de mi mundo. Abro la cortina.

La última vez que estuve en ese escenario, le hablé a mi público de Katie, de que le habían diagnosticado un cáncer de mama

inflamatorio, expliqué cuáles eran los síntomas y me despedí. Ahora tendría que hablar de lo que había sucedido, contar lo que había sentido al sentarme al lado de la cama de mi mejor amiga, al cogerla de la mano y decirle que todo iba a salir bien, mucho después de que eso dejara de ser cierto. O cómo había sido recoger sus pastillas y vaciar el agua que quedaba en la jarra, junto a su cama vacía.

Me apoyo en el poste separador que está a mi lado. Su tacto es frío e implacable, pero me mantiene en pie.

No puedo hacerlo. Todavía no. No puedo hablar de Katie y, si no puedo hablar de ella, no puedo volver a mi antigua vida, a mi escenario, y ser la Tully Hart de la programación diurna.

Por primera vez en mi vida, no sé quién soy. Necesito un poco de tiempo para mí, para poder recuperar el equilibrio.

Cuando vuelvo a salir a la calle, está lloviendo. El tiempo en Seattle es así de impredecible. Me aferro al bolso y camino con pesadez por la acera resbaladiza; me sorprendo al llegar sin aliento a mi edificio.

Una vez allí, me detengo.

¿Y ahora qué?

Subo al ático y entro distraídamente en la cocina, donde el correo se encuentra apilado en incontables montoncitos. Es curioso pero, durante los meses que estuve ausente, no volví a pensar en los engranajes de mi otra vida. No revisé los mensajes, ni abrí las facturas, ni siquiera dediqué demasiado tiempo a pensar en todo eso. Contaba con que la maquinaria que hacía girar mi vida —agentes, gestores, contables, corredores de bolsa— me mantuviera bien encaminada.

Sé que tengo que volver a ocuparme de ello, tomar de nuevo las riendas y recuperar mi vida, pero, sinceramente, la idea de revisar todo este correo me resulta desalentadora. En lugar de ello, llamo a mi gestor, Frank. Delegaré toda la responsabilidad en él. Para eso le pago: para que abone mis facturas, invierta mi dinero y me haga la vida más fácil. Es lo que necesito en estos momentos.

El teléfono suena varias veces y salta el buzón de voz. No me molesto en dejar ningún mensaje. ¿Es sábado?

Puede que me siente bien una siesta. La señora Mularkey siempre decía que una buena noche de sueño podía cambiarlo todo y yo necesito un cambio. Así que voy a mi habitación, cierro las cortinas y me meto en la cama. Durante los cinco días siguientes, no hago prácticamente nada, excepto comer demasiado y dormir mal. Cada mañana, al despertar, pienso que ya basta, que ese día conseguiré dejar atrás mi dolor y volver a ser yo, y cada noche bebo hasta no

recordar el sonido de la voz de mi mejor amiga.

Y entonces, el sexto día después del funeral de Kate, se me enciende la bombilla. Es una idea tan genial y perfecta que no puedo creer que no se me haya ocurrido antes.

Necesito un cierre. Así podré dejar atrás toda esta oscura tristeza y seguir adelante, así me recuperaré. Necesito mirar a esta pena a los ojos y decirle adiós. Necesito ayudar a Johnny y a los niños.

De repente, sé cómo hacerlo.

Ya es de noche cuando llego al camino de entrada de la casa de los Ryan y aparco. El cielo, de color púrpura y carbón, está plagado de estrellas y una tenue brisa otoñal ondula las verdes faldas de los cedros que bordean la propiedad. Me cuesta sacar las cajas de cartón para mudanzas sin montar de mi pequeño y elegante Mercedes y transportarlas a través del agreste jardín delantero, que está sembrado de juguetes infantiles y lleno de maleza. En el último año, los trabajos de jardinería y mantenimiento apenas han figurado en la agenda de nadie.

El interior de la casa está más oscuro y silencioso que nunca.

Me detengo y pienso: «No puedo hacerlo». ¿En qué estaría pensando?

«El cierre».

Pero hay algo más, otra cosa. Recuerdo la última noche que pasamos juntas Katie y yo. Ella había tomado una decisión; todos lo sabíamos. La decisión nos pesaba, así que nos movíamos más lentamente y hablábamos en susurros. Teníamos una última hora a solas, para nosotras dos. Me habría gustado meterme en la cama con ella, abrazar su cuerpo escuálido, pero, incluso con el cóctel de pastillas que tomaba para el dolor, era algo que ya no podía hacer. Cada respiración le dolía y, por extensión, a mí también.

«Cuídalos —me susurró, estrechando mi mano entre las suyas—. Lo he dado todo por ellos. —Se rio después de decir aquello, con una especie de exhalación jadeante y entrecortada—. No sabrán cómo empezar de nuevo sin mí. Ayúdalos».

«¿Y quién me ayudará a mí?», le pregunté yo.

La vergüenza de ese momento me abruma, me oprime el estómago.

«Yo siempre estaré a tu lado», me mintió ella y ahí acabó todo.

Entonces me pidió que llamara a Johnny y a los niños.

Y lo supe.

Aprieto con más fuerza las cajas y subo las escaleras, ignorando el modo en que los bordes de los cartones chocan contra los desgastados

peldaños rayados. Me detengo en el dormitorio de Kate y Johnny, sintiéndome de repente reacia a entrometerme.

«Ayúdalos».

¿Qué me dijo Johnny la última vez que hablamos? «Cada vez que veo su ropa en el armario...».

Trago saliva y entro en el vestidor, encendiendo la luz. La ropa de Johnny está en el lado derecho, perfectamente ordenada. La de Kate está en el izquierdo.

Al ver sus cosas, estoy a punto de perder los nervios; me fallan las rodillas. Tambaleándome, monto una de las cajas, pego los extremos con cinta adhesiva y la dejo a mi lado. Cojo un montón de ropa colgada en perchas y me siento sobre el frío suelo de madera.

Jerséis. Chaquetas de lana, jerséis de cuello alto y de pico. Doblo todos y cada uno de ellos con cuidado, con reverencia, inhalando los restos de su olor a lavanda y a cítricos.

Lo llevo bastante bien hasta que llego a una sudadera gris de la Universidad de Washington gastada y dada de sí, suave tras años de lavados.

Un recuerdo me viene a la mente: estamos en la habitación de Kate, haciendo las maletas para irnos juntas a la universidad. Somos un par de chicas de dieciocho años que han imaginado ese momento durante años, que han hablado de él todo el verano, que han sacado brillo a su sueño hasta dejarlo reluciente. Vamos a entrar en la misma hermandad y a convertirnos en periodistas famosas.

«A ti seguro que te aceptan», me había dicho Kate en voz baja. Yo me había dado cuenta de que ella tenía miedo porque era una chica poco popular a la que sus compañeros llevaban años llamando «piojo acuático».

«Sabes que no me uniré a ninguna hermandad a menos que estemos juntas, ¿verdad?».

Eso era algo que Kate nunca había entendido, o al menos que nunca había creído: yo la necesitaba más que ella a mí.

Doblo la sudadera y la dejo a un lado. Me la llevaré a casa.

Paso el resto de la noche sentada en el vestidor de mi mejor amiga, recordando nuestra amistad y guardando en cajas su vida. Al principio intento ser fuerte y eso me produce un terrible dolor de cabeza.

Su ropa es como un álbum de recortes de nuestras vidas.

Por fin, llego a una chaqueta que no está de moda desde finales de los ochenta. Se la regalé por su cumpleaños, con el primer sueldo decente que gané. Tiene unas hombreras tremendas, llenas de brillos.

«No puedes permitirte esto», había protestado ella, al sacar el traje morado de doble botonadura de la caja.

«Todo llegará».

Ella se había reído.

«Ya. Para ti. Yo estoy embarazada y cada vez más gorda».

«Vendrás a verme a Nueva York cuando nazca el bebé y necesitarás algo molón que ponerte...».

Me levanto. Estrechando la chaqueta contra el pecho, bajo las escaleras y me sirvo otra copa de vino. Oigo la voz de Madonna a través de los altavoces del salón. Cuando me detengo a escuchar, recuerdo que he dejado los platos del almuerzo sobre la encimera y que debería tirar a la basura las cajas de comida para llevar de la cena, pero ¿cómo voy a poder pensar en eso cuando la música está dentro de mí de nuevo, haciéndome retroceder en el tiempo?

Vogue. Habíamos bailado mucho al ritmo de esa canción con trajes como aquel. Voy hacia el reproductor de CD y subo el volumen para poder oírla desde arriba. Por un momento, cierro los ojos y bailo, sujetando su chaqueta, y me la imagino allí, dándome caderazos y riendo. Luego vuelvo al trabajo.

Me despierto en el suelo del vestidor, vestida con unos de sus pantalones negros de chándal y la vieja sudadera de la Universidad de Washington. La copa de vino que tengo al lado se ha volcado y se ha roto en pedazos. La botella está vacía. No me extraña que me encuentre tan mal.

Intento incorporarme, mientras me aparto el pelo de los ojos. Es mi segunda noche aquí y casi he terminado de guardar las cosas de Kate. Su lado del armario está completamente vacío y hay seis cajas apiladas bajo la barra plateada.

En el suelo, junto a la copa de vino rota, está el diario de Kate, el que escribió durante sus últimos meses de vida.

«Marah me buscará algún día —me había dicho Kate, poniendo el diario en mis manos—. Quiero que estés con ella cuando lo lea. Y a mis niños... enséñales estas palabras cuando no puedan recordarme».

La música sigue sonando abajo a todo volumen. La noche anterior bebí demasiado vino y olvidé apagarla. Prince. *Purple Rain*.

Me levanto. No tengo fuerzas, pero al menos he hecho algo. Eso le facilitará las cosas a Johnny cuando vuelva. Era un trabajo difícil que le habría resultado duro hacer.

Abajo, la música se apaga.

Me doy la vuelta con el ceño fruncido pero, antes de salir del vestidor, Johnny aparece en la puerta.

—¿Qué coño es esto? —me grita.

Estoy tan sorprendida, que me quedo allí mirándolo. ¿Ya han vuelto de Kauai?

Él se fija en las cajas que están alineadas contra la pared, con inscripciones del tipo: «Ropa de verano de Kate», «Beneficencia» y «Kate: varios».

Veo su dolor, cómo lucha por mantener la compostura mientras sus hijos suben y se detienen a su lado. Voy hacia él, esperando que me abrace. Al ver que no lo hace, retrocedo. Las lágrimas me abrasan los ojos.

—Sabía que no querrías...

—¿Cómo te atreves a entrar en esta casa, revisar sus cosas y meterlas en cajas como si fueran basura? —Sus palabras vibran y se le quiebra la voz—. ¿Llevas puesta su sudadera?

—Solo quería ayudar.

—¿Ayudar? ¿Dejar las botellas de vino y los cartones de comida vacíos sobre la encimera es ayudar? ¿Poner la música a todo volumen es ayudar? ¿Crees que me ayudará ver su armario vacío?

—Johnny... —Me acerco a él. Me empuja con tanta fuerza que tropiezo y casi dejo caer el diario.

—Dame eso —dice, con la voz tensa como un alambre.

Estrecho el cuaderno contra el pecho y me alejo.

—Ella me lo confió. Se supone que debo estar con Marah cuando lo lea. Se lo prometí a Katie.

—Cometió muchos errores contigo.

Niego con la cabeza. Está sucediendo todo tan rápidamente que apenas logro procesarlo.

—¿He cometido un error al vaciar su armario? Pensaba que...

—Tú siempre has pensado solo en ti misma, Tully.

—Papá —interviene Marah, tirando de sus hermanos hacia ella—. A mamá no le gustaría...

—Ella ya no está —replica él, bruscamente. Veo cómo esas palabras lo golpean, cómo el dolor le cambia la cara, y susurro su nombre, sin saber qué decir. Se equivoca. Yo quería ayudar.

Johnny se aleja de mí. Se pasa una mano por el pelo y mira a sus hijos, que ahora parecen asustados e inseguros.

—Nos mudamos —anuncia.

Marah se pone pálida.

—¿Qué?

—Que nos mudamos —repite Johnny, esa vez con mayor control—. A Los Ángeles. He aceptado un trabajo nuevo. Necesitamos volver a empezar. No puedo vivir aquí sin ella —dice, señalando el dormitorio. Ni siquiera puede mirar la cama. En lugar de ello, me mira a mí.

—Si es porque he intentado ayudar...

Él se ríe, emitiendo un sonido seco y rasposo.

—Siempre creyéndote el ombligo del mundo. ¿No me has oído? No puedo vivir en su casa.

Extiendo la mano hacia él.

Él me esquiva.

—Lárgate, Tully.

—Pero...

—Que te largues —repite. Me doy cuenta de que lo dice en serio.

Me aferro al diario y paso rápidamente por delante de él. Abrazo a los dos niños a la vez, con fuerza, y beso sus mejillas regordetas, tratando de grabar sus imágenes en mi alma.

—Vendrás a visitarnos, ¿verdad? —pregunta Lucas, con voz entrecortada. Ese pequeñín ha perdido demasiadas cosas y la incertidumbre de su voz me mata.

Marah me agarra del brazo.

—Déjame vivir contigo.

Detrás de nosotras, Johnny se ríe amargamente.

—Debes estar con tu familia —contesto en voz baja.

—Esto ya no es una familia. —Los ojos de Marah se llenan de lágrimas—. Le prometiste que siempre contaría contigo.

No puedo seguir escuchando. Me abrazo a mi ahijada con tal fuerza y desesperación que ella intenta zafarse. Cuando me aparto y salgo de la habitación, apenas soy capaz de ver a través de las lágrimas.

6

*P*uedes dejar de tararear? —le pido a Kate—. ¿Cómo quieres que piense con ese escándalo? No son recuerdos precisamente agradables para mí.

—*No estoy tarareando*.

—Vale. Pues deja de pitar. ¿Quién eres, el Correcaminos? —Al principio se trata de un sonido suave, como el zumbido de un mosquito cerca del oído, pero cada vez se vuelve más intenso, hasta hacerse insoportable—. Deja de hacer ese ruido. —Se me está levantando dolor de cabeza.

Y menudo dolor de cabeza. Nace detrás de mis ojos y se va filtrando hasta convertirse en una migraña que me golpea como un martillo.

—*Yo estoy calladita como una tumba*.

—Muy graciosa. Espera. No eres tú. Parece la alarma de un coche. Pero ¿qué co...?

LAHEMOSPERDIDO, dice alguien, o más bien lo grita. Pero ¿quién?

A mi lado, oigo suspirar a Katie. Es un sonido triste, como el desgarrón de un encaje antiguo.

—*Se ha acabado el tiempo* —susurra, después de pronunciar mi nombre. Me asusta tanto el hastío de su voz como la propia frase en sí. ¿He agotado el tiempo que se me había asignado? ¿Por qué no he dicho más cosas? ¿Por qué no he hecho más preguntas? ¿Qué me ha pasado? Sé que ella lo sabe.

—¿Kate?

Nada.

De repente, me caigo y reboto.

Oigo voces, pero las palabras no tienen sentido y el dolor es tan agudo, tan brutal, que tengo que esforzarme por no gritar.

APARTAD.

Siento que mi espíritu se evapora, que abandona mi cuerpo. Quiero abrir los ojos, o puede que ya los tenga abiertos, no lo sé. Solo tengo claro que esta oscuridad es horrible, fría, densa como la carbonilla. Grito pidiendo ayuda, pero todo está en mi cabeza y lo sé. No puedo abrir la boca. El sonido que imagino resuena y se desvanece, igual que yo...

3 de septiembre de 2010
06.27 horas

Johnny estaba delante de la sala nueve de Traumatología. Había tardado solo cinco segundos en tomar la decisión de seguir al doctor Bevan hasta allí y aún menos en decidirse a abrir la puerta. Al fin y al cabo, era periodista. Su trabajo se basaba en ir a sitios en los que no era bien recibido.

Mientras abría la puerta, una mujer en bata lo arrolló y lo empujó hacia un lado.

Él la dejó pasar y se coló en la sala abarrotada. La luz era deslumbrante y había un enjambre de personas vestidas con bata reunidas alrededor de una camilla. Hablaban todas a la vez, moviéndose de un lado a otro como las teclas de un piano. Sus cuerpos le impedían ver a la paciente; solo alcanzaba a vislumbrar los dedos de unos pies desnudos que sobresalían bajo una sábana azul.

Estaba sonando una alarma.

—¡La hemos perdido! ¡Carga! —gritó alguien.

Un zumbido agudo se elevó por encima de las voces de la habitación. La reverberación de aquel sonido le llegó al alma.

—Apartad.

Johnny oyó un fuerte ruido y el cuerpo que había sobre la mesa se arqueó y volvió a desplomarse de golpe. Uno de sus brazos cayó hacia un lado, descolgándose por el lateral de la camilla.

—Ha vuelto —dijo alguien.

Johnny vio que los latidos de un corazón aparecían en el monitor. El enjambre pareció relajarse. Unas cuantas enfermeras se apartaron de la cama y por primera vez pudo ver a la paciente.

Tully.

Fue como si el aire volviera a entrar en la habitación. Johnny por fin pudo respirar hondo. El suelo estaba lleno de sangre. Una enfermera resbaló con ella y estuvo a punto de caerse.

Johnny se acercó a la cama. Tully yacía en ella inconsciente, con la cara destrozada y ensangrentada; un hueso le sobresalía a través de la carne desgarrada de uno de sus brazos.

Él susurró su nombre; o quizá creyó haberlo hecho. Se coló entre dos enfermeras, una que le estaba poniendo una vía y otra que había tirado hacia arriba de una sábana azul para cubrir el pecho desnudo de Tully.

El doctor Bevan apareció a su lado.

—No debería estar aquí.

Johnny rechazó el comentario con un gesto de la mano, pero no

fue capaz de responder. Tenía muchísimas preguntas que hacerle a aquel hombre y, sin embargo, mientras estaba allí de pie, conmocionado por la magnitud de las heridas de Tully, lo único que sentía era vergüenza. De algún modo, hasta cierto punto, él era responsable de aquello. Había acusado a Tully de algo que no era culpa suya y la había apartado de su vida.

—Tenemos que llevarla al quirófano, señor Ryan.

—¿Sobrevivirá?

—No pinta bien —reconoció el doctor Bevan—. Quítese de en medio.

—Sálvela —le pidió Johnny, retrocediendo a trompicones cuando la camilla pasó rodando por delante de él.

Aturdido, salió de la habitación, cruzó el pasillo y se dirigió a la sala de espera de cirugía del cuarto piso, donde había una mujer sentada en un rincón, con las agujas de tejer en la mano, llorando.

Él le dio sus datos a la mujer del mostrador, le dijo que estaba esperando noticias de Tully Hart y se sentó al lado de la televisión apagada. Sintiendo el primer pinchazo lejano de un dolor de cabeza, se inclinó hacia atrás.

Intentó no pensar en todo lo que había salido mal en los años que llevaba sin Kate, en todos los errores que había cometido, algunos de ellos muy graves. En lugar de ello, rezó a un Dios en el que había dejado de creer el día de la muerte de su esposa y al que había vuelto a recurrir cuando su hija había desaparecido.

Estuvo sentado en la sala de espera durante horas, viendo a la gente ir y venir. Todavía no había llamado a nadie. Antes quería conocer el estado de Tully. Ya había habido suficientes llamadas trágicas en su familia. Bud y Margie se habían mudado a Arizona; Johnny no quería que Margie saliera corriendo hacia el aeropuerto a menos que fuera estrictamente necesario. Habría llamado a la madre de Tully aun a esas horas de la mañana, pero no tenía idea de cómo localizarla.

Y luego estaba Marah. Johnny no sabía siquiera si le cogería el teléfono.

—¿Señor Ryan? —Johnny levantó la vista bruscamente y vio que el neurocirujano se acercaba a él. Quiso ponerse en pie para reunirse con él a medio camino, pero se sentía demasiado débil. El cirujano le puso una mano en el hombro—. ¿Señor Ryan?

Johnny se obligó a ponerse en pie.

—¿Cómo está, doctor Bevan?

—Ha sobrevivido a las cirugías. Venga conmigo. —Johnny dejó que lo sacara de la sala de espera pública y le hiciera pasar a una

pequeña sala de reuniones sin ventanas que había al lado. En lugar de un arreglo floral en el centro de la mesa había una caja de pañuelos de papel. Tomó asiento. El doctor Bevan se sentó frente a él—. Ahora mismo, la mayor preocupación es el edema cerebral, la hinchazón de su cerebro. Ha sufrido un traumatismo craneoencefálico grave. Le hemos puesto una derivación para ayudarla con la hinchazón, pero no sabemos si funcionará. Hemos bajado su temperatura corporal y le hemos inducido el coma para aliviar la presión, pero se encuentra en estado crítico. Está conectada a un respirador.

—¿Puedo verla? —preguntó Johnny.

El médico asintió.

—Claro. Venga conmigo.

Este lo condujo por un pasillo blanco tras otro, le hizo subir a un ascensor y bajarse de él. Finalmente, llegaron a la UCI. El doctor Bevan se dirigió a una habitación privada acristalada, una de las doce ubicadas en forma de «U» alrededor de un concurrido puesto de enfermería.

Tully yacía en una cama estrecha, rodeada de máquinas. Le habían afeitado la cabeza y le habían hecho un agujero en el cráneo. Un catéter y una bomba trabajaban para aliviar la presión de su cerebro. Había varios tubos insertados en ella: uno de respiración, otro de alimentación y otro en la cabeza. Una pantalla negra detrás de la cama mostraba la presión intracraneal; otra monitorizaba los latidos de su corazón. Tenía el brazo izquierdo escayolado. Su azulada piel pálida irradiaba frío.

—Las lesiones cerebrales son imposibles de predecir —dijo el doctor Bevan—. En realidad, todavía no conocemos el alcance de sus lesiones. Esperamos saber más en veinticuatro horas. Me gustaría poder ser más concluyente, pero este es un territorio incierto.

Johnny entendía de lesiones cerebrales. Había sufrido una cubriendo como reportero la primera guerra de Irak. Le había llevado meses de terapia volver a ser él mismo y, aun así, seguía siendo incapaz de recordar la explosión.

—¿Volverá a ser la misma, cuando se despierte?

—Si se despierta. En realidad esa es la cuestión. Su cerebro funciona, aunque no sabemos hasta qué punto, debido a la medicación que le estamos dando. Sus pupilas responden y eso es buena señal. El coma le dará tiempo a su cuerpo, o eso esperamos. Pero si se produce una hemorragia o la inflamación continúa...

No tuvo que terminar la frase. Johnny lo entendió perfectamente.

El ruido del respirador le recordaba con cada silbido que Tully no respiraba por sí misma.

Así era cómo sonaba jugar a ser Dios y mantener a alguien con vida: como una cacofonía de monitores que pitaban, indicadores que zumbaban y el respirador que silbaba.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó finalmente Johnny.

—Accidente de coche, por lo que tengo entendido, aunque desconozco los detalles. —El doctor Bevan se volvió hacia él—. ¿Es una mujer espiritual?

—No. Yo diría que no.

—Es una pena. La fe puede ser un consuelo en momentos como este.

—Ya —repuso Johnny, lacónicamente.

—Creemos que hablar con los pacientes en coma ayuda —añadió el doctor Bevan.

El médico le dio otra palmadita en el hombro y salió de la habitación.

Johnny se sentó junto a la cama. ¿Cuánto tiempo estuvo sentado allí, mirándola, pensando: «Lucha, Tully», susurrando palabras que no era capaz de decir en voz alta? El suficiente como para que la culpa y el arrepentimiento se convirtieran en un nudo en su garganta.

¿Por qué hacía falta una tragedia para ver la vida con claridad?

No se le ocurría qué decirle en esos momentos, después de que ambos se hubieran dicho y se hubieran callado tantas cosas.

Lo único que sabía con certeza era que, si Kate estuviera allí, le daría una patada en el culo por la forma en la que se había comportado tras su muerte y por cómo había tratado a su mejor amiga.

Así que hizo lo único que se le ocurrió para llegar a Tully. En voz baja, sintiéndose gilipollas pero haciéndolo de todos modos, empezó a cantar la primera canción que le vino a la cabeza, aquella que siempre le recordaba a Tully: *«Just a small town girl, living in a lo-nely world...»*[9].

¿Dónde estoy? ¿Estoy muerta? ¿Viva? ¿En algún estado intermedio?

—¿Kate? —Noto una brisa cálida a mi lado, que me alivia enormemente—. Katie —digo, girándome—. ¿Dónde estabas?

—*Me había ido* —se limita a responder ella—. *Pero ya he vuelto. Abre los ojos*.

¿Tengo los ojos cerrados? ¿Por eso está tan oscuro? Abro los ojos lentamente y siento como si me despertara con el sol en la cara. La luz y el calor son tan intensos que doy un respingo. Mis ojos tardan unos segundos en adaptarse a la claridad y, cuando lo hacen, compruebo

que estoy de nuevo en la habitación del hospital, con mi cuerpo. Allá abajo están operando a alguien. Varias personas vestidas con batas se encuentran alrededor de una mesa de operaciones. Los bisturíes y el instrumental brillan sobre las bandejas plateadas. Hay máquinas por todas partes que pitan, zumban y silban.

—*Mira, Tully*. —Yo no quiero—. *Mira*.

Me muevo a pesar de mi intención de no hacerlo. Un frío temor se ha apoderado de mí. Es peor que el dolor. Sé lo que voy a ver en esa mesa reluciente.

Soy yo. Y, en cierto modo, no lo soy.

Mi cuerpo está sobre la mesa, envuelto en algo azul, ensangrentado. Las enfermeras y el cirujano están hablando; alguien me está afeitando la cabeza.

Sin pelo, mi figura es diminuta y pálida, como la de una niña. Alguien vestido con ropa quirúrgica pinta con un líquido marrón mi cabeza calva.

Oigo un sonido similar al de una sierra circular poniéndose en marcha y se me revuelve el estómago.

—Esto no me gusta —le digo a Kate—. Llévame a otro sitio.

—*Seguiremos estando aquí, pero cierra los ojos*.

—Con mucho gusto.

Esta vez, la oscuridad repentina me asusta. No sé por qué. Es extraño, la verdad, porque aunque albergo muchas emociones sombrías en mi alma, el miedo no es una de ellas. No tengo miedo a nada.

—*Ja. Tienes más miedo al amor que nadie que haya conocido. Por eso sigues poniendo a prueba a la gente y alejándola. Abre los ojos*.

Abro los ojos y, por un segundo, todo sigue a oscuras, hasta que el color empieza a descender desde la impenetrable negrura de arriba, cayendo como esos códigos informáticos de *Matrix*, empezando a aparecer en hileras. Primero surge el cielo, de un azul perfecto y sin nubes, y luego los cerezos en flor, con penachos de flores rosas que se aferran a las ramas y se mecen con la agradable brisa. Los edificios se materializan como estructuras góticas de color rosa con elegantes alas y torres y, finalmente, aparece el verde, un césped verde surcado por caminitos de cemento que van en diferentes direcciones. Estamos en la Universidad de Washington. Los colores son intensísimos. Hay chicos y chicas por todas partes —o más bien niños— que llevan mochilas, juegan a pasarse la pelota y están tumbados sobre la hierba ante libros abiertos. En algún lugar hay un radiocasete encendido con el volumen al máximo y por los altavoces suena una versión estridente de *I've Never Been to Me*. Dios, cómo odiaba esa canción.

—Nada de esto es real, ¿verdad? —digo.

—*La realidad es relativa*.

No muy lejos de donde nos encontramos sentadas sobre la hierba, hay un par de chicas tumbadas juntas; una es morena y la otra es rubia. La rubia lleva pantalones de paracaidista y camiseta y tiene un cuaderno de la marca Trapper Keeper abierto delante de ella. La otra chica... Vale, soy yo, lo sé, me acuerdo de cuando llevaba el pelo así recogido y retirado de la cara con un enorme lazo metalizado y también de la sudadera blanca corta, caída sobre un hombro. Era mi favorita. Parecen —parecemos— tan jóvenes que no puedo evitar sonreír.

Me recuesto y la hierba me hace cosquillas bajo los brazos desnudos, mientras percibo su aroma dulce y familiar. Kate hace lo mismo. Volvemos a estar juntas, ambas mirando el mismo cielo azul. ¿Cuántas veces en los cuatro años que pasamos en la Universidad de Washington habríamos hecho exactamente lo mismo? La luz que nos rodea es mágica, tan clara y brillante como el champán vislumbrado a la luz del sol. Envuelta en su resplandor, me siento en paz. Ahí mi dolor es un recuerdo lejano, sobre todo con Kate de nuevo a mi lado.

—*¿Qué ha pasado esta noche*? —me pregunta ella, arrebatándome un poco de esa tranquilidad.

—No me acuerdo. —Curiosamente, es cierto. No me acuerdo.

—*Puedes recordarlo. Lo que pasa es que no quieres.*

—Tal vez haya una buena razón.

—*Tal vez*.

—¿Qué haces aquí, Kate?

—*Tú me has llamado, ¿te acuerdas? He venido porque me necesitas. Y para recordarte una cosa*.

—¿Qué?

—*Que estamos hechos de recuerdos, Tul. Al final, ese es el único equipaje que llevas contigo. El amor y los recuerdos es lo único que perdura. Por eso tu vida pasa ante tus ojos justo antes de morir: estás eligiendo los recuerdos que quieres. Es como hacer las maletas*.

—¿Amor y recuerdos? Pues entonces estoy jodida por partida doble. No me acuerdo de nada y lo del amor...

—*Escucha*.

Alguien está hablando.

«¿Volverá a ser la misma, cuando se despierte?».

—Oye, ese es...

—*Johnny*. —La forma en la que pronuncia el nombre de su marido rebosa amor y dolor.

«Si se despierta. En realidad esa es la cuestión», responde una voz

masculina.

Un momento. Están hablando de mi muerte. Y de la posibilidad de algo peor, de que me quede como un vegetal. Me viene una imagen a la mente: yo, postrada en una cama, mantenida por tubos, incapaz de pensar, hablar o moverme.

Me concentro con fuerza y regreso a la habitación de hospital.

Johnny está de pie junto a mi cama, mirándome. A su lado hay un desconocido con una bata azul.

«¿Es una mujer espiritual?», pregunta el desconocido.

«No. Yo diría que no», responde Johnny cansinamente. Parece tan triste que me entran ganas de cogerlo de la mano, incluso después de todo lo que ha pasado entre nosotros, o tal vez a causa de ello.

Él se sienta junto a la cama en la que está mi cuerpo.

«Lo siento», le dice a mi «yo» incapaz de oír. He esperado mucho tiempo para escucharle decir esas palabras, pero ¿por qué? Ahora puedo ver que me quiere. Lo percibo en sus ojos húmedos, en sus manos temblorosas, en la forma en la que inclina la cabeza para rezar. No está rezando, lo conozco perfectamente, ese gesto de bajar la barbilla al pecho es un signo de derrota. Me echará de menos, a pesar de todo. Y yo lo echaré de menos a él. «Lucha, Tully».

Quiero responderle, hacerle saber que lo he oído, que estoy ahí, pero nada funciona.

—Abre los ojos —le ordeno a mi cuerpo—. Abre los ojos. Dile que tú también lo sientes.

Y, entonces, Johnny empieza a cantar con voz quebrada y ronca.

«Just a small town girl...».

—*Adoro a ese hombre* —declara Kate.

Va por la mitad de la canción, cuando otra persona entra en la habitación. Un hombre fornido con un abrigo deportivo marrón barato y unos pantalones de vestir azules.

«Soy el inspector Gates», dice.

Oigo las palabras «accidente de coche» y me vienen algunas imágenes a la mente: una noche lluviosa, un poste de hormigón, mis manos sobre el volante. Casi conforman un recuerdo. Noto que las imágenes empiezan a unirse, adquiriendo significado, pero, antes de que pueda hilarlas, recibo un golpe tan fuerte en el pecho que salgo disparada de espaldas y choco contra la pared. El dolor es abrumador, insoportable.

CÓDIGOAZULLLAMADAALDOCTORBEVAN.

—¡Kate! —grito, pero ha desaparecido.

Los sonidos se vuelven atronadores, compuestos por ecos, golpes y pitidos. No puedo respirar. El dolor en el pecho me está matando.

APARTAD.

Me lanzan al aire como si fuera la muñeca de trapo de una niña y, una vez arriba, ardo en llamas. Cuando todo acaba, vuelvo a estar flotando, cayendo entre la luz de las estrellas.

Kate me agarra de la mano en la oscuridad y, en lugar de caer, echamos a volar. Aterrizamos suavemente, como mariposas, en un par de sillas de madera desgastadas que miran hacia la playa. El mundo es oscuro pero a la vez tiene un brillo eléctrico: la luna blanca, las innumerables estrellas, las velas que parpadean en los tarros de las ramas de un viejo arce.

Es su porche trasero. El de Kate.

Aquí el dolor es un eco, no lo que marca el ritmo. Menos mal.

Oigo a Kate respirando a mi lado. Cada una de sus exhalaciones huelen a lavanda y tal vez a nieve.

—*Johnny se derrumbó* —dice ella, recordándome lo que estábamos haciendo antes: hablar de mi vida—. *No creí que fuera a pasarle*.

—A todos nos pasó. —Es una verdad triste y lamentable—. Tú eras el pegamento que nos mantenía unidos. Sin ti…

Se produce un largo silencio; durante él, me pregunto si ella estará recordando su vida, sus amores. ¿Qué se sentirá al saber que la gente no puede vivir sin ti? ¿Qué se sentirá al saber que fuiste amado por tanta gente?

—*¿Qué fue de ti cuando él se mudó a Los Ángeles*?

Suspiro.

—¿No puedo seguir la puñetera luz y acabar con esto de una vez?

—*Tú me llamaste a gritos, ¿te acuerdas? Dijiste que me necesitabas. Pues aquí estoy. Y el motivo es que necesitas recordar. Es lo que hay. Así que empieza a hablar*.

Me recuesto en la silla, mirando fijamente una velita que arde en el interior del cristal redondeado de un tarro. Cuelga de un áspero hilo de bramante y una brisa imperceptible lo roza de vez en cuando, salpicando de luz las oscuras ramas inferiores.

—Después de tu muerte, Johnny y los niños se mudaron a Los Ángeles. Fue algo repentino. Tu marido se levantó un día y decidió marcharse allí; en un abrir y cerrar de ojos, él y los niños se habían ido. Recuerdo que me despedí de ellos en noviembre de 2006, diciéndoles adiós con la mano, de pie al lado de tus padres, desde la puerta de la casa. Después de eso, volví a mi apartamento y me arrastré…

hasta la cama. Sé que tengo que volver al trabajo, pero no puedo hacerlo.

Lo cierto es que el mero hecho de pensarlo me resulta abrumador. No soy capaz de reunir las fuerzas necesarias para empezar de nuevo sin mi mejor amiga. La idea de la pérdida me agobia y cierro los ojos. No pasa nada por estar deprimida durante un tiempo, ¿quién no lo estaría?

Al final, pierdo dos semanas. Es decir, en realidad no las pierdo. Sé dónde están y dónde estoy yo. Soy como un animal herido en una guarida oscura, lamiéndose la espina de la pata, incapaz de encontrar a alguien que se la extraiga. Llamo a Marah todas las noches a las once. Sé que ella tampoco puede dormir. Escucho tumbada en la cama sus quejas sobre la decisión de su padre de mudarse y le digo que todo irá bien, aunque ninguna de las dos se lo cree. Le prometo ir a visitarla pronto.

Finalmente, no puedo aguantar más. Salgo de entre las sábanas y recorro el apartamento encendiendo luces y abriendo recipientes. La luz ilumina las habitaciones y bajo su resplandor me veo por primera vez: tengo el pelo enmarañado y sucio, los ojos vidriosos y la ropa arrugada. Estoy hecha un desastre.

Parezco mi madre. Me siento abochornada y avergonzada por haber caído tan bajo en tan poco tiempo.

Es hora de recuperarse.

Eso es. Ese será mi objetivo. No puedo quedarme aquí tumbada, echando de menos a mi mejor amiga y llorando por aquello que se ha ido. Tengo que pasar página y seguir adelante.

Sé cómo hacerlo. Lo he hecho toda mi vida. Llamo a mi agente y me cito con él. Está en Los Ángeles. Iré a verlo, volveré al trabajo y sorprenderé a Johnny y a los niños con una visita.

Sí. Perfecto. Un plan.

Una vez concertada la cita, me siento mejor. Me ducho y me peino con esmero. Me doy cuenta de que tengo las raíces canosas.

¿Cuándo ha ocurrido?

Frunciendo el ceño, intento disimularlo recogiéndome el pelo en una coleta. Me maquillo a conciencia. Al fin y al cabo, voy a salir al mundo real y en los tiempos que corren hay cámaras por todas partes. Me visto con lo único que me queda bien con esas caderas, cada vez más anchas: una falda lápiz de punto negra, botas hasta la rodilla y una blusa de seda negra ajustada con escote asimétrico.

Lo estoy haciendo bien. Es decir, llamo a mi agente de viajes, hago las reservas y me visto, sonriendo todo el tiempo, mientras pienso: «Puedo hacerlo, por supuesto que puedo». Entonces, abro la puerta del apartamento y siento que el pánico me invade. Se me seca la garganta, el sudor me hace picar la frente y se me acelera el ritmo cardiaco.

Me da miedo salir de mi propia casa.

No sé qué demonios me pasa, pero no pienso tolerarlo. Respiro hondo y me lanzo hacia delante. Mientras voy hacia el ascensor, bajo hasta el coche y me acomodo en el asiento del conductor, tengo la sensación de que el corazón se me va a salir del pecho.

Arranco y salgo a la ajetreada y bulliciosa calle de Seattle. Está lloviendo a cántaros y las gotas repiquetean sobre el parabrisas, impidiéndome ver bien. Cada segundo que pasa deseo volver atrás, pero no lo hago. Me obligo a seguir adelante, hasta que estoy en el avión, sentada en primera clase.

—Un martini —le digo a la auxiliar de vuelo. Su mirada me recuerda que aún no es mediodía. Sin embargo, lo único que se me ocurre para ayudarme a superar este bochornoso episodio es una copa.

Apaciguada por dos copas, por fin soy capaz de recostarme en mi asiento y cerrar los ojos. Estaré mejor en cuanto vuelva al trabajo. Siempre ha sido mi tabla de salvación.

Ya en Los Ángeles, veo a un chófer vestido de negro que sostiene un cartel. «HART». Le entrego mi pequeña bolsa de viaje de cuero y lo sigo hasta la limusina que me está esperando. Entre el aeropuerto de Los Ángeles y Century City, el tráfico es muy intenso. En esas autopistas la gente toca el claxon sin parar, como si eso fuera a cambiar algo, y las motocicletas circulan peligrosamente a toda velocidad entre un carril y otro.

Me recuesto en el cómodo asiento y cierro los ojos, tomándome un momento para ordenar mis pensamientos y organizar las ideas. Ahora que estoy ahí, avanzando, recuperando mi vida, me siento un poco más tranquila. O tal vez sean los martinis. En cualquier caso, estoy preparada para volver a la carga.

El coche se detiene ante un imponente edificio blanco identificado únicamente por un discreto cartel grabado: «AGENCIA DE ARTISTAS CREATIVOS».

El interior del edificio es una extensión interminable de mármol blanco y cristal, como una gigantesca casa de hielo, e igualmente fría. Todo el mundo va bien vestido, con trajes caros. Hermosas mujeres y apuestos hombres se mueven de aquí para allá por lo que parece una sesión fotográfica de revista.

La chica de la recepción no me reconoce. Ni siquiera cuando digo mi nombre.

—Ah —dice, mirándome con desinterés—. ¿El señor Davison la está esperando?

—Sí —respondo, mientras intento seguir sonriendo.

—Tome asiento, por favor.

La verdad es que me apetece poner a esa chica en su sitio, pero sé que debo tener cuidado en los sagrados pasillos de la AAC, así que me muerdo la lengua y me siento en la sala de espera de decoración moderna.

Donde espero.

Y espero.

Al menos veinte minutos más tarde de la hora prevista, un joven con traje italiano viene a buscarme. Sin mediar palabra, como un abejorro, me lleva a un despacho en una esquina del tercer piso.

Mi agente, George Davison, está sentado detrás de un escritorio enorme. Se levanta cuando entro. Nos abrazamos con cierta torpeza y luego retrocedo.

—Bueno, bueno —dice, señalándome una silla.

Tomo asiento.

—Te veo muy bien —comento.

Él me mira. Veo que se fija en mi aumento de peso y mi cola de caballo no le engaña. Ve las canas en mi pelo. Me revuelvo incómoda en la silla.

—Tu llamada me ha sorprendido —reconoce.

—Tampoco ha pasado tanto tiempo.

—Seis meses. Te he dejado como mínimo una docena de mensajes. Y no me has respondido a ninguno.

—Ya sabes lo que pasó, George. Me enteré de que mi mejor amiga tenía cáncer. Quería estar con ella.

—¿Y ahora?

—Ha muerto. —Es la primera vez que lo digo en voz alta.

—Lo siento.

Me enjugo las lágrimas.

—Sí. Bueno. Ya estoy preparada para volver al trabajo. Me gustaría empezar a grabar el lunes.

—Dime que estás bromeando.

—¿El lunes te parece demasiado pronto? —No me gusta cómo me está mirando George.

—Vamos, Tully. Tú eres una mujer inteligente.

—No sé qué quieres decir, George.

Él cambia de postura en la silla. El cuero caro emite una especie de susurro.

—Tu programa, *La hora de las chicas*, fue el número uno en su franja horaria el año pasado. Los anunciantes se peleaban por comprar tiempo de publicidad. A los fabricantes les encantaba regalar productos a tu público, gran parte del cual conducía cientos de kilómetros y hacía cola durante horas para verte.

—Soy consciente de todo eso, George. Por eso estoy aquí.

—Te fuiste, Tully. Te quitaste el micrófono, te despediste del público y te largaste.

Me inclino hacia delante.

—Mi amiga...

—¿A quién coño le importa? —Me recuesto en el asiento, aturdida —. ¿Cómo crees que se sintió la cadena cuando los dejaste plantados? ¿O tus empleados, que se quedaron sin trabajo de repente?

—Pues...

—Eso es. No pensaste en ellos, ¿verdad? La cadena quería demandarte.

—No tenía ni idea...

—No me devolvías las llamadas. Luché como un tigre para protegerte. Decidieron no demandarte porque consideraron que les daría mala prensa lo del cáncer. Pero retiraron el programa, sin hacer ninguna reposición. Y te sustituyeron.

¿Cómo es posible que no me haya enterado?

—¿Me han sustituido? ¿Por quién?

—Por *El programa de Rachael Ray*. Está arrasando en los índices de audiencia. Creciendo como la espuma. Y *Ellen* y *Judge Judy* siguen teniendo grandes cuotas de pantalla. Y *Oprah*, por supuesto.

—Un momento. ¿Qué estás diciendo, exactamente? Soy la dueña de mi programa, George. Yo lo produzco.

—Lástima que no seas dueña de una cadena. Y por ahora ellos tienen el derecho de emitir las reposiciones en exclusiva. Aunque tampoco las están emitiendo. Imagínate lo cabreados que están.

Ni siquiera soy capaz de procesar esa información. Yo siempre he tenido éxito.

—Me estás diciendo que *La hora de las chicas* está acabada.

—No, Tully. Te estoy diciendo que tú estás acabada. ¿Quién va a contratar a alguien que se larga sin negociación previa?

Vale, esa es una mala noticia.

—Produciré otro programa. Un piloto. Lo venderemos nosotros mismos.

—¿Has hablado con tu director comercial últimamente?

—No. ¿Por qué?

—¿Recuerdas que donaste una importante suma de dinero a Stand Up 2 Cancer hace cuatro meses?

—Fue un regalo para Kate. Y una gran publicidad. Salió en *Entertainment Tonight*.

—Un hermoso gesto, sí. Solo que, desde que te fuiste, dejaste de tener ingresos, Tully. Tuviste que pagarles el finiquito a un montón de

empleados cuando dejaste de grabar el programa. Te costó una pequeña fortuna. Y, seamos sinceros, ahorrar dinero nunca ha sido tu fuerte.

—¿Quieres decir que estoy arruinada?

—¿Arruinada? No. Todavía estás en una posición más que cómoda. Pero he hablado con Frank. No tienes suficiente para financiar la producción. Y nadie va a querer invertir en ti, ahora mismo.

Me asalta un pánico angustioso; tamborileo con el pie en el suelo y me aferro a los reposabrazos.

—Por eso necesito un trabajo.

George me mira con tristeza. En sus ojos veo todo el recorrido de nuestra relación. Se convirtió en mi agente hace casi dos décadas, cuando yo era el último mono del programa matutino de la cadena. Lo que nos unió fue nuestra ambición. Él negoció todos los contratos importantes de mi carrera y me ayudó a ganar millones, la mayoría de los cuales desperdicié en viajes y regalos desmesurados.

—No será fácil. Eres criptonita, Tul.

—¿Me estás diciendo que solo voy a poder trabajar en cadenas locales?

—Te estoy diciendo que tendrás suerte si consigues trabajar en alguna cadena local.

—Ni siquiera entre las diez primeras.

—Yo diría que no.

La lástima y la compasión de su mirada es más de lo que puedo soportar.

—Llevo trabajando desde los catorce años, George. Conseguí un empleo en el semanario *Queen Anne Bee* en el instituto y entré en antena antes de cumplir los veintidós. He construido esta carrera desde cero. Nadie me ha regalado nada. —Se me quiebra la voz—. Lo he dado todo por mi trabajo. Todo. No tengo hijos, ni marido, ni familia. Solo tengo... mi trabajo.

—A lo mejor deberías haberlo pensado antes —dice él y la dulzura de su voz no resta acritud a su observación.

Tiene razón. Sé cómo es el mundo del periodismo y, peor aún, el de la televisión. Me sé eso de «ojos que no ven, corazón que no siente». Sé que no puedes hacer lo que yo hice y salir airosa.

Entonces, ¿por qué no me di cuenta en junio?

Lo hice.

Tuve que hacerlo. Pero elegí a Kate.

—Consígueme un trabajo, George. Te lo pido por favor. —Me giro para marcharme antes de que pueda ver lo que me ha costado decir eso último. Yo no ruego. Nunca he suplicado nada... salvo el amor de

mi madre. Y eso fue una pérdida de tiempo inútil.

Atravieso rápidamente los sagrados pasillos blancos, sin establecer contacto visual con nadie, mientras mis tacones resuenan sobre el suelo de mármol. En el exterior, el sol brilla con tanta intensidad que me duelen los ojos. El sudor de la frente hace que me pique el cuero cabelludo.

Lo solucionaré.

Lo haré.

Es un revés, sin duda, pero soy una superviviente y siempre lo he sido.

Aviso al chófer y me subo en el asiento trasero de la limusina, agradecida por el interior oscuro y silencioso. Me duele muchísimo la cabeza.

—¿A Beverly Hills, señora?

Johnny y los niños.

Necesito verlos ya. Necesito contarle mis problemas a Johnny y que me diga que todo irá bien.

Pero no puedo hacerlo. La vergüenza me abruma y el orgullo me lo impide.

Me pongo las gafas de sol.

—Al aeropuerto.

—Pero...

—Al aeropuerto.

—Sí, señora.

Mantengo la entereza segundo a segundo. Cierro los ojos con fuerza y me repito en voz baja: «Saldrás de esta». Una y otra vez.

Pero, por primera vez en mi vida, no logro autoconvencerme. El pánico, el miedo, la rabia y la pérdida corren desbocados por mi interior, me invaden, me desbordan. En el vuelo de regreso a casa rompo a llorar dos veces y tengo que taparme la boca con la mano para acallar mis sollozos.

Cuando el vuelo llega a su fin, salgo del avión como una zombi, con los ojos enrojecidos ocultos tras las gafas de sol.

Siempre he estado orgullosa de mi profesionalidad y mi ética laboral es legendaria. Me lo repito a mí misma, fingiendo no sentirme tan frágil y endeble como una hebra de cabello.

En mi programa, yo les decía a mis espectadoras que se podía tener todo en la vida. Les decía que pidieran ayuda, que se tomaran tiempo para sí mismas, que descubrieran lo que querían. Que fueran egoístas. Que fueran abnegadas.

Pero la verdad es que no tengo ni idea de cómo tenerlo todo. Yo nunca tuve nada, salvo mi carrera profesional. Me bastaba con Kate y

la familia Ryan, pero ahora veo lo vacía que está mi vida.

Estoy temblando cuando me detengo delante de mi edificio. El control es algo que me parece muy, muy lejano.

Abro la puerta y entro en el vestíbulo.

Mi corazón late con fuerza, mi respiración es superficial. La gente me mira. Saben que soy una fracasada.

Alguien me toca. Me sobresalta hasta tal punto que casi me caigo.

—¿Señora Hart?

Es el portero. Stanley.

—¿Se encuentra bien? —Sacudo ligeramente la cabeza para despejarme. Tengo que pedirle que aparque mi coche, pero me siento... como si estuviera zumbando, electrificada. Mi risa suena aguda y nerviosa, incluso para mis propios oídos. Stanley frunce el ceño—. ¿Señora Hart? ¿Quiere que la acompañe a casa? —«A casa»—. Está llorando, señora Hart —dice mi portero, con ternura.

Lo miro. Tengo el corazón tan acelerado que se me revuelve el estómago y no puedo respirar.

¿Qué me pasa?

De repente, siento como si un camión se hubiera estampado contra mi pecho. El dolor me hace jadear.

Extiendo la mano hacia Stanley.

—Ayuda —balbuceo, mientras tropiezo con algo y me estrello contra el frío suelo de hormigón.

—¿Señora Hart?

Abro los ojos y descubro que estoy en una cama de hospital.

Hay un hombre con bata blanca a mi lado. Es alto y tiene un aspecto un poco desaliñado, con una melena negra demasiado larga para estos tiempos tan acartonados. Su rostro es afilado y su nariz un tanto aguileña. Tiene la piel del color del café con leche. Puede que sea medio hawaiano, o tal vez medio asiático y medio afroamericano. Es difícil saberlo. Me fijo en los tatuajes tribales que lleva en las muñecas.

—Soy el doctor Grant —dice—. Está en Urgencias. ¿Recuerda lo que ha pasado?

Lo recuerdo perfectamente; la amnesia sería una bendición. Pero no quiero hablar del tema y menos con ese hombre, que me mira como si fuera mercancía dañada.

—Lo recuerdo —respondo.

—Eso está bien. —Baja la vista hacia mi historial—. Tallulah.

No tiene ni idea de quién soy. Eso me deprime.

—¿Cuándo podré salir de aquí? Mi corazón ya vuelve a funcionar como es debido. —Quiero irme a casa y fingir que no he sufrido un infarto. Lo que me recuerda que tengo cuarenta y seis años. ¿Cómo he podido tener un ataque al corazón?

Él se pone unas gafas de lectura ridículamente anticuadas.

—Bueno, Tallulah...

—Tully, por favor. Solo la chalada de mi madre me llama Tallulah.

Me mira por encima de la montura de sus gafas de ver de cerca.

—¿Su madre tiene problemas mentales?

—Era una broma.

No le impresiona mi sentido del humor. Probablemente vive en un mundo en el que la gente cultiva sus propios alimentos y lee filosofía antes de dormir. Es tan ajeno a mi mundo como yo al suyo.

—Entiendo. Bueno. El caso es que no ha tenido lo que comúnmente se conoce como un ataque al corazón.

—¿Una apoplejía?

—Los ataques de pánico suelen tener síntomas similares...

Me incorporo.

—Ah, no. Yo no he tenido un ataque de pánico.

—¿Consumió algún tipo de droga antes del ataque de pánico?

—No he tenido ningún ataque de pánico. Y por supuesto que no he consumido drogas. ¿Tengo pinta de drogadicta?

Parece no saber qué hacer conmigo.

—Me he tomado la libertad de ponerme en contacto con una compañera, para que la vea...

Antes de que pueda terminar, las cortinas se abren y la doctora Harriet Bloom se dirige hacia mi cama. Es alta y delgada; «severa» es la palabra que me viene a la mente, hasta que uno capta la dulzura de su mirada. Conozco a Harriet desde hace años. Es una reputada psiquiatra y la he invitado a mi programa en numerosas ocasiones. Me alegra ver una cara conocida.

—Harriet. Menos mal.

—Hola, Tully. Me alegro de estar de guardia. —Harriet me sonríe y luego mira al doctor—. Bueno, Desmond, ¿cómo está nuestra paciente?

—No muy contenta de haber sufrido un ataque de pánico. Al parecer, habría preferido un ataque al corazón.

—Pídeme un taxi, Harriet. Me largo de aquí —digo.

—Es una psiquiatra colegiada —replica Desmond—. Ella no pide taxis.

Harriet sonríe a modo de disculpa.

—Des no ve la televisión. Seguramente tampoco reconocería a

Oprah.

No me sorprende que mi médico considere que está por encima de la televisión. Tiene aspecto de engreído. Seguro que en algún momento de su vida ha sido un macarra, pero los hombres de mediana edad con tatuajes no son precisamente mi tipo. Apuesto a que tiene una Harley-Davidson en el garaje y una guitarra eléctrica. Pero, por favor, habría que vivir debajo de una piedra para no conocer a Oprah.

Harriet le pide mi historial a Desmond.

—He solicitado una resonancia magnética. Los técnicos de emergencias dicen que se ha dado un buen golpe contra el suelo. —Me mira y vuelvo a sentir que me está juzgando, como si me considerara una tarada. Una mujer blanca de mediana edad, vestida con ropa cara, que se pone a llorar sin motivo—. Que le vaya bien, señora Hart. —Me dedica una sonrisa irritantemente amable y luego se va.

—Menos mal —digo, con un suspiro.

—Has tenido un ataque de pánico —me informa Harriet, cuando nos quedamos a solas.

—Según el doctor Granola.

—Has tenido un ataque de pánico —repite Harriet, esta vez con mayor suavidad. Deja el historial y se acerca a la cama. Su rostro anguloso, con los rasgos demasiado marcados como para ser bello, posee una frialdad regia y distante, pero sus ojos revelan que, a pesar de la austeridad de su cara y de su comportamiento altivo, se preocupa de verdad por la gente.

—Estás deprimida, ¿verdad? —me pregunta Harriet.

Quiero mentir, sonreír, reír. En lugar de ello, asiento con la cabeza, humillada por mi debilidad. En cierto modo, preferiría haber tenido un ataque al corazón.

—Estoy cansada —musito—. Y no puedo dormir.

—Te voy a recetar Xanax, es un ansiolítico —dice Harriet—. Empezaremos con cero cinco miligramos tres veces al día. Y creo que unas cuantas sesiones de terapia podrían venirte muy bien. Si estás dispuesta a trabajar un poco, quizá podamos ayudarte a tener más sensación de control sobre tu vida.

—¿Una visita guiada por la vida de Tully Hart? Te lo agradezco pero no, gracias. Mi lema siempre ha sido: «¿Por qué pensar en lo que duele?».

—Yo sé lo que es la depresión —declara y percibo en su voz una tristeza enternecedora. De repente pienso que Harriet Bloom conoce bien la tristeza, la desesperación y la soledad—. La depresión no es algo de lo que haya que avergonzarse, Tully, y no se debe ignorar. Puede ir a peor.

—¿Peor que hoy? No creo que eso sea posible.

—Lo es, créeme.

Estoy demasiado agotada como para preguntarle y, sinceramente, no quiero escuchar lo que tiene que contarme. Mi dolor de cuello va en aumento.

Harriet extiende dos recetas y arranca las hojas para entregármelas. Las leo. Xanax para los ataques de pánico y Ambien para dormir.

Toda mi vida he evitado los tranquilizantes. No hace falta ser ingeniero aeronáutico para saber por qué. Cuando te crías viendo a tu madre colocándose, cayéndose por las esquinas y vomitando, ves el lado poco glamuroso de las drogas.

Miro a Harriet.

—Mi madre...

—Lo sé —responde ella. Es una de las realidades que conlleva la vida en la pecera de la fama. Todo el mundo conoce mi triste historia. Pobre Tully, abandonada y repudiada por su madre hippie adicta—. Tu madre tiene un problema de abuso de sustancias. Haces bien en ser precavida, pero limítate a cumplir la posología.

—Me vendría bien dormir.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Claro.

—¿Cuánto tiempo llevas fingiendo que no pasa nada?

La pregunta me golpea con fuerza.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque a veces el pozo se llena de lágrimas, Tully. Y el agua comienza a rebosar.

—Mi mejor amiga falleció el mes pasado.

—Ah —se limita a decir Harriet. Luego asiente—. Ven a verme, Tully. Concierta una cita. Puedo ayudarte.

Cuando se va, vuelvo a recostarme en las almohadas y suspiro. La realidad sobre mis circunstancias se mete en la cama conmigo, ocupando demasiado espacio.

Una simpática mujer mayor me baja a hacer una resonancia magnética y luego un médico joven y guapo me llama «señora» y me dice que, a mi edad, las caídas como esa suelen causar traumatismos en el cuello y que el dolor irá disminuyendo. Me receta unos analgésicos y me dice que la fisioterapia me ayudará.

Cuando me vuelven a llevar en silla de ruedas a mi habitación, estoy exhausta. Dejo que la enfermera me cuente cómo mi programa sobre niños autistas le salvó la vida al mejor amigo de su primo, e incluso consigo sonreír y darle las gracias cuando la larga historia termina. La enfermera me da un comprimido de Ambien. Después, me

tumbo en la cama y cierro los ojos.

Por primera vez en meses, duermo toda la noche de un tirón.

7

El Xanax me ayuda. Con él, me siento menos inquieta y ansiosa. Cuando el doctor Granola me da el alta, ya tengo un plan. Se han acabado los lloriqueos. Se ha acabado la espera.

Una vez en casa, me pongo inmediatamente a hacer llamadas telefónicas. Llevo décadas en el negocio; seguro que alguien necesita una presentadora para el horario de máxima audiencia. A la primera persona que llamo es a Jane Rice, una vieja amiga.

—Claro, ven a verme —me dice.

Casi me echo a reír de lo aliviada que me siento. George estaba equivocado. Yo no soy el efímero Arsenio Hall. Soy Tully Hart.

Preparo la entrevista minuciosamente. Sé lo importante que es la primera impresión. Me corto el pelo y me lo tiño.

—Madre mía, parece que alguien se ha abandonado —comenta Charles, mi peluquero de toda la vida, cuando me siento en su sillón. Me coloca la capa turquesa alrededor del cuello y se pone manos a la obra.

El día de mi reunión con Jane, me visto con esmero con ropa conservadora: un traje negro y una blusa de color lavanda pálido. Hacía años que no entraba en el edificio de KING-TV, pero enseguida me siento cómoda. Ese es mi mundo. En el mostrador de recepción me saludan como a una heroína y no tengo que dar mi nombre, algo que me hace relajar los hombros. Detrás de los recepcionistas hay grandes fotografías de Jean Enersen y Dennis Bounds, los presentadores de las noticias nocturnas.

Un asistente me acompaña escaleras arriba y pasamos por delante de varias puertas cerradas hasta llegar a un pequeño despacho del segundo piso, donde Jane Rice está de pie al lado de la ventana, obviamente esperándome.

—Tully —dice, acercándose a mí con la mano extendida.

Se la estrecho.

—Hola, Jane. Gracias por recibirme.

—De nada, por favor. Siéntate.

Me acomodo en la silla que me ha indicado.

Ella se sienta detrás de la mesa y se inclina hacia mí, observándome.

Entonces me doy cuenta. Así, de repente.

—No puedes contratarme. —Ni siquiera lo formulo como una pregunta. Puede que haya presentado un programa de entrevistas durante los últimos años, pero sigo siendo periodista. Se me da bien saber lo que piensa la gente. Es una de mis habilidades.

Ella suspira con fuerza.

—Lo he intentado. Pero creo que has quemado unos cuantos puentes.

—¿Para nada? —pregunto en voz baja, esperando que mi voz no me traicione y revele mi desesperación—. ¿Ni como reportera, detrás de las cámaras? No me importa que sea un trabajo duro.

—Lo siento, Tully.

—¿Por qué has aceptado recibirme?

—Tú eras mi ídolo —declara—. Soñaba con ser como tú.

Era su ídolo.

De repente me siento vieja. Me pongo en pie.

—Gracias, Jane —susurro, mientras salgo de su despacho.

El Xanax me calma. Sé que no debería tomarme uno de más, pero lo necesito.

Cuando llego a casa, ignoro el pánico que va en aumento y me pongo a trabajar. Me siento detrás del escritorio y empiezo a llamar a todas las personas que conozco del sector, especialmente a aquellas a las que les he hecho algún favor en alguna ocasión.

A las seis de la tarde, estoy exhausta y derrotada. He llamado a todos mis contactos de los diez mercados más importantes y de los principales canales por cable, además de a mi agente. Nadie tiene nada que ofrecerme. No lo entiendo: hace seis meses estaba en la cima del mundo. ¿Cómo he podido caer tan rápido?

De repente, mi apartamento me parece más pequeño que una caja de zapatos y empiezo de nuevo a hiperventilar. Me pongo lo primero que encuentro: unos pantalones demasiado ajustados y un jersey que oculta mi cintura hinchada.

Son las seis y media pasadas cuando salgo del edificio. Las calles y las aceras están llenas de gente que vuelve a casa del trabajo. Me mezclo con la multitud vestida de Gore-Tex, ignorando la lluvia que nos escupe. Ni siquiera sé a dónde voy hasta que veo la terraza que hay delante del bar restaurante Virginia Inn.

Zigzagueo entre las mesas de la terraza y entro. El oscuro interior es exactamente lo que necesito en ese momento. Ahí puedo desaparecer. Voy a la barra y pido un martini sucio.

—Tallulah, ¿verdad?

Miro de reojo. El doctor Granola está a mi lado. Menuda suerte, toparme con un hombre que me ha visto en mis peores momentos. En la penumbra, su expresión parece mordaz, quizá un poco malhumorada. Lleva suelta su larga melena, que le cae hacia adelante. Unos tatuajes le cubren el antebrazo como grilletes.

—Tully —digo—. ¿Qué haces en un sitio como este?

—Recaudar fondos para viudas y huérfanos. —Sí, claro. Él se ríe—. Estoy tomando una copa, Tully. Igual que tú. ¿Cómo estás?

Sé lo que me está preguntando y no me gusta. No me apetece nada hablar de lo vulnerable que me siento.

—Bien. Gracias. —El camarero me entrega la copa. Hago todo lo posible para no abalanzarme sobre ella—. Hasta luego, Doc —digo, antes de llevarme la bebida a una pequeña mesa que hay en un rincón, al fondo del bar. Me dejo caer en el duro asiento.

—¿Puedo acompañarte?

Levanto la vista.

—¿Serviría de algo que te dijera que no?

—¿Si serviría de algo? Por supuesto. —Se sienta en la silla que está frente a mí—. Estaba pensando en llamarte —comenta, tras un silencio largo e incómodo.

—¿Y?

—Todavía no me había decidido.

—Qué nervios.

A través de unos altavoces ocultos en algún lugar de las paredes, la voz ronca y jazzística de Norah Jones insta a la gente a «acompañarla».

—¿Sueles tener muchas citas?

La pregunta me sorprende tanto que me echo a reír. Parece que es de esos que dicen lo que piensan.

—No. ¿Y tú?

—Soy un médico soltero. Me sacan a jugar más veces que a un juego de bolos. ¿Quieres que te cuente cómo funcionan las cosas hoy en día?

—¿Exigen análisis de sangre y verificación de antecedentes? ¿Condones de la marca de productos para el hogar Rubbermaid? —Me mira como si me hubiera escapado de una vitrina de un museo de curiosidades—. Vale —digo—. ¿Cómo funciona el juego de las citas en la actualidad?

—A nuestra edad, todos tenemos nuestras historias. Y eso es más importante de lo que parece. Para empezar, hay que compartirlas y escucharlas. A mi modo de ver, existen dos maneras de hacerlo: o las

cuentas de entrada y que sea lo que Dios quiera, o las alargas durante un montón de cenas. El vino ayuda en esa segunda táctica, especialmente si tu historia es larga, aburrida y grandilocuente.

—¿Por qué tengo la sensación de que me has metido en la última categoría?

—¿Debería?

Sonrío, sorprendiéndome a mí misma.

—Tal vez.

—Vale, pues este es mi plan. ¿Por qué no me cuentas tu historia, yo te cuento la mía y vemos si esto es una cita o si somos dos barcos que se cruzan en medio de la noche?

—No es una cita. He pagado mi propia copa y no me he afeitado las piernas.

Él sonríe y se recuesta en la silla.

Hay algo en él que me intriga, cierto encanto que no percibí la primera vez. Además, ¿acaso tengo algo mejor que hacer?

—Tú primero.

—Mi historia es sencilla. Nací en Maine, en una casa de campo construida en unos terrenos que habían pertenecido a mi familia durante generaciones. Tenía una vecina que se llamaba Janie Traynor que vivía en mi calle. Nos enamoramos a los trece años, después de que ella dejara de lanzarme bolitas de papel ensalivadas. Durante veintitantos años, fuimos inseparables. Estudiamos juntos en la Universidad de Nueva York, nos casamos en la iglesia del pueblo y tuvimos una hija preciosa. —Su sonrisa empieza a desvanecerse, pero la recupera y pone los hombros rectos—. Un conductor borracho cruzó la mediana y chocó contra su coche. Janie y Emily murieron en el acto. Ahí es cuando mi historia se desvía hacia el oeste, se podría decir. Desde entonces, estoy solo. Me mudé a Seattle, pensando que un cambio de aires me vendría bien. Tengo cuarenta y tres años, por si te interesa. Pareces una mujer a la que le gustan los detalles. —Se inclina hacia delante—. Te toca.

—Yo tengo cuarenta y seis... Empezaré por ahí, aunque no me gusta hacerlo. Desgraciadamente, puedes consultar la historia de mi vida en Wikipedia, así que no tiene sentido mentir. Soy licenciada en periodismo por la Universidad de Washington. Fui ascendiendo en los canales de noticias y me hice famosa. Produje un programa de entrevistas que tuvo mucho éxito, *La hora de las chicas*. El trabajo era mi vida, pero..., hace unos meses, me enteré de que a mi mejor amiga le habían diagnosticado un cáncer de mama. Abandoné mi carrera profesional para estar con ella. Al parecer, eso es una falta imperdonable y ahora soy un cuento con moraleja en lugar de una

estrella rutilante. Nunca he estado casada ni tengo hijos y mi único pariente vivo, mi madre, se hace llamar Nube. Lo cual la define bastante bien.

—No has comentado nada sobre tu vida amorosa —susurra él.

—No. Así es.

—¿Nunca te has enamorado?

—Una vez —contesto—. Creo. Fue hace un siglo —añado, en voz más baja.

—Y…

—Elegí el trabajo.

—Hmmm.

—Hmmm, ¿qué?

—Nada, que es la primera vez que me ocurre.

—¿A qué te refieres?

—Tu historia es más triste que la mía.

No me gusta cómo me mira, como si fuera vulnerable. Me acabo el resto del martini y me levanto. Sea lo que sea lo que va a decir a continuación, no quiero oírlo.

—Gracias por el manual de citas —digo—. Adiós, doctor Granola.

—Desmond —le oigo responder, pero yo ya me estoy alejando para ir hacia la puerta.

Cuando llego a casa, me tomo dos comprimidos de Ambien y me meto en la cama.

—*No me gusta lo que estoy oyendo. Xanax. Ambien* —dice Kate, interrumpiendo mi historia.

Es lo que tienen las mejores amigas. Que te conocen. Por dentro y por fuera, como si te hubieran parido, como suele decirse. Pero lo peor es que puedes ver tu propia vida a través de sus ojos. Siempre ha sido así: Kate es la voz de mi conciencia. Mi Pepito Grillo.

—Ya —contesto—. Cometí algunos errores. Aunque lo peor no fueron las pastillas.

—*¿Qué fue lo peor*?

Susurro el nombre de su hija.

3 de septiembre de 2010

08.10 horas

El tiempo se ralentizaba en los hospitales. Johnny estaba sentado en

aquella silla incómoda, pegado a la cama de Tully.

Sacó el móvil del bolsillo y lo miró fijamente. Al fin abrió la lista de contactos y llamó a Margie y Bud. En ese momento vivían en Arizona, cerca de Georgia, la hermana viuda de Margie.

Margie contestó al tercer tono, prácticamente sin aliento.

—¡Johnny! —exclamó y él se dio cuenta por su voz de que estaba sonriendo—. Qué alegría saber de ti.

—Hola, Margie.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, tras una pausa.

—Es Tully. Ha tenido un accidente de coche. No dispongo de muchos más datos, pero está aquí, en el Sagrado Corazón. —Johnny se quedó callado—. Es grave, Margie. Está en coma...

—Saldremos en el próximo vuelo. Le diré a Bud que vaya directamente a Bainbridge para quedarse con los chicos cuando vuelvan del colegio.

—Gracias, Margie. ¿Sabes cómo localizar a su madre?

—No te preocupes. Yo me pondré en contacto con Dorothy. ¿Ya lo sabe Marah?

Johnny suspiró ante la perspectiva de llamar a su hija.

—Todavía no. Sinceramente, no tengo ni idea de si podré localizarla. O de si a ella le importará.

—Llámala —le dijo Margie, con dulzura.

Johnny se despidió y colgó. Cerró los ojos durante unos instantes, para prepararse. Últimamente su hija vivía en la cuerda floja, hasta un susurro podría hacerla caer.

A su lado, una máquina emitía un pitido constante, recordándole con cada silbido que mantenía a Tully con vida, respirando por ella, dándole una oportunidad.

Una oportunidad que el doctor Bevan consideraba poco viable.

Aunque Johnny no necesitaba un informe médico para darse cuenta. Podía ver lo gris, destrozada y frágil que estaba.

De mala gana, volvió a abrir la lista de contactos para llamar a otra persona.

A Marah.

8

3 de septiembre de 2010
10.17 horas

La librería Magia Negra de Portland, Oregón, se enorgullecía de su ambiente, conseguido a base de iluminación tenue, quemadores de incienso y cortinas negras. Los libros usados se amontonaban en las estanterías polvorientas; había secciones dedicadas a temas como la sanación espiritual, las prácticas wiccanas, los rituales paganos y la meditación. Ni a la persona menos observadora del mundo se le escaparía que se trataba de una tienda que pretendía ser espeluznante y espiritual al mismo tiempo. El único problema eran los robos. Entre la escasa iluminación y el aire cargado de humo, era difícil seguirle la pista a la mercancía. Desaparecía demasiada dentro de los bolsillos y de las mochilas.

Marah Ryan se lo había advertido a su jefa en varias ocasiones, pero la mujer se negaba a preocuparse por asuntos tan mundanos.

Así que Marah pasaba del tema. De todos modos, tampoco le importaba demasiado. Era un trabajo absurdo más de la larga lista de trabajos absurdos que había tenido en los dos años posteriores a su graduación en el instituto. Lo único bueno era que allí nadie la molestaba por su aspecto. Y que el horario, normalmente, era bueno. Pero esa semana tocaba inventario, así que Marah tenía que entrar tempranísimo. Algo que no le hacía ninguna gracia, sobre todo porque debía dedicarse a contar artículos que, de todos modos, nunca se vendían. En la mayoría de las tiendas, el inventario se hacía después del trabajo. Pero en Magia Negra no. Allí hacían el inventario antes del amanecer. ¿Por qué? Marah no tenía ni puñetera idea.

En esos momentos, mientras contaba y catalogaba las velas negras en forma de calavera de la sección de vudú, Marah fantaseaba con la idea de dejar ese trabajo sin futuro. Pero pensar en buscar de nuevo otro empleo, en volver a cambiar, la deprimía.

Aunque últimamente todo la deprimía. Se suponía que no debía mirar hacia el futuro, sino aceptar el presente. Eso era lo que le había dicho la psiquiatra hacía años, aquella mujer con ojos de tiburón y traje a cuadros que le había mentido sobre casi todo. La doctora

Harriet Bloom.

«El tiempo lo cura todo».

«Las cosas irán mejorando».

«Permítete vivir el duelo».

«Sientas lo que sientas, está bien».

Una gilipollez tras otra. No servía de nada ignorar el dolor del alma. Más bien todo lo contrario.

La observación era su único consuelo. En lugar de ignorar el dolor, había que meterse dentro de él, llevarlo puesto como un abrigo en un día frío. Había paz en la pérdida, belleza en la muerte, libertad en el arrepentimiento. Ella lo había aprendido por las malas.

Acabó de contar las velas en forma de calavera y dejó la hoja del inventario sobre la estantería. Estaba segura de que olvidaría dónde la había puesto, pero ¿qué más daba? Era la hora del descanso. Bueno, aún faltaba un poco, pero allí ese tipo de normas no importaban.

—Me voy a comer, Star —dijo.

—Muy bien. Saluda al aquelarre de mi parte —respondió esta, desde algún lugar.

Marah puso los ojos en blanco. Por mucho que le insistía a su jefa que no era una bruja y que sus amigos no formaban un aquelarre, Starla nunca la creía.

—Paso —repuso, antes de cruzar la sombría librería para ir hacia la caja registradora. Una vez allí, sacó el móvil de un cajón lleno de trastos. Una de las pocas normas que había en la tienda era la de no llevar encima el teléfono en horas de trabajo. Starla decía que nada rompía más el embrujo de la compra que el pitido de un móvil.

Marah cogió el teléfono y salió de la tienda. Al abrir la puerta, se oyó el chillido de un gato, la versión de la librería del timbre de bienvenida. Ella lo ignoró y fue hacia la luz. Literalmente.

Un mensaje de texto estaba parpadeando en el teléfono. Bajó la vista hacia él. Su padre la había llamado cuatro veces en las últimas dos horas.

Marah se guardó el móvil en el bolsillo trasero y echó a andar.

Hacía un día precioso de septiembre en el centro de Portland. La luz del sol bañaba el casco histórico de la ciudad y hacía que los edificios de ladrillo achaparrados parecieran bien cuidados. Bajó la barbilla. Hacía tiempo que había aprendido a no establecer contacto visual con la gente «normal» mientras caminaba. Gente que despreciaba a los chicos como ella dirigiéndoles miradas avinagradas. Aunque no podía decirse que ellos fueran precisamente «normales». Por dentro, la mayoría eran como ella, como fruta que se iba pudriendo poco a poco.

Mientras se dirigía a su casa, el paisaje iba degenerando a su alrededor. Al cabo de unas cuantas manzanas, la ciudad empezó a volverse más fea, más oscura. La basura se acumulaba en las cunetas y había carteles de niños desaparecidos clavados en postes de madera y pegados en ventanas sucias. En el parque de enfrente, los adolescentes sin hogar dormían bajo los árboles, en sacos de dormir descoloridos, con sus perros al lado. En esa parte de la ciudad, no podías avanzar cinco metros sin que un niño de la calle te pidiera dinero.

Pero a ella no se lo pedían.

—Hola, Marah —la saludó un chico vestido de negro. Estaba sentado en un portal, fumando un cigarrillo y dándole M&M's a un dóberman escuálido.

—Hola, Adam. —Avanzó unas manzanas más y se detuvo, antes de mirar a izquierda y derecha.

Nadie la estaba observando. Subió por una rampa de hormigón y entró en el Comedor Luz Divina.

El silencio resultaba inquietante, teniendo en cuenta la cantidad de gente que había en ese sitio. Marah siguió mirando hacia el suelo, avanzó por el laberinto del registro y entró en la sala principal.

Las personas sin hogar estaban sentadas unas al lado de las otras en largos bancos, con los brazos situados de forma protectora alrededor de las bandejas de plástico amarillas de comida que tenían delante. Había hileras e hileras de personas sentadas en mesas de formica, vestidas con varias capas de ropa, aunque hacía un día precioso. Muchos cubrían sus cabellos sucios con gorros de punto, la mayoría agujereados.

Había más gente joven de lo habitual. Probablemente por la situación económica. Marah sintió pena por ellos. A sus veinte años, ya sabía que tenía que llevar consigo todas sus posesiones cuando iba al baño de una gasolinera porque, por escasas que fueran, era lo único que tenía.

Se puso en la fila que avanzaba lentamente, escuchando distraídamente el ruido de los pies que se arrastraban a su alrededor.

Le sirvieron un desayuno compuesto por avena aguada y una tostada reseca. Era de lo más insípido, pero la sació y ella lo agradeció. A sus compañeros de piso no les gustaba que fuera allí. Paxton decía que era robar al sistema, pero ella tenía hambre. A veces le tocaba elegir entre la comida y el alquiler, sobre todo últimamente. Llevó el cuenco vacío y la cuchara hasta la ventana, para depositarlos en el cubo de goma gris que ya estaba repleto de cuencos, cucharas y tazas sucios; nada de cuchillos.

Se apresuró a abandonar el comedor y salió a la calle. Subió la

colina lentamente, para ir hacia un viejo edificio destartalado de ladrillo, con los cristales rotos y las escaleras de entrada torcidas. Había sábanas sucias colgadas a modo de cortinas en varias ventanas.

Su hogar.

Marah sorteó un cubo de basura desbordado y pasó junto a un gato de pelaje abigarrado. Una vez dentro, sus ojos tardaron un momento en acostumbrarse a la oscuridad. La bombilla del pasillo se había fundido hacía dos meses y nadie tenía dinero para cambiarla. Al supuesto administrador no podía importarle menos.

Subió cuatro pisos por las escaleras. En la puerta principal del apartamento, había medio aviso de desahucio colgado de un clavo oxidado. Marah arrancó el trozo que quedaba, lo tiró al suelo y abrió la puerta. El pequeño estudio de suelos inclinados y dañados por el agua y paredes de color masilla estaba lleno de humo y olía a marihuana y a cigarrillos de clavo. Sus compañeros de piso estaban sentados en sillas desparejadas o en el suelo, la mayoría de ellos cómodamente despatarrados. Leif estaba rasgueando las cuerdas de la guitarra medio desganado, medio colocado, y Sabrina, que llevaba rastas, estaba fumando hierba en una pipa de agua. El chico que se hacía llamar Ratón estaba dormido sobre un montón de sacos de dormir. Paxton se encontraba sentado en la silla de la tienda de muebles La-Z-Boy que ella había rescatado de la basura, cerca del trabajo.

Como siempre, iba vestido de negro de pies a cabeza: vaqueros ajustados, botas *vintage* con los cordones sin atar y una camiseta rasgada del grupo Nine Inch Nails. Su cabello negro con mechones azules hasta los hombros y sus ojos de color whisky acentuaban la palidez de su piel.

Marah esquivó la ropa, las cajas de pizza y los zapatos viejos de Leif. Paxton la miró y le sonrió, colocado. Le enseñó un papel garabateado. A juzgar por su caligrafía, estaba muy drogado.

—Mi última obra —declaró.

Ella leyó el poema en voz alta, pero no tanto como para que los demás pudieran oírlo.

—«Estamos solo nosotros... nosotros dos... solos en la oscuridad, esperando, con la certeza... de que el amor es nuestra salvación y nuestra perdición... nadie más nos ve, solo nos vemos el uno al otro».

—¿Lo pillas? —le preguntó él, sonriendo con languidez—. Tiene doble sentido.

El romanticismo de Paxton le tocaba el alma herida. Marah le quitó el papel para estudiar aquellas palabras como en su día había estudiado a Shakespeare en la clase de Literatura del instituto, hacía

toda una vida. Cuando él levantó la mano, ella pudo ver las hermosas cicatrices blancas de su muñeca. Paxton era la única persona que conocía que comprendía su dolor; él le había enseñado a transformarlo, a apreciarlo, a fundirse con él. Todos los presentes en aquella habitación estaban familiarizados con las finas marcas que podían dejar los cuchillos.

En el suelo, Sabrina se movió hacia un lado ofreciéndole la pipa de agua todavía humeante.

—Oye, Mar. ¿Quieres una calada?

—Sí, claro. —Necesitaba introducir el dulce humo en sus pulmones y dejar que obrara su magia pero, antes de que le diera tiempo a cruzar la habitación, le sonó el móvil.

Metió la mano en el bolsillo y sacó el pequeño Motorola Razr morado que tenía desde hacía años.

—Mi padre me está llamando —dijo—. Otra vez.

—No soporta que seas una persona independiente. Nunca va a dejar de llamarte para saber cómo estás —repuso Leif—. Por eso sigue pagándote la factura del teléfono.

Paxton levantó la vista hacia ella.

—Oye, Sabrina, pásame la pipa. La princesa tiene una llamada.

Marah se sintió avergonzada de inmediato por la forma en la que la habían criado, por los lujos que le habían dado. Pax tenía razón; había sido una princesa hasta la muerte de la reina. Entonces todo el cuento de hadas se había derrumbado. El zumbido cesó. Acto seguido, le llegó un mensaje de texto. Decía: «Emergencia. Llámame». Ella frunció el ceño. ¿Cuánto hacía que no hablaba con su padre? ¿Un año?

No. Eso no era cierto. Sabía perfectamente cuándo había hablado con él por última vez. ¿Cómo iba a olvidarlo?

En diciembre de 2009. Hacía nueve meses.

Sabía que la echaba de menos y que lamentaba la última conversación que habían tenido. El rastro de sus mensajes de voz y de texto daban fe de su arrepentimiento. ¿Cuántas veces le había dejado mensajes rogándole que volviera a casa?

Pero nunca había utilizado el truco de la emergencia. Nunca había intentado engañarla para que lo llamara.

Pasó por encima de Sabrina y rodeó a Leif, que se había desmayado con la guitarra sobre el pecho, para entrar en una cocina que olía a madera que se pudría lentamente y a moho. Allí llamó al móvil de su padre. Se dio cuenta de que él esperaba su llamada por lo rápido que respondió.

—Marah, soy papá —dijo.

—Ya. Hasta ahí llego. —Fue hacia un rincón de la cocina, donde

una estufa rota y un fregadero oxidado flanqueaban una nevera verde de los años sesenta.

—¿Cómo estás, bichito?

—No me llames así. —Marah se apoyó en la nevera, culpándola del frío que sentía de repente.

Él suspiró.

—¿Aún no piensas decirme dónde estás? Ni siquiera sabía qué zona horaria tener en cuenta. La doctora Bloom dice que esta fase de...

—No es una fase, papá. Es mi vida. —Marah se alejó de la nevera. Detrás de ella, en la habitación principal, podía oír el borboteo de la pipa y las risas de Pax y Sabrina. El dulce humo llegó flotando hasta ella—. No tengo todo el día, papá. ¿Cuál es la emergencia?

—Tully ha tenido un accidente de coche —respondió él—. Está grave. No sabemos si saldrá adelante.

Marah inhaló bruscamente, desesperada. «Tully también no».

—Dios mío...

—¿Dónde estás? Podría ir a buscarte...

—En Portland —respondió ella en voz baja.

—¿Oregón? Te compraré un billete de avión. —Johnny hizo una pausa—. Hay vuelos cada hora. Puedo hacer que tengan un billete abierto esperándote en el mostrador de Alaska.

—Dos billetes —dijo Marah.

Su padre volvió a quedarse callado.

—Vale. Dos. ¿En qué vuelo...?

Marah cerró el teléfono sin despedirse. Paxton entró en la cocina.

—¿Qué pasa? Pareces asustada.

—Creo que mi madrina se está muriendo —respondió ella.

—Todos nos estamos muriendo, Marah.

—Necesito verla.

—¿Después de lo que hizo?

—Acompáñame. Por favor. No puedo ir sola. Por favor.

Paxton entrecerró los ojos; Marah notó que su mirada la atravesaba. Se sintió expuesta.

Él se sujetó la melena detrás de una oreja ribeteada de objetos plateados.

—No es buena idea.

—No nos quedaremos mucho tiempo. Por favor, Pax. Le pediré dinero a mi padre.

—Vale —accedió él, finalmente—. Iré.

Marah se dio cuenta de que la gente los miraba a ella y a Pax,

mientras caminaban por el pequeño aeropuerto de Portland.

Le gustaba que las personas supuestamente normales se sintieran ofendidas por el aspecto gótico de Pax, los imperdibles de sus orejas y el tatuaje que tenía en el cuello y la clavícula. Ellos no captaban la belleza de las volutas que rodeaban las palabras que llevaba tatuadas, ni su ironía.

Marah subió al avión, ocupó su asiento en la parte de atrás y se abrochó el cinturón de seguridad.

Miró por la ventana y vio un reflejo sombrío de su pálido rostro: ojos marrones excesivamente maquillados, labios violáceos y pelo rosa de punta.

En el avión sonó un «din» y salieron disparados por la pista, para elevarse hacia el cielo sin nubes.

Cerró los ojos. Los recuerdos tamborileaban en su conciencia como el cuervo del poema favorito de Pax. Toc. Toc. Toc.

No quería volver a recordar el pasado nunca más. Durante años lo había enterrado todo —el diagnóstico, el cáncer, las despedidas, el funeral y los largos meses grises que vinieron después—, pero estaba volviendo a emerger, abriéndose paso con sus garras hacia la superficie.

Cerró los ojos y se vio a sí misma en su último día normal, como una niña de quince años de camino a la escuela.

—No pensarás ponerte eso para ir al colegio —le dijo su madre, entrando en la cocina.

Al otro lado de la mesa del desayuno, los gemelos se quedaron callados de repente y miraron a Marah como un par de muñecos cabezones.

—Oh-oh —dijo Wills.

Lucas asintió tan rápido que su mata de pelo se agitó.

—A mi ropa no le pasa nada —replicó Marah, levantándose de la mesa —. Es la moda, mamá —añadió, antes de observar el aspecto de su madre, frunciendo el ceño: pijama barato de franela lleno de pelotillas, cabello sin vida y zapatillas viejas—. Deberías fiarte de mí en eso.

—Llevas la pinta perfecta para ir a Pioneer Square a medianoche con tu chulo. Desgraciadamente, es martes por la mañana, estamos en noviembre y eres una estudiante de segundo año de instituto, no una invitada del programa de Jerry Springer. Te lo diré más claramente: esa falda vaquera es tan corta que puedo verte las bragas rosas con florecitas y está claro que la camiseta es de la sección infantil. No vas a ir al colegio enseñando la barriga. —Marah dio un golpe de frustración en el suelo con el pie. Ella quería que Tyler la viera así vestida. Cuando la mirara, en lugar de pensar que era demasiado pequeña, creería que era guay. Su madre extendió la mano hacia la silla que tenía delante y se agarró a ella

como si fuera una anciana. Se sentó suspirando. Luego cogió su taza de café, aquella en la que ponía «MEJOR MADRE DEL MUNDO», y la sostuvo entre las manos, como si necesitara entrar en calor—. Hoy no tengo fuerzas para discutir contigo, Marah. Por favor.

—Pues no lo hagas.

—Exacto. No pienso hacerlo. No vas a ir al instituto con pinta de Britney Spears colocada. Ni enseñando el chichi. Punto. Eso es lo bueno, que soy tu madre. Y eso me convierte en la directora general de esta casa. O en su guardiana. La cuestión es que en mi casa mando yo. Cámbiate de ropa o tendrás que afrontar las consecuencias. Unas consecuencias, debo añadir, que empezarán por llegar tarde a clase y quedarte sin tu precioso móvil nuevo. Y eso será lo más leve. —Su madre posó la taza de café.

—Quieres arruinarme la vida.

—Vaya, has descubierto mi plan maestro. Diantre —dijo su madre, inclinándose hacia Wills para despeinarlo—. Vosotros todavía sois pequeños. Aún tardaré años en arruinaros la vida. Podéis estar tranquilos.

—Lo sabemos, mamá —repuso Wills, muy serio.

—Marah tiene toda la cara roja —comentó Lucas, antes de seguir construyendo su torre de Cheerios.

—El autobús escolar de la familia Ryan sale en diez minutos —anunció su madre. Luego apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y se puso en pie lentamente.

«Hoy no tengo fuerzas para discutir contigo».

Ese había sido el indicio número uno. Aunque Marah lo había pasado por alto sin inmutarse. Simplemente había seguido haciendo lo de siempre: esforzarse por ser popular en el instituto y asegurarse de que la gente guay quisiera ser su amiga. Hasta aquella primera reunión familiar.

—Hoy he ido al médico —dijo su madre—. No hay por qué preocuparse, pero estoy enferma.

Marah oyó hablar a los chicos, que hacían preguntas estúpidas, sin entender nada. Lucas, el niño de mamá, se levantó corriendo y la abrazó.

Su padre se llevó a los chicos de la habitación. Al pasar junto a Marah, la miró con lágrimas en los ojos y ella notó que le fallaban las rodillas. Solo había una razón por la que él podría llorar.

Miró a su madre y la observó atentamente: la piel palidísima, las ojeras, los labios agrietados y sin color. Era como si la hubieran sumergido en lejía y hubiera salido convertida en una versión decolorada de sí misma. Enferma.

—Es cáncer, ¿no?

—Sí.

Marah estaba temblando tanto que entrelazó las manos para intentar

que se quedaran quietas. ¿Cómo era posible que no supiera que aquello podía pasar, que toda su vida se podía torcer en una fracción de segundo?

—Te pondrás bien, ¿verdad?

—Los médicos dicen que soy joven y estoy sana, así que debería ir bien. Debería.

—Iré a los mejores especialistas —añadió su madre—. Lo superaré.

Marah dejó de contener el aliento.

—Vale —repuso finalmente, sintiendo que esa terrible opresión en el pecho se aliviaba. Su madre nunca mentía.

Pero lo había hecho. Había mentido y había muerto y, sin ella, la vida de Marah había perdido la forma. En los años posteriores, había intentado llegar a conocer a la mujer que había desaparecido, pero lo único que recordaba era a la madre de la ciudad del cáncer, a la mujer pálida y frágil como un pajarillo, sin pelo ni cejas y con los brazos blancos y delgados.

La horrible «celebración de la vida de mamá» había sido insoportable. Marah sabía lo que se esperaba de ella aquella noche. Todo el mundo se lo había dejado claro. Su padre le había dicho, destrozado: «Sé que es un marrón, pero es lo que ella quería»; la abuela le había dicho: «Puedes ayudarme en la cocina, así te resultará más fácil». Solo Tully había sido sincera y franca. Lo único que le había dicho era: «Madre mía, preferiría sacarme un ojo antes que hacer esto. Marah, ¿puedes pasarme un tenedor de los de servir?».

Octubre de 2006. Marah cerró los ojos e hizo memoria. Fue entonces cuando las cosas empezaron a ir tan mal. La noche del funeral. Ella estaba sentada en lo alto de las escaleras de casa, contemplando aquella sala llena de gente...

vestida de negro. Cada pocos minutos sonaba el timbre y entraba otra mujer con una olla cubierta de papel de aluminio (porque obviamente nada abre más el apetito que enterrar a un ser querido). La música también era, en cierto modo, una versión de la muerte: temas de jazz que hacían que Marah, de dieciséis años, pensara en ancianos con corbatas finas y mujeres con el pelo cardado.

Sabía que debía bajar, relacionarse, ofrecer bebidas y recoger platos, pero no podía soportar todas aquellas fotos de su madre. Además, cuando miraba accidentalmente a alguien —a alguna madre del fútbol o de las clases de danza, o a la señora Baakie del supermercado— lo único que obtenía era esa mirada de «pobre Marah» que le arrancaba un pedazo de corazón y le recordaba que esa pérdida era para siempre. Solo habían pasado dos días y la mujer

alegre y risueña de las fotos ya se estaba desvaneciendo en su memoria. Lo único que Marah conseguía evocar en su mente era la versión incolora y moribunda de su madre.

El timbre volvió a sonar.

Sus amigas entraron por la puerta principal como guerreras dispuestas a rescatar a la princesa, hombro con hombro, con el maquillaje embadurnado por las lágrimas y los ojos muy abiertos por la pena.

Marah nunca las había necesitado tanto. Se levantó, tambaleándose. Ashley, Coral y Lindsey subieron corriendo las escaleras y la abrazaron, todas a la vez. La apretaron tan fuerte que casi le levantaron los pies del suelo e hicieron que se le saltaran las lágrimas que había estado conteniendo.

—No sabemos qué decir —declaró Coral, cuando Marah finalmente retrocedió.

—Tu madre era genial —comentó Ashley, muy seria. Lindsey asintió.

Marah se enjugó las lágrimas.

—Ojalá se lo hubiera dicho.

—Está claro que ella lo sabía —replicó Ash—. Mi madre me ha encargado que te lo diga.

—¿Recordáis cuando llevó magdalenas a la clase de la señora Robbins? Las había decorado igual que el libro que estábamos leyendo. ¿Cuál era? —Lindsey frunció el ceño, intentando recordarlo.

—*La señora Frisby y las ratas de Nimh.* Les puso bigotitos a las magdalenas —dijo Coral—. Fue lo más.

Todas asintieron y se les llenaron los ojos de lágrimas.

Marah también lo recordaba: «¿Qué haces en mi clase? qué horror. ¿Y qué llevas puesto?».

—En el Pavilion hay un pase a medianoche de *Pesadilla antes de Navidad*. Estaría bien ir —comentó Lindsey—. Podríamos pasarnos por casa de Jason antes de que empiece.

Marah estuvo a punto de responder: «Mi madre no me dejará ir ni de broma». Al pensarlo, se le llenaron los ojos de lágrimas. Sentía que sus emociones se descontrolaban. Se sentía tan inestable como un edificio a punto de derrumbarse. Menos mal que sus amigas estaban allí.

—Vamos —dijo, conduciéndolas escaleras abajo para cruzar el salón. Al llegar a la puerta principal, juraría haber oído la voz de su madre: «Vuelve aquí, jovencita. Vosotras cuatro no vais a ir a ningún pase de medianoche. En esta isla no se cuece nada bueno después de las once».

Marah se detuvo. Sus amigas se reunieron a su alrededor.

—¿No tienes que avisar a tu padre de que nos vamos? —le preguntó Lindsey.

Marah se giró y volvió a mirar a la multitud de dolientes vestidos de negro que había en el salón. Casi parecía una de las fiestas de Halloween de sus padres.

—No —respondió en voz baja. Su padre no había ido a buscarla ni una sola vez en toda la noche y Tully lloraba cada vez que la miraba —. Nadie se dará cuenta de que me he ido.

Ese era el trabajo de una madre, controlar a sus hijos. Y su madre ya no estaba.

A la mañana siguiente, su padre decidió que necesitaban unas vacaciones. Marah no tenía ni idea de por qué él pensaba que la arena y el surf les ayudarían. Intentó disuadirlo, pero ella no tenía ni voz ni voto en los temas importantes. Así que se fue a las primeras asquerosas vacaciones d. M. (después de Mamá, que era como se calculaba la vida ahora, en antes y después de ella) y ni se molestó en aprovecharlas.

Quería que su padre supiera lo indignada que estaba. Lo único que tenía era a sus amigas y, justo cuando más las necesitaba, se encontraban a cinco mil kilómetros de distancia.

Odiaba el paraíso. No soportaba el sol ni el olor de las hamburguesas a la parrilla, y ver la cara triste de su padre le daba ganas de llorar. Esa semana no hablaron de nada importante. Él intentaba —de vez en cuando— establecer contacto con ella, pero el dolor de sus ojos no hacía más que absorberla y empeorar las cosas, así que había dejado de mirarlo.

Se dedicó a llamar a sus amigas al menos diez veces al día, hasta que aquellas vacaciones infernales por fin terminaron.

Cuando aterrizaron en Seattle, Marah sintió por primera vez que se relajaba y que podía respirar con facilidad. Creyó que lo peor había pasado.

Qué equivocada estaba.

Al llegar a casa se encontraron la música a todo volumen, varios recipientes de comida vacíos sobre la encimera de la cocina y a Tully en el vestidor, con la ropa de su madre guardada en cajas. Su padre había estallado y le había dicho a su madrina cosas terribles que la habían hecho llorar, pero la peor de todas había sido: «Nos mudamos».

9

En noviembre de 2006, menos de un mes después del funeral de su madre, se mudaron a California. Las dos semanas previas a la partida fueron terribles. Horrorosas. Marah se pasaba todas las horas que estaba despierta discutiendo con su padre o llorando desconsolada. Dejó de comer y de dormir. Lo único que le importaba era hablar con sus amigas y cada vez que las cuatro más íntimas se reunían era como una despedida interminable, por entregas. Todas las frases empezaban con: «Acuérdate cuando».

Marah apenas era capaz de contener la rabia. Aquella cosa estaba en su interior, oprimiéndole las costillas, haciéndole hervir la sangre. Hasta había absorbido su dolor. Recorría la casa dando portazos y rompía a llorar con cada recuerdo que había que embalar. No podía soportar la idea de abandonar aquel sitio, su hogar, y marcharse. La única noticia medianamente buena era que no la iban a vender. Su padre les había prometido que algún día volverían. Las cosas grandes —muebles, cuadros, alfombras— se quedarían allí. Alquilarían una casa amueblada. Como si unos muebles diferentes fueran a hacerles olvidar la pérdida de su madre.

Cuando por fin llegó el día de la mudanza, se aferró a sus amigas, sollozó en sus brazos y le dijo a su padre que lo odiaba.

Pero nada de eso importó. Ella no importaba. Esa era la cruda realidad. Su madre era como un junco; se habría doblegado ante la voluntad de Marah. Su padre era un muro de acero, frío e infranqueable. Lo sabía porque lo había embestido y había caído derrotada a sus pies.

Durante el viaje de dos días en coche a Los Ángeles, Marah no dijo nada. Ni una sola palabra. Se puso los auriculares y escuchó música, enviando un mensaje tras otro a sus amigas.

Dejaron atrás el verde y el azul de Washington y condujeron hacia el sur. En el centro de California, todo era marrón. Colinas marrones y rechonchas agazapadas bajo el radiante sol otoñal. No había un árbol decente en kilómetros. Los Ángeles era aún peor: llano e interminable. Autopistas y más autopistas, con todos los carriles atestados de coches. Cuando llegaron a la casa que su padre había alquilado en Beverly Hills, a Marah le dolía la cabeza.

—Guau —dijo Lucas, alargando al menos tres sílabas la palabra.

—¿Qué te parece, Marah? —le preguntó su padre, girándose en el asiento para mirarla.

—Sí —contestó ella—. Como si te importara mi opinión. —Abrió la puerta del coche y salió. Ignorándolo todo, recorrió el camino de entrada hasta la puerta principal, mientras le enviaba un mensaje de texto a Ashley que decía: «Hogar, dulce hogar».

Estaba claro que la vivienda había sido reformada recientemente. Se trataba de una casita antigua de los años setenta a la que habían dado un aspecto moderno y cuadrado. El jardín delantero estaba perfectamente cortado y cuidado al detalle. Las flores crecían donde debían y eran enormes a causa del sol y de los aspersores.

Eso no era un hogar. Al menos no para los Ryan. En el interior, todo era elegante y frío, con ventanales del suelo al techo, una cocina de acero inoxidable y baldosas de piedra gris. Los muebles eran provocadoramente modernos, con bordes afilados y detalles cromados.

Marah miró a su padre.

—A mamá le habría horrorizado. —Vio que sus palabras le habían hecho daño y se alegró. Luego subió las escaleras para elegir habitación.

El primer día de instituto en Beverly Hills, Marah se dio cuenta de que nunca encajaría allí. Los chicos parecían seres de otro planeta. El aparcamiento para estudiantes estaba lleno de Mercedes-Benz, Porsches y BMW. En el carril para vehículos compartidos, hasta había algunas limusinas, entre los coches de lujo y los Range Rover. No todos los niños tenían chófer, obviamente, pero la cuestión era que algunos sí. Marah no daba crédito. Las chicas eran guapísimas, con el pelo teñido por manos expertas y bolsos que costaban más que algunos coches. Se congregaban en estilosos grupitos. Nadie saludó a Marah.

El primer día asistió a las clases en modo automático. Ninguno de los profesores habló con ella, ni le hizo preguntas. Comió sola, sin apenas escuchar el alboroto que había a su alrededor, sin preocuparse por nada.

En la quinta hora, se sentó atrás del todo con la cabeza gacha, mientras el resto de los estudiantes hacían un examen. Sentía una soledad inmensa, abrumadora. No dejaba de pensar en lo mucho que necesitaba a sus amigas —y a su madre— para hablar. Sentía tanto dolor que empezó a temblar.

—¿Marah? —Levantó la vista a través de una cortina de cabello. La

profesora, la señora Appleby, se había detenido al lado de su mesa—. Ven a verme si necesitas ayuda para ponerte al día. Estoy siempre disponible. —Le dejó un programa de estudios sobre el escritorio—. Todos sabemos lo difícil que es, ahora que tu madre está...

—Muerta —dijo Marah inexpresivamente. Si los adultos iban a hablar con ella, al menos podían molestarse en pronunciar aquella palabra. Odiaba todos esos silencios y suspiros.

La señora Appleby se alejó lo más rápido que pudo.

Marah sonrió amargamente. Decir la palabra no era una gran defensa, pero resultaba eficaz.

Sonó el timbre.

El resto de los chavales se levantaron de un salto y empezaron a hablar de inmediato. Marah no estableció contacto visual con ninguno de ellos y nadie estableció contacto visual con ella. Iba mal vestida; se dio cuenta según subió al autobús. Aquel no era el tipo de instituto en el que una triunfaba con unos vaqueros de los almacenes Macy's y una blusa ajustada. Guardó las cosas en la mochila, asegurándose de que los libros estuvieran en orden y orientados correctamente. Era una nueva obsesión de la que no lograba desprenderse. Necesitaba que sus cosas estuvieran ordenadas.

Sola, salió al pasillo. Unos cuantos chicos seguían allí, armando jaleo y riéndose. En lo alto había una gran pancarta amarilla medio caída, con uno de los anclajes sueltos. En ella se podía leer: «ÁNIMO, NORMANDOS». Alguien había sustituido «NORMANDOS» por «TROYANOS» y había dibujado un pene debajo.

Era una de esas cosas que le habría contado a su madre. Se habrían reído juntas y, cuando hubieran terminado, su madre le habría dado una de sus charlas serias sobre el sexo, las adolescentes y los modales.

—Te das cuenta de que estás de pie en medio del pasillo, mirando un pene y llorando, ¿verdad?

Marah se giró y vio a una chica a su lado. Iba maquillada como para una sesión de fotos y tenía unas tetas que parecían balones de fútbol.

—Déjame en paz —le respondió Marah, alejándose de ella apresuradamente. Sabía que debería haber hecho un comentario inteligente en voz alta para que todos la oyeran. Así era como se conseguía un poco de popularidad, pero le daba igual. No quería hacer nuevos amigos.

Se saltó la última hora y se fue del recinto del instituto antes de tiempo. Puede que eso llamara la atención de su padre. Volvió andando a casa, pero no la ayudó estar en aquella vivienda fría en la que sus pasos resonaban cuando caminaba. Los niños estaban con

Irena —la señora que su padre había contratado como niñera a tiempo parcial— y su padre todavía estaba trabajando. Recorrió aquella casa grande e impersonal pero, cuando llegó a su habitación, su determinación empezó a resquebrajarse.

Aquella no era su habitación.

Su habitación tenía un papel de pared de rayas color pastel, suelo de madera y luces indirectas, en lugar de una lámpara de techo con una luz tan intensa como la de una sala de interrogatorios. Se acercó a la elegante cómoda negra y pensó en la que debería ocupar su lugar, aquella que su madre había pintado a mano hacía tantos años. «Más colores, mamá, más estrellas». Quedaría absurdamente fuera de lugar en esa habitación austera, tan extraña como Marah en el instituto de Beverly Hills.

Buscó la pequeña caja de música de Shrek que había embalado con tanto cuidado y que se había llevado allí con ella. Se la había regalado Tully al cumplir doce años.

Era más pequeña de lo que recordaba y más verde. Giró la llave para darle cuerda y levantó la tapa con bisagras. Una Fiona de plástico se irguió, girando al compás de la música: *«Hey, now, you're an all-star»*.

En el interior, había una colección enmarañada de sus cosas favoritas: un ágata de la playa de Kalaloch, una punta de flecha que había encontrado en su propio jardín, un viejo dinosaurio de plástico, una figura de acción de Frodo, los pendientes de granates que Tully le había regalado al cumplir trece años y, en el fondo, la navaja rosa de la Space Needle que había comprado en el Centro Seattle.

Abrió la navaja y contempló la pequeña hoja.

«Johnny, no creo que tenga edad suficiente».

«Claro que tiene edad suficiente, Kate. Mi niña es lo suficientemente lista como para no cortarse. ¿Verdad, Marah?».

«Ten cuidado, cielo, no te vayas a hacer daño».

Marah apretó la diminuta hoja plateada contra la palma de la mano izquierda.

Un cosquilleo la recorrió. Una sensación. Movió un poco la hoja y se hizo un corte en la mano sin querer.

La sangre empezó a brotar. Su color la hipnotizó. Era inesperadamente brillante y hermosa. No recordaba haber visto nunca un color tan perfecto, como los labios rojos de Blancanieves.

No era capaz de dejar de mirarla. Sentía dolor, por supuesto; un dolor agudo, dulce y amargo al mismo tiempo. En cierto modo, era mejor que la vaga sensación de haber perdido lo que más importaba, de haber sido abandonada.

Eso le dolía y Marah agradecía su franqueza y su claridad. Contempló cómo la sangre se deslizaba por el costado de su mano y caía sobre su zapato negro, donde se perdió casi por completo.

Por primera vez en meses, se sintió mejor.

En las semanas posteriores, Marah perdió peso y dejó constancia de su dolor haciéndose cortecitos rojos en la cara superior interna del brazo y en la zona alta de los muslos. Cada vez que se sentía abrumada, perdida o enfadada con Dios, se cortaba. Sabía que estaba haciendo algo malo y asqueroso, pero no podía parar. Cuando abría la navaja rosa, cuya hoja se había vuelto negra rojiza, se sentía empoderada.

Aunque pareciera imposible, en los momentos en los que estaba más deprimida, lo único que la ayudaba era hacerse daño a sí misma. No sabía por qué, ni le importaba. Sangrar era mejor que llorar o gritar. Autolesionarse le permitía seguir adelante.

La mañana de Navidad, Marah se despertó temprano. Su primer pensamiento, antes de despertarse del todo, fue: «Es Navidad, mamá», hasta que se acordó. Su madre se había ido. Volvió a cerrar los ojos, deseando quedarse dormida, entre muchas otras cosas.

En la planta baja, escuchó el ruido de su familia reuniéndose. Los pasos resonaban en las escaleras; las puertas se cerraban de golpe. Sus hermanos la llamaban a gritos. Seguramente ya estaban corriendo como locos, tirando de la mano de la abuela, sacando los regalos de debajo del árbol, sacudiéndolos con tanta fuerza que repiqueteaban. Y su madre no estaba allí para calmarlos. ¿Cómo iban a sobrevivir todos a ese día?

«Eso te ayuda. Sabes que es así y solo duele un segundo. Nadie lo sabrá».

Se levantó de la cama y fue hacia la cómoda para coger la preciosa caja de Shrek. Le temblaron las manos al abrirla.

Allí estaba su navaja. La abrió con facilidad.

La punta era tan afilada, tan bonita.

Se la clavó en la yema del dedo y sintió cómo la piel se rajaba. La sangre brotó en forma de gota roja perfecta y el mero hecho de verla hizo que aquella emoción volviera a invadirla. La presión que se había acumulado en su pecho desapareció, como el vapor que se libera al girar una rueda. Unas cuantas gotas se deslizaron por el dorso de su mano y cayeron sobre el suelo de madera.

Marah observó maravillada cómo se formaba un torrente rojo que empezaba a derramarse.

El móvil empezó a sonar. Ella retrocedió, miró a su alrededor y

encontró el teléfono junto a la cama. Lo cogió y contestó.

—¿Sí?

—Hola, Marah. Soy yo. Tully. Quería llamarte antes de que empezara el gran día de apertura de regalos. Sé cuánto tiempo le lleva a tu familia, con todo lo que tenéis que ir abriendo uno por uno.

Marah cogió un calcetín del cajón de arriba y se lo enrolló alrededor del dedo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Tully.

Marah apretó el dedo, que no paraba de sangrar. El corte palpitaba. Ese dolor debería haberla reconfortado, pero, con Tully escuchando cada una de sus respiraciones, lo único que sentía era vergüenza.

—Nada. Bueno, es que la Navidad sin ella...

—Ya.

Marah se sentó en el borde de la cama. Se preguntó qué pasaría si le contara a alguien que se cortaba. Quería dejar de hacerlo, de verdad.

—¿Has hecho ya alguna amiga? —le preguntó Tully.

Marah odiaba esa pregunta.

—Un montón.

—Esas chicas son malas, ¿verdad? —comentó Tully—. Las de Beverly Hills. —Marah no supo qué responder. No había hecho ninguna amiga en el instituto, aunque en realidad tampoco lo había intentado—. No necesitas millones de amigas, Marah. Solo necesitas una.

—«Tully y Kate» —repuso ella, lacónicamente. La legendaria historia de amistad.

—Sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad?

—Pues ayúdame. Dime cómo ser feliz.

Tully suspiró.

—Tu madre sería más adecuada para un momento como este. Ella creía en los finales felices y en que la vida siempre mejoraba. Yo soy más bien de la escuela de pensamiento «la vida explota y luego te mueres».

—Créeme, la vida sí explota. Y luego te mueres.

—Cuéntame, Marah.

—No me gusta estar aquí —susurró ella—. La echo de menos todos los días.

—Yo también.

Dicho eso, no había nada más que añadir. Lo perdido, perdido estaba. Ambas habían aprendido la lección.

—Te quiero, Marah.

—¿Qué vas a hacer en Navidad?

Su madrina se quedó callada. A Marah le pareció oírla inspirar hondo.

—Bah, ya sabes.

—Todo ha cambiado —dijo Marah.

—Sí —repuso Tully—. Todo ha cambiado y no lo soporto. Especialmente en días como hoy.

Eso era lo que a Marah le encantaba de su madrina. Tully era la única que nunca le mentía diciéndole que las cosas irían a mejor.

Los primeros meses en el instituto de Beverly Hills fueron una pesadilla. Marah tenía problemas en todas las asignaturas y sus notas bajaron. El plan de estudios era difícil y competitivo, pero ese no era el problema. No lograba concentrarse en clase y tampoco le importaba. A principios de 2007, ella y su padre tuvieron una reunión con el director y un consejero. Hubo muchas miradas tristes, un exceso de charlatanería y las palabras «dolor» y «terapia» no dejaron de repetirse. Al final de la reunión, Marah comprendió lo que se esperaba de ella en ese nuevo mundo sin madre y con riego automático. Estuvo a punto de decir que le importaba un comino.

Hasta que miró a los ojos a su padre y vio lo mucho que lo había decepcionado. «¿Cómo puedo ayudarte?», le preguntó este en voz baja. Hasta ese momento, ella creía que eso era lo que estaba esperando —la oferta— pero, cuando él pronunció aquellas palabras, Marah se sintió aún peor. Entonces se dio cuenta de algo que antes no sabía: no quería ayuda. Quería desaparecer. Y por fin sabía cómo hacerlo.

Pasando desapercibida.

Después de eso, Marah fingió estar bien. Al menos lo suficiente como para que a su padre le bastara, lo cual era tristemente fácil de conseguir. Mientras sacara mejores notas y sonriera en la cena, la dejaría en paz. Estaba demasiado liado con el trabajo. Marah había aprendido la lección: tenía que actuar con normalidad. La niñera de los chicos, Irena (una mujer de mirada triste que nunca perdía la oportunidad de contar que sus hijos eran ya mayores y se habían ido de casa, dejándola con demasiadas horas vacías entre manos), tampoco estaba demasiado con Marah. Solo tuvo que fingir que se había apuntado a algún equipo deportivo para poder ausentarse todo el tiempo que le daba la gana; nadie comentaba nunca que le gustaría ir a uno de sus partidos, ni le preguntaba si estaba bien.

En el último año de instituto, ya lo tenía todo controlado: se despertaba puntualmente todas las mañanas, muerta de sueño a causa

de las pesadillas, e iba dando tumbos al cuarto de baño. Rara vez se molestaba en ducharse o lavarse el pelo, ni siquiera los días de clase. Era demasiado agotador. Además, poco importaba que estuviera limpia o sucia.

Había abandonado toda esperanza de hacer amigas en el instituto de Beverly Hills, que les dieran a esas superficiales que no dejaban de sacudir la melena y pensaban que tener el coche adecuado demostraba su valía.

Por fin llegó junio de 2008. Su graduación en el instituto de Beverly Hills. Todos estaban abajo, esperándola. Los abuelos y Tully habían volado hasta allí para el gran acontecimiento. Estaban que no cabían en sí de gozo, jugando al ping-pong con palabras como «emocionante», «logro» y «orgullo».

Marah no sentía nada de eso. Mientras cogía la toga de graduación, la invadió un frío temor. El tejido de poliéster barato crujió entre sus manos. Se puso la toga, cerró la cremallera y fue hacia el espejo.

Estaba pálida y delgada y tenía unas bolsas de color lavanda bajo los ojos. ¿Cómo era posible que ninguna de las personas que supuestamente la querían se hubieran dado cuenta de su mal aspecto?

Mientras cumpliera con lo que se esperaba de ella —hacer los deberes, solicitar las universidades y fingir que tenía amigos—, nadie repararía en ella de verdad. Eso era lo que ella quería, lo que había elegido, y sin embargo le dolía. Su madre se habría dado cuenta de lo infeliz que era. Esa era una de las verdades que Marah había aprendido: nadie te conoce tan bien como tu madre. Habría dado cualquier cosa por una de esas miradas de «ni se te ocurra, señorita» que tanto odiaba en su día.

—¡Es hora de irse, Marah! —gritó su padre, desde el piso de abajo.

Ella fue hacia la cómoda y miró con anhelo la caja de música de Shrek. Se le aceleró el corazón de anticipación.

Abrió la tapa. Dentro, encontró la navaja y decenas de pedacitos de gasa, manchados de marrón por la sangre seca; unas reliquias de las que no podía desprenderse. Poco a poco, abrió la navaja, se subió la manga y se hizo rápidamente un buen corte en el interior del antebrazo, donde no se viera.

Se dio cuenta al instante de que el corte era demasiado profundo.

La sangre empezó a correrle por el brazo, salpicando el suelo. Necesitaba ayuda. Y no solo para detener la hemorragia. De algún modo, estaba fuera de control.

Bajó las escaleras. En el salón, la sangre cayó a sus pies, sobre el suelo de piedra.

—Necesito ayuda —susurró Marah.

Tully fue la primera en reaccionar.

—Dios mío, Marah —dijo su madrina, tirando la cámara sobre el sofá. Fue corriendo hacia ella, la agarró por la otra muñeca y la arrastró hasta el baño más cercano, obligándola a sentarse sobre la tapa del inodoro.

Su padre entró rápidamente en el aseo, detrás de ellas, mientras Tully rebuscaba en los cajones, sacando pastillas de jabón, cepillos de pelo y tubos de crema de manos.

—¿Qué demonios ha pasado? —gritó su padre.

—¡Trae vendas! —le ordenó Tully, arrodillándose al lado de Marah —. ¡Vamos! —Su padre las dejó solas. Volvió enseguida con unas gasas y cinta adhesiva. Permaneció al margen, con cara de confusión y enfado, mientras Tully aplicaba presión para detener la hemorragia y luego vendaba la herida—. Ya está —dijo Tully—. Pero creo que necesitará puntos de sutura. —Su madrina retrocedió para dejar que su padre se acercara.

—Por Dios... —murmuró este, negando con la cabeza. Se agachó para estar a la altura de Marah. Intentó sonreír y ella pensó: «Este no es mi padre, este hombre que no puede poner los hombros rectos y ya casi nunca se ríe». Él ya no era el mismo, como ella tampoco era la hija que él recordaba. Hasta le estaban saliendo canas... ¿desde cuándo?—. Marah, ¿qué ha pasado? —le preguntó.

Estaba demasiado avergonzada como para responder. Ya lo había decepcionado más de lo soportable.

—No tengas miedo —intervino Tully—. Has pedido ayuda. Te refieres a terapia, ¿no?

Marah miró fijamente los cálidos ojos marrones de su madrina.

—Sí —susurró.

—No lo entiendo —dijo Johnny, mirando a Tully y a Marah.

—Lo ha hecho a propósito —explicó Tully.

Marah vio lo confundido que estaba su padre. Para él no tenía sentido que cortarse la ayudara.

—¿Cómo es posible que no me diera cuenta de que te estabas autolesionando?

—Conozco a alguien que puede ayudarla —señaló Tully.

—¿Aquí, en Los Ángeles? —preguntó Johnny, volviéndose para mirarla.

—En Seattle. ¿Recuerdas a la doctora Harriet Bloom? ¿La de mi programa? Seguro que puedo conseguir que vea a Marah el lunes.

—En Seattle —repitió Marah. Le estaban lanzando un salvavidas. ¿Cuántas veces había soñado con volver a ver a sus amigas? Pero, ahora que tenía la oportunidad, descubrió que le daba igual. Esa era

una prueba más de que estaba enferma. Perturbada. Deprimida.

Johnny negó con la cabeza.

—No sé...

—Se lo ha hecho aquí, Johnny, en Los Ángeles —dijo Tully—. Precisamente hoy. Puede que yo no sea Freud, pero está claro que esto es un grito de socorro. Deja que la ayude.

—¿Tú? —preguntó él, con aspereza.

—¿Todavía sigues enfadado conmigo? Pero ¿por qué? No, no me contestes. Me da igual. Esta vez no me voy a acobardar, Johnny Ryan. No pienso darte espacio, ni tregua. Si no te plantara cara ahora mismo, Katie me daría una patada en el culo. Le prometí que cuidaría de Marah. Está claro que tú no has hecho muy buen trabajo.

—Tully. —Su tono de advertencia era inconfundible.

—Deja que me la lleve a casa para que vea a Harriet el lunes, o el martes como muy tarde. Luego podremos decidir qué hacer a continuación.

Johnny miró a Marah.

—¿Quieres ir a Seattle, a ver a la doctora Bloom?

En realidad, a Marah no podía importarle menos la doctora Bloom. No quería nada, excepto que la dejaran en paz. Y marcharse de Los Ángeles.

—Sí —respondió con hastío.

Johnny se volvió hacia Tully.

—Subiré en cuanto pueda. —Ella asintió.

No parecía muy convencido. Se levantó y miró a Tully.

—¿Puedo confiar en ti para que la cuides durante unos días?

—Seré como mamá gallina sentada sobre sus preciosos huevos.

—Te exigiré un informe detallado.

Tully asintió.

—Lo tendrás.

10

Al final, Marah no asistió a la graduación del instituto, lo cual fue un alivio. En lugar de ello, se subió a un avión con Tully y regresó a Seattle. Fiel a su palabra, Tully le consiguió una cita a las dos de la tarde con la doctora Harriet Bloom el lunes siguiente.

Ese mismo día.

Marah no tenía ganas de levantarse de la cama. No había dormido bien la noche anterior y estaba agotada. Aun así, hizo lo que se esperaba de ella. Se duchó, se lavó el pelo e incluso se molestó en secárselo. Aunque le costó mucho esfuerzo, cogió alguna ropa de la maleta en vez de la que había dejado amontonada en el suelo la noche anterior.

Cuando se puso los vaqueros de 7 for All Mankind —que en su día habían sido unos de sus bienes más preciados, en aquella otra vida—, se horrorizó al darse cuenta de todo el peso que había perdido. Los vaqueros se le caían y dejaban al descubierto los afilados huesos de sus caderas. Eligió una sudadera gruesa de Abercrombie para dar un poco de volumen a su escuálida figura y ocultar las cicatrices de la parte superior de los brazos.

Salió de la habitación subiéndose la cremallera de la sudadera de capucha hasta el cuello. Su intención era salir, cerrar la puerta tras de sí y ponerse en marcha.

Pero, al pasar junto a la maleta abierta, su mirada se posó sobre el bolsillo cosido del lateral, donde había escondido la navaja. Por un segundo, el mundo pareció difuminarse y ralentizarse. Oyó los latidos de su corazón y sintió la sangre fluyendo por sus venas. Se la imaginó: de color rojo intenso, hermosa. La idea de autolesionarse por un segundo, solo una vez, para aliviar esa terrible presión que sentía en el pecho era tan tentadora que dio un paso adelante y extendió el brazo.

—¡Marah! —Apartó la mano y miró rápidamente a su alrededor. Estaba sola—. ¡Marah!

Era Tully. Había gritado dos veces. Eso significaba que podía estar acercándose por el pasillo.

Marah apretó los puños y sintió cómo las uñas se le clavaban en las palmas de las manos.

—Ya voy —respondió, con una voz seca y débil, apenas audible

incluso para ella.

Salió de la habitación y cerró la puerta con un pequeño «clic».

En cuestión de segundos, Tully estaba a su lado, agarrándola por el brazo para ayudarla a salir del apartamento, como si fuera ciega.

Mientras caminaban por la ciudad, Tully no paraba de hablar.

Marah intentaba escucharla, pero el corazón le latía tan rápido que le impedía oír nada más. Le sudaban las manos. No quería sentarse con una desconocida y contarle que se autolesionaba.

—Aquí estamos —dijo por fin Tully. Marah salió de la bruma gris y se encontró frente a un edificio alto de cristal. ¿Cuándo habían pasado por el parque donde los sin techo se reunían bajo el tótem? No lo recordaba. Eso la asustó.

Siguió a Tully hasta el ascensor para subir a la consulta de la doctora, donde una joven seria y con muchas pecas les ofreció asiento en la sala de espera.

Marah se sentó, incómoda, en una silla azul excesivamente acolchada que había al lado de un acuario.

—Se supone que los peces son relajantes —comentó Tully, antes de tomar asiento al lado de Marah y agarrarla de la mano—. Marah.

—¿Qué?

—Mírame.

Ella no quería hacerlo, pero si algo tenía claro era que ignorar a Tully resultaba una pérdida de tiempo. Se giró lentamente.

—¿Sí?

—Lo que sientes no es nada raro —le dijo su madrina con cariño—. A veces yo también la echo tanto de menos que siento un dolor insoportable.

Ya nadie decía ese tipo de cosas. Era cierto que hacía dieciocho meses habían hablado de su madre sin parar, pero al parecer el dolor tenía fecha de caducidad. Era como cerrar una puerta que daba al exterior; una vez que la trancaban y te quedabas a oscuras, se suponía que debías olvidar lo mucho que echabas de menos la luz.

—¿Qué haces cuando te duele recordar?

—Si te lo dijera, tu madre bajaría del cielo y me daría una patada en el culo. Se supone que yo soy la adulta responsable.

—Vale —repuso Marah—. Pues no me lo cuentes. Total, nadie lo hace nunca. —Miró de reojo para ver si la recepcionista la estaba escuchando, pero no estaba prestando atención.

Tully tardó en responder un minuto que a Marah se le hizo demasiado largo. Finalmente, asintió y le contestó.

—Empecé a tener ataques de pánico tras su muerte, así que tomo Xanax. Y no duermo una mierda. Y a veces bebo demasiado. ¿Qué

haces tú?

—Me autolesiono —respondió Marah en voz baja. Se sintió sorprendentemente bien al admitirlo.

—Menudo par —comentó Tully, esbozando una pequeña sonrisa.

Detrás de ellas se abrió una puerta y una mujer delgada salió del despacho. Era muy guapa, pero tenía los dientes apretados y una actitud airada que Marah reconoció como dolor. La mujer llevaba la parte superior del cuerpo envuelta en un grueso chal de cuadros que mantenía cerrado con una mano enguantada, como si allá fuera estuviera cayendo una tormenta de nieve, en lugar de hacer el típico día de junio de Seattle.

—Hasta la semana que viene, Jude —dijo la recepcionista.

La mujer asintió y se puso las gafas de sol. No miró ni a Marah ni a Tully al salir de la consulta.

—Tú debes de ser Marah Ryan. —Marah ni siquiera se había fijado en la otra mujer que había entrado en la sala de espera—. Soy la doctora Harriet Bloom —se presentó la mujer, extendiendo la mano.

Marah se levantó de mala gana. Ahora sí que quería salir corriendo.

—Hola.

Tully se puso en pie.

—Hola, Harriet. Gracias por acceder a ayudarnos con tan poco tiempo de antelación. Sé que has tenido que hacernos un hueco en tu agenda. Necesitarás algunos datos básicos, imagino. Entraré para...

—No —dijo la doctora.

Tully se sorprendió.

—Pero...

—Cuidaré bien de ella, Tully, pero esto es algo entre Marah y yo. Está en buenas manos. Te lo prometo.

Marah no estaba muy convencida. De hecho, pensó que estaba en unas manos extrañas, unas manos huesudas con la piel manchada por la edad. Aquello era lo contrario a unas buenas manos. Aun así, interpretó su papel de niña buena y siguió a la doctora hasta su elegante despacho de adulta.

Desde la pared acristalada se veía el mercado de Pike Place y el llamativo color azul del hotel Sound. Un brillante escritorio de madera dividía la sala en dos; detrás de él había una gran silla de cuero negro. Delante, otras dos sillas de aspecto confortable y un sofá negro pegado a la pared del fondo. Sobre este había una imagen relajante de una playa en verano. De Hawái, tal vez. O de Florida. En cualquier caso, había palmeras.

—Supongo que quiere que me tumbe —dijo Marah, abrazándose a

sí misma. Ella también tenía frío allí dentro. Tal vez por eso la otra señora iba tan abrigada. Lo más extraño era que había una chimenea de gas en la pared y su brillante resplandor anaranjado y azul irradiaba calor hacia ella. Podía y no podía sentirlo.

La doctora Bloom se sentó detrás del escritorio y destapó un bolígrafo.

—Puedes sentarte donde quieras. —Marah se acomodó en una silla y se quedó mirando fijamente la planta del rincón, contando las hojas. Una..., dos..., tres... En realidad no quería estar allí. Cuatro..., cinco... Oyó el tictac de un reloj que marcaba los minutos, la respiración uniforme de la doctora y el áspero siseo de sus medias negras al cruzar y descruzar las piernas—. ¿Crees que puede haber algo de lo que te gustaría hablar? —le preguntó la doctora, cuando habían pasado al menos diez minutos.

Marah se encogió de hombros.

—La verdad es que no. —Cincuenta y dos..., cincuenta y tres..., cincuenta y cuatro. La habitación empezaba a caldearse. Aquella pequeña chimenea era una verdadera dinamo. Marah sintió que el sudor le corría por la frente. Una gota se deslizó por uno de los laterales de su cara. Empezó a tamborilear con el pie en el suelo, nerviosa.

Sesenta y seis..., sesenta y siete.

—¿De qué conoces a Tully?

—Es una amiga de...

—¿De tu madre?

La doctora lo pronunció de la manera incorrecta, de forma clínica, como si estuviera preguntando por un coche o una aspiradora, pero aun así Marah sintió que se le revolvía el estómago. No quería hablar de su madre con una desconocida. Se encogió de hombros y siguió contando.

—Se ha ido, ¿no?

Marah se quedó callada.

—En realidad está en el armario de mi padre.

—¿Perdona?

Marah sonrió. Un punto para el equipo local.

—Alquilamos un ataúd para el funeral, lo cual fue muy extraño, desde mi punto de vista. Total, que la incineramos y la metimos en una caja de palisandro. Cuando Tully quiso esparcir sus cenizas, papá no estaba preparado, y, cuando papá estaba preparado, Tully no lo estaba. Así que mamá sigue en el armario, detrás de los jerséis de mi padre.

—¿Y tú? ¿Estabas preparada?

Marah parpadeó.

—¿A qué se refiere?

—¿Cuándo te habría gustado a ti esparcir las cenizas de tu madre?

—A mí nadie me lo preguntó.

—¿Por qué crees que no lo hicieron? —Marah se encogió de hombros y volvió a apartar la vista. No le gustaba el rumbo que estaba tomando aquello—. ¿Por qué crees que estás aquí, Marah? —le preguntó la doctora.

—Ya sabe por qué.

—Sé lo que te has estado haciendo. Lo de los cortes.

Marah volvió a centrarse en la planta. Las hojas tenían un aspecto de lo más ceroso. Setenta y cinco..., setenta y seis..., setenta y siete.

—Sé que te sientes mejor cuando lo haces. —Marah miró a la doctora Bloom, que seguía sentada completamente inmóvil, con la afilada nariz enganchada sobre sus finos labios—. Pero cuando acabas y la hoja de afeitar o el cuchillo están llenos de sangre seca, seguro que te sientes peor. Avergonzada, tal vez, o asustada.

Setenta y ocho..., setenta y nueve.

—Puedo ayudarte con esos sentimientos, si me cuentas cuáles son. Lo que estás sintiendo no es nada raro. —Marah puso los ojos en blanco. Aquella era una de esas mentiras almibaradas que los adultos les contaban a los niños para que el mundo fuera más bonito—. Bueno —añadió la doctora Bloom, cerrando el cuaderno. Marah se preguntó qué habría escrito en él. Probablemente: «Chalada. Adora las plantas»—. Se nos ha acabado el tiempo por hoy. —Marah se levantó y fue hacia la puerta—. Tengo una reunión con un grupo de duelo para adolescentes que podría venirte bien, Marah. ¿Te gustaría unirte a nosotros? Es el miércoles por la noche —comentó la doctora Bloom, mientras ella agarraba la manilla de la puerta.

—Paso. —Marah abrió la puerta del despacho.

Tully se puso en pie de inmediato.

—¿Cómo ha ido?

Marah no sabía qué decir. Evitó mirar a Tully y se fijó en que había alguien más en la sala de espera: un chico vestido con unos vaqueros negros ajustados y rotos que desaparecían dentro de unas botas negras con los cordones sin atar. Era casi femeninamente delgado y llevaba una camiseta negra con la palabra «muérdeme» debajo de una chaqueta de color gris humo. Llevaba varias calaveras de peltre colgadas del cuello, como si fueran llaves en una cadena, y su cabello, que le llegaba hasta los hombros, era artificialmente negro, teñido aquí y allá con vistosas mechas de color magenta y verde. Cuando levantó la vista, Marah vio que sus ojos eran raros, casi dorados, y un

grueso delineador negro acentuaba su color. Tenía la piel pálida. Como si estuviera enfermo.

La doctora Bloom se acercó a Marah.

—Paxton, tal vez podrías convencer a Marah de que nuestro grupito de terapia no está tan mal.

El tal Paxton se levantó y se acercó a Marah con una elegancia casi teatral.

—Tully —dijo la doctora Bloom—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Marah vio que las dos mujeres de mediana edad se alejaban de ella, susurrando entre sí.

Sabía que debería importarle lo que decían, pero solo era capaz de pensar en el chico que se acercaba a ella.

—Te doy miedo —afirmó él, cuando estuvo a su lado. El aliento le olía a chicle de menta—. Le pasa a la mayoría de la gente.

—¿Crees que me asustan cuatro trapos negros?

Él levantó una mano pálida y se sujetó el pelo detrás de la oreja.

—Las niñas buenas como tú deberían quedarse en los barrios residenciales, donde están a salvo. El grupo no es para ti.

—Tú no sabes nada de mí. Pero quizá deberías dejar de jugar con el maquillaje de tu madre.

Su risa la sorprendió.

—Fuego. Me gusta.

—Eh, Marah —dijo Tully—. Tenemos que irnos. —Su madrina cruzó la sala de espera, la agarró del brazo y la sacó de la consulta.

Durante todo el camino de vuelta a casa, Tully mantuvo una conversación fluida. No dejaba de preguntarle a Marah si quería ir a Bainbridge Island a ver a sus amigas y, aunque a Marah le habría gustado decirle que sí, sabía que ese ya no era su sitio. En el año y medio que había estado ausente, sus antiguas amistades se habían deteriorado como las alas de una polilla y se habían convertido en jirones blancos que nunca podrían volver a volar. Ya no tenía nada en común con esas chicas.

Tully llevó a Marah a su luminoso y elegante apartamento y encendió la chimenea de la sala de estar. Las llamas brotaron y se extendieron a lo largo de un tronco falso.

—Bueno, ¿qué tal ha ido?

Marah se encogió de hombros.

Tully se sentó en el sofá.

—No me excluyas, Marah. Quiero ayudarte.

Dios, estaba harta de decepcionar a la gente. Ojalá existiera un manual para los hijos de los fallecidos, como en *Bitelchús*, que le enseñara qué hacer y qué decir para que la gente la dejara en paz.

—Lo sé.

Se sentó en la chimenea de piedra, frente a Tully. El fuego le calentó la espalda y le hizo estremecerse. Ni siquiera se había dado cuenta de que tenía frío.

—Debería haber obligado a tu padre a llevarte a terapia cuando Kate murió. Pero él y yo nos alejamos. Aunque yo seguía preguntando por ti y hablando contigo todas las semanas. Nunca me contaste nada. Nunca te oí llorar. Tu abuela dijo que lo estabas superando.

—¿Por qué deberías haberte dado cuenta?

—Yo sé lo que es el abandono y el dolor. Sé lo que es encerrarse en una misma. Cuando mi abuela murió, apenas me permití llorarla. Siempre que mi madre me dejaba, me decía a mí misma que no me dolía y seguía adelante.

—¿Y cuando mi madre murió?

—Eso fue más duro aún. No me estoy recuperando como debería.

—Ya. Yo tampoco.

—La doctora Bloom cree que te vendría bien asistir a esa sesión de terapia de duelo para adolescentes el miércoles por la noche.

—Ya. Como si eso me fuera a ayudar. —Vio que a Tully le dolía su respuesta. Marah suspiró. Tenía demasiado dolor propio. No podía soportar también el de Tully—. Vale. Iré. —Tully se levantó y tiró de Marah para abrazarla. Ella se zafó tan rápidamente como pudo, con una sonrisa trémula. Si su madrina supiera lo sola y desesperada que se sentía se le rompería el corazón, y estaba claro que ninguna de ellas podía soportar más sufrimiento. Solo tenía que hacer lo que llevaba meses haciendo. Podría aguantar unas cuantas sesiones de terapia, si eso le permitía quitarse a todo el mundo de encima. En septiembre, sería una estudiante de primer año de la Universidad de Washington y podría vivir como le diera la gana, sin estar constantemente hiriendo y decepcionando a la gente—. Gracias —dijo escuetamente—. Ahora me voy a dormir. Estoy cansada.

—Llamaré a tu padre para contarle cómo te ha ido. Vendrá el jueves a conocer a la doctora Bloom, después de tu próxima cita.

Genial.

Marah asintió y recorrió el pasillo hacia el dormitorio de invitados, que parecía una suite de un hotel de lujo.

No podía creer que hubiera aceptado ir a una reunión de terapia de duelo para adolescentes. ¿Qué demonios iba a contarles a unos desconocidos? ¿Le harían hablar de su madre?

La ansiedad la invadió, convirtiéndose en una presencia física, como si tuviera la piel llena de insectos.

La piel.

No quería ir al armario, no quería, pero ese zumbido que notaba en la sangre la estaba volviendo loca. Era como escuchar las interferencias de una llamada transoceánica, con decenas de conversaciones entrecruzándose, en la que, por mucho que aguzaras el oído, no conseguías oír nada que tuviera sentido.

Con manos temblorosas, abrió la maleta para rebuscar en el bolsillo interior.

Al abrirlo, encontró la navajita de la Space Needle y varios cuadraditos de gasa manchados de sangre.

Se remangó hasta dejar al descubierto el bíceps, tan delgado que no era más que un nudo de músculo, pálido en la oscuridad, tan suave y blanco como el interior de una pera. Decenas de cicatrices atravesaban la piel, como telas de araña.

Posó la punta afilada de la hoja sobre la piel y apretó con fuerza, antes de cortarse. La sangre brotó. Era preciosa, de un rojo intenso. Observó cómo la sangre brotaba y caía, a modo de lágrimas, sobre la palma de su mano. Las emociones negativas llenaron esas gotas de sangre y desaparecieron, abandonando su cuerpo.

—Estoy bien —susurró.

«Yo soy la única que puede hacerme daño. Solo yo».

Aquella noche, Marah, incapaz de dormir en una cama que no era la suya, en una ciudad que antes consideraba su hogar, escuchando el vacío que se oía al estar encaramada dentro de aquel joyero, por encima de la ciudad, repasó la conversación que acababa de tener con su padre.

«Bien», había respondido ella cuando él le había preguntado qué tal había ido la cita con la doctora Bloom. Pero mientras contestaba, había pensado: «¿Cómo es posible que nadie me pregunte cómo puedo estar tan bien todo el rato?».

«Puedes contarme lo que quieras», le había asegurado él.

«No me digas —le había espetado ella—. Así que ahora quieres hablar».

Pero cuando lo oyó suspirar le entraron ganas de retractarse.

«Marah, ¿cómo demonios hemos llegado hasta aquí?».

Odiaba la decepción de su voz; la hacía sentirse culpable y avergonzada a la vez.

«El miércoles por la noche voy a ir a una reunión de apoyo al duelo

para adolescentes. ¿A que suena divertido?».

«El jueves estaré ahí. Te lo prometo».

«Ya».

«Estoy orgulloso de ti, Marah. Es difícil enfrentarse al dolor».

Ella luchó por mantener la entereza, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas. La asediaron los recuerdos de todas las veces que se había caído o se había hecho daño y había corrido hacia su padre para que la estrechara entre sus brazos, tan fuertes y protectores.

¿Cuándo la había abrazado por última vez? Ni se acordaba. En el último año, ella se había alejado de las personas que la querían y se había vuelto frágil en su ausencia, pero no sabía cómo cambiar. Siempre tenía miedo de echarse a llorar y dejar su dolor al descubierto.

A la mañana siguiente, se despertó cansada y con dolor de cabeza. Necesitaba un café, así que se puso una bata de Tully y salió de la habitación.

Se encontró a su madrina dormida en el sofá, con un brazo apoyado en la mesita de centro. Una copa de vino vacía descansaba tirada sobre la mesa, cerca de un montón de papeles. A su lado, había un botecito naranja con pastillas.

—¿Tully?

Esta se incorporó lentamente. Estaba un poco pálida.

—Ah. Marah. —Se frotó los ojos y sacudió la cabeza como para despejarse—. ¿Qué hora es? —Hablaba muy despacio.

—Casi las diez.

—¡Las diez! Mierda. Vístete.

Marah frunció el ceño.

—¿Vamos a alguna parte?

—Tengo una sorpresa para ti.

—No me gustan las sorpresas.

—Claro que sí. Venga. Dúchate. —Tully la empujó hacia el pasillo —. Nos vemos en veinte minutos.

Marah se duchó y se puso unos vaqueros flojos y una camiseta holgada. No se molestó en secarse el pelo, se lo recogió en una coleta y fue hacia la cocina.

Tully ya estaba allí, vestida con un traje azul al menos una talla por debajo de la suya. Se estaba tomando una pastilla y regándola con café cuando Marah se acercó a ella.

Tully chilló cuando Marah la tocó, como si la hubiera sorprendido. Luego se echó a reír.

—Lo siento. No te he oído llegar.

—Estás muy rara —observó Marah.

—Estoy emocionada. Por la sorpresa.

—Ya te lo he dicho. Nada de sorpresas. —Marah la miró—. ¿Qué estás tomando?

—¿Las pastillas? Son vitaminas. A mi edad, no puedes olvidarte de tomarlas. —Se quedó mirando a Marah y frunció el ceño—. ¿Vas a llevar eso puesto?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Ni siquiera piensas maquillarte?

Marah puso los ojos en blanco.

—¿Es que me vas a llevar a hacer una prueba para un concurso de modelos, o qué? —Sonó el timbre de la puerta. Marah desconfió de inmediato—. ¿Quién es?

—Vamos —dijo Tully, sonriendo de nuevo, mientras la llevaba hacia la entrada—. Abre.

Marah abrió la puerta con cautela.

Ashley, Lindsey y Coral estaban allí apelotonadas. Cuando vieron a Marah, dieron un grito —o más bien un chillido de esos que taladraban los oídos— y se abalanzaron sobre ella para darle un abrazo de grupo.

Marah se sentía como si lo estuviera viviendo desde muy lejos. Oía sus voces, pero apenas entendía lo que decían. Sin darse cuenta siquiera, se vio arrastrada fuera del apartamento por el entusiasmo de sus tres mejores amigas. Todas le hablaban a la vez mientras subían al Honda de Coral y se dirigían a la terminal del ferry, en la que había un barco esperando. Entraron directamente en él con el coche y aparcaron.

—Es genial que hayas vuelto —exclamó Lindsey, dando botes en el asiento trasero e inclinándose hacia delante.

—Sí. No nos lo creíamos, cuando Tully nos llamó. ¿Pensabas darnos una sorpresa? —le preguntó Ashley.

—Pues claro —dijo Coral desde el asiento del conductor—. ¡Bueno, tenemos que contarte un montón de cosas!

—Empieza por lo de Tyler Britt —señaló Lindsey.

—Sí. Eso. —Coral se giró hacia Marah y se puso a contarle entre risas una larga historia sobre Tyler Britt, que había salido con alguna guarrilla de North Kitsap y la policía lo había pillado en ropa interior y le había puesto una multa por consumir alcohol siendo menor y le había prohibido participar en el partido de fútbol americano de la reunión de exalumnos.

Marah no dejó de sonreír en ningún momento, aunque en realidad lo que estaba pensando era que casi ni se acordaba de cuando le gustaba Tyler Britt. Le daba la sensación de que aquello había sido

hacía una eternidad. Se obligó a asentir y a sonreír, y en alguna ocasión se acordó de reírse mientras le contaban historias divertidas sobre la fiesta de graduación.

Más tarde, cuando estaban en la playa de Lytle, tumbadas sobre toallas de colores vivos, bebiendo Coca-Cola y comiendo Doritos, a Marah no se le ocurría nada que decir.

Se sentía extrañamente lejos, aunque se encontraban tan cerca que sus hombros se rozaban. Coral hablaba de la universidad y de lo contenta que estaba de que ella y Ashley fueran a ser compañeras de habitación en Western Washington y Lindsey se lamentaba porque no quería ir sola a Santa Clara.

—¿Tú a dónde irás? —le preguntó Coral a Marah.

Lo cierto era que Marah estaba tan distraída que en realidad apenas las estaba escuchando, así que no oyó la pregunta la primera vez que se la hicieron.

—¿Mar?

—¿A qué universidad vas a ir?

—A la de Washington —respondió Marah, tratando de concentrarse. Era como si una cálida bruma gris la hubiera envuelto solo a ella.

Ya no tenía nada que ver con aquellas chicas que se reían todo el rato, que soñaban con enamorarse y empezar en la universidad y que pensaban que sus madres eran demasiado estrictas.

Ya no le caían bien y cuando al final del día la llevaron de vuelta a Seattle, los silencios incómodos del coche dieron fe de que todas se habían dado cuenta de la realidad. La acompañaron hasta el apartamento y se reunieron a su alrededor en la puerta, pero esa vez todas eran conscientes de que ya no había nada que decir. Hasta entonces Marah no lo sabía, pero las amistades también podían morirse, o simplemente marchitarse. Y ella no tenía fuerzas para fingir ser la chica que habían conocido.

—Te hemos echado de menos —dijo Coral en voz baja y esa vez sonó a despedida.

—Y yo a vosotras —repuso Marah, con sinceridad. Habría dado cualquier cosa por que siguiera siendo así.

Cuando se marcharon, Marah volvió a entrar en el apartamento de Tully. Se la encontró en la cocina, recogiendo los platos.

—¿Qué tal ha ido?

Marah notó algo raro en la voz de Tully, una forma un tanto extraña de arrastrar las palabras. De no conocerla, habría pensado que se había tomado unas cuantas copas, pero todavía era muy temprano para eso.

Además, la verdad era que le daba igual. Solo quería meterse en la cama, taparse con las sábanas y quedarse dormida.

—Ha sido genial —contestó sin entusiasmo—. Realmente genial. Pero estoy cansada, así que me voy a echar una siesta.

—Que no sea demasiado larga —dijo Tully—. He alquilado *El jovencito Frankenstein*.

Una de las películas favoritas de su madre. ¿Cuántas veces le habría dicho «usted primero», mientras se encorvaba como Marty Feldman? ¿Y cuántas veces habría puesto Marah los ojos en blanco, desesperada, al escuchar aquel viejo chiste?

—Genial. Vale —repuso Marah, antes de irse a su habitación.

11

*D*ime que no vas a llevar eso puesto —comentó Tully cuando Marah entró en el salón el miércoles por la tarde con unos vaqueros rotos acampanados de cintura baja y una sudadera gris enorme.

—¿Qué? Es una terapia de duelo para adolescentes —replicó Marah—. Aceptémoslo, si te invitan, la moda no es lo que más debería preocuparte.

—Llevas vistiéndote como una vagabunda desde que has llegado aquí. ¿No quieres causar buena impresión?

—¿A unos adolescentes deprimidos? Pues no, la verdad.

Tully se levantó y cruzó la habitación para ponerse delante de Marah. Se acercó lentamente a ella y posó la palma de la mano sobre su mejilla.

—Tengo muchos rasgos de personalidad maravillosos. También algunos defectos, lo admito, algunos agujeros en la tela, pero básicamente soy una persona increíble. Juzgo a la gente exclusivamente por sus acciones, aunque hagan cosas malas; sé lo difícil que es ser humano. La cuestión es que te quiero, aunque no soy ni tu madre, ni tu padre. Mi labor no es criarte para que seas una adulta inteligente, triunfadora y equilibrada. Mi labor es contarte historias sobre tu madre cuando estés preparada y quererte pase lo que pase. Se supone que debo decir lo que tu madre diría... cuando pueda imaginármelo. Normalmente no tengo ni idea, pero esta vez es fácil. —Tully sonrió con ternura—. Te estás escondiendo, cielo. Tras ese pelo sucio y esa ropa holgada. Pero yo puedo verte y es hora de que vuelvas con nosotros. —Tully no le dio tiempo a Marah a responder. Simplemente la agarró de la mano, la llevó por el pasillo y le hizo cruzar la habitación principal para entrar en su enorme vestidor. Era tan grande que en su día había sido un dormitorio. Una vez allí, Tully seleccionó una blusa blanca entallada de tejido arrugado con escote en uve y encaje alrededor del cuello—. Vas a ponerte esto.

—¿Para qué?

Tully ignoró el comentario y sacó la blusa de la percha.

—Lo triste es que pensaba que estaba gorda cuando me ponía esta blusa. Ahora no podría ni abrochármela. Toma. —Marah cogió la

blusa y entró en el baño. No quería que Tully viera sus cicatrices; una cosa era que supiera que se autolesionaba y otra que comprobara con sus ojos la telaraña de cicatrices blancas de su piel. La tela blanca estampada tenía truco; parecía que transparentaba, pero por debajo llevaba un forro del color de la piel. Cuando se acercó al espejo, Marah apenas se reconoció. La blusa ajustada acentuaba su delgadez y la hacía parecer frágil y femenina. Los vaqueros abrazaban sus escuálidas caderas. Se sentía extrañamente nerviosa cuando volvió a entrar en el dormitorio. Tully tenía razón: aunque ella no lo sabía, se había estado escondiendo. Ahora se sentía expuesta. Tully tiró de la goma que sujetaba la melena negra de Marah y se la soltó—. Eres guapísima. Todos los chicos de la reunión se volverán locos por ti. Hazme caso.

—Gracias.

—Aunque tampoco es que nos importe lo que piensen los chicos que van a terapia. Solo era un comentario.

—Yo también voy a terapia —susurró Marah—. Estoy loca.

—Estás triste, no loca. La tristeza tiene sentido. Venga, es hora de irnos.

Marah salió con Tully del apartamento para descender al vestíbulo. Juntas, bajaron por la calle Primera hasta la zona más antigua de la ciudad: Pioneer Square. Tully se detuvo delante de un edificio de ladrillos blanco y achaparrado, construido antes del Gran Incendio de Seattle.

—¿Quieres que entre contigo?

—Ni en broma. Ese tío de los ojos pintados ya cree que soy Miss Barrio Residencial, como para aparecer con una carabina.

—¿El de la sala de espera? ¿Eduardo Manostijeras? ¿Y por qué tiene que importarme lo que él piense?

—Quiero decir que me daría vergüenza. Tengo dieciocho años.

—Lo entiendo. Vale. A lo mejor bajo todo ese maquillaje es como Johnny Depp. —Tully se giró hacia ella—. Entonces, ¿sabes cómo volver a mi casa? Está a ocho manzanas subiendo por la calle Primera. El portero se llama Stanley.

Marah asintió. Su madre nunca la habría dejado andar sola por esa zona de la ciudad al anochecer.

Se echó al hombro la correa del bolso de cuero con flecos y se fue. El edificio que tenía delante se parecía a muchos de los edificios de ladrillo más antiguos de Pioneer Square; el interior era oscuro y el pasillo estrecho y sin ventanas. Una única bombilla colgaba del techo, proyectando una luz raquítica. En el vestíbulo había un tablón enorme repleto de pedazos de papel y anuncios de reuniones de alcohólicos

anónimos, de perros perdidos, de coches en venta y de otras cosas por el estilo.

Marah bajó las escaleras hasta un sótano que olía un poco a humedad.

Al llegar a la puerta cerrada, en la que había un papel pegado donde se leía «GRUPO DE DUELO PARA ADOLESCENTES», se detuvo y estuvo a punto de dar media vuelta. ¿Quién demonios querría formar parte de ese grupo?

Abrió la puerta y entró.

Se trataba de una sala grande, bien iluminada con fluorescentes y con una mesa larga en un extremo sobre la que se encontraban una cafetera, varias tazas y una especie de puesto de venta de pasteles de instituto. Había varias sillas metálicas formando un gran círculo en el centro de la habitación. En el suelo, al lado de cada silla, había una caja de Kleenex.

Genial.

Había ya cuatro chavales sentados en las sillas. Marah miró al resto de... ¿pacientes?, ¿participantes?, ¿pirados?, a través del pelo negro que le caía por delante de los ojos. Una chica enorme con la piel llena de granos y el pelo grasiento se mordía con tanto ahínco la uña del pulgar que parecía una nutria tratando de abrir una ostra. A su lado había una joven tan delgada que, vista de canto, era invisible. Tenía una calva en un lado de la cabeza. Al lado de esta, se encontraba sentada una muchacha vestida de negro, con el pelo de color fucsia y suficientes piercings en la cara como para jugar al tres en raya. Estaba inclinada hacia un lado para alejarse del chico regordete con gafas de pasta que estaba sentado junto a ella, jugando con el teléfono.

La doctora Bloom también formaba parte del círculo. Iba vestida con unos pantalones azul marino ajustados y un jersey gris de cuello alto. Tan neutral como Suiza. Marah no se dejó engañar: la forma en la que la doctora Bloom la miraba era de todo menos despreocupada.

—Nos alegra que te hayas unido a nosotros, Marah. ¿Verdad, grupo? —dijo la doctora Bloom.

Algunos de los chavales se encogieron de hombros. La mayoría ni siquiera se molestaron en levantar la vista.

Marah tomó asiento al lado de la chica corpulenta. Apenas había ocupado su lugar, cuando la puerta se abrió con un crujido y Paxton entró. Como la otra vez, iba vestido de gótico, con vaqueros negros, botas con los cordones sin atar y una camiseta negra suelta. Un tatuaje con una frase serpenteaba sobre la cresta de su clavícula y se enroscaba en su cuello. Marah desvió rápidamente la mirada.

Se sentó frente a ella, al lado de la chica de pelo fucsia.

Marah contó hasta cincuenta antes de volver a mirarlo.

La estaba observando fijamente, sonriendo como si pensara que ella se había arreglado para él.

Marah puso los ojos en blanco y apartó la vista.

—Bueno, ya son las siete, así que podemos empezar —anunció la doctora Bloom—. Como podéis ver, tenemos una nueva participante: Marah. ¿Quién quiere hacer las presentaciones?

Unos miraron hacia otro lado, otros se mordieron las uñas y otros se encogieron de hombros. Finalmente, Pelo Fucsia dijo:

—Joder. Vale. Yo soy Ricki. Madre muerta. La gorda es Denise. Su abuela tiene Parkinson. Todd no ha hablado en cuatro meses, así que no sabemos cuál es su problema. Elisa dejó de comer cuando su padre se suicidó. Y Pax está aquí por orden judicial. Hermana muerta. —Miró a Marah—. ¿Y tú, qué?

Marah notó que todos la miraban.

—Pues...

—El capitán del equipo de fútbol americano no la ha invitado al baile —comentó la chica rolliza, riéndose nerviosa de su propio chiste.

Algunos de los otros chicos se rieron.

—No estamos aquí para juzgarnos los unos a los otros —intervino la doctora Bloom—. Todos sabemos cuánto duele, ¿verdad?

Eso les hizo callar.

—Se autolesiona —murmuró Pax. Estaba repantigado en su asiento, con un brazo sobre la silla de Pelo Fucsia y las piernas cruzadas—. Pero ¿por qué?

Marah levantó la mirada bruscamente.

—Paxton —dijo la doctora Bloom—. Esto es un grupo de apoyo. La vida es dura. Todos lo habéis aprendido demasiado pronto. Cada uno de vosotros ha experimentado una profunda pérdida y sabéis lo difícil que puede resultar seguir adelante cuando un ser querido ha muerto o alguien que debería cuidarte traiciona esa confianza sagrada.

—Mi madre murió —respondió al fin Marah, lacónicamente.

—¿Te gustaría hablar de ella? —le preguntó la doctora Bloom amablemente.

Marah no podía apartar la vista de Paxton. Su mirada dorada la hipnotizaba.

—No.

—¿Quién querría hacerlo? —musitó él.

—¿Y a ti, Paxton? —preguntó la doctora Bloom—. ¿Te gustaría compartir algo con el grupo?

—Quien nunca sufre, nunca ha sido dichoso —repuso él, encogiéndose de hombros con desdén.

—A ver, Paxton —dijo la doctora Bloom—. ¿Qué hemos dicho de esconderse detrás de las palabras de otras personas? Tienes casi veintidós años. Ya es hora de que encuentres tu propia voz.

Veintidós.

—No creo que le interese lo que tengo que decir —le espetó Paxton. Aunque estaba despatarrado en la silla y parecía que todos los asistentes le importaban un bledo, sus ojos tenían una intensidad que resultaba inquietante, casi aterradora.

«Una orden judicial».

¿Por qué iba a obligar a nadie un tribunal a asistir a terapia de duelo?

—Al contrario, Paxton —aseguró la doctora Bloom tranquilamente —. Llevas meses viniendo aquí y no has hablado de tu hermana ni una sola vez.

—Ni lo haré —declaró él, mirando fijamente sus uñas negras.

—El tribunal...

—Pueden obligarme a venir, pero no pueden hacerme hablar.

La doctora Bloom frunció los labios en señal de desaprobación. Miró fijamente a Paxton durante un buen rato y luego volvió a sonreír, antes de girarse un poco para centrar su atención en la Chica Palo.

—Elisa, tal vez quieras contarnos qué tal te ha ido con la comida esta semana...

Una hora más tarde, como si hubieran oído una alarma secreta, los chicos se levantaron de sus asientos y salieron corriendo de la sala. A Marah la pilló desprevenida. Para cuando se agachó a recoger el bolso del suelo y se levantó, ya solo quedaba la doctora Bloom.

—Espero que no haya resultado demasiado duro —comentó la doctora, acercándose a ella—. Los comienzos pueden ser difíciles.

Marah se quedó mirando la puerta abierta que quedaba tras la doctora.

—No. Bien. Es decir, sí. Gracias. Ha sido genial.

Estaba deseando irse de aquella sala que apestaba a galletas rancias y café quemado. Salió corriendo, pero luego se frenó en seco. Las calles estaban atestadas de gente. Era una noche de miércoles del mes de junio y Pioneer Square estaba lleno de turistas y lugareños. La música salía de las cafeterías y de los bares.

Paxton emergió de entre las sombras a su lado; lo oyó respirar durante una fracción de segundo antes de poder verlo.

—Me estás esperando —dijo él.

Marah se rio.

—Sí, porque los chicos maquillados me ponen un montón —

replicó, antes de girarse hacia él—. Tú me estabas esperando a mí.

—¿Y qué?

—¿Por qué?

—Tendrás que venir conmigo para averiguarlo —repuso él, tendiéndole la mano.

Bajo la luz amarillenta de la farola, Marah contempló su mano pálida, sus largos dedos... y las cicatrices que atravesaban su muñeca como un signo de igualdad.

Marcas de cortes.

—Ahora tienes miedo —dijo él en voz baja. —Marah negó con la cabeza—. Pero eres una buena chica de barrio residencial.

—Lo era. —Al pronunciar esas palabras, sintió que la opresión de su pecho se aliviaba un poco. Tal vez pudiera cambiar de alguna forma, convertirse en una versión diferente de sí misma y, quizá si lo hacía, no le dolería tanto mirarse en el espejo y ver la sonrisa de su madre.

—¿Marah? ¿Paxton? —La doctora Bloom se estaba acercando por la acera, a sus espaldas. Marah sintió una tristeza extraña, como si acabara de perder una oportunidad preciosa.

Sonrió a la doctora. Cuando se volvió, Paxton había desaparecido.

—Ten cuidado —le advirtió la doctora Bloom, siguiendo la mirada de Marah hasta el otro lado de la calle, donde Paxton se encontraba sumido entre las sombras de dos edificios, fumando un cigarrillo.

—¿Es peligroso?

La doctora Bloom tardó un rato en contestar.

—No puedo responder a eso, Marah. Al igual que no podría responder a una pregunta similar sobre ti. Pero dime una cosa: ¿lo estás mirando porque crees que es peligroso? Ese tipo de comportamiento puede ser arriesgado para una chica en una situación vulnerable.

—No lo estoy mirando —replicó Marah.

—No —dijo la doctora Bloom—. Claro que no.

Acto seguido, Marah se recolocó el bolso sobre el hombro y echó a andar hacia el apartamento por la calle oscura. Durante todo el camino de vuelta a casa de Tully le pareció oír pasos detrás de ella pero, cada vez que se giraba, la acera estaba vacía.

Mientras subía al ático, Marah contempló su reflejo en las paredes de espejo del ascensor. Toda la vida le habían dicho que era guapa y, durante la mayor parte de su adolescencia, eso era lo que quería oír. En los años a. C. —antes del cáncer— se pasaba horas analizando su

cara, maquillándose, arreglándose el pelo para que chicos como Tyler Britt se fijaran en ella. Pero d. C., eso había cambiado. Ahora lo único que veía era la sonrisa de su madre y los ojos de su padre, lo que hacía que mirarse a un espejo le resultara doloroso.

En ese momento, sin embargo, se estaba dando cuenta de lo delgada y pálida que se había quedado en los veinte meses transcurridos desde la muerte de su madre. La mirada sombría de sus ojos la deprimía. Aunque últimamente todo la deprimía.

Cuando llegó al último piso, salió del ascensor y se dirigió al apartamento de Tully. Abrió la puerta, entró en la luminosa vivienda y fue hacia el salón.

Tully se encontraba allí, paseándose por delante de la pared acristalada desde la que se apreciaba una vista nocturna de la ciudad. Tenía una copa de vino en la mano y estaba hablando por teléfono, o más bien gritando.

—¿*El aprendiz*? ¿Me estás tomando el pelo? No puedo haber caído tan bajo. —Entonces se giró, vio a Marah y esbozó una sonrisa nerviosa—. Ah. Marah —dijo, riéndose—. Tengo que dejarte, George —añadió, antes de colgar el teléfono. Lanzó el móvil al sofá, fue hacia Marah con los brazos abiertos y la abrazó con fuerza.

—Bueno, ¿cómo ha ido? —le preguntó finalmente, apartándose. Marah sabía lo que se esperaba de ella. Se suponía que debía decir: «Ha sido genial, maravilloso, perfecto. Ya me siento mejor», pero no fue capaz de hacerlo. Abrió la boca y no salió nada. Tully entrecerró los ojos, poniendo esa mirada de periodista inmersa en un reportaje que Marah ya había visto antes—. Chocolate caliente —dijo, y condujo a Marah a la cocina. Preparó dos tazas de chocolate con nata montada y las llevó al dormitorio de invitados. Como cuando era pequeña, Marah se subió a la cama. Tully hizo lo mismo. Se apoyaron, una al lado de la otra, en el cabecero de capitoné de seda gris. Un gran ventanal enmarcaba el horizonte de Seattle, que brillaba como un neón resplandeciente sobre el cielo estrellado.

—Venga, cuéntamelo todo —le pidió Tully.

Marah se encogió de hombros.

—Los chicos del grupo están bastante colgados.

—¿Crees que puede ayudarte?

—No. Y tampoco quiero volver a ver a la doctora Bloom. ¿Podemos cancelar la cita de mañana? Total, ¿qué sentido tiene?

Tully bebió un sorbo de chocolate caliente antes de inclinarse para dejar la taza sobre la mesilla de noche.

—No te voy a mentir, Marah —dijo finalmente—. Los consejos sobre relaciones en el mundo real nunca han sido mi fuerte, pero tal

vez, si hubiera aprendido a gestionar las cosas a tu edad, ahora no estaría tan jodida.

—¿De verdad crees que hablar con una desconocida y sentarme con un grupo de pirados en un sótano mohoso me va a ayudar? —Mientras pronunciaba la palabra «pirados», pensó en aquel chico, Paxton, y en cómo la miraba.

—Tal vez.

Marah miró a Tully.

—Pero es una terapia, Tully. Una terapia. Y yo... no soy capaz de hablar de ella.

—Ya —susurró Tully—. Pero así están las cosas, cariño. Tu madre me pidió que te cuidara y eso es lo que voy a hacer. Fui su mejor amiga desde la época de David Cassidy hasta la del segundo George Bush. Ella es la voz de mi conciencia. Y sé lo que diría en este momento.

—¿Qué?

—No te rindas, cielo.

Marah pudo oír a su madre pronunciando aquellas palabras. Sabía que Tully tenía razón, eso era lo que su madre le habría dicho en ese momento, pero ella no era lo suficientemente fuerte como para intentarlo. ¿Y si lo intentaba y fracasaba? ¿Qué pasaría entonces?

Al día siguiente, mientras su padre estaba a punto de llegar, Marah no podía parar de dar vueltas. Se mordió las uñas hasta que le sangraron. Y entonces, por fin, él apareció y entró en el bonito apartamento de Tully, sonriéndole a Marah con inseguridad.

—Hola, papá. —Debería haberse alegrado, pero verlo le hizo pensar en su madre y en todo lo que habían perdido. No era de extrañar que ella llevara tanto tiempo siendo infeliz.

—¿Cómo estás? —le preguntó él, acercándose con recelo, antes de darle un abrazo incómodo.

¿Qué debía decir? Él quería una mentira. «Estoy bien». Marah miró a Tully, que estaba inusitadamente callada.

—Mejor —dijo por fin.

—He encontrado a alguien en Los Ángeles, un médico especializado en adolescentes con problemas —le comunicó su padre —. Puede verte el lunes.

—Pero hoy tengo mi segunda cita con la doctora Bloom —señaló Marah.

—Lo sé y me alegro de que haya podido intervenir, pero necesitas ver a alguien de forma regular. En casa.

Marah esbozó una sonrisa temblorosa. Que su padre se diera cuenta de lo vulnerable que ella se sentía en ese momento solo le causaría más dolor. Pero había una cosa que Marah tenía clara: no podía volver a Los Ángeles con él.

—Me gusta la doctora Bloom —declaró—. Y el grupo es un poco rollo, pero no me importa.

Johnny frunció el ceño.

—Pero está en Seattle. Y el médico del que te he hablado está en Los Ángeles.

—Quiero quedarme aquí durante el verano, papá. Vivir con Tully. Me gusta la doctora Bloom. —Marah se giró hacia Tully, que se había quedado atónita—. ¿Puedo vivir aquí durante el verano? Seguiré viendo a la doctora Bloom dos veces por semana. A lo mejor me viene bien.

—¿Me tomas el pelo? —dijo su padre—. Tully no puede hacerse cargo de ti.

Marah siguió en sus trece. De repente lo tenía claro: eso era lo que quería.

—Ya no tengo once años, papá. Soy una adolescente de dieciocho y, de todos modos, empezaré en la Universidad de Washington en septiembre. Así podré hacer amigos nuevos y ver a los antiguos. —Marah se acercó a él—. Por favor.

—Creo que... —intervino Tully.

—Ya sé lo que crees —la interrumpió Johnny con brusquedad—. Fue a ti a la que le pareció fenomenal que fuera a un concierto de Nine Inch Nails a los catorce años. Y la que le metió en la cabeza lo de ser modelo e irse a Nueva York a los trece.

Marah lo miró.

—Necesito un poco de distancia, papá.

Ella percibió la batalla que se libraba en su interior: no estaba dispuesto a dejarla marchar, pero veía que ella lo estaba deseando. Tal vez incluso que lo necesitaba.

—No es buena idea —le dijo Johnny a Tully—. Ni siquiera eres capaz de mantener con vida las plantas. Y no sabes una mierda de niños.

—Ya es adulta —replicó Tully.

—Por favor, papá. Por favor.

Él suspiró.

—Joder. —Marah se dio cuenta de que lo había conseguido. Él la miró—. He dado el preaviso para dejar el trabajo de Los Ángeles. Volveremos a mudarnos a la casa de Bainbridge Island en septiembre. Iba a ser una sorpresa. Queremos estar viviendo aquí cuando tú estés

en la Universidad de Washington.

—Eso es genial —repuso ella, aunque le importaba un comino.

Johnny dejó de mirar a Marah para centrarse en Tully.

—Será mejor que cuides bien de mi niña, Tully.

—Como si fuera mi propia hija, Johnny —le aseguró Tully, solemnemente.

Y no se habló más.

Una hora más tarde, Marah estaba sentada en una de las sillas del despacho de la doctora Bloom. Llevaba por lo menos diez minutos observando el ficus del rincón, mientras la doctora Bloom garabateaba algo en un papel.

—¿Qué está escribiendo? ¿La lista de la compra? —le preguntó Marah, mirando fijamente sus manos.

—La lista de la compra, no. ¿Tú qué crees que estoy escribiendo?

—Ni idea. Pero, si no piensa decir nada, ¿para qué he venido?

—La tuya es la única voz que importa aquí, Marah. Y sabes que puedes irte cuando quieras.

—Tully y mi padre están ahí fuera.

—Y no quieres que sepan que no estás comprometida con la terapia. ¿Por qué?

—¿Solo sabe hacer preguntas?

—Suelo hacer muchas. Pueden ayudar a guiar los pensamientos. Estás deprimida, Marah. Eres lo suficientemente inteligente como para saberlo y te estás autolesionando. No sería mala idea que pensaras por qué lo haces.

Marah levantó la vista.

La mirada de la doctora Bloom era firme.

—Me encantaría ayudarte, si me lo permites. —La doctora hizo una pausa—. ¿Quieres volver a ser feliz? —Marah lo deseaba con todas sus fuerzas. Quería volver a ser la de antes—. Deja que te ayude.

Marah pensó en la telaraña de cicatrices que tenía en los muslos y en los brazos, en cómo el dolor la fascinaba y en el hermoso color rojo de su sangre.

«No te rindas, cielo».

—Sí —respondió ella. Tan pronto como la palabra salió de su boca, sintió que la ansiedad le atenazaba el estómago.

—Es un comienzo —dijo la doctora Bloom—. Bueno, se nos ha acabado el tiempo.

Marah se levantó y salió del despacho detrás de la doctora Bloom. En la sala de espera, al primero que vio fue a su padre. Estaba sentado

en el sofá al lado de Tully, hojeando una revista sin mirar realmente las páginas impresas. Al verla entrar, se puso en pie.

—¿Podemos hablar, señor Ryan? En mi despacho —le pidió la doctora Bloom, antes de que él dijera nada.

—Yo también voy—comentó Tully y, en un abrir y cerrar de ojos, todos desaparecieron y Marah se quedó sola en la sala de espera. Se giró hacia la puerta cerrada. ¿Qué les estaría contando la doctora? Le había prometido a Marah que las sesiones serían confidenciales. «Tienes dieciocho años, eres adulta. Nuestras sesiones son solo cosa nuestra», le había dicho.

—Vaya, vaya, vaya.

Marah se giró lentamente.

Paxton estaba apoyado en la pared, con los brazos cruzados. Volvía a ir vestido todo de negro y llevaba puesto un chaleco *vintage* sobre el pecho pálido, cuyo escote a pico dejaba a la vista un tatuaje que le subía desde la clavícula y le rodeaba el cuello. Ponía: «¿Por qué no me acompañas en mi lenta caída hacia la locura?». Marah observó aquellas palabras marcadas en negro mientras él se acercaba a ella.

—He estado pensando en ti. —Le rozó el dorso de la mano fugazmente, como si se tratara de una breve caricia—. ¿Te gusta divertirte, chica de barrio residencial?

—¿Cómo, haciendo sacrificios animales?

Él esbozó una sonrisa lenta y seductora. Nunca nadie la había mirado así, tan fijamente, como si fuera comestible.

—Quedamos mañana a las doce de la noche.

—¿A las doce de la noche?

—La hora de las brujas. Seguro que solo has salido con niños buenos para ir al cine y a fiestas en piscinas.

—Tú no sabes nada de mí.

Él sonrió lentamente, mirándola a los ojos. Marah podía sentir lo seguro que estaba de sí mismo y de la reacción de ella.

—Queda conmigo.

—No.

—Así que tienes hora de llegada. Pobre niña rica. Vale. Pero te esperaré en la pérgola de Pioneer Square.

¿La pérgola de Pioneer Square? ¿Donde los sintecho dormían por las noches y les gorroneaban cigarrillos a los turistas?

Marah oyó que la puerta se abría detrás de ella.

—Gracias, doctora Bloom —dijo su padre.

Marah se alejó de Paxton. Él se rio entre dientes, con cierta crueldad, así que ella se detuvo.

—Marah—la llamó su padre bruscamente. Sabía lo que él estaba

viendo: a su hija, en su día perfecta y hermosa, hablando con un chico que llevaba maquillaje y cadenas. Las mechas del pelo de Paxton casi parecían de neón bajo la intensa luz de la consulta.

—Este es Paxton —le dijo Marah a su padre—. Está en mi grupo de terapia.

Johnny apenas estableció contacto visual con el chico.

—Vamos —se limitó a responder, agarrándola de la mano para sacarla de la consulta.

12

Esa noche, después de un día largo y complicado en el que su padre había intentado de mil maneras sutiles hacer que cambiara de opinión sobre su decisión de quedarse en Seattle, Marah por fin se encontraba en la cama, mirando al techo. Al final lo había convencido de que la dejara quedarse con Tully en verano, pero él había establecido una serie de normas de comportamiento. A Marah le dolía la cabeza solo de pensarlo. No pudo evitar sentirse aliviada cuando su padre se marchó.

Al día siguiente, ella y Tully se comportaron como turistas y disfrutaron de la hermosa tarde de verano por el paseo marítimo. Pero cuando cayó la noche y Marah estuvo sola en la cama, se puso a pensar en Paxton.

«Queda conmigo. A las doce de la noche».

A su lado, el despertador digital marcaba los minutos con un silencioso tictac. Ella lo miraba de reojo.

23.39.

23.40.

23.41.

«Te esperaré en la pérgola».

No era capaz de desterrar esa promesa de su mente.

Paxton la intrigaba. ¿Por qué no admitirlo? No se parecía a ningún otro chico que hubiera conocido. En su presencia se sentía retada, en cierto modo. Aceptada. Viva.

Aquello era una locura.

Él estaba loco. Y seguramente era peligroso. Y ella ya estaba lo bastante jodida, obviamente; no necesitaba explorar su lado salvaje. A su madre no le habría gustado nada ese chico.

23.42.

¿A quién se le ocurría quedar con alguien a las doce de la noche? A los góticos, a los drogadictos y tal vez a las estrellas de rock. Y él no era ninguna estrella del rock, aunque por su aspecto bien podría serlo.

23.43.

Marah se incorporó.

Acudiría a la cita. Cuando la decisión tomó forma, Marah se dio cuenta de que había estado ahí todo el tiempo, tal vez desde el

momento en el que él le había propuesto quedar. Se levantó de la cama y se vistió. Se lavó los dientes y se maquilló por primera vez en mucho tiempo. Luego salió sigilosamente de la habitación, apagó las luces y cerró la puerta sin hacer ruido.

Las sombras se agazapaban al lado de los muebles en la oscuridad; más allá de ellas, el Seattle nocturno era un caleidoscopio de luces de colores y oscuro cielo nocturno. La puerta del dormitorio de Tully estaba cerrada, aunque se filtraba algo de luz por debajo.

23.49.

Marah cogió el bolso, se guardó el móvil en el bolsillo trasero y se dispuso a salir. En el último momento, se paró a escribir una nota rápida —«He quedado con Paxton en Pioneer Square»— y volvió para dejarla debajo de la almohada. Por si la policía necesitaba un sitio por el que empezar a buscar.

Salió a hurtadillas del apartamento y entró en el ascensor. Una vez en el vestíbulo, pegó la barbilla al pecho y cruzó rápidamente el suelo de mármol. En cuestión de segundos estuvo fuera, sola en la concurrida acera. Echó a andar.

Pioneer Square estaba rebosante de actividad incluso a esas horas de la noche. Las cafeterías y los bares atraían a la gente y la escupían. De vez en cuando, un poco de música flotaba en el aire nocturno. En sus orígenes, ese había sido el barrio marginal, bautizado en la época en la que los troncos gigantes bajaban rodando por la calle Yesler hacia el agua. Ahora era un refugio tanto para la gente sin hogar como para aquellos que se sentían atraídos por los clubes nocturnos y los bares de jazz. Por la vida en la oscuridad.

La pérgola era un punto de referencia local, un elemento de hierro negro ornamentado situado en la esquina de la calle Primera con James. Los indigentes se tumbaban en los bancos que había debajo, cubiertos de periódicos, y se reunían en grupos para fumar y hablar.

Vio a Paxton antes de que él la viera a ella. Estaba apoyado en una de las columnas, con un bloc de papel en la mano. Estaba escribiendo algo.

—Hola.

Él levantó la vista.

—Has venido —dijo y algo en su voz, o en su mirada, le hizo darse cuenta de lo mucho que deseaba verla. No estaba tan seguro de sí mismo como ella creía.

—No me das miedo —declaró Marah con firmeza.

—Pues tú a mí sí —replicó él con naturalidad.

Marah no tenía ni idea de lo que eso significaba, pero le recordó a aquella ocasión en que su madre le había hablado de la primera vez

que había besado a su padre. «Dijo que me tenía miedo —le había contado—. Él no lo sabía, pero ya estaba enamorado de mí».

Paxton extendió la mano.

—¿Preparada, chica de barrio residencial?

Ella la agarró.

—Sí, chico de los ojos pintados.

Paxton la condujo por la calle hasta un autobús urbano sucio y resollante. La verdad —que ella no pensaba contarle jamás— era que nunca se había subido a un autobús público. Una vez en el interior, abarrotado y bien iluminado, se quedaron pegados el uno al otro, mirándose fijamente. Él la hipnotizaba, le hacía vibrar como nadie. Intentó encontrar algo que decir, pero era incapaz de pensar con claridad. Cuando se bajaron del autobús, él la hizo internarse en el rutilante mundo del Broadway nocturno. Marah había nacido en Seattle y se había criado en una isla que se podía ver desde la ciudad, y, sin embargo, ahí había un mundo del que no sabía nada, una versión distorsionada de este, de neón resplandeciente, que se agazapaba entre las sombras y las grietas de Seattle cuando anochecía. En el universo de Paxton, había pasillos oscuros, clubes sin ventanas, bebidas que echaban vapor mientras las sostenías entre las manos y niños que vivían en la calle.

Desde allí cogieron otro autobús y, esa vez, cuando se bajaron, Seattle se veía muy lejos, como si fuera una diadema reluciente sobre el cielo nocturno, más allá de una extensión de agua negra. Solo unas cuantas farolas iluminaban el paisaje.

El terreno que Marah tenía delante bajaba en cuesta hasta un mastodonte oxidado, que acechaba en la orilla oscura. El parque de la Fábrica de Gas. Ahora lo reconocía. La pieza central de ese parque ribereño era aquella planta gasificadora, vieja y oxidada, de principios de siglo. Había estado allí una vez, en una excursión escolar. Paxton la agarró de la mano y la guio por el césped hasta una zona secreta de la estructura que parecía una cueva.

—¿Estamos cometiendo un delito? —preguntó Marah.

—¿Te importa? —preguntó él.

—No. —Un pequeño escalofrío la recorrió. Nunca había hecho nada malo. Puede que fuera el momento de cambiar.

Él la condujo hasta un lugar oculto dentro de la estructura metálica oxidada, sacó una caja de cartón de un escondite y preparó un sitio para que pudieran sentarse.

—¿Eso está siempre ahí? —preguntó ella.

—No. Lo he dejado para nosotros.

—¿Cómo...?

—Lo sabía —dijo él, mirándola fijamente de una forma que hizo que a Marah se le calentara la sangre—. ¿Has probado alguna vez la absenta? —Él sacó material suficiente para un experimento científico.

Ella se estremeció. El miedo danzaba a su alrededor, la azuzaba y le decía: «Es peligroso». Sabía que debía marcharse antes de que fuera demasiado tarde. Pero no era capaz.

—No. ¿Qué es?

—Magia embotellada.

Paxton sacó unos vasos y unas cuantas botellas y empezó a realizar una especie de ritual que incluía cucharas, terrones de azúcar y agua. Un terrón de azúcar se fundió en el líquido y la absenta cambió de color, adquiriendo un tono verde espumoso y lechoso.

Él le entregó el vaso.

Ella miró a Paxton a los ojos.

—Confía en mí.

No debía hacerlo. Aun así, se llevó el vaso lentamente a la boca y bebió un sorbito.

—Ah —dijo, sorprendida—. Sabe a regaliz negro. Está dulce.

A medida que bebía, la noche pareció ir despertándose. La brisa le removía el pelo sobre los ojos, las olas golpeaban la orilla, el metal oxidado de la planta abandonada crujía y gemía.

Ya casi había acabado el segundo vaso de absenta cuando Paxton le cogió la mano y le giró la palma hacia arriba. Empezó a seguir las líneas y fue subiendo con los dedos por la sensible cara interna del brazo de Marah, hasta la primera cicatriz plateada.

—La sangre puede ser tan hermosa, tan purificadora. Y el dolor solo dura un segundo, un hermoso segundo, antes de desaparecer.

Marah respiró hondo. La absenta la estaba relajando, mareándola. No tenía muy claro cuál era la realidad hasta que miró a Paxton y, observando sus ojos dorados, pensó: «Él sabe lo que es eso». Por fin alguien la entendía.

—¿Cuándo empezaste tú?

—Después de morir mi hermana.

—¿Qué le pasó? —le preguntó Marah en voz baja.

—Eso da igual —contestó él, y la respuesta la tocó en lo más hondo de una forma profunda y clara. La gente siempre le preguntaba qué le había pasado a su madre, como si importara que hubiera muerto de cáncer, de un accidente de coche o de un ataque al corazón—. Lo que importa es que murió entre mis brazos y que vi cómo la enterraban. —Marah extendió el brazo y le agarró la mano. Él la miró sorprendido, como si hubiera olvidado que estaba allí—. Sus últimas palabras en este mundo fueron: «No me dejes, Pax». Pero tuve que hacerlo. —Él

tomó aire y lo soltó. Luego se bebió la absenta de un solo trago—. Fueron las drogas las que la mataron. Mis drogas. Por eso el tribunal me obligó a hacer terapia. Era eso o la cárcel.

—¿Y tus padres?

—Se divorciaron por culpa de aquello. Ninguno de los dos es capaz de perdonarme, ¿y por qué iban a hacerlo?

—¿Los echas de menos?

Él se encogió de hombros.

—¿Qué diferencia habría?

—Así que antes no eras... —Ella señaló con la cabeza su aspecto, avergonzada por la pregunta, pero intrigada. Nunca se le había ocurrido que en su día pudiera haber sido diferente, un chico normal de instituto.

—Necesitaba un cambio —declaró él.

—¿Te ayudó?

—Nadie me pregunta cómo estoy, excepto la doctora Bloom, y en realidad a ella tampoco le importa.

—Tienes suerte. A mí todos me preguntan cómo estoy, pero la verdad es que no quieren saberlo.

—A veces lo único que necesitas es que te dejen en paz.

—Exacto —dijo ella, embargada por una embriagadora sensación de conexión. Él la conocía, sabía cómo era. La entendía.

—Nunca se lo había contado a nadie —reconoció él, mirando a Marah con una vulnerabilidad maravillosa. ¿Era ella la única que podía ver lo destrozado que estaba?—. ¿Estás aquí para cabrear a tu padre? Porque...

—No. —Le entraron ganas de añadir: «Yo también quiero ser otra persona», pero le sonó estúpido y demasiado infantil.

Él le acarició la cara con una suavidad desconocida para ella hasta el momento.

—¿Crees en el amor a primera vista?

—Ahora sí —respondió Marah.

Fue un momento de lo más solemne. Él se inclinó hacia ella lentamente, tan lentamente que Marah se dio cuenta de que esperaba que lo apartara, pero no pudo. En ese momento nada importaba, salvo la forma en la que él la miraba. Hasta ese instante, ella ni sentía ni padecía; él la había devuelto a la vida. Le daba igual que fuera peligroso, que se drogara o que no fuera de fiar.

Por esa sensación, por esa vuelta a la vida, merecía la pena correr cualquier riesgo.

Su beso fue como Marah siempre había soñado.

—Vamos a colocarnos —murmuró él suavemente, con sus labios

sobre los de ella—. Hará que te olvides de todo.

Ella lo estaba deseando. Lo necesitaba. Solo tuvo que asentir mínimamente.

3 de septiembre de 2010
13.16 horas

«Din». «Auxiliares de vuelo, por favor, ocupen sus asientos».

Marah soltó el recuerdo y abrió los ojos. La realidad le cayó encima como una losa: estaban en 2010. Tenía veinte años e iba de camino a Seattle en un avión para ver a Tully, que había tenido un accidente de coche y tal vez no sobreviviera.

—¿Estás bien?

«Pax».

—Ellos no te quieren, Marah. No tanto como yo. Si lo hicieran, respetarían tus decisiones.

Ella miró por la ventanilla mientras el avión aterrizaba y se dirigía a la terminal. Un hombre con un chaleco naranja guio el avión hasta el lugar de estacionamiento. Marah lo observó abstraída, con la vista nublada, hasta que lo único que vio fue una imagen fantasmal de su propio rostro en la ventanilla. Piel pálida, pelo rosa cortado con navaja y engominado por encima de las orejas, y ojos pintados de negro. Un piercing en la ceja.

—Por fin —dijo Paxton, cuando la señal de los cinturones de seguridad se apagó. Se desabrochó el suyo y sacó una bolsa de papel marrón de debajo del asiento delantero. Marah lo imitó.

La joven cruzó la terminal aferrándose a aquella bolsa arrugada y sucia, que contenía todas sus pertenencias. La gente los miraba y apartaba rápidamente la vista, como si lo que había convertido a aquellos dos chavales en góticos pudiera ser contagioso.

En el exterior de la terminal, los fumadores se agrupaban bajo el voladizo, fumando, mientras la megafonía les recordaba que aquella era una zona de no fumadores.

Ojalá le hubiera dicho a su padre en qué vuelo iban a llegar.

—Vamos a coger un taxi —propuso Paxton—. Te acaban de pagar, ¿no?

Marah vaciló. Parecía que Paxton no acababa de entender cuál era realmente su situación financiera. Su trabajo, por el que le pagaban el salario mínimo, no daba precisamente para lujos como coger un taxi hasta Seattle desde SeaTac. Joder, si casi había tenido que vender su

alma al diablo para conseguir el dinero necesario para evitar que los desahuciaran ese mes («no pienses en eso, ahora no») y era la única de los que vivían en el piso que tenía un trabajo de verdad. Leif vendía marihuana para ganarse la vida y Ratón mendigaba. Nadie se atrevía a preguntar a qué se dedicaba Sabrina, pero era la única que parecía tener dinero de vez en cuando. Paxton era demasiado creativo para tener un trabajo fijo: le quitaba tiempo para escribir poesía y de ello dependía el futuro de ambos.

Pero cuando vendiera su obra, serían ricos.

Podría haberle dicho que no a lo del taxi, pero últimamente se enfadaba con demasiada facilidad. No le estaba resultando tan fácil como creía vender sus poemas y eso le molestaba. Ella tenía que reafirmar constantemente su talento.

—Sí —respondió.

—Además, seguro que papá te da dinero —añadió él. Aquella posibilidad no parecía incomodarle. Eso la confundió. Si no quería que tuvieran relación con su familia, ¿por qué no le importaba aceptar su dinero?

Subieron a un taxi y se acomodaron en el asiento trasero marrón.

Marah dio el nombre del hospital y luego se apoyó en Pax, que la rodeó con un brazo. Él abrió de inmediato su desgastado ejemplar con las esquinas dobladas de *En las montañas de la locura*, de Lovecraft, y se puso a leer.

Veinticinco minutos después, el coche se detuvo bruscamente delante del hospital.

Había empezado a llover; era de esas lloviznas inconsistentes de septiembre que iban y venían. Frente a ella, el hospital se erguía como una mole gigantesca agazapada bajo un cielo de color gris acorazado.

Cuando entraron en el luminoso vestíbulo, Marah se detuvo en seco. ¿Cuántas veces había cruzado ese vestíbulo en su vida?

Demasiadas. Y ninguna de ellas feliz.

«Siéntate aquí conmigo durante la quimio, cielo. Háblame de Tyler…».

—No tienes por qué hacer esto —dijo Pax, un poco irritado—. Es tu vida, no la suya.

Ella intentó agarrarlo de la mano, pero él la apartó. Marah captó el mensaje: Paxton quería dejarle claro que no le hacía ninguna gracia estar allí. En lo que se refería a su familia, aunque él estuviera físicamente a su lado, Marah estaba sola.

Salieron del ascensor en el cuarto piso y atravesaron un vestíbulo beis intensamente iluminado para ir hacia la UCI. Un lugar que ella conocía muy bien.

Su padre y su abuela estaban en la sala de espera. Él levantó la vista y la vio. Ella aminoró el paso, sintiéndose a la vez frágil y a la defensiva en su presencia.

Johnny se puso en pie lentamente. Su movimiento debió de alertar a la abuela Margie, porque ella también se levantó. La abuela frunció el ceño, sin duda por el maquillaje exagerado y el pelo rosa de su nieta.

Marah tuvo que obligarse a seguir caminando. Hacía mucho tiempo que no veía a su padre; le sorprendió lo mayor que estaba.

La abuela Margie se acercó renqueando y le dio a Marah un fuerte abrazo.

—Puede ser difícil volver a casa. Bien hecho. —La abuela retrocedió y miró a Marah con los ojos llorosos. Estaba más delgada que la última vez que la había visto, parecía a punto de salir volando con el viento—. El abuelo está en casa, esperando a tus hermanos. Te manda besos.

Sus hermanos. A Marah se le puso un nudo en la garganta al pensar en ellos. No se había dado cuenta de lo mucho que los echaba de menos hasta ese momento.

Su padre tenía el pelo más gris de lo que ella recordaba. La barba de un día le ensombrecía la mandíbula. Iba vestido como una vieja estrella de rock, con una camiseta desteñida de Van Halen y unos Levi's desgastados.

Él se le acercó, moviéndose con cierta torpeza, y la abrazó. Cuando la soltó y se apartó, Marah fue consciente de que ambos estaban pensando en la última vez que habían estado los cuatro juntos: ella, su padre, Tully y Paxton.

—No puedo quedarme mucho tiempo —dijo Marah.

—¿Tienes algo más importante que hacer?

—Veo que siguen juzgándonos —comentó Pax, con hastío—. Qué sorpresa.

Johnny parecía decidido a no mirar a Pax, como si ignorar al novio de Marah pudiera cambiar el hecho de su existencia.

—No quiero empezar con eso otra vez. Has venido por tu madrina. ¿Quieres verla?

—Sí —dijo Marah.

A sus espaldas, Paxton emitió un sonido que ella conocía bien, un pequeño resoplido de burla. ¿Cuántas veces le había recordado que su familia no la aceptaría de verdad a menos que volviera a ser Marah, la niña buena que hacía lo que ellos querían y vestía de una forma determinada? ¿Acaso su padre no se lo había demostrado el diciembre anterior?

«Eso no es amor —le había dicho Pax—. No quieren a tu verdadero yo, ¿y de qué sirve todo lo demás? Yo sí te quiero tal y como eres».

—Vamos —dijo su padre—. Te llevaré con ella.

Marah se volvió hacia Paxton.

—¿Quieres...?

Él negó con la cabeza. Por supuesto que no quería acompañarla. Odiaba eso de guardar las apariencias. No podía fingir que le preocupaba la salud de Tully. Eso sería inmoral. Era una lástima; a Marah le habría venido bien tener a alguien a quien darle la mano en ese momento.

Ella y su padre cruzaron el pasillo. Había gente a su alrededor, yendo y viniendo. Enfermeras, médicos, camilleros y visitas, todos hablando en voz baja. Las conversaciones apagadas enfatizaban el silencio entre ella y su padre.

Johnny se detuvo delante de una de las salas acristaladas de la UCI y se giró hacia ella.

—Está muy mal. Tienes que prepararte.

—Uno no puede prepararse para la mierda que le echa encima la vida.

—Unas sabias palabras de Paxton Conrath, supongo.

—Papá...

Él levantó la mano.

—Lo siento. Pero sí puedes prepararte. No tiene buen aspecto. Los médicos le han bajado la temperatura corporal y le han inducido el coma con la esperanza de que baje la inflamación del cerebro. Se supone que la derivación la ayudará. Le han afeitado la cabeza y le han puesto una venda, así que prepárate. Sin embargo, los médicos creen que puede oírnos. Tu abuela se ha pasado hoy dos horas hablándole de cuando ella y tu madre eran niñas.

Marah asintió y fue hacia la puerta.

—¿Cielo?

Su hija se detuvo y se giró.

—Siento lo que pasó en diciembre.

Ella lo miró fijamente y pudo ver el remordimiento —y el amor— en su mirada. Aquello le afectó tanto que lo único que pudo hacer fue murmurar:

—Son cosas que pasan. —En ese momento no podía pensar en él, ni en ellos. Dio media vuelta, entró en la sala de la UCI y cerró la puerta tras de sí.

El «clic» de la puerta la hizo retroceder en el tiempo. De repente, volvía a tener dieciséis años y estaba entrando en la habitación de hospital de su madre. «Ven aquí, cielo, no me voy a romper. Puedes

darme la mano...».

Marah se sacudió aquel recuerdo y se acercó a la cama. La habitación era sobria y cuadrada, y estaba llena de máquinas que martilleaban, zumbaban y pitaban. Pero lo único que ella veía era a Tully.

Su madrina estaba... hecha polvo, prácticamente destrozada, llena de agujas y conectada a varias máquinas. Tenía la cara magullada, con algunos cortes y vendajes; daba la impresión de que su nariz estaba rota. Sin pelo, parecía insignificante y vulnerable y el tubo que le salía de la cabeza era aterrador.

«Mi labor es quererte».

Marah inspiró bruscamente, de forma entrecortada. Ella era la responsable de aquello; lo sabía. Su traición a Tully tenía que ser en parte la razón por la que su madrina estaba allí, luchando por su vida.

—¿Qué me pasa? —Nunca antes había verbalizado esa pregunta, ni cuando había empezado a fumar marihuana y a acostarse con Pax, ni cuando se había cortado el pelo con una cuchilla, ni cuando se había perforado la ceja con un imperdible, ni cuando se había tatuado una pequeña cruz celta en el dorso de la muñeca, ni cuando había huido con Pax y había vivido de la comida que encontraban en los contenedores. Ni siquiera cuando había vendido aquella historia a la revista *Star*. Pero ahora se lo preguntaba. Había traicionado a su madrina, había huido de su familia y lo había echado todo a perder; había roto los únicos corazones que le importaban. Algo debía de pasarle. Pero ¿qué? ¿Por qué había dado por completo la espalda a todos los que la querían? Y lo que era peor, ¿por qué había decidido hacerle algo tan terrible e imperdonable a Tully?—. Sé que nunca me lo perdonarás —dijo, deseando por primera vez saber cómo perdonarse a sí misma.

Me despierto en una oscuridad tan absoluta que me planteo si me habrán enterrado viva. O quizá esté muerta.

Me pregunto si habrá venido mucha gente a mi funeral.

—*Vamos, por el amor de Dios*.

—¿Katie? —Esa vez, creo emitir un sonido. Es su nombre, pero es suficiente.

—*Cierra los ojos*.

—Los tengo cerrados. Está oscuro. ¿Dónde estoy? ¿Puedes...?

—*Chis. Relájate. Necesito que escuches*.

—Estoy escuchando. ¿Puedes sacarnos de aquí?

—*Concéntrate. Escucha. Puedes oírla*.

Se le quiebra la voz al decir «la».

«... despiertes. Lo siento... Por favor...».

—Marah. —Cuando digo su nombre, se encienden las luces. Veo que estoy de nuevo en la habitación del hospital. ¿Siempre he estado aquí? ¿Es ese el único «aquí» para mí? Las paredes que me rodean son de cristal y a través de ellas puedo ver otras habitaciones similares a la mía. Aquí dentro hay una cama rodeada de máquinas que están conectadas a mi cuerpo destrozado: tubos, electrodos, escayolas y vendas.

Marah está sentada al lado de ese otro yo.

Mi ahijada está bastante enfocada, aunque veo su cara un poco borrosa. Tiene el pelo de color rosa como el algodón de azúcar, cortado con navaja y feo como un demonio, se parece un poco a un gallo, por la forma en que se lo ha engominado, y está más maquillada que Alice Cooper en su época de esplendor. Lleva un abrigo negro enorme que hace que parezca una niña jugando a disfrazarse en Halloween.

Está diciendo mi nombre mientras intenta no llorar. Adoro a esa chica y su tristeza me perfora el alma. Necesita que me despierte. Lo sé. Abriré los ojos, le sonreiré y le aseguraré que no pasa nada. Me concentro mucho y le digo:

—Marah, no llores. —Nada. Mi cuerpo yace allí, inerte, respirando a través de un tubo, con los ojos hinchados y cerrados—. ¿Cómo puedo ayudarla? —le pregunto a Kate.

—*Tendrías que despertarte*.

—Ya lo he intentado.

«... Tully... Siento mucho... lo que hice».

La luz de la habitación parpadea. Kate se aleja de mí y rodea la cama flotando para ponerse junto a su hija.

Marah es una figura menuda y oscura al lado de la imagen resplandeciente de su madre.

—*Siénteme, cielo* —susurra Kate.

Marah se queda sin aliento y levanta la vista.

«¿Mamá?». Es como si la habitación se quedara sin aire. Durante un segundo maravilloso, veo un atisbo de esperanza en Marah. Luego se desploma hacia delante, derrotada. «¿Cuándo aprenderé? Te has ido».

—¿Esto se puede deshacer? —le pregunto a Kate en voz baja. Me asusta preguntarlo y el silencio que transcurre entre mi pregunta y su respuesta me parece una eternidad. Por fin, Kate deja de mirar a su hija para mirarme a mí.

—*¿A qué te refieres*?

Señalo a la mujer de la cama, a mi otro yo.

—¿Puedo despertarme?

—*Dímelo tú. ¿Qué ha pasado*?

—Intenté ayudar a Marah, pero... en serio. ¿Cuándo he sido la persona ideal para tener al lado en una trinchera?

—Siempre, Tul. Eras la única que no lo sabías. —Kate vuelve a mirar a Marah y suspira imperceptiblemente, con tristeza.

¿Acaso estaba pensando en Marah la noche anterior? No puedo recordarlo. No puedo recordar nada de lo que me ha sucedido y, cuando lo intento, una oscura verdad trata de abrirse paso a la fuerza. La aparto.

—Tengo miedo de recordar lo que pasó.

—*Lo sé, pero este es el momento. Cuéntamelo. Intenta recordar*.

Respiro hondo y repaso mis recuerdos. ¿Por dónde empiezo? Pienso en los meses posteriores a su muerte y en todos los cambios que se produjeron. Los Ryan se mudaron a Los Ángeles y perdimos el contacto, como suele suceder con la distancia y el dolor. A principios de 2007, todo había cambiado. Aunque seguía viendo a Margie. Comía con ella una vez al mes. Siempre me decía que esperaba ansiosa que llegaran esos días para ir a la ciudad, pero yo veía la tristeza en sus ojos y la forma en que sus manos habían empezado a temblar, y por eso no me sorprendí cuando me informó de que ella y Bud se mudaban a Arizona. Cuando se marcharon, intenté por todos los medios reconducir mi vida. Me presenté a todos los trabajos de la industria de la comunicación que pude encontrar. Empecé por los diez mercados más importantes y fui bajando. Pero todos los caminos acababan en callejones sin salida. O estaba sobrecualificada o infracualificada; algunas emisoras no querían enfadar a otras cadenas contratándome. Algunos habían oído que era una diva. Aunque las razones eran lo de menos. El resultado seguía siendo el mismo. Me había vuelto incontratable. Así fue como volví al punto de partida.

Cierro los ojos y lo recuerdo con detalle. Junio de 2008, a menos de una semana de la graduación de Marah en el instituto y veinte meses después del funeral...

estoy en la sala de espera de la KCPO, la pequeña emisora de televisión local de Seattle donde trabajé por primera vez para Johnny, hace tantos años.

Han trasladado las oficinas porque la emisora ha crecido, pero sigue siendo un poco cutre, como de segunda. Hace un par de años habría considerado que las noticias locales no eran una salida digna

para mí.

No soy la mujer que era antes. Soy como una hoja en pleno invierno que se enrosca, se ennegrece, se vuelve transparente y se seca, temerosa de que sople un viento fuerte.

He vuelto literalmente al punto de partida. He suplicado una entrevista con Fred Rorback, a quien conozco desde hace años. Ahora es el director de la emisora.

—¿Señora Hart? El señor Rorback ya puede recibirla.

Me pongo en pie, sonriendo con más confianza de la que siento.

Ese día voy a empezar de nuevo. Es lo que me digo a mí misma cuando entro en la oficina de Fred.

Es pequeña y fea, revestida de madera falsa, con un escritorio de color gris plomo y dos ordenadores sobre la mesa. Fred parece más bajito de lo que recordaba y, curiosamente, más joven. Cuando me entrevisté con él por primera vez —en el verano anterior a mi último año de instituto— me pareció más viejo que Matusalén. Pero me doy cuenta de que, probablemente, solo tenga veinte años más que yo. Ahora está calvo y me sonríe de una manera que no me gusta. Veo la lástima reflejada en sus ojos cuando se levanta para saludarme.

—Hola, Fred —digo, estrechándole la mano—. Gracias por recibirme.

—Faltaría más —responde él, volviendo a sentarse. Sobre su mesa hay un montón de papeles. Los señala—. ¿Sabes qué son?

—No.

—Las cartas que me escribiste en 1977. Ciento doce cartas de una chica de diecisiete años, pidiendo un trabajo en la filial de la emisora ABC. Sabía que llegarías lejos.

—Tal vez no lo hubiera hecho si no me hubieras dado esa oportunidad en el año 1985.

—No me necesitabas. Estaba claro que acabarías siendo alguien importante. Todo el mundo lo sabía. Cada vez que te veía en los medios, me sentía orgulloso. —Eso me causa una extraña tristeza. En realidad, no pensé en Fred cuando dejé la KLUE por Nueva York. ¿Qué me habría costado mirar hacia atrás, aunque fuera una vez, en lugar de hacia adelante?—. Me dio mucha pena lo de tu programa —dice.

Y ahí estamos; enfrentándonos a la razón de mi visita.

—Supongo que la cagué —reconozco en voz baja. Él me mira fijamente, en silencio—. Necesito un trabajo, Fred. Haré cualquier cosa.

—No tengo ningún puesto de presentadora libre, Tully, y, aunque lo tuviera, no te gustaría...

—Cualquier cosa —repito. Me pican las manos. La vergüenza me

abrasa las mejillas.

—No puedo pagarte...

—El dinero no es mi prioridad. Necesito una oportunidad, Fred. Necesito demostrar que sé trabajar en equipo.

Él sonríe con tristeza.

—Nunca has sido buena trabajando en equipo, Tully. Por eso eres una superestrella. ¿Recuerdas con cuánta antelación me avisaste cuando conseguiste el trabajo en la cadena de Nueva York? Pues con ninguna. Viniste a mi despacho, me agradeciste la oportunidad y te despediste. Esta es la primera vez que te veo desde entonces.

Siento que la desesperación se apodera de mí. Sin embargo, me niego a que vea lo mucho que me afectan sus palabras. El orgullo es lo único que me queda.

Él se inclina hacia delante, apoya los codos en el escritorio y junta las yemas de los dedos. Me mira fijamente a través de ellos.

—Tengo un programa. —Me enderezo—. Se llama *Ritmo adolescente con Kendra*. Son treinta minutos de nada, en realidad. Pero Kendra es una persona tan inquieta como lo eras tú. Es una estudiante de último año de Blanchet y su padre es el dueño de la emisora, por eso le han dado un programa para adolescentes. Debido a su horario lectivo, se graba a primera hora de la mañana. —Hace una pausa—. Kendra necesita una copresentadora, una especie de personaje serio que le impida pasarse de revoluciones. ¿Serías capaz de ser la segundona de una desconocida en un programa de cuarta categoría?

¿Sería capaz?

Quiero sentirme agradecida por la oferta y lo cierto es que lo estoy, pero también dolida y ofendida. Debería negarme. Eso no aportaría prácticamente nada a mi gran campaña de renovación de imagen.

Debería decirle que no y esperar algo más digno de mí.

Pero ha pasado demasiado tiempo. Estar sin trabajo, ser una persona anónima, me está matando. Ya no soporto esta muerte en vida. Y no estaría de más que le hiciera un favor al dueño de ese canal.

Además, tal vez pueda ser la mentora de Kendra, como Edna Guber lo fue de mí hace tantos años.

—Lo acepto —digo y, cuando lo hago, siento que se me quita un enorme peso de encima. Esbozo una sonrisa sincera—. Gracias, Fred.

—Te mereces algo mejor que esto, Tully.

Suspiro.

—Yo también lo creía, Fred. Supongo que eso es parte de mi problema. Aquí me irá bien. Ya lo verás. Gracias.

13

Esa noche me quedo despierta hasta tarde, navegando por internet, averiguando todo lo que puedo sobre mi nueva copresentadora, Kendra Ladd. Encuentro poquísimas cosas. Tiene dieciocho años, es bastante buena deportista, tiene unas calificaciones excelentes y una beca íntegra para empezar en la Universidad de Washington en otoño. Al parecer, se le ocurrió la idea del programa porque actualmente los chavales están desorientados y perdidos. Su objetivo es «unir a los adolescentes». Al menos eso fue lo que respondió en el concurso de Miss Salón Náutico hace un año, en el que quedó segunda. Un «resultado decepcionante», al parecer, aunque ella no pensaba permitir que eso «minara su autoestima».

Al leer aquello, pongo los ojos en blanco y pienso: «Escucha esto, Katie». Horas después, cuando me acuesto, estoy exhausta pero no puedo dormir. Los sudores nocturnos son tan insoportables que me levanto a las dos y me tomo un somnífero, que me deja inconsciente; cuando me doy cuenta, la alarma está sonando.

Estoy tan agotada y medicada que tardo unos instantes en recordar por qué suena.

Entonces me acuerdo. Aparto las sábanas y salgo dando traspiés de la cama, con los ojos hinchados. Son las cinco de la mañana y parezco salida de la red de arrastre de un pesquero. Supongo que en un programa como *Ritmo adolescente* no habrá maquilladores, así que me arreglo lo mejor que puedo. Me pongo un traje negro que me queda demasiado ajustado, una blusa blanca y salgo del apartamento. En unos instantes, llego al estudio.

Hace una mañana bonita en Seattle, aunque todavía no ha amanecido. Me registro en recepción (la seguridad desde el 11 de septiembre ha cambiado radicalmente mi profesión, incluso en un programita sin importancia como este) y me dirijo al estudio. Un productor lo suficientemente joven como para ser mi hijo me recibe, murmura algo, tal vez como si me reconociera, y me lleva al plató.

—Kendra está muy verde —comenta, mientras nos ponemos detrás de la cámara—. Y es bastante difícil. Quizá puedas ayudarla. —No parece muy convencido.

En cuanto veo el decorado, me doy cuenta de que estoy metida en

un lío. Parece la habitación de una adolescente pija, con suficientes trofeos deportivos como para hundir un pequeño yate.

Y luego está la propia Kendra. Es alta y delgada como un palillo, lleva unos vaqueros cortos diminutos, una camisa de cuadros con volantes en el cuello, un sombrero de fieltro con una cinta de lamé dorada y lo que antiguamente llamábamos unos «tacones de fulana». Tiene el pelo largo y rizado y el maquillaje realza su espectacular belleza natural.

Está apoyada en la cómoda, hablando con la cámara como si fuera su amiga íntima.

—... ahora hablaremos de las reglas de los mensajes de texto. Algunos de los chicos que conozco cometen errores garrafales. En los viejos tiempos, había libros que te enseñaban qué decir y cómo actuar, pero ahora no tenemos tiempo para eso, ¿no es cierto? Ahora los adolescentes no paramos en todo el día. Así que ahí va Kendra al rescate. —La joven sonríe y se aleja de la cómoda para ir despreocupadamente hacia la cama. Hay una equis azul marcada en el suelo, su marca, que ella ignora—. He elaborado una lista de cinco cosas que nunca se deben enviar por mensaje de texto. —Se mueve por la habitación y vuelve a ignorar la marca. Tully oye al cámara maldecir entre dientes—. Empecemos por el *sexting*. Que lo sepáis, chicas, enviarle fotos de las tetas a vuestro chico es lo peor.

—Corten —dice el director y el cámara respira aliviado—. Kendra, ¿podrías ceñirte al guion?

Kendra pone los ojos en blanco y empieza a juguetear con el teléfono.

—Adelante —me indica el productor, dándome una palmada en el hombro que podría pretender ser tranquilizadora, pero que más bien parece un empujón.

Pongo los hombros rectos y entro en el plató, sonriendo.

Kendra frunce el ceño al verme.

—¿Y tú quién eres? —me pregunta—. Tengo una acosadora —dice por el pinganillo.

—No soy ninguna acosadora —replico, reprimiendo las ganas de poner los ojos en blanco.

Ella explota el globo de chicle.

—Pareces una camarera, con ese traje —comenta, frunciendo el ceño—. No. Espera. Me recuerdas a alguien.

—A Tully Hart —digo.

—¡Eso! Te pareces a ella, solo que más gorda.

Aprieto los dientes. Por desgracia, mi cuerpo elige precisamente ese momento para recalentarse. El incómodo sofoco me hace sentir

pinchazos por todas partes. Alfileres y agujas. Seguro que tengo la cara como un tomate. Me doy cuenta de que estoy sudando.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —contesto—. Soy Tully Hart, la nueva copresentadora. No hay nada para mí en el guion de hoy, pero podemos hablar del de mañana. Por cierto, tienes que respetar tu marca. Es señal de profesionalidad.

Kendra me mira como si me acabara de salir barba y hubiera empezado a rebuznar.

—Yo no tengo ninguna copresentadora. ¡Carl!

El joven productor se presenta a mi lado de inmediato y me arrastra hacia las sombras.

—¿Quién es Carl? —le pregunto.

—El director —me responde suspirando—. Pero en realidad eso significa que va a llamar a papá. ¿Te han contado que ya ha hecho despedir a cuatro copresentadores?

—No —contesto en voz baja.

—La llamamos Veruca Salt. —Yo lo miro sin entender nada—. La niña mimada de *Charlie y la fábrica de chocolate*.

—¡Estás despedida! —me grita Kendra.

A mi lado, el cámara ocupa su lugar. La luz roja se enciende y Kendra esboza una sonrisa radiante.

—Estábamos hablando del *sexting*, antes de la pausa. Si no sabes lo que es, no creo que debas preocuparte, pero si lo sabes...

Salgo del estudio. El sofoco está empezando a remitir ligeramente. Siento que las perlas de sudor de mi frente se están secando y mis mejillas se están enfriando, pero la vergüenza no desaparece tan fácilmente; la rabia tampoco. Cuando abandono el estudio y vuelvo a salir a la calle, la sensación de fracaso me consume. ¿Tan bajo he caído? ¿Hasta el punto de que me llamen gorda y me despida una adolescente sin talento?

Lo que más deseo en estos momentos es llamar a mi mejor amiga para que me diga que todo irá bien.

No puedo respirar.

No puedo hacerlo.

«Cálmate», me digo a mí misma, pero tengo el estómago revuelto, estoy ardiendo y no consigo tomar aliento. El dolor me oprime el pecho.

Me fallan las piernas y me desplomo sobre la acera.

Me levanto, avanzo a trompicones, paro un taxi y me subo.

—Al Sagrado Corazón —jadeo, mientras busco en el bolso una aspirina infantil que mastico y trago, por si acaso.

Una vez en el hospital, le lanzo un billete de veinte dólares al taxista y entro tambaleándome en la sala de urgencias.

—¡Ataque al corazón! —le grito a la mujer de recepción.

Eso capta su atención.

El doctor Grant se me queda mirando. Lleva unas de esas gafas de lectura que venden por paquetes en los hipermercados. Detrás de él, una deslucida cortina azul y blanca nos aporta la poca intimidad disponible en la sala de urgencias de una gran ciudad.

—Oye, Tully, no hace falta que llegues a semejantes extremos para verme. Tienes mi número. Podrías haberme llamado.

No estoy de humor. Vuelvo a dejarme caer sobre las almohadas.

—¿Eres el único médico del hospital, o qué?

Él se acerca a la cama.

—Bromas aparte, Tully, los ataques de pánico son una experiencia común durante la perimenopausia y la menopausia. Se deben al desequilibrio hormonal.

Y así, sin más, todo empeora. Estoy desempleada, al parecer soy incontratable y estoy gorda. No tengo una verdadera familia, mi mejor amiga ha muerto y el doctor Granola me suelta, con solo echarme un vistazo, que me estoy secando por dentro.

—Me gustaría hacerte una prueba de tiroides.

—Y a mí me gustaría ser la presentadora de *The Today Show*.

—¿Qué?

Aparto la ligera sábana y me levanto de la cama, sin darme cuenta de que el camisón de hospital le ha mostrado al médico un primer plano de mi culo de mediana edad. Me giro rápidamente, pero ya es demasiado tarde. Lo ha visto.

—No hay evidencias de que esté menopáusica —afirmo.

—Hay pruebas que...

—Exacto. No quiero hacérmelas. —Sonrío con tristeza—. Algunas personas ven el vaso medio vacío; otras lo ven medio lleno. Yo meto el vaso en un armario y me olvido de que está ahí. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Él deja mi historial.

—Eres de las que ignoran las malas noticias. Ya lo capto. —Se acerca a mí—. ¿Y qué tal te funciona eso?

Dios, odio sentirme estúpida o patética y hay algo en este hombre y en la forma en la que me mira que me hace sentir ambas cosas.

—Necesito Xanax. Y Ambien. En su día me ayudaron. —Levanto la vista hacia él—. Hace mucho tiempo que la receta ha caducado. —

Mentira. Sé que debería decirle que en el último año varios médicos me han recetado esos medicamentos y que estoy tomando dosis más altas de las debidas, pero no lo hago.

—No creo que sea una buena idea. Con tu personalidad...

—Tú no me conoces. Que quede claro.

—No. Es verdad —responde. Se acerca a mí. Yo me resisto a retroceder—. Pero sé reconocer a alguien deprimido y hecho polvo.

Entonces recuerdo que mataron a su mujer y a su hija. Creo que él también está pensando en ellas. De repente, percibo en él una profunda tristeza.

Extiende una receta, la arranca y me la entrega.

—Esto no te durará mucho. Busca ayuda, Tully. Consulta a alguien los síntomas de la menopausia y la depresión.

—Sabes que no he confirmado ninguno de tus diagnósticos.

—Ya.

—Así que ¿dónde está mi ropa?

Como frase final es una mierda, pero es lo único que se me ocurre. Me quedo allí de pie, mirándolo, hasta que se va. Entonces me visto y salgo del hospital. En la farmacia de abajo, relleno la receta, me tomo dos comprimidos de Xanax y emprendo el largo camino a casa.

El fármaco cumple con su cometido: me calma y me hace sentir como si estuviera en una burbuja, a salvo. Mi corazón late con normalidad. Saco el teléfono del bolso y llamo a Fred Rorback.

—Tully. —Reconozco por su tono de voz que le ha llegado la noticia de que me he largado—. Debería haberte advertido.

—Lo siento, Fred.

—Tranquila.

—Gracias, Fred. —Estoy a punto de decir algo más, incluso de arrastrarme un poco, cuando paso por una librería Barnes & Noble. El libro del escaparate me llama la atención. Me detengo de golpe. Pues claro. Cómo no se me ha ocurrido antes—. Tengo que dejarte, Fred. Gracias de nuevo. —Antes de que le dé tiempo a contestar, cuelgo. El Xanax me ha mareado. Tanto es así que necesito varios intentos para llamar a mi agente.

—George —le digo, cuando por fin responde—. Adivina dónde estoy.

—Bueno, copresentando un programa de bajo presupuesto en una cadena local del montón, no.

—¿Te has enterado?

Él suspira.

—Sí. Deberías consultarme esas decisiones, Tully.

—Olvida a la chiflada de Kendra, es idiota. Adivina dónde estoy.

—¿Dónde?

—Delante de una librería.

—¿Y por qué se supone que debería importarme?

—Porque estoy viendo la autobiografía de Barbara Walters, *Audición*. Acaba de salir a la venta. Si no recuerdo mal, le pagaron cinco millones por ella. Y DeGeneres se marcó un buen tanto. Joder, ¿no le dieron un millón por su libro de ensayos? —Puede que esa sea la mejor idea que he tenido nunca—. Quiero un contrato para un libro.

—¿Has escrito alguna vez unas memorias?

—No. Pero tampoco debe de ser muy difícil. Empezaré esta noche. ¿Qué te parece? —George se queda callado durante un buen rato, así que vuelvo a preguntarle—. ¿Qué dices?

Él suspira.

—Déjame lanzar la caña a ver si alguien pica. Pero antes quiero preguntarte una cosa, Tully: ¿estás segura de que quieres hacerlo? Hay algunas cosas un poco turbias en tu pasado.

—Estoy segura, George. Tú consígueme una oferta.

No puede ser tan difícil. Soy periodista. Escribiré la historia de mi vida. Será un éxito de ventas, inspirador y sincero.

Cuando llego a casa, estoy ilusionada por primera vez en mucho tiempo. Me quito el traje negro, me pongo una sudadera y saco el portátil. Me acurruco en el sofá con una taza de té y empiezo. Tecleo: «Segundo acto».

Luego me desplazo hacia abajo con el cursor, hago una sangría para empezar el párrafo y me quedo mirando la pantalla en blanco.

Puede que el título sea el problema.

Observo la pantalla en blanco un rato más. Un rato largo, el suficiente como para decidir que el té es el problema. Tal vez el vino ayude.

Me sirvo una copa y vuelvo al sofá.

De nuevo la pantalla en blanco.

Dejo el portátil y miro el reloj. Llevo horas «escribiendo» y no tengo nada que enseñar. Eso me deprime, pero hago caso omiso.

Investigación.

Todo escritor debe empezar investigando. Lo sé por mi experiencia como periodista. En su día fui una reportera novata. Sé lo que es indagar para conseguir una historia.

Y la historia de mi vida no es una excepción. He protagonizado muchos artículos de revistas y noticias de programas de televisión,

pero siempre he procurado ser cuidadosa. Le he ofrecido a la gente mi pasado mascado. Gracias a la magia de la televisión, he convertido mi triste infancia en el cuento de hadas de la Cenicienta. «La pobre Tully, abandonada por su malvada madre, protagoniza el gran sueño americano».

Mi público quería un cuento de hadas, así que se lo di. Pero esta es la era de los cuentos de Disney, no la de los de Grimm; ahora el mal cobra forma de leones animados y pulpos cantarines.

Los nuevos cuentos de hadas me van como anillo al dedo. ¿Cuántas veces habré dicho que, en cierto modo, había sido una suerte que me hubieran abandonado tantas veces? Carecer del amor de una madre me había hecho esforzarme más; esa era la verdad tal y como yo la había envuelto. Siempre digo que la ambición me salvó.

Pero en mi autobiografía, por primera vez, tendré que contar la verdad. Eso me ha pedido George. Yo le he respondido alegremente que no había ningún problema, pero ¿podré hacerlo? ¿En serio?

Tengo que hacerlo. Puede que incluso sea necesario.

Si mi autobiografía se convierte en un éxito de ventas, quizá me haga resucitar.

No guardo demasiadas cosas de mis primeros años de vida, pero lo que tengo está en el trastero del garaje. Hace años que no entro allí y muchos más que no echo un vistazo a las cajas que hay dentro. No es una cuestión de dejadez. Simplemente, me propuse no volver a abrirlas.

Voy a hacerlo.

Pero la decisión que tomo es débil, como todas las decisiones que se toman a la desesperada, y no soy capaz de ponerme en marcha. En lugar de ello, me acerco al ventanal y me quedo allí de pie, bebiendo una copa de vino tras otra hasta que el cielo empieza a nublarse y a oscurecerse.

—Hazlo —le digo a mi reflejo. Me obligo a alejarme de la ventana. Antes de salir del apartamento, cojo un bolígrafo, un bloc de notas y, por supuesto, una copa de vino.

Una vez en el garaje, tardo más de lo previsto en encontrar el trastero.

Abro la puerta metálica, enciendo las luces interiores y entro.

Tiene unos tres metros cuadrados. Nunca he estado en ninguno de los trasteros de los otros inquilinos, pero estoy segura de que la mayoría de ellos estarán cubiertos de arriba abajo de contenedores de plástico apilados y cajas de cartón etiquetadas con palabras como «Navidad», «vacaciones», «invierno», «verano», «ropa de bebé», etcétera. Esos contenedores estarán llenos de pruebas de vida, el típico

rastro de cajas que te lleva hasta el principio.

Mi trastero está prácticamente vacío. Solo hay unos esquís, unas raquetas de tenis y unos palos de golf —equipamientos para deportes que he probado y abandonado, pero que espero volver a practicar algún día—, así como unas piezas de equipaje extra y un espejo antiguo que compré en Francia y del que me había olvidado.

Y dos cajas. Dos. Mis pruebas de vida no ocupan mucho espacio.

Cojo la primera caja. En ella pone: «Firefly Lane». La segunda caja dice: «Queen Anne».

Me estremezco, asustada. Esas dos cajas representan las dos mitades de mi vida anterior, la vivida con mi abuela y la vivida con mi madre. No sé lo que habrá escondido dentro, pero no lo veo desde hace décadas. A los diecisiete años, me convertí en la beneficiaria de la herencia de mi abuela. Me lo había dejado todo: la casa de Queen Anne y la propiedad alquilada de Firefly Lane. Sola, abandonada de nuevo por mi madre y en régimen de acogida, vacié la casa de Queen Anne y me quedé solo con esas pocas cosas, lo que cabía en esa única caja. La caja de Firefly Lane contiene las pocas pertenencias que mi madre y yo reunimos durante el poco tiempo que pasamos juntas. En toda mi vida, solo viví con mi madre una vez, en 1974, en la casa de Firefly Lane, hasta que un día ella simplemente desapareció. Yo siempre le decía a la gente que ese breve periodo de tiempo que había vivido con mi madre había sido un regalo, porque fue cuando conocí a la chica que se convertiría en mi mejor amiga. Y era cierto. Había sido un regalo. Además de otro abandono.

Cojo una colcha vieja y me pongo de rodillas encima de ella. Luego, tiro hacia mí de la caja que pone: «Queen Anne».

Me tiemblan las manos mientras abro las solapas. El pulso se me acelera, los latidos de mi corazón se superponen. Me cuesta respirar. La última vez que abrí esa caja estaba en casa de mi abuela, arrodillada en mi habitación. La señora de los servicios sociales me había dicho que estuviera «preparada» cuando fuera a buscarme a casa. Yo había hecho la maleta con esmero, pero, aunque los años que había pasado con mi madre habían sido terribles, seguía esperando que volviera para salvarme. Tenía diecisiete años, creo. Estaba sola, esperando a una madre que no acudiría en mi ayuda. Una vez más.

Meto la mano dentro de la caja. Lo primero que encuentro en su oscuro interior es mi viejo álbum de recortes.

Me había olvidado completamente de él.

Es muy grande pero delgado y tiene a Holly Hobbie en la portada, con la cara de perfil medio oculta tras un enorme gorrito de colona. Acaricio con la yema del dedo la cubierta blanca. La abuela me había

regalado ese álbum al cumplir once años. Poco después, mi madre había aparecido, borracha y sin avisar, y me había llevado al centro de Seattle.

Nunca supe qué pretendía hacer mi madre aquel día. Lo único que sé es que me abandonó en un portal de Pioneer Square, en medio de una manifestación contra la guerra.

«Tu madre tiene problemas», me había dicho mi abuela más tarde, mientras yo estaba sentada en el suelo, llorando.

«¿Por eso no me quiere?».

—Basta —me digo a mí misma. Eso es agua pasada, un dolor obsoleto.

Abro el álbum de recortes y veo una foto mía a los once años, posando ya ante la cámara, inclinada sobre una tarta para soplar las velas.

Pegada en el otro lado está la primera de los cientos de cartas que le escribí a mi madre y que nunca envié. «Querida mamá, hoy cumplo once años...».

Cierro el álbum de recortes. Casi ni lo he hojeado, apenas he vislumbrado lo que hay en él y ya me siento peor que al empezar. Esas palabras reviven al yo del que me he pasado la vida huyendo, a la chica del corazón roto.

Si Katie estuviera conmigo, yo podría revisar esa caja, enfrentarme a mi dolor y analizarlo. Ella estaría ahí para decirme: «Tu madre es una bala perdida», «mira qué guapa estás en esa foto» y un montón de cosas más que necesito escuchar. Sin ella, no tengo fuerzas.

Me pongo en pie lentamente, dándome cuenta de que he bebido demasiado vino.

«Vale».

Sin molestarme en cerrar la caja, salgo del trastero, olvidándome incluso de echar la llave. Con un poco de suerte, puede que alguien robe las cajas antes de que tenga que revisarlas. Estoy a medio camino del ascensor, cuando me suena el móvil. Es Margie.

—Hola, Margie —respondo rápidamente, agradecida por la distracción.

—Hola, Tully. Voy a hacer la reserva para el sábado por la noche en Los Ángeles. ¿Cómo se llama ese restaurante que tanto te gusta?

Sonrío. ¿Cómo puedo haberlo olvidado, aunque solo sea por un instante? El próximo fin de semana es la graduación del instituto de Marah. Pasaré dos días con los Mularkey y los Ryan. Es un regalo que no pienso subestimar. Tal vez incluso le pida a Johnny que me ayude a buscar trabajo.

—No te preocupes, Margie. Ya he reservado yo para todos. A las

siete en Madeo.

14

Este fin de semana, volveré a ser la misma de antes. Fingiré que mi vida es normal y que nada ha cambiado. Me reiré con Johnny, no me despegaré de mi ahijada y jugaré a la Xbox con los chicos.

No entraré en su nueva casa y veré únicamente sillas vacías y personas desaparecidas. Me centraré en lo que queda. Como en el poema de Wordsworth, encontraré la fuerza en lo que ha subsistido.

Pero cuando la limusina se detiene delante de una casa contemporánea situada en una parcela con un jardín excesivamente planificado de Beverly Hills, el pánico mina mi determinación.

«Kate odiaría esta casa».

Un Xanax me calma los nervios desbocados.

Salgo del coche y arrastro mi única maleta por el camino de piedra. Me dirijo a la puerta principal y llamo al timbre. Al ver que nadie responde, abro y entro, mientras los llamo.

Los gemelos bajan a todo correr por una amplia escalera de piedra como un par de cachorros de gran danés, empujándose entre sí y riéndose a carcajadas. A sus nueve años y medio, ambos tienen el pelo castaño, largo y rebelde, y una amplia sonrisa. Chillan al verme. Apenas tengo un momento para prepararme antes de que la euforia de su abrazo me empuje hacia atrás.

—Sabía que vendría —asegura Lucas.

—Mentiroso —replica Wills, riéndose—. Fui yo el que lo dijo. ¿Qué le has comprado a Marah? —me pregunta.

—Probablemente un Ferrari —contesta Johnny, entrando en la habitación.

De un solo vistazo, toda nuestra historia pasa fluyendo como un río, arrastrando numerosas imágenes. Sé que ambos estamos pensando en la mujer que no está ahí y en cómo nos hemos distanciado. Se acerca a mí.

Le doy un caderazo, porque no sé qué decir. Antes de que él pueda responder, oigo que Margie me llama. En unos minutos, estoy rodeada por todos ellos: los chicos, Johnny, Bud y Margie. Hablan todos a la vez, mientras sonríen y sueltan carcajadas. Cuando los gemelos arrastran de nuevo a sus abuelos escaleras arriba para jugar a algún «juego flipante de la Xbox», Johnny y yo volvemos a quedarnos solos.

—¿Cómo está Marah? —le pregunto.

—Bien. Creo que bien —responde, pero su suspiro parece ajustarse más a la realidad—. ¿Y tú? Sigo esperando que vuelva a empezar *La hora de las chicas*.

Esa es mi oportunidad. Podría contarle la verdad, incluso pedirle ayuda. Podría hablarle de la debacle de mi carrera y pedirle consejo.

No puedo hacerlo. Tal vez sea por su dolor, por mi orgullo, o por una mezcla de ambos. Lo único que sé con seguridad es que no puedo decirle a Johnny lo mal que me va la vida, después de todo lo que ha pasado. No quiero que me compadezca.

—Estoy bien —respondo—. Escribiendo mis memorias. Según George, van a ser un éxito de ventas.

—Entonces estás bien.

—Fenomenal.

Él asiente con la cabeza y desvía la mirada. Más tarde, incluso mientras me dejo llevar por el entusiasmo de volver a estar con estas personas, no puedo evitar pensar en la mentira que le he contado a Johnny. Me pregunto si estar? igual de «bien» que Marah.

Marah no está bien. Aprendemos la lección por las malas. El sábado, el día de su graduación, cuando estamos todos en el salón, Marah baja las escaleras. Su palidez es... «Cadavérica» o «fantasmagórica» es lo único que me viene a la cabeza; está delgadísima, camina encorvada y el cabello negro y sin vida le cae como una cortina por delante de la cara.

—Necesito ayuda —dice al pie de la escalera, levantando el brazo. Está sangrando copiosamente. Johnny y yo vamos corriendo a atenderla. Una vez más, nos enfrentamos y nos decimos cosas que no deberíamos; lo único que tengo claro es que Marah necesita ayuda y que yo prometí que siempre podría contar conmigo. Le juro a Johnny que me ocuparé de ella en Seattle, que la llevaré a ver a la doctora Bloom.

A Johnny no le hace gracia dejar que me la lleve, pero ¿qué otra opción tiene? Le digo que yo sé cómo ayudarla y que él no tiene ni idea de qué hacer. Al final, decide dejarla vivir conmigo durante el verano. Aunque no le gusta. No le gusta nada. Y se asegura de que me quede claro.

En junio de 2008, Marah se muda a mi apartamento en uno de esos días de principios de verano tan hermosos que hacen que los

habitantes de Seattle salgan de sus oscuras casas con los pantalones cortos del año anterior, parpadeando como topos bajo la luz, buscando unas gafas de sol que llevan meses perdidas, sin que nadie les dé uso.

Me siento orgullosa; nunca había cumplido tan fielmente la promesa que le hice a Katie. Cierto es que no estoy en mi mejor momento y que el pánico suele estar acechando en segundo plano para cobrar protagonismo cuando menos me lo espero. Y, sí, estoy bebiendo más de lo que debería y tomando demasiado Xanax. Ya no puedo dormir sin somníferos.

Pero todo eso desaparecerá ahora que he contraído este compromiso. Ayudo a Marah a deshacer su pequeña maleta y luego pasamos nuestra primera noche juntas sentadas en el salón, hablando de su madre como si Kate estuviera de compras y fuera a volver en cualquier momento. Sé que fingir así está mal, pero ambas lo necesitamos.

—¿Estás preparada para lo del lunes? —le pregunto finalmente.

—¿Para mi cita con la doctora Bloom? —replica ella—. No, la verdad es que no.

—Te acompañaré en cada paso del camino —le prometo. No sé qué más decir.

Al día siguiente, mientras Marah está en la consulta de la doctora Bloom, yo paseo con impaciencia por la sala de espera.

—Está haciendo un surco en la alfombra. Tómese un ansiolítico.

Me detengo en seco y me giro.

Hay un chico en la puerta. Va vestido de negro, lleva las uñas pintadas y suficiente bisutería macabra como para llenar una tienda de la calle Bourbon. Aunque es extrañamente guapo, debajo de todo ese atrezo gótico. Avanza moviéndose como Richard Gere en *American Gigoló* y se sienta repantingado en el sofá. Tiene en la mano un libro de poesía.

Me iría bien distraerme con algo, así que me acerco a él y me siento en la silla de al lado. De cerca, huele a marihuana y a incienso.

—¿Llevas mucho tiempo viendo a la doctora Bloom?

Él se encoge de hombros.

—Un poco.

—¿Te está ayudando?

Me dedica una sonrisa socarrona.

—¿Quién ha dicho que necesite ayuda? Todo lo que vemos e imaginamos no es más que un sueño dentro de otro sueño.

—Poe —digo—. Un poco manido. Me habrías sorprendido mucho más si hubieras citado a Rod McKuen.

—¿A quién?

No puedo evitar sonreír. Hacía años que no recordaba ese nombre. Cuando éramos niñas, Kate y yo leíamos mucha poesía romántica de autores como Rod McKuen y Kahlil Gibran. Nos sabíamos *Desiderata* de memoria.

—Rod McKuen. Búscalo.

Antes de que él pueda decir nada, la puerta se abre y me pongo en pie. Marah sale del despacho pálida y nerviosa. ¿Cómo es posible que Johnny no se haya dado cuenta de lo delgada que está? Voy rápidamente hacia ella.

—¿Cómo ha ido?

Aún no me ha contestado cuando la doctora Bloom se presenta a su lado y me pide que la acompañe un momento.

—Vuelvo enseguida —le digo a Marah, antes de ir a hablar con la doctora.

—Quiero verla dos veces por semana —me comenta la doctora Bloom en voz baja—. Al menos hasta que empiece la universidad en otoño. Y llevo un grupo de apoyo al duelo para adolescentes que podría ayudarla. Nos reunimos los miércoles. A las siete de la tarde.

—Hará lo que tú le recomiendes —le prometo.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. ¿Y cómo ha ido? —le pregunto—. ¿Te ha...?

—Marah ya es adulta, Tully. Nuestras sesiones son confidenciales.

—Lo sé. Solo quería saber si te había explicado...

—Confidenciales.

—Ah. Vale. ¿Y qué le digo a su padre? Espera que le haga un informe.

La doctora Bloom reflexiona unos instantes.

—Marah es una persona frágil, Tully —responde finalmente—. Mi consejo para ti y para su padre es que la tratéis como tal.

—¿Qué quiere decir «frágil»?

—Según el diccionario, «dañado, delicado, quebradizo». Fácil de romper. Vulnerable. Yo la vigilaría de cerca, muy de cerca. Estaría pendiente de ella. En su estado actual, podría tomar fácilmente alguna mala decisión.

—¿Peor que autolesionarse?

—Como podrás imaginar, a las chicas que se autolesionan a veces se les va la mano. Como te he comentado, vigílala muy de cerca. Debes estar pendiente de ella. Es muy frágil.

De camino a casa, le pregunto a Marah cómo le ha ido con la doctora Bloom.

—Bien —se limita a responder ella.

Esa noche llamo a Johnny y le cuento todo. Está preocupado, se lo

noto en la voz, pero le prometo que cuidaré de Marah. Pienso vigilarla muy de cerca.

Mientras Marah va a su primera reunión de terapia de duelo para adolescentes, yo decido ponerme a trabajar en mi libro. O al menos eso intento. La pantalla azul me molesta tanto que me levanto un rato. Me sirvo una copa de vino y me quedo junto al ventanal, contemplando el resplandor de la ciudad por la noche.

Suena el teléfono y me abalanzo sobre él. Es George, mi agente, que me llama para decirme que la idea del libro ha despertado cierto interés y que, aunque todavía no han hecho ninguna oferta, él cree que hay esperanza. Además, quieren contar conmigo para el programa *El aprendiz*.

Ya les gustaría.

Le estoy diciendo a George cuánto me ofende el ofrecimiento cuando Marah llega a casa de la reunión. Preparo dos tazas de chocolate caliente y nos sentamos juntas en la cama, como hacíamos cuando ella era pequeña. La verdad tarda un poco en aflorar, pero finalmente Marah dice: «No puedo hablar de mi madre con ella».

No tengo respuesta para eso y no puedo insultarla con una mentira. A mí me han recomendado hacer terapia varias veces en mi vida y soy lo suficientemente inteligente como para saber que mis recientes ataques de pánico se deben a algo más que a un desequilibrio hormonal. Hay un río de tristeza dentro de mí; siempre lo ha habido, pero ahora está creciendo, desbordándose. Sé que existe la posibilidad de que, si no tengo cuidado, inunde gran parte de mi ser y acabe ahogándome en él. Pero no creo que las palabras consigan que el nivel del río vuelva a bajar; no creo que nadar en mis recuerdos me salve. Mi filosofía es hacer de tripas corazón, seguir adelante.

Y mira a dónde me ha llevado.

Rodeo a Marah con un brazo y la acerco a mí. Hablamos en voz baja sobre lo que la asusta; le digo que su madre querría que siguiera en terapia. Al final, espero haber acertado, pero ¿qué sé yo lo que necesita oír una adolescente?

Nos quedamos allí sentadas mucho tiempo, ambas pensando en el fantasma de la habitación, en la mujer que nos unió y luego nos dejó solas.

Al día siguiente, llega Johnny e intenta que Marah cambie de opinión sobre lo de Seattle y vuelva a casa, a Los Ángeles, pero ella se mantiene firme en su decisión de quedarse conmigo.

—¿Te hace ilusión ir a la Universidad de Washington? —le pregunto a Marah el viernes por la tarde, después de su segunda cita con la doctora Bloom. Estoy apoyada en ella. Nos encontramos en el sofá, acurrucadas bajo una manta de cachemir de color crema. Johnny ha regresado a Los Ángeles y ella y yo volvemos a estar solas.

—Más bien me asusta.

—Ya, a tu madre también la asustaba. Pero nos encantó y a ti también te encantará.

—Estoy deseando ir a la clase de Escritura Creativa.

—De tal palo, tal astilla.

—¿A qué te refieres?

—Tu madre era una escritora con talento. Si leyeras su diario...

—No —me corta Marah de forma tajante. Es lo que me dice cada vez que abordo ese tema tan delicado. No está dispuesta a leer las palabras que escribió su madre moribunda. No me extraña. Es como clavarte un puñal en tu propio corazón. Pero también ofrece consuelo. Algún día estará preparada.

A mi lado, suena el teléfono móvil. Me inclino hacia él para ver quién llama.

—Hola, George —digo—. Espero que no sea por un *reality show* de mierda.

—Hola a ti también. Te llamo por lo del libro. Tenemos una oferta.

Siento un alivio abrumador. Ni siquiera me había dado cuenta de hasta qué punto contaba con ello. Me alejo de Marah y me siento.

—Menos mal.

—Es la única oferta que hemos recibido. Y es de las buenas.

Me levanto y me pongo a pasear. Cuando tu agente quiere venderte la moto, mal asunto.

—¿Cuánto, George?

—Tully, recuerda ...

—¿Cuánto?

—Cincuenta mil dólares.

Me detengo.

—¿Has dicho cincuenta mil?

—Sí. Como adelanto. En concepto de derechos de autor.

Me siento tan de golpe que casi parece que me he desplomado. Afortunadamente, hay una silla debajo de mí.

—Ah. —Sé que eso es mucho dinero en el mundo real. No me criaron precisamente entre algodones. Pero llevo tantos años en un mundo irreal que me afecta profundamente constatar mi pérdida de fama. Después de trabajar como una mula durante treinta años, esperas que lo que has construido sea duradero.

—Es lo que hay, Tully. Pero puede suponer tu regreso. Tu historia es como la de la Cenicienta. Volverás a comerte el mundo.

Me mareo. Me falta el aire. Tengo ganas de gritar, llorar, chillar o aullar por lo injusto que es todo. Pero solo tengo una opción y lo sé.

—Acepto —digo.

Esa noche estoy demasiado nerviosa como para dormir. A las once, renuncio a la pretensión de hacerlo. Durante al menos diez minutos, deambulo por el apartamento a oscuras. Estoy a punto de ir a la habitación de Marah y despertarla, pero sé que eso sería egoísta por mi parte, así que resisto el impulso de abrir la puerta. Finalmente, a eso de las 11.20, decido ponerme a trabajar. Quizá escribir me ayude.

Vuelvo a meterme en la cama, me pongo el ordenador sobre el regazo y abro el documento más reciente. Ahí está: «Segundo acto». Y la pantalla azul. La miro fijamente, concentrándome hasta tal punto que empiezo a imaginar cosas. Creo oír unos pasos en el pasillo y una puerta que se abre y se cierra, pero luego todo vuelve a quedarse en silencio.

Investigar. Eso es lo que necesito. Tengo que revisar las cajas del trastero.

No puedo posponerlo más. Tras servirme una copa de vino, bajo al garaje. Arrodillada frente a la caja, me digo que debo ser fuerte. Me recuerdo a mí misma que Random House ha comprado mis memorias y las ha pagado. Lo único que tengo que hacer es escribir la historia de mi vida. Seguro que soy capaz de encontrar las palabras adecuadas.

Me acerco a la caja de Queen Anne y la abro. Saco el álbum de recortes y lo dejo en el suelo, a mi lado. Todavía no estoy preparada para eso. Ya llegará el momento de abordar ese compendio de sueños y sinsabores.

Me inclino y echo un vistazo al oscuro interior. Lo primero que veo es un conejo de peluche raído.

«Mathilda».

Le falta uno de sus brillantes ojos negros y tiene los bigotes recortados. Ese regalo de mi abuela era mi mejor amiga, de niña.

Dejo a Mathilda a un lado y vuelvo a meter la mano. Esta vez, toco algo suave y saco una camisetita gris de Maguila Gorila.

Me tiembla un poco el pulso.

¿Por qué he guardado esto?

Pero mientras me estoy haciendo la pregunta, ya sé perfectamente la respuesta. Mi madre me la compró. Que yo recuerde, es el único regalo que me hizo.

Un recuerdo eclipsa todo lo demás.

Soy pequeña, puede que tenga cuatro o cinco años. Estoy en la trona delante de la mesa de la cocina, jugando con la cuchara en lugar de comerme el desayuno, cuando ella entra. Para mí, es una desconocida.

«Mi Tallulah —dice, mientras se acerca a mí tambaleándose. Huele raro. Como a humo dulce—. ¿Has echado de menos a tu mami?».

Arriba, suena un timbre. «Es el abuelo», digo.

De repente, la desconocida me coge en brazos y sale corriendo de casa.

La abuela nos persigue, gritando: «¡Espera, Dorothy...!».

La mujer dice algo sobre él y añade un montón de palabras que no entiendo. Luego tropieza. Me deja caer y me golpeo la cabeza contra el suelo. Mi abuela grita, yo lloro y la mujer me vuelve a coger en brazos. Después, el recuerdo se oscurece, se vuelve borroso.

Recuerdo que me pidió que la llamara «mamá». Y recuerdo lo duro que era el asiento de su coche y que yo tenía que hacer pis al lado de la carretera. Recuerdo el olor a humo del coche y también a sus amigos. Me daban miedo.

Recuerdo los pastelitos de chocolate. Ella me los dio y me los comí y le pareció gracioso cuando perdí el equilibrio y empecé a vomitar.

Recuerdo que me desperté en una cama de hospital, con mi nombre, tallulah rose, sujeto en la pechera.

«¿Quién era esa señora?», le pregunté más tarde a la abuela, cuando fue a recogerme.

«Tu mamá», contestó la abuela. Recuerdo esas dos palabras como si las hubiera oído ayer.

«No me gusta vivir en un coche, abuelita».

«Pues claro que no».

Suspiro y vuelvo a guardar la camiseta en la caja. Quizá eso de las memorias sea una mala idea. Me alejo de la caja y salgo del trastero, esta vez recordando cerrar con llave.

15

*N*o hace falta que me acompañes a todas las citas con la terapeuta —me dice Marah un soleado lunes de finales de junio, mientras bajamos por la calle Primera hacia el mercado de abastos.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo —respondo, entrelazando mi brazo con el suyo.

Esto es lo que he aprendido en las dos semanas que lleva viviendo conmigo: ser responsable de una adolescente es agotador y pavoroso. Cada vez que va al baño, me preocupa que se esté autolesionando. Reviso la basura y cuento las tiritas que hay en cada caja. Tengo miedo de perderla de vista. Intento constantemente hacer lo correcto, pero seamos sinceros, mis conocimientos sobre la maternidad no llenarían ni un vaso de chupito.

Ahora, en la sala de espera de la doctora Bloom, abro el portátil y miro fijamente la pantalla azul en blanco. Tengo que empezar con esto, hacer algún progreso real. Tengo que hacerlo.

Sé cómo van estas cosas. He leído cientos de biografías en mi vida. Siempre comienzan de la misma forma: con el trasfondo. Tengo que preparar el escenario, por así decirlo, pintar un cuadro de mi vida antes de llegar a ella. Presentar a los actores y el lugar.

Ahí está. Eso es lo que me detiene esta vez, igual que todas las anteriores: no puedo escribir mis memorias sin conocer mi propia historia. Y la de mi madre.

Apenas sé nada de ella y menos aún de mi padre. Mi historia es un profundo vacío. No es de extrañar que no pueda escribir nada.

Tengo que hablar con mi madre.

Mientras lo pienso, abro el bolso y busco el botecito naranja. Me queda un último comprimido de Xanax. Me lo tomo sin agua y luego, lentamente, cojo el móvil y llamo a mi gestor.

—Frank —digo cuando responde—. Soy Tully. ¿Mi madre sigue cobrando los cheques mensuales?

—Me alegra que me hayas llamado. Te he dejado varios mensajes. Tenemos que hablar de tu situación financiera...

—Sí, claro. Pero ahora necesito información sobre mi madre. ¿Sigue cobrando los cheques?

Me pide que espere y regresa al cabo de un instante.

—Sí. Todos los meses.

—¿Y dónde está viviendo ahora?

Vuelve a quedarse callado.

—En tu casa de Snohomish. Lleva allí varios años. Te enviamos un aviso. Creo que se mudó cuando tu amiga estaba enferma.

—¿Mi madre vive en la casa de Firefly Lane? —¿En serio sabía yo eso?

—Sí. Y ahora ¿podemos hablar de...?

Cuelgo. Antes de que me dé tiempo a procesar la información, Marah sale del despacho de la doctora Bloom.

Entonces me doy cuenta de que el chico gótico está de nuevo a mi lado. Lleva mechas de color fucsia y verde entremezcladas con el cabello negro, y varios imperdibles en los lóbulos de las orejas. Me fijo en el tatuaje que tiene en el cuello. Creo que dice algo de la locura, pero no consigo leerlo entero.

Cuando llega Marah, se levanta. Sonríe. No me gusta cómo mira a mi ahijada.

Me pongo de pie y rodeo la mesa de centro para situarme protectoramente al lado de ella. La agarro del brazo y la saco de la consulta. Cuando miro hacia atrás desde la puerta, el gótico nos está observando.

—La doctora Bloom dice que me vendría bien tener un trabajo —comenta Marah, cuando la puerta se cierra detrás de nosotras.

—Sí, claro —digo, frunciendo el ceño. En realidad, solo puedo pensar en mi madre—. Es una gran idea.

Me paso la tarde dando vueltas por el apartamento, intentando pensar con claridad.

Mi madre vive en una de las dos casas que heredé de mi abuela; la casa que nunca he sido capaz de vender porque está enfrente de la de los Mularkey. Eso significa que, si quiero hablar con ella, tendré que volver al lugar donde Kate y yo nos conocimos, donde toda mi vida cambió en una noche estrellada, cuando tenía catorce años.

Y tendré que llevarme a Marah conmigo, si no quiero dejarla sola. Ninguna de las dos opciones me resulta especialmente atractiva. Me han encargado vigilarla como un halcón, pero no quiero que presencie ese encuentro con mi madre. Muy a menudo nuestras reuniones acaban siendo humillantes o desoladoras.

—¿Tully?

Oigo mi nombre y me giro. Tengo la vaga sensación de que Marah me ha llamado antes, pero no estoy segura.

—¿Sí, cariño? —¿Parezco tan distraída como me siento?

—Me acaba de escribir Ashley. Un grupo de amigos del instituto van a ir hoy al parque de la playa de Luther Burbank de pícnic, a hacer esquí acuático y esas cosas. ¿Puedo ir?

Siento un profundo alivio. Es la primera vez que quiere estar un rato con sus antiguas amigas. Es la señal que he estado esperando. Está volviendo a ser la de antes, se está ablandando. Me acerco a ella y esbozo una sonrisa radiante. Quizá pueda dejar de preocuparme tan obsesivamente por ella.

—Me parece muy buena idea. ¿A qué hora volverás a casa?

Ella se queda callada.

—Ah. Después van a ver una película. A las nueve. *Wall-E*.

—Entonces, llegarás a casa sobre las...

—¿Once?

Me parece más que razonable. Y me proporciona mucho tiempo. Entonces, ¿por qué tengo la molesta sensación de que hay algo que no encaja?

—¿Luego te acompañarán a casa?

Marah se ríe.

—Por supuesto.

Estoy exagerando. No hay nada de que preocuparse.

—Entonces vale. De todos modos, tengo que ocuparme de un asunto de trabajo, así que estaré fuera casi todo el día. Cuídate.

Marah me sorprende abrazándome con fuerza. Es el mejor agradecimiento que he recibido en años y me proporciona la fuerza que necesito para hacer lo que sé que debo hacer.

Voy a ver a mi madre. Por primera vez en años —en décadas— pienso hacerle preguntas de verdad y no me iré hasta que obtenga algunas respuestas.

Snohomish es uno de esos pueblitos del oeste de Washington que ha ido cambiando con los tiempos. En su día fue una comunidad de granjeros lecheros enclavada en un valle verde entre los picos escarpados de la cordillera de las Cascadas y las aguas plateadas de los ríos Snohomish y Pilchuck, pero ahora se ha convertido en otra de las ciudades dormitorio que rodean Seattle. Las viejas y confortables casas de campo han sido derribadas y sustituidas por grandes viviendas de piedra y madera con magníficas vistas a las montañas. Las granjas han sido divididas, troceadas y convertidas en parcelas que se extienden a lo largo de carreteras nuevas que conducen a nuevas escuelas. Supongo que ya apenas se verán chicas a caballo en verano, montando

en pantalones cortos a los lados de la carretera, con los pies descalzos colgando y el pelo brillando bajo la luz del sol. Ahora hay coches nuevos, casas nuevas y árboles jóvenes, en ocasiones plantados en lugares de los que se arrancaron otros más antiguos. Los jardines desprovistos de malas hierbas llegan hasta los porches pintados y los setos bien cuidados hacen las veces de buenos vecinos.

Pero, aun a pesar del nuevo paisaje, el antiguo pueblo sigue asomando en algunos puntos. De vez en cuando, una vieja granja se alza desafiante entre las subdivisiones, con sus hectáreas cercadas repletas de hierba alta y ganado pastando.

Y luego está Firefly Lane. A esa pequeña franja de asfalto, a las afueras de la ciudad, no lejos de las orillas del río Pilchuck, el cambio ha llegado lentamente, si es que lo ha hecho.

Ahora, al regresar a ese lugar que siempre he considerado mi hogar, levanto el pie del acelerador. El coche responde de inmediato y baja la velocidad.

Es un hermoso día de verano; el sol, poco fiable, juega al escondite entre las nubes. A ambos lados de la carretera, los verdes pastos descienden perezosamente hasta el río. Unos árboles gigantescos hacen guardia con los brazos extendidos para dar sombra al ganado reunido bajo ellos.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que vine aquí? ¿Cuatro años? ¿Cinco? Se trata de un recordatorio triste y doloroso de que a veces el tiempo puede avanzar demasiado rápido, acumulando remordimientos por el camino.

Sin pensarlo, me meto en el camino de entrada de la casa de los Mularkey y veo el cartel de «SE VENDE» al lado del buzón. Dada la situación económica, no es de extrañar que nadie haya comprado la vivienda. Por el momento, el matrimonio vive de alquiler en Arizona; cuando la vendan, se comprarán algo.

La vivienda está como siempre; se trata de una bonita casa de campo blanca, bien cuidada y rodeada por un porche que da a dos campos verdes en pendiente delimitados por vallas de cedro cubiertas de musgo.

Los neumáticos crujen sobre la grava mientras me acerco al jardín y aparco.

Veo la ventana del piso de arriba de Kate y, en un abrir y cerrar de ojos, vuelvo a tener catorce años y estoy allí, con mi bicicleta, lanzando piedras a su ventana.

Sonrío al recordarlo. La rebelde y la responsable. Esa era la impresión que dábamos al principio. Kate hacía todo lo que yo quería, o eso me parecía entonces, visto a través de mis ojos de niña.

Aquella noche bajamos en bicicleta por Summer Hill, en la oscuridad. Navegando. Volando. Con los brazos extendidos.

Solo cuando ya era demasiado tarde me di cuenta de que, durante todos esos años, fui yo quien la había seguido a ella. Soy yo la que no consigue pasar página.

Desde su casa de la infancia hasta la mía hay menos de un minuto en coche, pero para mí es como pasar de un mundo a otro.

La antigua casa de alquiler de mis abuelos tiene un aspecto diferente al que yo recordaba. El jardín lateral está hecho un desastre; hay montículos de rastrojos amontonados en medio de grandes extensiones de tierra. Antes, unos enebros gigantescos impedían que se pudiera ver desde fuera. Pero alguien los ha arrancado y no se ha molestado en sustituirlos por nada, así que hay varios montones de tierra y raíces acumulados delante de la casa.

No quiero ni imaginar lo que me encontraré dentro. En mis treinta y pico años de vida adulta solo he visto a mi madre unas cuantas veces y siempre porque yo he ido a su encuentro. A finales de los años ochenta, cuando Johnny, Katie y yo éramos los tres mosqueteros de la KCPO, resultó que mi madre vivía en un camping de Yelm y era seguidora de J. Z. Knight, un ama de casa que decía comunicarse con un espíritu de treinta mil años llamado Ramtha. En 2003, me llevé un equipo de cámaras y fui a buscarla de nuevo, pensando, ingenua de mí, que ya había pasado tiempo suficiente y que tal vez podríamos volver a empezar. Me la encontré viviendo en una caravana destrozada, con peor aspecto que nunca. Esperanzada, me la llevé conmigo a casa.

Me robó las joyas y huyó en plena noche.

La última vez que la había visto, hacía unos cuantos años, había sido en el hospital. Le habían propinado una paliza y la habían dado por muerta. En esa ocasión se escabulló mientras yo dormía en una silla junto a su cama.

Y, sin embargo, aquí estoy.

Aparco el coche y salgo. Con el portátil como escudo, me abro paso a través del jardín destrozado, pisando paletas, palas y paquetes de semillas vacíos. La puerta principal es de madera y tiene una leve costra de musgo verde. Respiro hondo, suelto el aire lentamente y llamo a la puerta.

No hay respuesta.

Seguro que está por ahí tirada en el suelo, completamente borracha. ¿Cuántas veces al volver a casa después del colegio me la había encontrado tumbada en el sofá, semiinconsciente, con una pipa de agua al lado de la mano extendida, emitiendo unos ronquidos

capaces de resucitar a los muertos?

Giro el pomo y compruebo que la casa no está cerrada con llave.

Para variar.

Abro la puerta con cautela y entro, gritando «¡hola!» mientras avanzo.

El interior es lúgubre y oscuro. La mayoría de los interruptores que me encuentro no funcionan. Voy a tientas hasta el salón, veo una linterna y la enciendo.

Alguien ha arrancado la moqueta y ha dejado al descubierto las sucias tablas negras del suelo. Los muebles de los años setenta han desaparecido. En su lugar, hay una única silla, excesivamente acolchada, junto a la típica mesita auxiliar de rastrillo. En un rincón, una mesa de juego acoge dos sillas plegables.

Estoy a punto de marcharme. En el fondo, sé que no sacaré nada en limpio de ese encuentro, que una vez más lo único que me proporcionará mi madre será dolor y negación, pero la verdad es que nunca he sido capaz de renunciar a ella. Ni en los años que pasamos juntas, ni ninguna de las veces que me abandonó o me decepcionó. He pasado cada uno de mis cuarenta y ocho años añorando de alguna manera un amor que nunca me perteneció. Al menos ahora sé que no debo esperar otra cosa. Y eso ayuda, en cierto modo.

Me siento a esperar en una de las desvencijadas sillas plegables. No es tan cómoda como la acolchada, pero no sé si la tela estará muy limpia, así que elijo la silla de metal.

Espero durante horas.

Finalmente, pasadas las ocho de la tarde, oigo el crujido de unos neumáticos sobre la gravilla.

Me enderezo.

La puerta se abre y veo a mi madre por primera vez en casi tres años. Tiene la piel gris y arrugada por tanto tiempo de vida dura y alcohol. Sus uñas están marrones, llenas de mugre. Es lo que tiene abrirse camino a zarpazos por la vida.

—Tully —dice. Me sorprenden tanto el tono fuerte y firme de su voz como el hecho de que utilice mi apodo. Toda la vida me ha llamado Tallulah, algo que odio.

—Hola, Nube —digo, poniéndome en pie.

—Ahora soy Dorothy. —Otro cambio de nombre. Antes de que pueda decir nada, un hombre entra en la casa y se detiene a su lado. Es alto y delgado como un junco, y tiene unas arrugas en las mejillas bronceadas que parecen surcos. Puedo leer su historia en sus ojos y no es de las bonitas. Mi madre está colocada, estoy casi segura. Pero ¿cómo voy a saberlo, si creo que nunca la he visto serena?—. Me

alegro mucho de verte —comenta, con una sonrisa vacilante. La creo, siempre lo hago. Creerla es mi talón de Aquiles. Mi fe es tan constante como su rechazo. No importan los éxitos que haya cosechado, diez segundos en su presencia y acabo convertida de nuevo en la pobre Tully. Siempre esperanzada. Pero ese día no. No tengo tiempo ni energías para volver a subirme a ese tiovivo—. Este es Edgar —añade mi madre.

—Hola —me saluda él, mirando a mi madre con el ceño fruncido. Seguramente será su camello.

—¿Tienes alguna fotografía familiar? —le pregunto, un poco impaciente. Empiezo a sentir claustrofobia.

—¿Qué?

—Fotos familiares. Fotos mías de niña y esas cosas.

—No.

Desearía que no me doliera, pero lo hace y el dolor me cabrea.

—¿No me hiciste ninguna foto de bebé?

Ella niega con la cabeza, sin decir nada. No hay excusa y lo sabe.

—¿Puedes contarme algo sobre mi infancia, quién era mi padre o dónde nací?

Ella se estremece con cada palabra, palideciendo.

—Oiga, señorita... —dice el traficante de marihuana, acercándose a mí.

—Tú no te metas en esto —le espeto—. ¿Quién eres? —le pregunto a mi madre.

—Mejor que no lo sepas —responde ella, asustada—. Créeme.

Estoy perdiendo el tiempo. Lo que necesito para mi libro, no lo encontraré allí. Esa mujer no es mi madre. Puede que me haya parido, pero ahí terminó su compromiso conmigo.

—Ya —digo, suspirando—. ¿Por qué iba a querer saber quién eres? ¿O quién soy yo? —Cojo el bolso del suelo, paso por delante de ella y salgo de la vivienda.

Me abro paso entre los montones de tierra removida y volcada, me meto en el coche y vuelvo a casa. Durante todo el camino de vuelta a Seattle, repaso mentalmente la escena con mi madre una y otra vez, intentando deducir algo de los matices, pero no hay nada.

Entro en mi edificio y aparco.

Sé que debería subir a trabajar en el libro, tal vez esa salida pueda ser un episodio. Algo es algo.

Pero no puedo hacerlo, no puedo subir a mi apartamento vacío. Necesito un trago.

Llamo a Marah, que me responde con voz somnolienta, y le digo que voy a llegar tarde a casa. Me contesta que ya está en la cama y

que no la despierte cuando llegue.

Salgo del ascensor y voy directamente al bar, donde me permito solo dos martinis sucios, que calman mis nervios acelerados y me estabilizan de nuevo. Es casi la una de la madrugada cuando finalmente subo y abro la puerta del apartamento.

Todas las luces están encendidas y puedo oír la televisión.

Frunciendo el ceño, cierro la puerta tras de mí. Se cierra con un «clic».

Camino por el pasillo, apagando las luces a medida que avanzo. Al día siguiente tendré que hablar con Marah, para explicarle que los interruptores de la luz funcionan en ambos sentidos.

Al pasar por la puerta de su habitación, me detengo.

Tiene la luz encendida. Puedo verla por la rendija de la puerta cerrada.

Llamo con suavidad, segura de que se ha quedado dormida viendo la televisión.

Como no contesta, abro la puerta sin hacer ruido.

No estoy preparada para lo que veo.

La habitación está vacía. Hay latas de Coca-Cola sobre ambas mesitas de noche, la televisión está encendida y la cama sin hacer desde esta mañana. Las sábanas arrugadas están amontonadas en medio de la cama.

—Un momento. —Marah no está. Es la una de la madrugada. Me ha mentido al decirme que estaba en casa, en la cama—. ¿Qué hago? —Hablo conmigo misma, o quizá con Kate, mientras corro de una habitación a otra, abriendo las puertas bruscamente.

La llamo por teléfono. No responde. Le envío un mensaje de texto: «¿Dónde estás?».

¿Debería llamar a Johnny? ¿O a la policía?

Es la una y diez. Cojo el teléfono temblando. Ya he marcado las dos primeras cifras del teléfono de emergencias cuando oigo una llave en la cerradura de la puerta principal.

Marah entra como si fuera una ladrona de gatos, intentando caminar de puntillas, pero incluso a esa distancia me doy cuenta de que no es capaz de mantener el equilibrio, mientras se ríe sin parar y se obliga a sí misma a guardar silencio.

—Marah. —Mi voz es tan aguda que parezco una madre por primera vez en la vida.

Ella se da la vuelta, tropieza, choca contra la puerta con fuerza y se echa a reír. Luego se tapa la boca con una mano.

—Lo siento. No tiene grrracia —murmura.

La agarro del brazo y la llevo a su habitación. Ella avanza a

trompicones a mi lado, intentando no reírse.

—Así que estás borracha —digo, cuando se derrumba sobre la cama.

—Solo me he tomado dos cervezas —asegura.

—Ya. —La ayudo a desvestirse y la meto en el baño.

—Voy a vomitaaar... —grita al ver el retrete y apenas tengo tiempo de sujetarle el pelo antes de que el vómito salga disparado. Cuando acaba de devolver, le echo pasta de dientes en el cepillo y se lo paso. Está tan pálida y débil como una muñeca de trapo. Noto cómo tiembla mientras la llevo a la cama. Me acuesto a su lado y la rodeo con un brazo. Ella se apoya en mí y suspira—. Me encuentro fatal.

—Considéralo una lección de vida. Eso no son dos cervezas, por cierto. ¿Qué has estado bebiendo? Dime la verdad.

—Absenta.

—Absenta. —Eso sí que no me lo esperaba—. Pero ¿es legal?

Ella se ríe.

—En mis tiempos, las chicas como Ashley, Lindsey y Coral bebían ron con Coca-Cola —digo, frunciendo el ceño. ¿De verdad soy tan vieja como para no tener ni idea de lo que beben los chicos de hoy en día?—. Voy a llamar a Ashley y...

—¡No! —grita Marah.

—¿No, qué?

—Pues... es que no he estado con ellas —dice.

Otra mentira.

—¿Con quién estabas?

Ella me mira.

—Con unos chicos de mi grupo de terapia.

Frunzo el ceño.

—Ah.

—Son más guais de lo que pensaba —añade rápidamente—. Además, Tully, solo he bebido un poco. Todo el mundo lo hace.

Es cierto. Y definitivamente está borracha; puedo olerle el aliento. Si se tratara de drogas sería otra cosa. ¿Qué joven de dieciocho años no ha llegado a casa borracha al menos una vez?

—Recuerdo la primera vez que me emborraché. Estaba con tu madre, claro. También nos pillaron. No fue nada divertido. —Sonrío al recordarlo. Fue en 1977, el día que supuestamente debía irme a una casa de acogida. En lugar de eso, me escapé directamente a casa de Kate y la convencí para que me acompañara a una fiesta. La policía nos detuvo y nos metió en salas de interrogatorio separadas.

Margie había ido a recogerme, en plena noche.

«Una chica que viviera en nuestra casa tendría que acatar las

reglas», me dijo. Después de eso, aprendí lo que era una familia, aunque yo mirara desde fuera.

—Paxton es genial —dice Marah en voz baja, apoyándose en mí.

Eso me preocupa.

—¿El gótico?

—Qué borde. Creía que tú no juzgabas a la gente. —Marah suspira con aire soñador—. A veces, cuando habla de su hermana y de lo mucho que la echa de menos, me pongo a llorar. Y entiende perfectamente cuánto extraño a mi madre. No me obliga a fingir. Cuando estoy triste, me lee sus poemas y me abraza hasta que me siento mejor.

Poesía. Dolor. Oscuridad. Normal que Marah se sienta atraída por él. Lo entiendo perfectamente. Yo misma leí *Entrevista con el vampiro*. Y recuerdo que creía que Tim Curry estaba impresionante en *The Rocky Horror Picture Show*, con tacones de lentejuelas, corsé y todo.

Pero, aun así, Marah es muy joven y la doctora Bloom dice que es frágil.

—Mientras estés con un grupo de chicos...

—Claro —responde Marah, muy seria—. Y solo somos amigos, Tully. Pax y yo, quiero decir. —Eso me alivia—. No se lo contarás a mi padre, ¿verdad? Él no es tan guay como tú y no entendería que fuera amiga de alguien como Pax.

—Me alegro de que solo seáis amigos. Que siga siendo así, ¿vale? No estás preparada para algo más. Por cierto, ¿cuántos años tiene?

—Es de mi edad.

—Ah. Qué bien. Supongo que todas caemos rendidas ante algún poeta melancólico alguna vez en la vida. Recuerdo un fin de semana en Dublín, en... Uy, espera. No puedo contarte esa historia.

—Puedes contarme lo que quieras, Tully. Eres mi mejor amiga.

Eso hace que se me caiga la baba; la quiero tanto en ese momento que se me parte el corazón. Pero no puedo dejar que me engatuse. Debo cuidar de ella.

—No voy a contarle a tu padre lo de Pax porque tienes razón, le daría un ataque. Pero tampoco le voy a mentir, así que no me obligues a hacerlo. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

—Y, Marah, como vuelva a llegar a casa y no estés, llamaré primero a tu padre y luego a la policía.

Su sonrisa se desvanece.

—Vale.

Esa charla nocturna con Marah hace que algo cambie en mi interior.

«Eres mi mejor amiga».

Sé que no es del todo cierto, que en realidad somos unas meras sustitutas la una para la otra, que ambas estamos sustituyendo a Kate. Pero esa certeza se desvanece bajo el hermoso sol de verano de Seattle. El amor de Marah por mí —y mi amor por ella— es el salvavidas que necesitaba. Por primera vez en mi vida, alguien me necesita de verdad y mi reacción me sorprende. Quiero ayudar a Marah como nunca he ayudado a nadie. Ni siquiera a Kate. La verdad es que Kate no me necesitaba. Tenía una familia que la quería, un marido cariñoso y unos padres que la adoraban. Ella me incluyó en el círculo de su familia y me tenía cariño, pero era yo quien la necesitaba.

Ahora, por una vez, soy la persona fuerte y estable, o me propongo serlo. Gracias a Marah, encuentro las fuerzas necesarias para convertirme en una mejor versión de mí misma. Dejo el Xanax y las pastillas para dormir y bebo menos vino. Me levanto temprano todas las mañanas para prepararle el desayuno y hago las llamadas necesarias para que nos traigan la cena.

Luego me pongo a trabajar en mis memorias. Tras el lúgubre reencuentro con mi madre, decido dejar de lado la parte de mi historia que no conozco. No es que ya no me importe, me interesa muchísimo. Me muero por conocer la historia de mi vida y la de mi madre, pero acepto la realidad. Tendré que escribir unas memorias basadas en lo que sé. Así que, un día espléndido de julio, me siento y empiezo de una vez por todas.

La cuestión es que, cuando te crías siendo una niña perdida sin ningún pasado real, como yo, te aferras a la gente que te quiere. Al menos eso fue lo que yo hice. Empecé pronto a aferrarme demasiado a la gente y a ser demasiado exigente. Siempre estaba buscando amor. Del incondicional, incluso del inmerecido. Necesitaba que alguien me dijera que me quería. No pretendo hacerme la víctima, pero mi madre nunca me lo dijo. Mi abuela tampoco. Y no había nadie más.

Hasta 1974, cuando me mudé a la casa que mis abuelos habían comprado como segunda vivienda y que se encontraba en una callejuela en medio de la nada. ¿Sabía yo, cuando me mudé a una casa destartalada con mi madre drogadicta, que mi mundo estaba a punto de cambiar? No. Pero desde el instante en el que conocí a Kathleen Scarlett Mularkey, creí en mí misma porque ella creía en mí.

Puede que os preguntéis por qué mis memorias comienzan con mi mejor

amiga. Tal vez estéis pensando que a lo mejor soy lesbiana, que estoy chalada o que no entiendo lo que son unas memorias.

Empiezo por aquí, por lo que parece ser el final, porque en realidad esta es una historia sobre nuestra amistad. Una vez, no hace mucho, tuve un programa de televisión. La hora de las chicas. *Lo dejé cuando Katie estaba perdiendo la batalla contra el cáncer*.

Al parecer, abandonar un programa de televisión sin avisar está mal. Ahora nadie quiere darme trabajo.

Pero ¿qué otra cosa podría haber hecho?

Kate me dio muchísimas cosas y yo le di muy poco a cambio. Era el momento de apoyarla.

Al principio, cuando la perdimos, pensaba que no podría seguir adelante. Estaba segura de que mi corazón dejaría de latir o de que mis pulmones dejarían de llenarse de aire.

La gente tampoco te ayuda tanto como cabría esperar. Se desviven si pierdes a un cónyuge, a un hijo o a un padre, pero, cuando se trata de tu mejor amiga, la cosa cambia.

Se supone que eso es algo que debes superar.

—¿Tully?

Levanto la vista del portátil. ¿Cuánto tiempo llevo trabajando?

—¿Sí? —contesto distraídamente, leyendo lo que he escrito.

—Me voy a trabajar —dice Marah. Va vestida toda de negro y lleva un maquillaje un poco recargado. Según ella, es el uniforme de su nuevo trabajo como barista en Pioneer Square.

Miro el reloj.

—Son las siete y media.

—Me toca el turno de noche. Ya lo sabes.

Ah, ¿sí? ¿Ya me lo había dicho? Hace solo una semana que ha conseguido el trabajo. ¿Debería tener algún tipo de tabla con el horario en alguna parte? Eso suena a algo que haría una madre. Últimamente pasa mucho tiempo fuera de casa, con sus antiguos amigos del instituto.

—Vuelve a casa en taxi. ¿Necesitas dinero?

Ella sonríe.

—No hace falta, gracias. ¿Cómo va el libro?

—Genial. Gracias.

Se acerca y me da un beso. En cuanto se va, vuelvo al trabajo.

16

*D*urante el resto del verano, trabajo muy en serio en mi libro. A diferencia de la mayoría de las memorias, la mía ignora mi infancia y comienza con mi carrera profesional. Empiezo con mis inicios en la KCPO, con Johnny y Kate, y luego paso a la época de Nueva York y la cadena de televisión. Documentar la historia de mi ambición me anima, me recuerda que puedo hacer todo lo que me proponga. Cuando no estoy trabajando, Marah y yo hacemos lo que suelen hacer las mejores amigas: vamos al cine, paseamos por el centro y compramos material escolar para cuando se vaya a la Universidad de Washington. Está tan bien que he dejado de preocuparme obsesivamente por ella.

Hasta que, un soleado día de finales de agosto de 2008, todo cambia.

Esa tarde, estoy en la nueva biblioteca del condado de King, reuniendo una colección de los numerosos artículos de revistas y periódicos que se han escrito sobre mí a lo largo de los años.

Aunque pensaba quedarme allí todo el día, cuando levanto la vista y veo el sol brillando a través de los amplios ventanales de cristal tomo una decisión impulsiva. Basta de trabajo por hoy. Recojo las hojas de notas y el portátil y echo a andar por una concurrida acera de Seattle hacia Pioneer Square.

El Wicked Brew es un local pequeño y moderno que parece poco dispuesto a gastar dinero en iluminación. El interior huele a café mezclado con incienso y cigarrillos de clavo. Los chavales se sientan apiñados en mesas desvencijadas, bebiendo café y hablando en voz baja. Al establecimiento no parecen preocuparle las normas actuales de Seattle que prohíben fumar. Las paredes están llenas de carteles de conciertos de grupos de los que nunca he oído hablar. No me cabe la menor duda de que soy la única que no va vestida de negro.

El chico de la caja registradora lleva unos vaqueros negros ajustados y una chaqueta de terciopelo *vintage* sobre una camiseta también negra. Tiene los lóbulos de las orejas del tamaño de una moneda de veinticinco centavos, con unos aros negros incrustados.

—¿Puedo ayudarte?

—Estoy buscando a Marah.

—¿A quién?

—A Marah Ryan. Le toca trabajar hoy.

—Aquí no trabaja nadie que se llame así, colega.

—¿Qué?

—¿Qué? —repite él, como un loro.

Se lo explico más despacio.

—Estoy buscando a Marah Ryan. Es una chica alta, de pelo oscuro. Muy guapa.

—Aquí no trabaja nadie guapo, eso seguro.

—¿Eres nuevo?

—Llevo aquí una eternidad, colega, como medio año. Aquí no trabaja nadie que se llame Marah. ¿Te pongo un café con leche?

Marah me ha estado mintiendo todo el verano.

Doy media vuelta y salgo de aquel antro asqueroso. Cuando llego a casa, estoy furiosa. Abro la puerta de golpe y la llamo.

No hay respuesta. Miro el reloj. Son las dos y doce de la tarde.

Voy hacia la puerta de su habitación, giro el pomo y entro.

Marah está en la cama con ese tal Paxton. Desnuda.

Una rabia gélida me invade y le grito que se aleje de mi ahijada.

Marah retrocede y se pone una almohada sobre los pechos descubiertos.

—Tully...

El chico se queda allí tumbado, sonriéndome como si le debiera algo.

—Al salón —digo—. Ahora mismo. Vestidos.

Voy a la sala de estar a esperarlos. Antes de que lleguen, me tomo un Xanax para calmar mis nervios desbocados. No puedo dejar de dar vueltas. Noto cómo empieza a gestarse un ataque de pánico. ¿Qué le voy a decir a Johnny?

«Como mamá gallina, Johnny. Puedes confiar en mí».

Marah entra rápidamente, con las manos entrelazadas y los labios fruncidos. Tiene los ojos marrones muy abiertos por la preocupación. Me fijo en lo maquillada que está —delineador de ojos grueso, lápiz de labios negro violáceo, base de maquillaje pálida— y de repente caigo en la cuenta de que también me ha estado ocultando eso. No es ningún uniforme de trabajo. Se viste como una gótica cuando sale. Lleva unos vaqueros negros ajustados y un top de malla negro sobre una camiseta de tirantes negra. Paxton sale y se une a ella. Más que caminar, parece que levita con sus vaqueros negros ajustados y sus zapatillas Converse negras. Su pecho, desnudo y esquelético, es tan blanco que casi parece azul. Tiene una frase tatuada que le sube desde la clavícula hasta el cuello.

—¿T-te acuerdas de Pax? —me pregunta Marah.

—Siéntate —le ordeno.

Marah obedece de inmediato.

Paxton se aproxima más a mí. De cerca es realmente guapo. Tiene una mirada triste a la par que desafiante y perversamente seductora. Marah nunca podría resistirse a un chico así. ¿Cómo no lo vi venir?

¿Por qué lo idealicé? Mi labor era protegerla y he fallado.

—Tiene dieciocho años —dice él, sentándose a su lado. Conque esas son sus cartas—. Y la quiero —añade en voz baja.

Marah lo mira y me doy cuenta de la gravedad del problema.

La «quiere». Me siento lentamente, observándolos.

La quiere.

¿Cómo demonios se supone que debo responder a eso? Aunque hay una cosa que tengo clara.

—He de decírselo a tu padre.

Marah se queda sin aliento. Los ojos se le llenan de lágrimas.

—Me hará volver a Los Ángeles.

—Díselo —interviene Paxton, agarrando a Marah de la mano—. No puede hacer nada. Es adulta.

—Una adulta sin dinero y sin trabajo —señalo.

Ella se aleja de Paxton y se acerca para arrodillarse delante de mí.

—Tú me dijiste que mi madre se enamoró de mi padre la primera vez que lo vio.

—Sí, pero...

—Y tú viviste una aventura con un profesor. Cuando tenías mi edad. Todo el mundo opinaba que aquello estaba mal, pero tú lo querías y era algo verdadero.

No debí contarle tantas cosas. Si no estuviera tan inmersa en mi libro y no me hubiera dejado seducir por su «eres mi mejor amiga», estoy segura de que no lo hubiera hecho.

—Ya, pero...

—Estoy enamorada de él, Tully. Tú eres mi mejor amiga. Tienes que entenderlo.

Quiero decirle que se equivoca, que no puede amar a un chico que se pinta los ojos y le dice cómo tiene que sentirse, pero ¿qué sé yo del amor? Lo único que puedo hacer es intentar deshacer el entuerto, protegerla. Pero ¿cómo?

—No se lo digas a mi padre. Por favor. No sería una mentira —añade—. Simplemente no le digas nada a menos que él te pregunte.

Hago un trato terrible y peligroso. Sé lo que ocurrirá si Johnny descubre ese secreto y no pinta bien para mí. Pero si se lo digo, la perderé; es así de simple. Johnny me echará la culpa y se la llevará, y

ella nunca nos perdonará a ninguno de los dos.

—Bueno —contesto. Ya sé lo que haré: mantendré a Marah tan ocupada durante las siguientes tres semanas que no tendrá tiempo de ver a Paxton. Luego empezará en la universidad y se olvidará de él—. Pero solo si me prometes no volver a mentirme.

Marah sonríe de una forma que me hace sentir incómoda y sé perfectamente por qué. Ha estado mintiéndome todo el tiempo.

¿De qué sirve su promesa?

En septiembre, me convierto en la sombra de Marah. Apenas trabajo en mi libro. Estoy decidida a mantenerla alejada de Paxton. Hacer planes —y ejecutarlos— ocupa todo mi tiempo. El único momento en el que estamos separadas es mientras dormimos y, aun así, voy a verla al menos una vez cada noche y me aseguro de que lo sepa. Johnny y los chicos vuelven a mudarse a la casa de Bainbridge Island. Él me llama tres noches por semana para preguntarme cómo está su hija y siempre le digo que bien. Finge que no le duele que ella no vaya a visitarlos y yo finjo no percibir el dolor de su voz.

Cuanto más la vigilo, más se aleja Marah de mí. Nuestra relación comienza a resquebrajarse. Puedo ver cómo se revuelve, tratando de liberarse. Ha decidido que ya no soy guay, que no se puede confiar en mí y me retira la palabra a modo de castigo.

Intento sobreponerme a todo ello y demostrarle que todavía la quiero. En ese ambiente de guerra fría, mi ansiedad empieza a aumentar de nuevo. Voy a ver a otro médico y consigo más recetas. Miento y digo que nunca he tomado Xanax. El 21 de septiembre la culpa y la preocupación me desbordan, pero sigo aguantando. Hago todo lo posible por cumplir lo que le prometí a Kate.

Cuando Johnny aparece para llevarse a Marah a la universidad, nos miramos en silencio, aturdidos. Me siento mal por la confianza que ha depositado en mí y por mi fracaso.

—Estoy lista —dice por fin Marah, rompiendo el silencio, mientras se acerca a su padre. Lleva unos vaqueros negros artísticamente rasgados, una camiseta negra de manga larga y una veintena de brazaletes de plata. El delineador de ojos excesivo y el rímel acentúan su palidez y la hacen parecer cansada. Y asustada. Estoy segura de que se ha empolvado la cara para resultar aún más pálida y gótica.

Percibo que Johnny está a punto de meter la pata; últimamente cualquier comentario sobre su aspecto es una metedura la pata. Lo he aprendido por las malas.

Levanto la voz para encubrir la suya.

—¿Llevas todo lo que necesitas?

—Supongo —contesta ella. Encorva la espalda y en un segundo vuelve a ser una niña, vacilante e insegura. Se me parte el corazón. Antes de la muerte de Katie, Marah era una chica valiente y osada, y ahora es alguien completamente diferente, alguien vulnerable. Frágil —. Debería haber elegido una universidad más pequeña —añade, observando por la ventana el sol radiante, mientras se muerde una uña negra.

—Estás preparada —replica Johnny, desde el otro lado de la habitación—. Tu madre decía que habías nacido preparada.

Marah levanta la mirada bruscamente.

La tensión aumenta. Siento la presencia de Kate en el aire que respiramos, en la luz del sol que entra por la ventana.

Sé que en eso tampoco soy la única. En silencio, salimos del apartamento, nos subimos al coche y conducimos hacia el norte. Casi puedo oír a Kate canturreando con la radio en tono desafinado.

—Tu madre y yo nos divertimos mucho aquí —comento, cuando empiezan a verse los chapiteles góticos rosados de la universidad. Recuerdo las fiestas de togas, las reuniones de la fraternidad y a las chicas pasando una vela en la cena para anunciar sus compromisos con chicos que llevaban polos, pantalones chinos y náuticos sin calcetines. Kate se había entregado a la vida universitaria y de hermandad: salía con chicos de fraternidades, planificaba eventos sociales y organizaba sesiones de estudio nocturnas.

Yo, sin embargo, siempre llevaba las anteojeras puestas. Lo único que me preocupaba era mi futura carrera.

—Tul, ¿estás bien? —me pregunta Johnny, inclinándose hacia mí.

—Sí —respondo, tratando de sonreír—. Es que esto me trae muchos recuerdos.

Salgo del coche y ayudo a Marah con el equipaje. Los tres cruzamos el campus en dirección a la residencia de estudiantes. McMahon Hall se eleva hacia el cielo sin nubes. Se trata de un conjunto de edificios grises con balcones que sobresalen como dientes mellados.

—Todavía no es demasiado tarde para apuntarte a Rush —comento.

Marah pone los ojos en blanco.

—¿A una hermandad? Qué asco.

—Antes querías entrar en la hermandad en la que estuvimos tu madre y yo.

—Y los ositos de gominola eran mi comida favorita.

—¿Estás diciendo que eres demasiado madura para unirte a una

hermandad?

Marah sonríe por primera vez en todo el día.

—No. Solo demasiado guay.

—Ya quisieras, reina gótica. Si nos hubieras visto con nuestros pantalones de paracaidista y nuestras hombreras, te habrías muerto de envidia.

Hasta Johnny se ríe al oír aquello.

Arrastramos el equipaje de Marah dentro del ascensor y subimos a su piso, donde accedemos a un pasillo húmedo y sucio, atestado de chavales, padres y maletas.

La «suite» de Marah forma parte de una serie de habitaciones del tamaño de la celda de una prisión, que están distribuidas alrededor de un pequeño cuarto de baño. En el dormitorio hay dos camas gemelas que ocupan la mayor parte del espacio; también dos escritorios de madera.

—Vaya —digo—. Qué acogedor. —Mentira.

Marah se sienta en el colchón que tiene más cerca. Parece tan joven y asustada que se me parte el corazón.

Johnny se sienta a su lado. Se parecen muchísimo.

—Estamos orgullosos de ti.

—Me gustaría saber qué me diría ella ahora —comenta Marah.

Oigo cómo se le quiebra la voz y me siento a su otro lado.

—Te diría que la vida está llena de alegrías inesperadas y que disfrutes de estos años de universidad.

La puerta que está detrás de nosotros se abre. Todos nos giramos, esperando ver a una de las nuevas compañeras de residencia de Marah.

Paxton está allí de pie, vestido de negro, sosteniendo un ramo de rosas de color morado. Se ha puesto mechas rojas y lleva suficientes cadenas como para retener a Houdini. Al ver a Johnny, se queda cortado.

—¿Y tú quién diablos eres? —dice Johnny, poniéndose en pie.

—Es mi amigo —responde Marah.

Lo veo todo como a cámara lenta. La ira de Johnny —que eclipsa ligeramente su preocupación—, la desesperación de Marah y la arrogancia y el desprecio de Paxton, no demasiado sutiles. Marah se abalanza sobre su padre, aferrándose a su brazo, tratando de frenarlo.

Me interpongo entre Johnny y Paxton.

—Johnny —digo con firmeza—, este es el día de Marah. Ella lo recordará siempre.

Johnny se detiene, frunciendo el ceño. Veo que se esfuerza por contener su ira. Tarda más de lo que habría esperado. Lentamente, le

da la espalda a Paxton. Sin duda es un gesto cargado de significado, y Paxton sabe leerlo, pero Marah no. Puedo ver cuánto le cuesta a Johnny fingir que no le importa que Paxton esté allí.

Marah se levanta y se acerca a Paxton. A su lado, parece aún más oscura, más gótica. Ambos son tan altos y delgados que recuerdan a un par de candelabros de ónix.

—Bueno, ¿vamos a comer? —digo alegremente para aligerar la tensión que se masca en la habitación—. Tú también, Pax. Quiero revolver un poco con Marah en el baúl de los recuerdos. Le enseñaré el sitio de la biblioteca Suzzallo donde estudiábamos su madre y yo, nuestro lugar favorito de la explanada, el Departamento de Comunicación...

—No —contesta Marah.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo que no?

—No quiero una visita guiada a los recuerdos de Firefly Lane.

No me esperaba esa contestación.

—No... No lo entiendo. Si llevamos hablando de eso todo el verano.

Marah mira a Paxton, que asiente alentador, y se me hace un nudo en el estómago. Esa decisión es cosa de él.

—Mi madre ha muerto —señala Marah, con un tono de voz tan inexpresivo que resulta devastador—. No sirve de nada seguir hablando de ella todo el tiempo.

Me quedo pasmada.

Johnny va hacia ella.

—Marah...

—Os agradezco que me hayáis traído hasta aquí, pero ya estoy suficientemente estresada. ¿Podemos acabar de una vez?

Me pregunto si eso le duele a Johnny tanto como a mí. O puede que la paternidad te encallezca el corazón y yo simplemente no esté preparada para ello.

—Claro —responde Johnny, con un nudo en la garganta. Ignorando por completo a Paxton, se acerca a su hija y la estrecha entre sus brazos. Paxton no tiene más remedio que retroceder. La rabia inunda sus ojos de color bourbon, pero la contiene con rapidez. Estoy segura de que sabe que lo estoy observando.

Es culpa mía. Yo la llevé a la consulta de la doctora Bloom, donde conoció a ese muchacho claramente trastornado, y, cuando ella me habló de él, prácticamente le di carta blanca. Debería haberle recordado que era frágil y que estaba en un momento complicado, que era una chica que se autolesionaba a propósito. Debería haberla protegido. Y, cuando me enteré de que se acostaban, debería

habérselo contado a Johnny. Sin duda se lo habría contado a Kate.

Cuando me toca despedirme, quiero decir todas las cosas que debería haber dicho antes. Eso hace que vuelva a enfadarme con la inútil de mi madre; si yo hubiera tenido una madre de verdad, tal vez habría sabido comportarme como tal.

Veo la irritación guardada a buen recaudo en los ojos de Marah. Quiere que nos vayamos para poder estar a solas con Paxton. ¿Cómo lo hacemos? ¿Cómo dejamos en ese campus enorme a una chica de dieciocho años que se autolesiona con un chico que lleva maquillaje y bisutería de calaveras?

—Quizá deberías vivir conmigo este trimestre —comento.

Oigo a Paxton hacer un sonido de desprecio y me entran ganas de abofetearlo.

Marah esboza una sonrisa casi imperceptible.

—Estoy preparada para estar sola.

La atraigo hacia mí para darle un abrazo que dura la mitad de lo que me gustaría.

—Llámanos —dice Johnny con brusquedad. Luego me agarra del brazo y tira de mí. Avanzo trastabillando a su lado, cegada por las lágrimas. El arrepentimiento, el miedo y la preocupación se entrelazan y se convierten en mi columna vertebral, en aquello que me sostiene.

Cuando me doy cuenta, Johnny y yo estamos en un bar de la avenida comercial, rodeados de chavales que toman chupitos de gelatina en pleno día.

—Ha sido atroz —comenta cuando nos sentamos.

—Peor que atroz.

Pido un chupito de tequila.

—¿Cuándo coño se ha hecho amiga de ese desgraciado?

Se me revuelve el estómago.

—En la terapia de grupo.

—Genial. Un dinero bien invertido.

Me bebo el tequila y miro hacia otro lado.

Johnny suspira.

—Dios, ojalá Katie estuviera aquí. Ella sabría cómo solucionar esto.

—Si Kate estuviera aquí, no habría nada que solucionar.

Johnny asiente y pide otra ronda para los dos.

—Hablemos de algo menos deprimente. Cuéntame cómo va ese libro que va a ser un bombazo...

Al llegar a casa, me sirvo una gran copa de vino, que llevo de habitación en habitación. Tardo un rato en darme cuenta de que la

estoy buscando.

Estoy ansiosa, inquieta y la segunda copa de vino no ayuda. Necesito hacer algo. Decir algo.

El libro.

Buena idea. Sé exactamente lo que tengo que escribir. Cojo el portátil, lo abro y busco el documento.

Nunca he sabido decir adiós. Es un defecto que me ha acompañado toda la vida. Resulta bastante problemático, dada la frecuencia con la que he tenido que despedirme. Supongo que todo se remonta a mi infancia, para variar. Siempre estaba esperando que mi madre regresara. ¿Cuántas veces lo he dicho ya en estas memorias? Tendré que volver atrás y eliminar algunas. Pero borrar las frases no borrará la verdad. Cuando alguien me importa, me aferro a él con una desesperación que roza la enfermedad mental. Por eso no le conté a Johnny lo de Paxton y Marah. Me daba miedo decepcionarlo, perderlo; aunque, siendo realista, ya lo había perdido, ¿no? Lo perdí en cuanto Katie murió. Sé lo que ve cuando me mira: la mitad más insignificante de una amistad.

Aun así, debería haberle dicho la verdad. Si lo hubiera hecho, puede que la despedida de Marah no hubiera parecido tan terrible y peligrosamente definitiva...

La Navidad de 2008 me sorprende.

Han pasado tres meses desde que Marah se mudó a la residencia y, en ese breve periodo de tiempo, la vida nos ha cambiado a todos. He estado escribiendo con regularidad; no he conseguido acumular muchas páginas, pero voy encontrando poco a poco las palabras que cuentan mi historia. Esa nueva actividad me da energía, me proporciona algo que hacer en las largas y vacías horas del día y de la noche. Me he convertido en una especie de ermitaña, en una de esas mujeres de mediana edad que viven la vida a distancia. Rara vez salgo del apartamento; no hay necesidad. Hoy en día pueden enviarte cualquier cosa y, además, últimamente no encuentro mi lugar en el mundo. Así que escribo.

Hasta que Margie me llama un día lluvioso de finales de diciembre. ¿Estaba esperando que me llamara? No lo sé. Solo sé que, cuando lo hace, cuando veo su nombre en el identificador de llamadas, estoy a punto de echarme a llorar.

—Hola, ¿a qué hora llegas el viernes? —me pregunta con su voz ronca, de fumadora.

—¿A dónde? —le pregunto.

—A Bainbridge Island. Johnny y los gemelos están en casa, así que obviamente pasaremos la Navidad allí. Sin ti no hay hora de las chicas.

Ahí está. Lo que había estado esperando, sin saberlo siquiera.

Esa Navidad en Bainbridge Island es un nuevo comienzo, o al menos lo parece. Volvemos a estar todos juntos por primera vez en mucho tiempo: Bud y Margie han venido desde Arizona, Johnny y los gemelos se han mudado de nuevo a su verdadero hogar. Incluso Marah vuelve a casa durante una semana. Todos fingimos no darnos cuenta de lo delgada y huraña que está.

Cuando nos despedimos, prometemos llamarnos con más frecuencia y reunirnos más a menudo. Johnny me abraza con fuerza y, mientras lo hace, recuerdo lo que éramos el uno para el otro. Amigos.

Durante los meses siguientes, vuelvo a ser casi la de antes, o al menos una versión más pálida y tranquila de ella. Escribo casi todos los días; voy avanzando, puede que no rápidamente, pero algún progreso es mejor que nada y eso me ayuda a anclarme, me proporciona un horizonte. Llamo a Marah todos los lunes por la noche; en realidad muchas veces no me contesta y, cuando se digna a hablar conmigo, aplica una norma estricta: si la regaño lo más mínimo, cuelga. Aun así, encuentro la forma de que eso no me incomode. Algo es algo. Al menos hablamos. Confío en que nuestras conversaciones falsas e inútiles se vuelvan reales con el tiempo. Ella encontrará su lugar en la Universidad de Washington, hará amigos y madurará. Estoy segura de que pronto verá a Paxton como lo que realmente es. Pero cuando su primer año se acerca a su fin y él sigue a su lado, empiezo a preocuparme un poco más.

En mayo de ese año, 2009, Lucas me llama y me invita al último partido de béisbol de la temporada. Quedo con Johnny en el campo y me siento con él en las gradas. Al principio es incómodo estar uno al lado del otro; ninguno de los dos sabemos muy bien cómo tratarnos, pero al final de la tercera entrada ya hemos encontrado la manera. Mientras no mencionemos a Kate, podemos volver a reírnos juntos. Durante el resto del verano y el otoño, los visito a menudo.

En invierno de 2009, casi he vuelto a ser yo misma. Incluso he ideado un plan destinado a que Marah vuelva de la universidad antes de tiempo para poner la decoración navideña.

—¿Preparada? —me pregunta Johnny, cuando abro la puerta del apartamento. Veo que está impaciente y emocionado. Todos estamos preocupados por Marah y mi idea de hacer que vuelva antes de la

universidad es buena.

—Nací preparada. Ya lo sabes. —Me enrosco la bufanda de cachemir alrededor del cuello y lo sigo hasta el coche.

En esa noche fría y oscura de mediados de diciembre, las pesadas nubes grises se acumulan sobre los edificios. Antes de llegar a la autopista, empiezan a caer unos cuantos copos de nieve; son tan pequeños que, cuando alcanzan el parabrisas, lo único que queda es alguna gota de agua en forma de estrella que cae aquí y allá y que el limpiaparabrisas se lleva rápidamente, pero aun así aportan un aire navideño. Por el camino hablamos de Marah, de que sus notas han bajado y de nuestra esperanza de que le vaya mejor en ese segundo año que en el primero.

El extenso campus gótico de la Universidad de Washington parece más pequeño con ese clima; los elegantes edificios con contrafuertes brillan como fantasmas bajo el cielo gris piedra. La nieve está empezando a cuajar; su resplandor cubre el césped y los bancos de hormigón. Los estudiantes avanzan a paso ligero entre los edificios, mientras sus capuchas y mochilas se van volviendo blancas poco a poco. Hay un silencio y una sensación de soledad inusitados en ese campus gigantesco. Son los últimos días de la semana de los exámenes finales. El lunes, la universidad cerrará hasta enero. La mayoría de los estudiantes ya se han ido. En doradas ventanas iluminadas, los profesores se apresuran a calificar los últimos exámenes antes de que comiencen las vacaciones.

McMahon Hall está especialmente tranquilo. Nos detenemos delante de la habitación de Marah y nos miramos.

—¿Gritamos «sorpresa»? —pregunto.

—Creo que será obvio que lo es, cuando abra.

Johnny llama a la puerta.

Oímos unos pasos y esta se abre. Aparece Paxton en calzoncillos y botas militares, con una pipa de agua en la mano. Está más pálido que de costumbre y tiene una mirada vidriosa y perdida.

—Joder —dice.

Johnny lo empuja con tal fuerza que el chico tropieza y se cae. El lugar apesta a marihuana y a alguna otra cosa. En la mesita de noche hay un trocito de papel de aluminio ennegrecido con una pipa sucia al lado. «No me jodas».

Johnny aparta las cajas de pizza y las latas de Coca-Cola vacías.

Marah está en la cama, en bragas y sujetador. Cuando entramos, retrocede y se sube la manta hasta el pecho.

—¿Qué coño estáis haciendo aquí? —balbucea, con los ojos vidriosos. Es evidente que está colocada. Paxton va hacia ella.

Johnny lo agarra como si fuera un disco volador, lo lanza hacia un lado y lo inmoviliza contra la pared.

—La has violado —dice Johnny. El tono de su voz es aterrador.

Marah se levanta de la cama y se cae al suelo.

—Papá, no...

—Pregúntale a ella si he violado a tu hija —contesta Paxton, señalándome con la cabeza.

Johnny se gira para mirarme y yo abro la boca, pero no logro articular palabra.

—¿Qué? —me grita Johnny—. ¿Qué sabes tú de esto?

—Ella estaba al tanto de que nos acostábamos —declara Paxton, esbozando una sonrisa. Nos está haciendo trizas; lo sabe y lo disfruta.

—Pax... no... —dice Marah, acercándose a trompicones.

La mirada de Johnny se vuelve fría como el hielo.

—¿Qué?

Lo agarro del brazo y tiro de él hacia mí.

—Por favor, Johnny, escúchame —susurro—. Ella cree que está enamorada de él.

—¿Cómo te atreves a ocultármelo?

Casi estoy demasiado asustada para responder.

—Me hizo prometérselo.

—Es una niña.

Niego con la cabeza.

—Estaba intentando...

—Kate nunca te lo perdonaría. —Él sabe perfectamente cómo me desarman esas palabras. Me aparta la mano y da media vuelta para mirar a su hija.

Ella está de pie, agarrada a Paxton como si fuera a caerse sin su apoyo. Me fijo en que tiene un piercing en la ceja y mechas moradas en el pelo. Se pone unos vaqueros y coge un abrigo sucio del suelo.

—Estoy harta de fingir ser quien tú quieres que sea —dice Marah. Se le llenan los ojos de lágrimas y se las limpia con impaciencia—. Pienso dejar la universidad y largarme de aquí. Necesito tener mi propia vida. —Desde donde estoy, puedo ver que tiembla mientras se pone los zapatos.

Paxton asiente para animarla.

—A tu madre se le rompería el corazón —contesta Johnny, más enfadado de lo que lo he visto nunca.

Marah lo mira fijamente.

—Está muerta.

—Vamos, Marah —interviene Paxton—. Larguémonos de aquí.

—No te vayas —susurro—. Por favor. Él acabará contigo.

Marah se gira. Se tambalea tanto que tiene que apoyarse en la pared.

—Me dijiste que todas las chicas deben estar con un poeta alguna vez en su vida. Creía que tú lo entenderías. Con toda esa mierda de «mi labor es quererte».

—¿Que ella te dijo qué? —grita Johnny—. ¿Que todas las chicas debían estar con un poeta? No me jo...

—Él acabará contigo —repito—. Eso es lo que debería haberte dicho.

—Sí —responde Marah, con expresión tensa—. Cuéntamelo todo sobre el amor, Tully. Ya que sabes tanto de él.

—Ella no, pero yo sí —le señala Johnny a Marah—. Y tú también. A tu madre no le gustaría verte con este chico.

Marah le dirige una mirada inexpresiva.

—A él no lo metas en esto.

—O vuelves a casa conmigo ahora mismo, o... —dice Johnny.

—¿O qué? ¿O no me dejarás volver más? —le espeta Marah.

Johnny parece a punto de desplomarse. Aunque también está enfadado.

—Marah...

Ella se gira hacia Paxton.

—Sácame de aquí —le pide.

—Muy bien, vete —replica Johnny.

Yo me quedo allí de pie, ahogándome. ¿Cómo ha podido desbaratarse todo tan rápidamente? Cuando oigo que la puerta se cierra de golpe, me giro hacia Johnny.

—Johnny, por favor...

—No. Tú sabías que se acostaba con... ese chico... —Se le quiebra la voz—. No sé cómo coño Kate pudo ser tu amiga todos esos años, pero si hay algo que tengo claro es que se acabó. Todo esto es culpa tuya. Aléjate de mi familia.

Por primera vez en la vida, Johnny me da la espalda y se va.

17

Ay, Tully. Por encima del débil zumbido del ventilador y del pitido del monitor cardiaco, percibo la decepción en la voz de Katie. Olvido dónde está mi cuerpo —o lo intento— y habito el recuerdo de donde se supone que estamos. En la explanada de la Universidad de Washington. Qué tiempos aquellos.

Me tumbo sobre la hierba. Casi puedo sentirla debajo de mí, con sus puntitas clavándose en mi piel. Oigo un murmullo de voces, unas perceptibles y otras imperceptibles; suenan como olas lamiendo una orilla llena de guijarros. Una luz pura y hermosa lo envuelve todo y me transmite una sensación de paz que no encaja en absoluto con el recuerdo que acabo de compartir con Kate.

—¿*Los dejaste marchar a los dos*?

Me pongo de lado y observo aquella visión hermosa e incandescente de mi mejor amiga. En su pálido resplandor, nos veo como lo que en su día fuimos: un par de chicas de catorce años excesivamente maquilladas y con las cejas demasiado depiladas, sentadas en mi cama, con un montón de revistas *Tiger Beat* abiertas entre nosotras. O en los años ochenta, con unas hombreras del tamaño de un plato llano y bailando *We Got the Beat*.

—Lo he echado todo a perder —digo. Ella suspira discretamente; su aliento es como un susurro sobre mi mejilla. Percibo el olor del chicle que le gustaba y el perfume Baby Soft que hacía décadas que no usaba—. Echaba de menos poder hablar contigo.

—*Ahora estoy aquí, Tul. Habla conmigo*.

—Tal vez quieras hablarme tú de ese sitio en el que estás.

—¿*Del sentimiento de pérdida que no te deja pegar ojo, de olvidar cómo huele el cabello de tu hijo al salir de la bañera, de preguntarte si se le habrá caído un diente o de cómo podrá convertirse en un hombre sin una madre que lo guíe*? —Kate suspira con suavidad—. *Mejor lo dejamos para otro momento. Cuéntame qué pasó después de que Marah huyera y Johnny dijera que no quería verte más. ¿Lo recuerdas*?

Claro que lo recuerdo. Diciembre de 2009 fue el principio del fin. El año pasado. Aunque yo tengo la sensación de que fue ayer.

—Después de esa escena terrible...

salgo corriendo de la residencia y me encuentro sola en el campus. Hace mucho frío y está nevando; las calles están cubiertas de nieve medio derretida. Voy hasta la calle Cuarenta y Cinco, paro un taxi y me subo en el asiento de atrás.

Cuando llego a casa, estoy temblando tanto que me pillo el pulgar con la puerta. Voy directamente al baño y me tomo dos comprimidos de Xanax, pero las pastillas no impiden que me venga abajo. Esta vez no. Sé que es porque me merezco sentirme mal. ¿Cómo se me ocurrió decirle esas cosas a Marah y ocultarle la verdad a Johnny? Él tiene razón. Todo es culpa mía. ¿Por qué no puedo dejar de hacer daño a la gente que quiero?

Me tumbo en mi enorme cama y me hago un ovillo sobre la colcha de seda plateada. Esta absorbe mis lágrimas como si nunca las hubiera derramado.

Recuerdo el paso del tiempo de forma extraña: por el cielo oscureciéndose poco a poco hasta volverse negro como el carbón, por las luces encendiéndose en los rascacielos que me rodean, por el número de comprimidos de Xanax que me tomo. En plena noche me como de una sentada todo lo que hay en la nevera y estoy a medio camino de la despensa cuando me doy cuenta de que me he pasado. Voy hasta el baño dando tumbos y lo vomito todo, incluido el Xanax, y después me siento tan débil como una gatita.

Cuando el teléfono que tengo al lado empieza a sonar, me despierto tan aturdida y aletargada que olvido dónde estoy y por qué me siento como si alguien me hubiera pasado por encima con un camión de la basura. Entonces me acuerdo.

Extiendo la mano y cojo el teléfono.

—¿Sí? —digo, notando lo seca que tengo la boca.

—Hola.

—Margie. —Susurro su nombre, temerosa de decirlo en voz alta. Ojalá no viviera en Arizona. Necesito verla inmediatamente.

—Hola, Tully.

Percibo la decepción en su voz y me doy cuenta de por qué me llama.

—¿Te has enterado?

—Sí.

Estoy tan avergonzada que me entran ganas de vomitar.

—La he fastidiado.

—Se suponía que debías cuidar de ella.

Lo más patético es que yo creía que lo estaba haciendo.

—¿Cómo puedo arreglarlo?

—No lo sé. Tal vez cuando Marah vuelva a casa...

—¿Y si no vuelve? —Margie respira hondo, mientras yo me pregunto cuánto dolor es capaz de soportar una sola familia—. Volverá —digo, aunque Margie sabe que no lo pienso. En lugar de hacerme sentir mejor, esa conversación me está hundiendo. Murmuro alguna excusa y cuelgo.

Un comprimido de Ambien me ayuda a dormir.

Durante las dos semanas siguientes, el clima se mimetiza con mi estado de ánimo. Los cielos grises, colmados de nubarrones, lloran conmigo.

Sé que estoy deprimida. Puedo sentirlo, pero lo extraño es que me resulta reconfortante. Toda mi vida he huido de mis propias emociones. Ahora, sola en mi apartamento, aislada de todo el mundo, me regodeo en mi dolor, nadando en sus cálidas aguas. Ni siquiera finjo trabajar en el libro. Los somníferos que tomo por las noches hacen que me sienta aturdida y lenta de reflejos por las mañanas, e, incluso con ellos en el cuerpo, no dejo de dar vueltas en la cama de madrugada; los sudores y los sofocos hacen que me achicharre y me congele alternativamente.

Hasta Nochebuena. Trece días después de la discusión en la residencia de Marah.

Esa mañana, me despierto con un plan.

Salgo como puedo de la cama y voy hacia el cuarto de baño, donde un espejo me devuelve la imagen de una mujer de mediana edad con los ojos inyectados en sangre y un pelo que necesita un tinte urgentemente.

Cojo con torpeza el bote de Xanax y me tomo un par de comprimidos. Necesito dos porque voy a salir y el mero hecho de pensarlo me hace entrar en pánico.

Debería ducharme, pero me siento tan agitada y débil que no soy capaz de hacerlo.

Cojo los regalos que compré hace semanas. Antes de todo aquello.

Los meto en una gran bolsa gris de los grandes almacenes Nordstrom y voy hacia la puerta.

Me detengo; de repente, me falta el aire. El dolor me atraviesa el pecho.

Es patético. Yo soy patética. Hace prácticamente dos semanas que no salgo del apartamento. Casi nada. ¿Cuándo me he vuelto incapaz de abrir una puerta?

Ignoro el pánico, que va en aumento, y agarro la manilla. Es como una brasa en mi mano sudorosa. Emito un pequeño sonido —un grito

— y la suelto. Lo vuelvo a intentar más despacio. Abro la puerta y salgo al pasillo. Cuando la puerta se cierra, siento el impulso de dar media vuelta.

Esto es absurdo. Sé que es absurdo. No soy capaz de controlarme. Aun así, tengo un plan. Es Nochebuena. Un día familiar y de perdón.

Por fin exhalo —¿cuánto tiempo he estado conteniendo la respiración?— y camino con decisión hacia el ascensor. Durante todo el trayecto —cuatro metros de suelo de mármol—, el corazón me da saltos en el pecho, deteniéndose y volviéndose a poner en marcha.

El viaje en ascensor hasta el garaje pone a prueba mi voluntad. Me parece una hazaña llegar al coche, subirme al asiento del conductor y arrancar el motor.

En el exterior, las calles de Seattle están cubiertas de nieve. Los adornos navideños engalanan las ventanas a ambos lados de la calle. Son las cuatro de la tarde del día de Nochebuena. Los únicos compradores que veo son hombres con abrigos gruesos y la cara resguardada entre los cuellos subidos, que han esperado hasta última hora.

Giro a la derecha en la calle Columbia. Con la nieve, esa calle escondida, acurrucada bajo el viejo viaducto de hormigón, parece un desfiladero. Allí no se ve a nadie bajo la nieve. Es como conducir a través de un cuadro en blanco y negro; mis faros son el único color que hay a la vista.

Llego al ferry, aparco y decido quedarme en el coche durante la travesía. El movimiento del transbordador, su resoplido perezoso y el sonido ocasional de la sirena de niebla me arrullan, sumiéndome en una especie de trance. Observo fijamente a través del extremo abierto del barco la nieve que cae ante nosotros; los copos desaparecen en el canal plano y gris.

Voy a disculparme. Me arrodillaré si es necesario, le suplicaré a Johnny que me perdone.

—Lo siento, Johnny —digo en voz alta, dándome cuenta de que me tiembla la voz. Estoy deseando hacerlo. Lo necesito. No puedo seguir así. La soledad es insoportable, al igual que la culpa.

«Kate nunca te lo perdonaría».

Una vez en Bainbridge Island, salgo lentamente del ferry. Las escasas manzanas que conforman el centro de Winslow están adornadas para las fiestas; las luces blancas parpadean en los escaparates y en las farolas. Hay una estrella roja de neón colgada en la calle principal. Parece un cuadro de Norman Rockwell, sobre todo por la nieve que está cayendo y empezando a cuajar.

Conduzco por una carretera que conozco tan bien como la palma

de mi mano, pero que me resulta exótica bajo la nieve. Cuanto más me acerco al camino de entrada de la casa, más incontrolable es el pánico. En la última curva, mi corazón vuelve a saltarse latidos. Giro en el camino de acceso y me detengo.

Me tomo otro Xanax. ¿Cuándo me he tomado el último? No me acuerdo.

Veo un sedán blanco de la marca Ford en la entrada. Debe de ser el coche de alquiler de Bud y Margie.

Pongo el vehículo en marcha y avanzo lentamente. A través de la cortina de nieve que cae, veo las luces navideñas colgadas en los aleros y el brillo dorado rectangular de las ventanas. En el interior, el árbol está iluminado; hay sombras de gente reunida a su alrededor.

Aparco, apago las luces y me hago una imagen mental. Iré hacia la casa, llamaré a la puerta y Johnny abrirá.

«Lo siento mucho —le diré—. Perdóname».

No.

Aquello me sacude como una bofetada y lo hace con tal fuerza que incluso retrocedo. No me va a perdonar. ¿Por qué iba a hacerlo? Su hija se ha ido. Ya no está. Se ha escapado con un chico peligroso y ha desaparecido por mi culpa.

Me dejará allí plantada con mis regalos.

No puedo hacerlo, no puedo acercarme y arriesgarme a que me vuelvan a hacer trizas. Ya a duras penas me mantengo en pie, en esos momentos.

Salgo del camino de entrada y vuelvo a bajar al ferry. En menos de una hora, estoy de nuevo en el centro de la ciudad. Ahora las calles están completamente vacías; nadie camina por las aceras resbaladizas. Las tiendas están cerradas. Las carreteras están heladas y reduzco la velocidad para extremar las precauciones.

Me echo a llorar. La tristeza me pilla desprevenida, me cerca sin darme cuenta y me pongo a sollozar de repente, mientras se me acelera el corazón y un sofoco acompañado de pinchazos recorre todo mi cuerpo. Intento enjugarme las lágrimas y calmarme, pero no puedo. Siento que me pesa el cuerpo, como si lo tuviera dormido.

¿Cuántos comprimidos de Xanax me he tomado?

Estoy pensando en eso, cuando veo unas luces que parpadean a mis espaldas.

—Mierda.

Pongo el intermitente y paro a un lado de la carretera.

El coche de policía se detiene detrás de mí. La dichosa luz roja resplandece, parpadeando, antes de volverse fija.

El agente se acerca a la ventanilla y golpea el cristal. Se me ocurre,

demasiado tarde, que debería haberla bajado.

Sonriendo demasiado, aprieto el botón y la ventanilla se desliza silenciosamente hacia abajo.

—Hola, agente —saludo, con la esperanza de que me reconozca. «Ah, señora Hart. A mi mujer (hermana/hija/ madre) le encanta su programa».

—Carné y seguro, por favor —dice él.

Ah. Ya. Esos días han quedado atrás. Sonrío más todavía.

—¿Seguro que necesita mi carné, agente? Soy Tully Hart.

—Carné y seguro, por favor.

Me inclino hacia el bolso, saco el carné de conducir de la cartera y cojo los documentos del seguro que están en el parasol. Me doy cuenta de que me tiembla la mano al entregarle lo que me ha pedido.

Él ilumina mi carné de conducir con una linterna con la que luego me enfoca a mí. Es imposible tener buen aspecto bajo esa luz tan intensa y eso me preocupa.

Me mira fijamente a los ojos.

—¿Ha bebido, señora Hart?

—No. Nada —respondo, creo que con sinceridad. ¿No? ¿He bebido algo de vino esa noche?

—Salga del vehículo, por favor.

Retrocede unos pasos y va hacia la parte trasera de mi coche.

Ahora sí que me tiemblan las manos. Mi corazón empieza de nuevo con ese trepidante ritmo de samba y se me seca la boca. «Mantén la calma».

Salgo del vehículo y me quedo en el arcén con las manos fuertemente entrelazadas.

—Quiero que camine diez metros a lo largo de esa línea, señora Hart. Con un pie delante de otro.

Quiero hacer lo que me pide rápidamente y con soltura, pero no soy capaz de mantener el equilibrio. No dejo de dar pasos demasiado largos mientras me río, nerviosa.

—Nunca he tenido mucha coordinación —comento. ¿Es esa la palabra correcta? Estoy tan nerviosa que no puedo pensar con claridad y desearía no haberme tomado los dos últimos comprimidos de Xanax. Mis movimientos y mi cerebro van muy lentos.

—Vale. Ya puede parar. Póngase aquí, delante mí. Incline la cabeza hacia atrás, abra los brazos y tóquese la nariz con el dedo.

Extiendo los brazos e inmediatamente pierdo el equilibrio y doy un traspié hacia un lado. Él me sujeta para impedir que me caiga de la acera. Lo intento de nuevo, con todas mis fuerzas.

Me meto el dedo en el ojo.

Él me pasa un alcoholímetro.

—Sople —dice.

Estoy casi segura de que no he bebido nada, pero la verdad es que no me fío de mí misma. Mis pensamientos son demasiado confusos y sé que no debería soplar por esa cosa si he estado bebiendo.

—No —digo en voz baja, mirándolo fijamente—. No estoy borracha. Tengo ataques de pánico. Tengo una receta...

Me junta los brazos y me pone las esposas.

¡Las esposas!

—¡Un momento! —grito, mientras intento pensar en cómo podría explicarlo, pero él no me escucha. Me lleva de vuelta hacia el coche patrulla.

—Tengo una receta —digo asustada, con un hilillo de voz—. Para los ataques de pánico.

Él me lee mis derechos, me comunica que estoy detenida, coge mi carné de conducir, le hace un agujero y me obliga a subir al asiento trasero del vehículo.

—Vamos, no haga esto —le suplico cuando se sube al asiento del conductor—. Por favor. Es Nochebuena.

Él no dice ni una palabra mientras arrancamos.

Al llegar a la comisaría, me ayuda a salir del coche y me conduce al interior del edificio agarrándome por el codo.

No hay mucha gente por allí en esa noche navideña nevada, algo de lo cual me alegro. La vergüenza empieza a hacer acto de presencia y va en aumento. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Una mujer de complexión similar a la de un ladrillo me lleva a una habitación y me registra de pies a cabeza, cacheándome como si fuera una terrorista.

Se quedan con mis joyas y todas mis pertenencias y luego me fichan y me toman las huellas. Después me hacen una foto.

Unas lágrimas tan inútiles como las gotas de lluvia sobre el suelo del desierto, que se evaporan prácticamente antes de caer, me empañan los ojos.

Pasar la Nochebuena en una celda. Eso sí que es caer bajo.

Estoy sentada en el banco de hormigón pintado de una especie de calabozo, sola, acurrucada bajo una única bombilla que emite una luz cegadora. Cualquier cosa es mejor que mirar hacia los barrotes. En la oficina que hay más allá de la celda, unos cuantos hombres y mujeres uniformados, de aspecto cansado, están sentados delante de escritorios salpicados de vasos de café de espuma de poliestireno, fotos familiares y adornos navideños, realizando trabajos administrativos y hablando

entre ellos.

Ya son casi las once —están siendo las horas más largas de mi vida —, cuando la mujer con forma de ladrillo se acerca a la puerta de la celda y la abre.

—Le hemos confiscado el coche. Puede irse, siempre que alguien venga a recogerla.

—¿Puedo llamar a un taxi?

—No, lo siento. Todavía no tenemos su informe toxicológico. No podemos dejarla ir sin más. Alguien habrá a quien pueda llamar.

De repente, el suelo sobre el que estoy de pie cede y me doy cuenta de que la situación acaba de empeorar.

Prefiero pasar la noche en la cárcel antes que llamar a Margie en Nochebuena y pedirle que me pague la fianza.

Observo el rostro arrugado y demacrado de la mujer. Se ve que es buena persona, pero estamos en Nochebuena y le ha tocado estar allí, cuando ella preferiría estar en otro lugar.

—¿Tiene usted familia?

Parece sorprenderle mi pregunta.

—Sí —responde, después de aclararse la garganta.

—Debe de ser duro trabajar esta noche.

—Tengo suerte de tener trabajo.

—Ya —respondo, suspirando.

Solo se me ocurre una persona a la que llamar y ni siquiera sé por qué me viene su nombre a la cabeza.

—Desmond Grant —digo—. Es médico de urgencias en el Sagrado Corazón. Puede que él venga. Tengo su número en el bolso.

La mujer asiente.

—Pues vamos.

Me levanto lentamente, sintiéndome tan ajada y falta de brillo como un pedazo de tiza usada. Recorremos el pasillo pintado de color verde hospital, hasta llegar a una sala llena de pupitres vacíos.

La mujer me entrega el bolso. Rebusco en él, ignorando el temblor de mis manos (un Xanax me vendría fenomenal) y encuentro tanto el número de teléfono como el móvil.

Bajo la atenta mirada de la mujer, marco el número y espero, conteniendo la respiración.

—¿Sí?

—¿Desmond? —Apenas consigo articular palabra. Empiezo a arrepentirme de haber llamado. Él no me ayudará. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Tully? —No me apetece decir nada—. ¿Tully? —vuelve a preguntar, preocupado—. ¿Estás bien?

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Estoy en la cárcel del condado de King —susurro—. Por conducir bajo los efectos del alcohol. Pero no he bebido nada. Es un malentendido. No me dejan salir a menos que alguien se haga responsable de mí. Sé que es Nochebuena y...

—Ahora mismo voy —dice y siento que unas lágrimas calientes resbalan por mis mejillas.

—Gracias.

Me aclaro la garganta y cuelgo.

—Por aquí —dice la mujer. Me da un empujoncito para recordarme que tengo que moverme. La sigo hasta otra sala; es grande y está muy concurrida, incluso en esa noche festiva.

Me siento en una silla junto a la pared, ignorando el flujo de borrachos, prostitutas y niños de la calle que entran cada pocos minutos.

Por fin se abre la puerta y veo entrar a Desmond. La nieve se arremolina tras él. Los copos derretidos han encanecido su melena, tiene los hombros mojados y la afilada nariz roja.

Me pongo de pie con inseguridad, sintiéndome vulnerable, estúpida y avergonzada.

Él cruza la habitación hacia mí y su largo abrigo negro se abre como unas alas con el movimiento de sus zancadas.

—¿Estás bien?

Levanto la vista.

—He tenido días mejores. Siento haberte llamado tan tarde. Y en Nochebuena. Y por esto. —La vergüenza me atenaza la garganta de tal forma que apenas puedo tragar saliva.

—Acababa el turno en diez minutos, de todos modos.

—¿Estabas trabajando?

—Cubro a la gente que tiene familia. ¿A dónde te llevo?

—A casa —respondo. Solo quiero meterme en mi propia cama. Quiero caer en un sueño muy profundo que me haga olvidar toda esta noche.

Él me coge del brazo y me lleva hasta su coche, que está mal aparcado delante de la comisaría. Le doy la dirección y recorremos en silencio las escasas manzanas que nos separan de mi edificio.

Se detiene delante de él. Un aparcacoches con librea aparece casi al instante al lado de su puerta.

Desmond se gira hacia mí.

Veo la pregunta en sus ojos cuando me mira. La verdad es que no quiero invitarlo a subir. No quiero tener que sonreír, entablar una conversación trivial y fingir que estoy bien, pero ¿cómo voy a echarlo

sin más, después de que ha ido a buscarme?

—¿Quieres subir a tomar algo?

Su mirada es interrogadora, desconcertante.

—De acuerdo —dice por fin.

Abro la puerta del coche y salgo tan rápido que casi me caigo. El portero se acerca de inmediato para sujetarme.

—Gracias —murmuro, alejándome. Sin esperar a Desmond, atravieso el vestíbulo golpeando con los tacones el suelo de piedra y pulso el botón del ascensor. Nuevamente en silencio, subimos juntos, mientras las paredes de espejo nos devuelven el reflejo de nuestras imágenes.

Al llegar a mi apartamento, abro la puerta y lo invito a entrar. Me sigue por el pasillo hasta la sala de estar, con su extraordinaria vista nocturna de la ciudad, la nieve cayendo del cielo negro y los copos coloreados por las luces amortiguadas de la ciudad.

—¿Un vino?

—¿Qué tal un café para cada uno?

¿Lo odio por haberme recordado lo que ha pasado esta noche? Sí, un poco sí.

Voy a la cocina y preparo el café. Mientras se hace, me ausento para ir al cuarto de baño. Me horrorizo al ver mi aspecto: tengo el pelo aplastado y encrespado por la nieve y la cara sin maquillar, pálida y cansada.

Madre de Dios.

Abro el botiquín, busco el Xanax y me tomo uno. Luego, vuelvo al salón. Él ha encontrado mi reproductor de CD y ha puesto música navideña.

—Me sorprende que me hayas llamado —dice.

La razón es tan patética que me quedo callada. Me siento en el sofá, casi desplomándome. Me golpea todo el impacto de esta noche; no tengo fuerzas para ponerme en pie. El Xanax no funciona. Siento que el pánico me invade.

—Desmond Grant —digo. Lo que sea con tal de romper el silencio —. Yo me acosté durante varios años con un tipo que se apellidaba Grant.

—Guau. —Se acerca a mí y se sienta. Está tan cerca que puedo oler el vago olor metálico de la nieve derretida sobre la lana y el aroma del café en su aliento.

—¿«Guau» por qué? —pregunto, desconcertada por la forma en la que me está analizando.

—La mayoría de la gente lo expresaría de otra manera, utilizaría palabras como «amor», «salir», «novio» o «relación» para describir a

alguien con quien te has acostado durante años.

—Soy periodista. Elijo las palabras meticulosamente. Me acostaba con él. No era mi novio, ni estaba enamorada.

—Me contaste que habías estado enamorada una vez. O eso creías.

No me gusta el giro que ha dado la conversación. ¿Es que lo de conducir bajo los efectos del alcohol no me hace parecer ya lo suficientemente patética? Me encojo de hombros.

—Tenía diecinueve años. Era una niña.

—¿Qué pasó?

—No me di cuenta de que estaba enamorada de él casi hasta los cuarenta. —Intento sonreír—. Es la historia de mi vida. Se casó con una tal DeeAnna hace unos seis años.

—Debió de ser duro. ¿Y cómo era el otro Grant?

—Deslumbrante, supongo. Me regalaba un montón de flores y joyas, pero no...

—¿No qué?

—No son el tipo de regalos que se le hacen a la mujer con la que quieres envejecer.

—¿Cuáles lo serían?

Me encojo de hombros. ¿Cómo voy a saberlo?

—Pues a lo mejor unas zapatillas, o un camisón de franela. —Suspiro—. Oye, Desmond, estoy muy cansada. —Ha sido un día terrible—. Pero gracias por venir.

Veo que deja la taza sobre la mesa de centro y se gira lentamente hacia mí. Me coge de la mano y tira de mí para que me levante. La forma en la que me mira hace que me cueste respirar. Parece increíble, pero me doy cuenta de que me entiende, de que percibe mi vulnerabilidad y mi miedo.

—Tully, eres como la dama de Shalott, que observa el mundo desde la seguridad de su altísima torre. Lo has conseguido, has triunfado como nunca nadie hubiera soñado. Entonces, ¿por qué no tienes a nadie a quien llamar en Nochebuena, ni un sitio a dónde ir?

—Vete —le pido con frialdad. Lo odio por su pregunta, por poner de manifiesto mi soledad y mi miedo, y por comportarse como si yo pudiera actuar de otra manera—. Por favor. —Se me quiebra un poco la voz. Lo único que quiero es meterme en la cama y dormir.

Mañana será otro día.

18

En junio de 2010 me doy cuenta de que tengo un problema, aunque no sé cómo solucionarlo. La depresión ha descendido sobre mí como si fuera una campana de cristal. Me siento aislada de todo y de todos. Ni siquiera las llamadas semanales de los miércoles por la noche de Margie logran animarme. Me levanto cansada de la cama y descubro que estoy aletargada, de camino al baño. ¿Cuántos somníferos me tomé anoche? Me asusta no poder recordarlo.

Me tomo un Xanax para tranquilizarme y me ducho. La verdad es que el ansiolítico ya no funciona tan bien; cada vez necesito tomar más para calmarme. Sé que eso debería preocuparme y lo hace, pero un modo distante e intelectual.

Después, me recojo el pelo mojado en una coleta y me pongo una sudadera. Ahora me duele la cabeza.

Intento comer algo —me vendrá bien—, pero tengo tal nudo en el estómago que temo vomitar.

La mañana pasa lentamente. Trato de leer un libro, ver la televisión e incluso pasar la aspiradora. Nada distrae mi atención de lo mal que me siento.

Puede que una copa de vino me ayude. Solo una. Ya es más de mediodía.

Sí que me ayuda un poco. Y la segunda también.

Estoy decidiendo —otra vez— dejar de beber, cuando suena el móvil. Compruebo quién es y me abalanzo sobre el teléfono como si me estuviera llamando Jesucristo.

—¡Margie!

—Hola, Tully.

Me hundo en el sofá, dándome cuenta de lo mucho que necesitaba hablar con una amiga.

—¡Cuánto me alegro de saber de ti!

—Estoy en la ciudad. He pensado pasarme por ahí. Llegaré en diez minutos. Ábreme.

Me pongo de pie, casi llorando por lo mucho que eso significa para mí. Soy un desastre total. Hablaré con Margie, mi madre postiza. Quizá ella pueda ayudarme.

—Encantada.

Cuelgo y voy corriendo al baño, donde me seco el pelo rápidamente y me echo laca suficiente como para doblar el acero. Luego me maquillo y me pongo unos vaqueros y una camiseta de manga corta. Resulta patético lo ansiosa que estoy por ver a alguien que me quiera, por sentirme bienvenida y deseada. Me calzo unos zapatos planos. (No debería haber tomado esas dos copas de vino; mi equilibrio no es lo suficientemente bueno como para llevar tacones).

Suena el timbre y voy corriendo a contestar y a abrir la puerta.

Me encuentro a mi madre allí plantada, tan flaca y desaliñada como un pedazo de cordel. Va vestida como una refugiada de una comuna de los años setenta: pantalones anchos, sandalias Birkenstock y una de esas blusas mexicanas bordadas que hacía años que no veía. Su pelo canoso lucha contra la diadema de cuero que lo sujeta; los mechones flotan alrededor de su rostro estrecho y arrugado. Me impresiona tanto verla que no sé qué decir.

—Margie me ha dado tu dirección —aclara—. Pero ha sido idea mía. Quería verte.

—¿Y dónde está ella?

—No va a venir. Era yo la que quería verte. Sabía que no me abrirías la puerta.

—¿A qué has venido?

Pasa por delante de mí y entra en mi casa como si tuviera todo el derecho del mundo.

Cuando llega al salón, se gira para mirarme.

—Tienes problemas con las drogas, o con el alcohol —dice, con voz vacilante y áspera.

Durante un terrible instante, me quedo totalmente en blanco. Pienso: «Me han pillado». Resulta tremendo y humillante, y me siento desnuda, vulnerable y destrozada. Le doy la espalda, negando con la cabeza.

—No —replico—. No. Mis medicamentos son recetados. Lo dices como si fuera una drogadicta. —Me burlo de la idea. ¿Acaso cree que voy por las esquinas pillando drogas para inyectármelas en las venas y quedarme tirada en la calle? Yo voy al médico. Compro mis medicinas en la farmacia, por el amor de Dios. Y entonces me pregunto cuál será el origen de esa acusación.

Mi madre da un paso al frente. Está fuera de lugar, en esta sala de diseño. Puedo ver todas las decepciones de mi vida en sus arrugas, en las manchas de sol de sus mejillas. No recuerdo ni una sola vez que me haya abrazado, besado o que me haya dicho que me quería. Y ahora se presenta aquí para llamarme «adicta» y decirme que me va a ayudar.

—He estado en rehabilitación —comenta, con voz tímida e insegura—. Creo que...

—No tienes derecho a decirme nada —le grito—. Nada, ¿entendido? ¿Cómo te atreves a venir aquí a juzgarme?

—Tully —contesta mi madre—. Margie me ha contado que las últimas veces que ha hablado contigo balbuceabas. Vi la foto de tu ficha policial en la televisión. Sé por lo que estás pasando.

—Lárgate —le ordeno con voz quebrada.

—¿Por qué fuiste a verme a Snohomish?

—Estoy escribiendo un libro sobre mi vida. Aunque no es que tú sepas mucho de ella.

—Querías hacerme unas preguntas.

Me río y siento que voy a echarme a llorar, lo cual hace que me enfade.

—Sí. Ya ves de qué me sirvió.

—Tully, a lo mejor...

—Nada de «a lo mejor». Y menos viniendo de ti. Otra vez no. No puedo soportarlo. —La agarro del brazo y la arrastro fuera del apartamento: no pesa nada. Antes de que pueda contestar, la empujo hacia el pasillo y cierro la puerta de golpe. Luego entro en mi habitación, me meto en la cama y me tapo la cabeza con las sábanas. Oigo mi propia respiración en la oscuridad.

Se equivoca. No tengo ningún problema. ¿Y qué si necesito Xanax para mantener a raya los ataques de pánico y Ambien para dormir? ¿Y qué si me gusta tomarme unas cuantas copas de vino por las noches? Puedo controlarlo todo, dejarlo cuando quiera.

Pero, maldita sea, ahora me duele la cabeza. Es culpa suya que me duela. De mi madre. Ella y Margie me han traicionado. Eso es lo más cruel de todo. De mi madre no esperaba nada, menos que nada, pero Margie ha sido uno de los pocos puertos seguros de mi vida. Que me traicione así es un golpe que no puedo soportar. Cuando lo pienso, mi ira se transforma en una desesperación desoladora.

Me pongo de lado, abro el cajón de la mesita de noche y busco el Xanax.

—¿*Consideras que fue una traición*? —pregunta Kate a mi lado y su voz me arranca de mis recuerdos, me espabila como el chasquido de un látigo.

Recuerdo dónde estoy realmente. En una cama de hospital, conectada a un respirador, con un agujero en la cabeza, viendo pasar mi vida ante mis ojos.

—Tenía problemas —digo en voz baja. Y ellas intentaron ayudarme.

¿Cómo no me percaté? ¿Cómo no me di cuenta de algo tan obvio?

—*Ahora lo ves, ¿no*?

—Para, para, para. No quiero seguir haciendo esto. —Me giro de lado y cierro los ojos.

—*Necesitas recordar*.

—No. Necesito olvidar.

3 de septiembre de 2010
14.10 horas

En la sala de conferencias del hospital, el inspector de policía estaba de pie con las piernas lo suficientemente separadas como para no perder el equilibrio en caso de terremoto. Tenía un pequeño bloc de notas abierto y revisaba sus apuntes.

Johnny echó un vistazo a la silenciosa sala. La mayoría de las sillas estaban vacías, pegadas a la mesa. Había dos cajas de Kleenex dispuestas en el centro del tablero. A su lado, Margie se esforzaba por sentarse erguida, pero la vigilia había sido agotadora; no podía evitar encorvarse, derrotada. Johnny la había llamado a primera hora de la mañana; ella y Bud habían cogido un avión desde Arizona a las nueve y cuarto. En ese momento Bud se encontraba en casa de Johnny, esperando a que los chicos volvieran del colegio. Marah estaba dentro con Tully.

Él y Margie ya conocían aquella sala. Allí les habían comunicado que los cirujanos no habían conseguido limpiar completamente el cáncer de Kate, que este se había extendido a los ganglios linfáticos y que había que tomar decisiones relacionadas con los cuidados paliativos. Johnny extendió el brazo para estrechar la mano fría y de grandes nudillos de Margie.

El inspector se aclaró la garganta.

Johnny levantó la vista.

—No dispondremos del informe toxicológico hasta dentro de un tiempo, pero en el registro de la residencia de la señora Hart se han encontrado varios medicamentos que requieren receta: hidrocodona, Xanax y Ambien, principalmente. Todavía no hemos encontrado ningún testigo del accidente pero, a juzgar por el análisis del lugar de los hechos, suponemos que iba conduciendo a más de ochenta kilómetros por hora por la calle Columbia, en dirección a la costa,

bajo la lluvia. Chocó contra un poste de hormigón a gran velocidad.

—¿Había marcas de derrape? —preguntó Johnny. Oyó que Margie contenía la respiración y se dio cuenta de que esa pregunta no se le había ocurrido. Las marcas de derrape antes de una colisión significaban que el conductor había intentado parar. La ausencia de marcas significaba otra cosa.

El policía miró a Johnny.

—No lo sé.

Johnny asintió.

—Gracias, inspector.

Cuando este se fue, Margie se volvió hacia Johnny. Al ver sus ojos llenos de lágrimas, él lamentó haber hecho aquella pregunta. Su suegra ya había sufrido demasiado.

—Lo siento, Margie.

—¿Insinúas...? ¿Crees que se estrelló a propósito?

La pregunta dejó a Johnny sin fuerzas, desarmándolo.

—¿Johnny?

—Tú la viste hace menos tiempo que yo. ¿Qué crees?

Margie suspiró.

—Creo que se ha sentido muy sola este último año.

Johnny se levantó, murmuró una excusa sobre su necesidad de ir al baño y abandonó la sala.

Una vez en el pasillo, se apoyó en la pared y dejó caer la cabeza hacia delante. Cuando por fin levantó la vista, vio una puerta al otro lado del pasillo con un cartel con la palabra «CAPILLA».

¿Cuándo había sido la última vez que había estado en una iglesia?

«En el funeral de Kate».

Cruzó el pasillo y abrió la puerta. Se trataba de una sala pequeña y estrecha, que podría calificarse de «práctica» en el mejor de los casos, con unos cuantos bancos y un altar improvisado en la parte delantera. Lo primero que le llamó la atención fue el silencio. Lo segundo fue la chica que estaba sentada a la derecha, en el primer banco. Estaba tan inclinada que lo único que veía de ella era un mechón de pelo rosa engominado.

Johnny avanzó lentamente y sus pasos se perdieron sobre el suelo enmoquetado.

—¿Puedo acompañarte?

Marah levantó la vista bruscamente. Él se dio cuenta de que había estado llorando.

—Como si pudiera impedírtelo.

—¿Quieres hacerlo? —le preguntó su padre en voz baja. Había cometido tantos errores con ella que no quería aumentar la lista

presionándola demasiado cuando había ido allí para estar sola.

Ella lo miró fijamente durante un buen rato y luego negó despacio con la cabeza. En ese momento parecía tan joven, como una niña en Halloween que se hubiera disfrazado para llamar la atención.

Johnny se sentó con recelo y esperó un poco antes de hablar.

—¿Rezar te ayuda?

—Por ahora no lo ha hecho. —A Marah se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Sabes lo que le hice a Tully la semana pasada?

—No.

—Es culpa mía que esté aquí.

—No es culpa tuya, cariño. Ha sido un accidente de coche. No podrías haber hecho nada...

—También es culpa tuya —replicó Marah, devastada. Johnny no supo qué responder. Comprendía lo que su hija quería decir; él sentía lo mismo. Habían defraudado a Tully, la habían apartado de su vida, la habían hecho sentirse sola y había acabado ahí—. No lo soporto —chilló Marah, antes de levantarse e ir hacia la salida.

—¡Marah! —gritó Johnny. Ella se detuvo en la puerta y miró hacia atrás—. No te hagas daño.

—Demasiado tarde —susurró ella, antes de abandonar la habitación. La puerta se cerró de golpe a sus espaldas.

Johnny se puso de pie lentamente. Con todo el peso de sus cincuenta y cinco años, volvió a la sala de espera, donde encontró a Margie sentada en un rincón, tejiendo.

Se sentó a su lado.

—He intentado llamar a Dorothy de nuevo —comentó ella, al cabo de un rato—. No contesta.

—¿Recibirá la nota que has hecho que Bud le dejara en la puerta?

Margie se encorvó al oír aquello.

—Tarde o temprano —dijo en voz baja—. Aunque espero que sea más temprano que tarde —añadió después.

3 de septiembre de 2010

14.59 horas

En aquella fresca tarde de septiembre, las hojas caían sobre la ciudad de Snohomish, cubriendo los arcenes de las carreteras, los aparcamientos y las orillas del río. Dorothy Hart estaba en su puesto del mercado de agricultores, contemplando el paisaje que se había convertido en su vida y fijándose en pequeños detalles llenos de

belleza. Como las últimas rosas silvestres que estaban a la venta al otro lado de la calle, en los cubos rojos de Erika; la muchacha con un bebé regordete y de pelo rizado en brazos, que estaba saboreando un poco de salmón ahumado de Kent, y un niño pequeño que bebía sidra casera en un vaso de papel. El mercado de agricultores era una explosión de color, actividad, imágenes y sonidos. A pocas manzanas del centro histórico de la ciudad, ese animado mercado se instalaba en un tramo de acera todos los viernes, desde el mediodía hasta las cinco de la tarde; los techos de las carpas blancas se alzaban por encima del bullicio como conos de helado, sobre una deslumbrante y reluciente variedad de frutas y frutos secos, bayas, hierbas, verduras, artesanía y miel. El colorido de aquel mosaico lucía espléndido bajo la amortiguada luz otoñal.

En un pequeño puesto, Dorothy estaba a punto de agotar sus reducidas existencias de productos. Tenía una mesa larga y baja, cubierta de periódicos —los cómics del domingo de esa semana— y salpicada de cajas con la cosecha semanal: lustrosas manzanas rojas, rechonchas frambuesas, cestas llenas de hierbas aromáticas y algunas verduras, como judías verdes, tomates, brócoli y calabaza de verano. Aunque el único rastro que quedaba de todo aquello eran unas cuantas manzanas solitarias en el fondo de una caja vacía y un puñado de judías verdes.

Ya no le quedaba casi nada. El cielo limpio y azul hacía las veces de alegre telón de fondo para el tumulto, mientras ella apilaba sus cajas y las llevaba por el pasillo hasta el puesto de Cascade Farms.

El dueño, un hombre corpulento y desgreñado, con barriga y nariz aguileña, le sonrió.

—Parece que has tenido un buen día, Dorothy.

—Muy bueno, Owen. Gracias de nuevo por dejarme usar parte de tu puesto. Las frambuesas han desaparecido en un abrir y cerrar de ojos.

Ella le entregó la pila de cajas de madera. Él las recogió y las metió en la parte trasera de una camioneta oxidada. Más tarde se las dejaría en casa.

—¿Seguro que no quieres que te llevemos?

—Qué va. No hace falta, gracias. Saluda a Erika de mi parte. Luego nos vemos.

Dorothy regresó a su zona del puesto compartido, sintiendo un ligero cosquilleo en la nuca fruto del sudor. Una gota bajó por su columna vertebral, humedeciendo la cintura de sus pantalones anchos. Se desabrochó la harapienta camisa de cuadros que, básicamente, se había convertido en su uniforme —tenía al menos seis—, y se la quitó

para atarse las mangas a la cintura. La camiseta de tirantes roja acanalada que llevaba debajo estaba manchada de sudor en las axilas, pero qué se le iba a hacer.

Dorothy tenía sesenta y nueve años, una larga cabellera gris, una piel como quince kilómetros de lecho de río seco y unos ojos que albergaban todo el dolor sufrido en su vida. La menor de sus preocupaciones era que le oliera el sobaco. Volvió a atarse el pañuelo rojo en la frente y se acercó a la bicicleta oxidada que constituía su único medio de transporte.

Día a día.

Ese era el lema de su nueva vida. En los últimos cinco años había dado un giro a su existencia, simplificándola y desprendiéndose de todo hasta quedarse solo con lo importante. No dejaba apenas huella de carbono en el planeta. Lo compostaba todo. Cultivaba, cuidaba y vendía sus propios productos ecológicos y solo comía alimentos orgánicos. Fruta, frutos secos, verduras y cereales. Ya no era guapa y estaba tan delgada y fibrosa como sus judías, pero nada de eso le preocupaba. De hecho, la complacía. La vida que había llevado se le notaba en la cara.

Ahora estaba sola. Así era como debería haber sido siempre. ¿Cuántas veces se lo había dicho su padre? «Eres fría como el hielo, Dotty. Acabarás sola, como no te deshieles». Era un crimen seguir recordando su voz después de tantos años.

Dorothy se sujetó con una goma la pernera del pantalón y se subió a la bicicleta. Arrancó con una floritura y pedaleó por la ciudad con la caja del dinero traqueteando en la cesta del manillar. Los coches le pitaban y pasaban demasiado cerca, pero ella apenas se inmutaba. Había aprendido que a la gente no le gustaban los viejos hippies, en general, y los que iban en bicicleta en particular.

Al llegar a la esquina, extendió el brazo para indicar cuál era su intención y giró en la calle principal. El mero hecho de cumplir las normas, de señalizar el giro, le proporcionó cierto placer. Sabía que sonaba raro y que la mayoría de la gente no lo entendería pero, tras haber vivido toda la vida en las tierras agrestes de la anarquía, la paz que proporcionaban las reglas, las vallas y la sociedad le resultaba inusitadamente reconfortante. Aparcó la bicicleta en uno de los soportes para bicis de la farmacia. Los nuevos habitantes de la ciudad, modernos moradores de las afueras que habían elegido como hogar ese pueblo, antaño aletargado, porque se hallaba a cincuenta kilómetros escasos del centro de Seattle, candaban las bicicletas con pitones de color rojo chillón, para proteger su patrimonio.

A Dorothy siempre le hacía sonreír que se preocuparan tanto por

sus bienes materiales. Con un poco de suerte, algún día aprenderían lo que de verdad era importante en la vida y aquello por lo que no merecía la pena preocuparse. Volvió a atarse el pañuelo mientras caminaba por la acera agrietada e irregular, sorprendida por la cantidad de gente que había ese día en la ciudad. Los turistas entraban y salían en tropel de las tiendas de antigüedades que se habían convertido en el emblema de Snohomish. En aquella calle, que antaño había sido la única del pueblo y que se encontraba entre la banda ancha y plana del río Snohomish y el inicio de la zona nueva de la ciudad, los escaparates conservaban el aspecto del lejano Oeste.

Dorothy entró en una farmacia muy bien iluminada y fue directamente al mostrador de recetas. Por el camino, se encontró un montón de cosas bonitas que llamaron su atención: pasadores de colores brillantes, tazas de café con frases inspiradoras, tarjetas de felicitación..., pero ella sabía que menos era más. Además, no le quedaba dinero y el cheque de Tully de ese mes aún no había llegado.

—Hola, Dorothy —la saludó el farmacéutico.

—Hola, Scott.

—¿Qué tal el mercado de agricultores hoy?

—De maravilla. Tengo un poco de miel para ti y para Lori. Ya te la traeré.

Él le entregó la medicación que tanto le había cambiado la vida.

—Gracias.

Pagó las pastillas, se guardó el botecito naranja en el bolsillo y se fue. Salió de nuevo a la bulliciosa calle, se montó en la bici y recorrió pedaleando los cinco kilómetros que la separaban de su casa.

Como siempre, subir Summer Hill fue una paliza y, cuando llegó a la cima y giró en Firefly Lane, estaba sudando como un pollo y jadeando. Al llegar al camino de acceso de su casa, giró a la izquierda y se agarró con fuerza al manillar, mientras la vieja bici bajaba traqueteando hacia la vivienda.

Había una nota pegada en la puerta. Frunciendo el ceño, Dorothy se bajó de la bicicleta y la dejó caer al suelo. ¿Cuándo había sido la última vez que alguien le había dejado una nota?

D:
Tully está en el hospital del Sagrado Corazón. Johnny dice que te des prisa. El dinero del taxi está bajo la alfombra. 426 E.
M

Dorothy se agachó y levantó el felpudo de goma negra. Un sobre blanco y sucio yacía sobre el cemento húmedo salpicado de bichos.

Dentro del sobre había un billete de cien dólares.

Dorothy se apresuró a entrar en la casa que había pertenecido a sus padres y que ahora era propiedad de su hija, la misma casa en la que una Dorothy mucho más joven había convivido con una Tully de catorce años. El único lugar en el que habían vivido juntas.

En los últimos años, Dorothy había hecho algunas pequeñas obras, pero no muchas. El exterior seguía siendo de color beis y necesitaba una mano de pintura; en algunas zonas del tejado seguía habiendo musgo verde. En el interior, Dorothy había arrancado la gruesa moqueta de color aguacate y debajo se había topado con unos suelos de madera maciza, que algún día pensaba restaurar. La cocina seguía siendo la monstruosidad de color rosa chicle que algún inquilino había elegido a principios de los setenta, pero las horribles cortinas de cuadros habían desaparecido. La única habitación que Dorothy había destripado de verdad era el dormitorio principal. Había arrancado las persianas baratas, levantado la moqueta dorada con motivos en relieve y pintado las paredes de un bonito color crema.

Dorothy abrió el frasco de pastillas y se tomó una con un poco de agua tibia del grifo. Cogió el viejo teléfono fijo de la cocina —una antigualla en la era de los teléfonos móviles—, abrió la guía telefónica, buscó el número y llamó a un taxi. No le daba tiempo a ducharse, así que se limitó a cepillarse el pelo y lavarse los dientes. Entró en el dormitorio trenzándose la pajiza melena gris y se miró en el espejo ovalado que había sobre el tocador.

Parecía Gandalf después de una noche loca.

Un taxi tocó el claxon delante de la casa. Dorothy cogió el bolso y salió corriendo. Hasta que estuvo en el maloliente asiento de terciopelo marrón, mirando a través de la sucia ventanilla, no se dio cuenta de que seguía teniendo una de las perneras del pantalón sujeta al tobillo con una goma.

Contempló la casita de campo mientras el taxi salía del camino de acceso. Hacía algo más de cuatro años, cuando finalmente había decidido cambiar radicalmente su vida, ese lugar la había salvado. A menudo pensaba que la humedad de sus lágrimas era lo que hacía crecer sus verduras.

Agradecía los fármacos que llevaba en el cuerpo. Le proporcionaban un velo similar a una gasa, como si el mundo que la rodeaba se difuminara. Solo ligeramente. Lo suficiente para que sus emociones —sus estados de ánimo poco estables y peligrosos— se aplacaran. Sin ellos, sabía que podría caer en barrena, volver a la oscuridad que había sido su hogar durante la mayor parte de su vida.

Los recuerdos empezaron a acosarla, a hostigarla, a demandar su

atención, hasta que dejó de oír la respiración del taxista, el ronroneo del motor y los coches que pasaban a toda velocidad.

El tiempo se desplegó y la envolvió y ella no tuvo fuerzas para resistirse. Se rindió, se entregó y, durante una fracción de segundo, el mundo se quedó completamente inmóvil.

Entonces oyó el ladrido de un perro, el chasquido de una cadena al tensarse y se dio cuenta de dónde estaba, en qué momento: 2005. Noviembre. Tenía sesenta y cuatro años, se hacía llamar Nube y su hija era una de las personas más famosas de la televisión. Nube vivía en una caravana destartalada, en un terreno fangoso, al lado de una senda forestal cercana a Eatonville. El olor dulce y empalagoso de...

la marihuana la envolvió. Estaba colocada, pero no lo bastante. Últimamente, no había suficiente hierba en el mundo para protegerla.

Quizá un trago la ayudara. Se levantó del sillón marrón rasgado y tropezó con la mesa de centro de formica. El dolor le traspasó la tibia y las latas de cerveza cayeron al suelo estrepitosamente.

Avanzó con cautela por la caravana, preguntándose si de repente el suelo estaba inclinado o si ella era más alta de lo que pensaba. Se detuvo en la cocina. ¿Para qué había ido hasta allí?

Miró con desgana a su alrededor y se fijó en la pila de platos sucios que había sobre los fogones. Debería lavarlos antes de que Truc llegara a casa. No soportaba que no limpiara... ¿Había moscas zumbando alrededor de las cajas de pizza?

Se acercó a la nevera y abrió la puerta. La luz se encendió, iluminando algunos restos de sándwiches, una caja de cerveza y un poco de leche de tono verdoso. La cerró de golpe y abrió el congelador. En la balda de la portezuela había una botella pequeña de vodka. Estaba a punto de cogerla con mano temblorosa, cuando oyó el ronroneo gutural de un motor diésel.

«Mierda».

Debería ponerse a limpiar, pero estaba temblando mucho y tenía el estómago revuelto.

Fuera, los perros empezaron a ladrar y a gruñir. Podía oírlos saltar hacia él, tensando los collares, tirando con fuerza de las largas cadenas.

Tenía que salir a recibirlo. Se pasó las manos temblorosas por el cabello enmarañado. ¿Cuándo se había duchado por última vez? ¿Olía mal? Él no lo soportaba.

Se acercó a la puerta y la abrió. Al principio, lo único que percibió fue una tarde gris con olor a humo de gasoil, a caca de perro y a lodo.

Parpadeó, concentrada.

Allí estaba su gran camión rojo, aparcado junto al montón de leña.

Truc se bajó de la cabina y su bota con puntera de acero aterrizó en un charco. Era un hombre corpulento, con una barriga prominente y una mata de pelo castaño enmarañado que enmarcaba un rostro cuadrado y curtido.

Sus ojos no engañaban a nadie. Eran negros y diminutos y la luz que había en ellos podía ensombrecerse en un instante.

—Ho-hola, Truc —dijo Nube, mientras le abría una cerveza—. Creía que no volverías hasta el martes.

Cuando la luz lo iluminó, ella se dio cuenta de que había estado bebiendo. Tenía la mirada vidriosa y la boca floja. Se detuvo para acariciar a sus queridos dóberman, mientras se sacaba de los bolsillos unas golosinas para perros. El fuerte chasquido de las mandíbulas de los animales resultaba aterrador en la silenciosa noche. Nube hizo una mueca de dolor e intentó seguir sonriendo.

Truc cogió la cerveza y se quedó allí plantado, en el pálido rectángulo de luz. Los perros, que ya se habían calmado, estaban a su lado serviles, babeando con cariño. Justo como a él le gustaba. Detrás de ellos, el campo de hierba desaparecía en una niebla que borraba del jardín los coches oxidados, los frigoríficos rotos y los muebles inservibles.

—Es martes —gruñó Truc. Acabó la cerveza y les lanzó la lata a los perros, que inmediatamente empezaron a pelearse por ella. Él se acercó a Nube, la estrechó entre sus grandes brazos y la apretó con fuerza—. Te he echado de menos —farfulló con voz áspera y ronca, mientras ella se preguntaba dónde habría estado después de acabar el turno. Probablemente en el Lucky Spot, bebiendo como un cosaco y quejándose de los recortes en la fábrica de papel. Olía a celulosa, a grasa, a humo y a whisky.

Ella intentó quedarse lo más quieta posible, sin atreverse apenas a respirar. Últimamente él estaba muy susceptible, cada vez más. Nunca se sabía lo que lo haría estallar.

—Yo también te he echado de menos —contestó finalmente, dándose cuenta de que estaba arrastrando las palabras. Su mente funcionaba con lentitud, con los pensamientos abriéndose paso a través del lodo.

—No llevas la blusa que te compré.

Ella retrocedió lentamente. ¿Qué blusa? Lo cierto era que no se acordaba.

—Lo..., lo siento. Es que no quiero estropearla. Es tan bonita...

Él emitió un sonido, tal vez de disgusto, tal vez de aceptación, tal

vez de apatía. A ella no le quedó claro. Sus pensamientos eran demasiado confusos y eso estaba muy, pero que muy mal. Lo agarró con fuerza de la mano y lo condujo hacia la caravana.

De repente, se dio cuenta de que apestaba a marihuana. Y a algo más; tal vez a basura.

—Nube —susurró él, en voz tan baja que hizo que se le erizara el vello de la nuca. ¿Qué había visto? ¿Qué era lo que ella había hecho o dejado de hacer? La limpieza. Se había olvidado de limpiar. Él odiaba que hubiera platos sucios en el fregadero. Se giró lentamente, incapaz de pensar en una excusa. Él la besó suavemente en los labios, con tanto cariño que ella exhaló un suspiro de alivio—. Sabes que odio este desastre. Con todo lo que te doy...

Nube retrocedió.

—Por favor...

Antes de que le diera tiempo a levantar las manos para defenderse, él le propinó un puñetazo en la cara. Ella sintió cómo se le arrugaba la nariz bajo su puño; la sangre lo salpicó todo y Nube se quedó allí, inmóvil, manchando de sangre la camisa. Echarse a llorar solo sirvió para empeorar la situación.

Se despertó con el sonido de una fuerte respiración. Por un segundo se quedó en blanco, hasta que el dolor le obligó a recordar. Abrió un ojo para echar un vistazo e inmediatamente hizo una mueca. La luz pálida del televisor la atravesó como un puñal y la hizo parpadear. Tenía la boca seca, no podía parar de temblar y le dolía todo.

«Evalúa la situación».

Se había despertado en ese estado en innumerables ocasiones. Ya sabía qué hacer.

Estaba en la cama y Truc se encontraba tumbado a su lado, con la bulbosa barriga apuntando hacia el cielo y los peludos brazos extendidos. Fuera ya estaba oscuro. Había caído la noche.

Nube se levantó lentamente de la cama e hizo un gesto de dolor al apoyar el peso sobre el tobillo izquierdo. Obviamente, se lo había torcido en una de las caídas.

Fue cojeando hasta el cuarto de baño y se miró en el espejo de cuerpo entero que había detrás de la puerta. Su pelo estaba enmarañado y lleno de sangre. Tenía el ojo hinchado y los hematomas que lo rodeaban formaban un asqueroso batiburrillo de color morado, marrón y amarillo. Su nariz tenía una forma rara, aplastada, y la sangre seca le cubría la barbilla y las mejillas.

Demasiado dolorida como para limpiarse, se puso lo primero que

encontró, la ropa del día o de la noche anterior, no lo recordaba. Sentía demasiado dolor como para mirar hacia abajo y ver si el tejido estaba manchado de sangre.

Tenía que salir de allí, huir de Truc antes de que la matara. Ya lo había pensado antes, decenas de veces, cada vez que él le daba una paliza, y en una ocasión, hacía cosa de un año, incluso se había marchado durante un tiempo y había llegado hasta Tacoma, pero al final él la había encontrado y ella había vuelto porque no tenía otro lugar a donde ir y, además, aquella era su vida. Siempre había sido así.

Pero ya no era joven; de hecho, era vieja. Últimamente sus huesos se quebraban con facilidad. ¿Y si una de aquellas veces se golpeaba contra la pared y se partía la columna?

«Hazlo».

Pasó a hurtadillas al lado de él para ir hasta la mesilla de noche y rebuscó temblorosamente en su cartera, donde encontró tres billetes de veinte. Apretó el dinero en el puño, consciente de que, si no lograba escapar, las cosas se pondrían muy feas para ella; pero esa vez lo conseguiría. Tenía que hacerlo.

Tan silenciosamente como pudo, dio un paso.

El suelo chirrió y Truc hizo un ruido en sueños y rodó hacia ella.

Nube se quedó inmóvil, con el corazón desbocado, pero él no se despertó. Ella dejó de contener el aliento y cogió sus dos bienes más preciados: un collar de macarrones y cuentas que se caía a pedazos y una vieja fotografía en blanco y negro. Se puso el collar, se guardó la fotografía en el bolsillo de la camisa de franela y abrochó el botón para que no se le cayera.

Giró en silencio sobre el pie sano y salió cojeando de la habitación.

En el exterior, los perros se incorporaron inmediatamente, observándola con atención. El monte Rainer se alzaba no muy lejos de allí, con su pico nevado iluminado por la luna.

—Chis, chicos —dijo Nube, pasando entre los dos animales.

Estaba rodeando el viejo sillón cuando el primero de ellos empezó a ladrar. Ella siguió adelante, sin mirar atrás.

El bosque estaba oscuro, tanto que solo con mucha paciencia y tranquilidad pudo encontrar el camino, mientras el dolor que sentía a cada paso reverberaba por todo su cuerpo. Le dolía muchísimo el cuello y la cara le palpitaba, literalmente, pero no se detuvo ni aminoró el paso hasta llegar a la parada de autobús de Eatonville. Allí, protegida por tres lados por el sucio plexiglás, se desplomó sobre el banco y por fin pudo respirar.

Sacó un porro —el último— y se lo fumó sentada en la oscuridad.

Este la ayudó, pero no lo suficiente. El dolor seguía siendo insoportable, al igual que el arrepentimiento. Empezaba a temerse que volvería.

Cuando llegó el autobús, Nube se subió, ignorando la mirada crítica del conductor.

Dos horas y media más tarde, pasadas las diez de la noche, se apeó en el centro de Seattle. En Pioneer Square, para ser exactos. El lugar perfecto para desaparecer en aquella ciudad. Ella sabía muy bien cómo volverse invisible. Era lo que necesitaba en ese momento, convertirse en una sombra insustancial en un mundo borroso.

Pero mientras avanzaba por ese lugar que debería haberla acogido en sus rincones oscuros y callejones sin salida, su dolor de cabeza se intensificó. Era como si estuvieran dándole martillazos en el cráneo. Oyó el débil gemido que estaba emitiendo y pensó que no podía provenir de ella. Había aprendido a sufrir el dolor en silencio, ¿no? Él le había enseñado hacía ya mucho tiempo.

El dolor era tan intenso que no lograba pensar con claridad.

Y, entonces, se desplomó.

19

Nube fue despertándose por etapas. Primero tomó conciencia de su dolor, luego de su respiración y después del olor a limpio. Eso le dejó claro dónde se encontraba.

En el hospital. Había estado en suficientes hospitales en su vida como para reconocer las imágenes, los olores y los sonidos. Era noviembre de 2005 y se había escapado.

Se quedó en silencio, temiendo abrir los ojos. Recordó la noche anterior en imágenes fugaces: una luz roja intermitente, una camilla que la introducía en una habitación de un blanco deslumbrante. Los médicos y las enfermeras pululando a su alrededor, preguntándole quién le había pegado y a quién podían llamar. Ella había cerrado los ojos y los había ignorado. Tenía la boca tan seca que no habría podido hablar aunque tuviera algo que decir y estaban volviendo a temblarle las manos.

Había alguien en la habitación con ella. Podía oír su respiración y cómo pasaba las páginas de un historial. Abrió el ojo bueno con cautela. El otro estaba demasiado hinchado como para poder moverse.

—Hola, Dorothy —dijo una mujer negra y regordeta con rastas y unas cuantas pecas oscuras en las mejillas.

Nube tragó saliva. Podría haber corregido a esa joven de aspecto serio, haberle dicho que Dorothy había muerto en 1973, pero ¿a quién le importaba eso, en realidad?

—Lárguese —musitó, deseando poder levantar una mano para gesticular. Temía que viera lo temblorosa que estaba. No convenía mostrar debilidad en un hospital. Un paso en falso y acababas en la planta de psiquiatría.

—Soy la doctora Karen Moody. No sé si se acuerda, pero intentó golpear a uno de los sanitarios que la trajeron aquí.

Nube suspiró.

—Ha venido a evaluarme. Se lo pondré fácil: no soy una amenaza ni para mí, ni para los demás. Si se me fue la mano, fue sin querer.

—Supongo que no es su primera evaluación psicológica. Ya conoce las reglas. —Nube se encogió de hombros—. Tengo sus informes médicos, Dorothy. Y he hablado con la policía. Todo encaja. —Nube la miró fijamente, sin decir nada—. El número de huesos rotos no es en

absoluto normal. Y he visto las quemaduras de cigarrillo de su clavícula. Supongo que tendrá más.

—Soy un poco torpe.

La doctora cerró el historial.

—No la creo, Dorothy. Y supongo que se automedica para olvidar.

—¿Esa es su manera de llamarme borracha y drogadicta? Si es así, está en lo cierto. Soy ambas cosas. Llevo siéndolo durante décadas.

La doctora la miró fijamente con los ojos entornados, analizándola. Luego metió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta.

—Tome, Dorothy. Trabajo en un centro de rehabilitación. Si está dispuesta a cambiar de vida, me gustaría ayudarla.

Nube cogió la tarjeta y la leyó.

—Supongo que sabe quién es mi hija. Y habrá imaginado que estará dispuesta a pagar lo que sea.

—Quiero ayudarla, Dorothy. Me dedico a eso.

—¿Por qué? ¿Por qué quiere ayudarme?

La doctora se levantó lentamente la manga.

Nube vio una serie de pequeñas cicatrices rosas arrugadas en forma de estrella que se arremolinaban sobre su piel oscura. Quemaduras de cigarrillo.

—Sé lo que es beber para olvidar. —Nube se quedó sin palabras—. Al final, deja de funcionar. Bueno, en realidad no funciona en ningún momento, pero, con el paso del tiempo, la bebida empeora las cosas. Lo sé de primera mano. Yo podría ayudarla. O me gustaría intentarlo. Todo depende de usted.

Nube se quedó mirando cómo la mujer salía de la habitación del hospital y cerraba la puerta tras de sí. En medio de aquella oscuridad silenciosa, empezó a resultarle difícil respirar. Hacía años que no pensaba en esas cicatrices.

«No te muevas, maldita sea, sabes que te lo mereces».

Tragó saliva. En la pared de enfrente, el reloj avanzaba minuto a minuto. Eran las doce y uno. Justo pasada la medianoche.

Era un nuevo día.

Cerró los ojos y se quedó dormida.

Alguien la estaba tocando, acariciándole la frente.

Tenía que ser un sueño.

Se obligó a abrir los ojos secos. Al principio solo había oscuridad. Luego, poco a poco, su ojo bueno se adaptó. Vio el cuadrado de color carbón de una ventana y una tenue luz exterior que proyectaba un brillo dorado en la habitación. La puerta estaba abierta; más allá, el

puesto de las enfermeras estaba iluminado y silencioso.

Era plena noche. Lo sabía por el silencio.

—Hola —dijo alguien.

Tully.

Habría reconocido la voz de su hija en cualquier lugar, incluso en esa oscuridad antiséptica.

Nube giró la cabeza sobre la almohada, haciendo una mueca de dolor.

Su hija estaba allí de pie, frunciendo ligeramente el ceño. Incluso a esas horas, estaba guapísima, con su brillante melena de color caoba, sus hermosos ojos marrón chocolate y su boca demasiado grande que, curiosamente, encajaba en su cara a la perfección. ¿Cuántos años tenía? ¿Cuarenta y cinco?

—¿Qué te pasó? —le preguntó Tully, apartando la mano de la frente de Nube.

Esta añoró su contacto reconfortante más de lo que le correspondía.

—Me han dado una paliza —respondió—. Un desconocido —añadió, para parecer un poco menos patética.

—No te estaba preguntando por qué te han traído al hospital, sino qué te pasó.

—Ah, eso. Supongo que tu queridísima abuela no te lo contó. —Deseó poder encontrar la rabia que la había alimentado durante tantos años, pero simplemente había desaparecido. Lo único que le quedaba era la tristeza, el arrepentimiento y el agotamiento. ¿Cómo podía explicarle a su hija algo que ella nunca había podido entender? Había una oscuridad en ella, una debilidad que la había devorado por completo. Toda la vida había intentado proteger a Tully de la verdad, manteniéndola alejada como cuando se le dice a un niño que no se acerque al borde de un acantilado. Y ahora era demasiado tarde para deshacer todo el daño ocasionado.

Nada de eso importaba ya y saber la verdad no las ayudaría a ninguna de las dos. Tal vez había habido un momento, mucho tiempo atrás, en el que hablar habría podido servir de algo, pero ya no. Por supuesto, Tully seguía diciendo cosas, pero Nube no la estaba escuchando. Sabía lo que ella quería, lo que necesitaba, pero no tenía ni la fuerza ni la claridad necesarias para ser lo que su hija anhelaba. Nunca las había tenido.

—Olvídate de mí.

—De verdad que me encantaría poder hacerlo, pero eres mi madre.

—Me partes el corazón —susurró Nube.

—Y tú a mí.

—Ojalá... —empezó a decir Nube, pero se interrumpió. ¿Qué sentido tenía todo ese dolor?

—¿Qué?

—Ojalá pudiera ser lo que necesitas, pero no puedo. Tienes que olvidarte de mí.

—No sé cómo hacerlo. Después de todo, sigues siendo mi madre.

—Nunca he sido una madre para ti. Eso lo sabemos las dos.

—Seguiré viniendo a verte. Algún día estarás preparada para mí.

Ahí estaba, toda su relación reducida a su esencia. La eterna necesidad de su hija y el fracaso igualmente abrumador de Nube. Eran dos juguetes rotos que no podían repararse. Tully siguió hablando, diciendo algo sobre los sueños, la maternidad y no tirar la toalla. Todo ello hizo que Nube se sintiera aún peor.

—Vete —le pidió, cerrando los ojos.

Podía sentir a Tully a su lado, oír la respiración de su hija en la oscuridad.

El tiempo transcurría en forma de sonidos: el crujido del suelo bajo los pies de Tully, la pesadez de un suspiro.

Finalmente, al cabo de lo que le parecieron horas fingidas, la habitación se quedó en silencio.

Nube abrió su único ojo bueno y vio que Tully se había quedado dormida en la silla que había junto a la pared. Apartó las sábanas y se levantó de la cama, haciendo un gesto de dolor al apoyar el peso en el tobillo malo. Fue cojeando hasta el armario y abrió la puerta con la esperanza de que sus pertenencias estuvieran allí.

Por suerte, encontró una bolsa de papel marrón. Le temblaba el pulso cuando la cogió y la abrió. Dentro estaba la ropa con la que había llegado: unos pantalones marrones de pintor rotos, una camiseta gris manchada, una camisa de franela, unas botas gastadas y las bragas. Ni sujetador, ni calcetines.

En el fondo, enroscado como un pequeño caracol, se encontraba su collar.

Bueno, en realidad ya no era un collar, sino unos trozos de macarrones resecos y una única cuenta ensartada en un hilo raído.

Nube lo cogió. Sostuvo en la palma de la mano aquella fruslería patética, mientras los recuerdos la asaltaban.

«Feliz cumpleaños. Te he hecho esto...».

La Tully de diez años se lo había entregado en las palmas rosadas de sus manos regordetas, como si fuera el diamante Hope. «Toma, mamá».

¿Qué habría pasado si Nube hubiera dicho: «Es precioso. Me encanta. Te quiero», todos esos años atrás?

Sintió una nueva oleada de dolor. Guardó el collar, se vistió rápidamente y miró a su hija.

Se acercó a ella cojeando y extendió el brazo, pero cuando vio su mano pálida, llena de venas, huesuda y temblorosa —una mano de bruja—, la retiró sin rozarle siquiera la manga.

No tenía derecho a tocar a esa mujer, a añorar lo que nunca había existido, ni siquiera a lamentarse.

«Necesito un trago», pensó entonces. Miró a su hija por última vez y abrió la puerta. Avanzando a hurtadillas por un pasillo y luego por otro, se dirigió a una de las salidas.

Una vez en el exterior, la oscuridad de Seattle se la tragó y la volvió de nuevo invisible.

Nube rebuscó en el bolsillo y encontró los sesenta dólares enrollados que le había robado a Truc.

Este pronto se despertaría, gruñendo como un oso, estirando los brazos, pidiéndole que le llevara café.

Alejó ese pensamiento y siguió caminando. Cojeando. Estaba amaneciendo. Los rayos de pálida luz gris se filtraban vacilantes entre los edificios que la flanqueaban. Cuando la lluvia empezó a caer, primero en forma de llovizna y luego con furia, Nube subió unas escaleras hasta el portal de un edificio que parecía vacío y se sentó con los pies pegados al cuerpo.

Su dolor de cabeza estaba empeorando. Como el temblor de sus manos. Pero los bares todavía no estaban abiertos y las licorerías tampoco.

Al otro lado de la calle, el amanecer iluminaba el cielo tras una hilera de viejos edificios de ladrillo. Había sábanas raídas colgadas en las ventanas rotas. A su lado, un gato escuálido merodeaba entre unos cubos de basura apestosos y abarrotados. La lluvia pegaba a la acera restos de papel y de basura.

¿Cuántas veces en su vida habría dormido en lugares así? Pero eso no era lo peor. Lo peor eran los hombres como Truc. En la oscuridad, todos los hombres que había elegido en su vida eran iguales, así como los que la habían elegido a ella. Todo puños, alcohol y rabia.

Volvió a buscar en el bolsillo mugriento el dinero que le había robado de la cartera a Truc. Tal vez si se deshacía de él, si lo dejaba allí tirado bajo la lluvia, las cosas mejorarían y tendría una segunda oportunidad.

Pero lo que sacó fue una tarjeta de visita con una esquina doblada.

DRA. KAREN MOODY [nombre curioso para una loquera[10]
CENTRO DE REHABILITACIÓN OCCIDENTE

En la parte inferior ponía: «Si estás dispuesto a cambiar las cosas».

Nube había oído esas palabras mil veces en su vida en boca de médicos y trabajadores sociales. Incluso en boca de su hija. La gente fingía constantemente que podía ayudarla, que quería hacerlo.

Nube nunca había confiado en ellos, ni siquiera cuando se llamaba Dorothy y era lo suficientemente joven como para creer en la bondad de los desconocidos. A lo largo de los años había tirado decenas de tarjetas, folletos y panfletos como ese.

Pero esa vez, mientras estaba sentada en aquellas escaleras que apestaban a basura, con la lluvia mordisqueándole los talones, la palabra «cambiar» la inundó de nostalgia. Vislumbró el pozo de su propia soledad y vio lo profundo y oscuro que era.

«Occidente».

La calle se encontraba a menos de una manzana. ¿Sería una señal?

Hubo un momento en su vida en el que creía en las señales. Los años del unitarismo y del *est*. Había ido adoptando un sistema de creencias tras otro. Sus saltos de fe siempre iban seguidos de depresiones, estados de ánimo tan oscuros y bajos que solo conseguía salir de ellos arrastrándose. Siempre había fracasado y cada fracaso le había arrebatado algo.

El único dios al que nunca había recurrido era a ella misma. A la rehabilitación. A la abstinencia. A vivir día a día. Esas palabras y frases siempre la habían aterrorizado. ¿Y si intentaba con todas sus fuerzas ser mejor —más sensata— y no lo conseguía? ¿Todavía tendría salvación?

Sin embargo, allí estaba. Con sesenta y tantos años, un novio alcohólico y malvado que la usaba como saco de boxeo y básicamente sin hogar, ni trabajo. Convertida en una borracha drogadicta. Siendo madre y sin serlo.

Ya no tenía salvación. Ese era el fondo que toda su vida había temido tocar. Estaba agotada y abatida. La única forma de ponerse en pie era que alguien la ayudara a levantarse.

Estaba tan cansada de esa vida..., realmente exhausta.

Ese agotamiento fue lo que le hizo dar el paso.

Se agarró a la barandilla tambaleante y se levantó, temblorosa e insegura. Apretando los dientes, echó a andar cojeando bajo la lluvia, sin detenerse.

El centro de rehabilitación se hallaba en un pequeño edificio de ladrillos de tejado plano que se remontaba a los polvorientos orígenes

del Seattle de los pioneros. Allí al lado, sobre el viaducto de hormigón ennegrecido, el tráfico era atronador. Nube respiró hondo y agarró la manilla de la puerta.

Estaba cerrada.

Se sentó en los escalones de hormigón, esa vez sin la protección de un voladizo. La lluvia la azotaba, empapándola. El dolor de cabeza seguía ahí, al igual que el dolor de cuello y de tobillo, y el temblor empeoraba, pero no se movió. Permaneció allí sentada, enroscada como la hoja de un helecho, estremeciéndose, helada y temblando, hasta que un ruido captó su atención. Entonces levantó la vista y se encontró a la doctora Moody de pie delante de los escalones, bajo un paraguas abierto como una flor.

—Voy a fracasar —dijo lacónicamente Nube, temblando con fuerza.

La doctora Moody subió los escalones y le tendió la mano.

—Venga, Dorothy. Entremos a secarnos.

—Supongo que secarse es la idea.

La doctora Moody se rio.

—Tienes sentido del humor. Eso está bien. Te hará falta.

Nube Hart entró en el centro de rehabilitación y, cuarenta y cinco días después, salió Dorothy Hart. Esta se hallaba en su pequeña habitación, recogiendo sus escasas pertenencias: un collar hecho con unos cuantos macarrones sueltos y una fotografía arrugada y ligeramente borrosa con la fecha «octubre de 1962» impresa en el borde blanco festoneado.

Esos dos pequeños objetos personales le parecían insignificantes cuando entró en aquel edificio. Los consideraba baratijas, pero ahora comprendía su valor. Eran sus tesoros; de alguna manera, en todos esos años de alcoholismo y adicción, se había aferrado a ellos. La doctora Moody decía que había sido la verdadera Dorothy la que los había conservado, su exiguo y minúsculo yo cabal que, de alguna manera, había sido lo suficientemente fuerte como para sobrevivir a todo aquello.

Dorothy no lo sabía. Lo cierto era que se esforzaba en no pensar en la chica que una vez había sido y en su vida en aquella urbanización de Rancho Flamingo. El estado de sobriedad no hacía más fácil echar la vista atrás. Más bien todo lo contrario. Ahora su vida se componía de momentos, de inhalaciones y exhalaciones, de copas que no bebía y de cuencos de marihuana que no fumaba. Cada segundo sin beber era un triunfo.

Aquello había comenzado, como todos sus intentos fallidos de

volver a la normalidad, con una sensación de alivio. Nada era más reconfortante al principio que ceder el control. Había entrado arrastrándose en el centro y había seguido las reglas. No había tenido ningún enjuague bucal, alcohol o droga que entregar, ni bolsa que registrar. Había dejado que la doctora Moody la condujera a una pequeña habitación con rejas en las ventanas y vistas a la curva de hormigón gris del viaducto.

Cuando empezaron los temblores y los dolores de cabeza se intensificaron, fue consciente por primera vez de la decisión que había tomado y se volvió loca. No había otra palabra para definirlo, aunque ella la odiaba. Era una locura descomunal: lanzaba sillas, se golpeaba la cabeza contra la pared hasta que le sangraba, gritaba para que la dejaran salir.

Acabó en una sala de desintoxicación durante setenta y dos horas, las más largas de su vida. Lo recordaba en forma de imágenes que reptaban unas sobre otras, que se deformaban las unas a las otras hasta que nada tenía sentido. Recordaba el olor de su propio sudor y el sabor de la bilis subiendo por su garganta. Maldijo, se retorció, vomitó y lloró. Suplicó que la dejaran salir, que le dieran solo una copa.

Y entonces, milagrosamente, se quedó dormida y se despertó en otro mundo, varada en la orilla. Desorientada, todavía temblando, débil como un cachorrillo recién nacido.

Sobria.

Era difícil describir lo vulnerable, frágil y delicada que se había sentido. Se sentaba en las sesiones de terapia de grupo como un fantasma día tras día, escuchando a sus compañeros comenzar sus discursos quejumbrosos con un: «Hola, soy Barb y soy alcohólica». «Hola, Barb».

Era como una escena de terror de un campamento religioso y ella desconectaba, mordiéndose las uñas hasta que le sangraban, dando golpecitos con el pie, pensando en que pronto podría emborracharse y en que ella no debería estar allí: esos tipos habían sufrido sobredosis, se habían cargado a gente con el coche y se habían quedado sin trabajo. Eran Borrachos con mayúscula; ella solo era una pobre mujer que bebía demasiado.

Recordó el momento en el que todo había cambiado. Había sido en el grupo de la mañana, unas tres semanas después de la desintoxicación. Estaba concentrada en la uña del pulgar, que había empezado a sangrarle, al tiempo que escuchaba cómo la gorda de Gilda se lamentaba porque la habían violado en la fiesta de una hermandad, mientras lloraba a mares y moqueaba, cuando la doctora

Moody la había interpelado.

«¿Cómo te hace sentir eso, Nube?».

Esta había empezado a burlarse de la idea de que aquella historia pudiera significar algo para ella, cuando un recuerdo había aflorado, saliendo a la superficie negra de sus pensamientos como un cadáver.

Está oscuro. Él está fumando. La punta roja del cigarro tiene un aspecto terrorífico. Huele a humo. ¿Por qué no te portas bien? Me estás haciendo quedar mal. Yo no soy malo.

Ya lo sé.

«¿Nube?».

«Antes era Dorothy», había respondido ella, aunque carecía de sentido.

«Puedes volver a serlo», le había dicho la doctora Moody.

«Me encantaría», había dicho ella, dándose cuenta en ese momento de lo ciertas que eran sus palabras, de cuánto tiempo hacía que lo eran y del temor que le causaba que no pudiera serlo.

«Sé que da miedo», había comentado la doctora Moody. Los cabezas huecas del grupo habían asentido, murmurando a modo de aprobación.

«Soy Dorothy y soy adicta», había dicho ella, lentamente.

Ese había sido el principio, quizá el único real que había tenido jamás. Desde entonces, la recuperación había sido su adicción y la honestidad su droga favorita. Hablaba, hablaba y hablaba, le contaba a todo aquel que quisiera escucharla cosas sobre sus lagunas mentales, sus errores y los hombres con los que había estado; ahora se daba cuenta de que todos eran iguales, una sarta de borrachos perversos con algo que demostrar. Ese patrón no le sorprendió cuando reflexionó sobre él, algo que sin duda hizo. Una y otra vez. Pero ni aquel fanatismo recién adquirido por el estado de sobriedad le hizo nombrar jamás a su hija, ni hablar de su juventud. Algunas heridas eran demasiado profundas para compartirlas con extraños.

—¿Estás preparada para dejarnos?

Dorothy oyó la voz amable de la doctora Moody y se volvió.

Esta se encontraba en la puerta. Con aquellos vaqueros rectos de cintura alta y aquella blusa holgada con bordados étnicos, parecía exactamente lo que era: una mujer que dedicaba todo su tiempo y energía a ayudar a los demás. Dorothy deseó tener dinero para poder dárselo a aquella mujer que la había salvado.

—Creo que estoy preparada, aunque no me siento como si lo estuviera. ¿Y si...?

—Día a día —repuso la doctora Moody.

Tendría que haberle sonado a cliché, como las palabras de la

Oración de la Serenidad. Ambas le habían hecho poner los ojos en blanco, en su momento. Ahora sabía que algunas cosas podían ser un tópico y a la vez ser ciertas.

—Día a día —dijo Dorothy, asintiendo. Ojalá así fuera capaz de lograrlo. Dividiendo su vida en trozos del tamaño de un bocado.

La doctora Moody le entregó un sobrecito.

—Esto es para ti.

Dorothy lo cogió y se quedó mirando la foto de unos lustrosos tomates rojos.

—Semillas de tomate.

—Para tu huerto ecológico.

Dorothy levantó la vista. En las últimas semanas, se le había ocurrido ese «plan». Lo había estudiado, imaginado, soñado. Pero ¿podría hacerlo? ¿De verdad sería capaz de mudarse a la antigua propiedad de sus padres en Firefly Lane, arrancar los descuidados rododendros y enebros y labrar la pequeña parcela de tierra para cultivar cosas?

Nunca en su vida había tenido éxito cuidando de nada. Nunca había tenido éxito y punto. En nada. El pánico comenzó a burbujear lentamente en su interior.

—Me pasaré el viernes —dijo la doctora Moody—. Llevaré a mis chicos. Te ayudaremos a empezar a desbrozar el terreno.

—¿En serio?

—Puedes hacerlo, Dorothy. Eres más fuerte de lo que crees.

«No. No lo soy». Pero ¿qué otra opción tenía? No podía volver atrás de nuevo.

—¿Piensas ponerte en contacto con tu hija?

Dorothy suspiró con fuerza. Un desfile de recuerdos entró furtivamente en la habitación. Eran todas las veces que Nube había abandonado a Tully. Por mucho que volviera a llamarse «Dorothy», Nube seguía formando parte de ella y le había roto el corazón a su hija en incontables ocasiones.

—Todavía no.

—¿Cuándo?

—Cuando crea.

—¿En qué?

Dorothy miró a su consejera y vio la tristeza que inundaba sus ojos oscuros. Era comprensible. La doctora Moody quería curar a Dorothy: ese era su objetivo. Para ello, la doctora había sometido a Dorothy a un proceso de desintoxicación, le había explicado detalladamente qué era lo peor del síndrome de abstinencia y la había convencido de que se medicara para evitar los cambios de humor. Todo ello la había

ayudado.

Pero no era una cura para el pasado. No había ninguna píldora que ofreciera redención. Lo único que Dorothy podía hacer era cambiar, expiar sus pecados y esperar ser lo suficientemente fuerte algún día como para enfrentarse a su hija y pedirle perdón.

—En mí —dijo finalmente y la doctora Moody asintió. Era una buena respuesta. Algo de lo que hablaban en el grupo constantemente. Creer en uno mismo era importante y difícil para las personas que habían perfeccionado el arte de decepcionar a sus seres queridos. Pero, aunque Dorothy pronunció aquellas palabras con sinceridad, no creía que hubiera redención. Al menos para ella.

Día a día, respiración a respiración, momento a momento. Así fue cómo Dorothy aprendió a vivir su nueva vida. No dejó de echar de menos las drogas y el alcohol, ni la evasión que estos le ofrecían, ni olvidó las cosas malas que había hecho o los corazones que había roto. De hecho, se empeñó en recordarlo. Se convirtió en una fanática de su propio cambio. Se regodeó en su dolor y se bañó en las gélidas aguas de la lucidez.

Empezó poco a poco, e hizo las cosas por orden. Escribió al gestor de su hija para comunicarle que se iba a mudar a la antigua casa que sus padres tenían en alquiler en Firefly Lane. Llevaba años vacía, así que no vio ninguna razón para no reclamarla. En cuanto envió la carta, sintió un pequeño atisbo de esperanza. Cada día, cuando iba al buzón, pensaba: «Me responderá ella». Pero en enero de 2006, cuando llevaba un año sobria, recibió una respuesta formal del gestor: «Le enviaré su asignación mensual a Firefly Lane, 17», y ni una palabra de su hija.

«Normal».

Su vida durante aquel primer invierno fue una amalgama confusa de desesperación, disciplina y agotamiento. Se esforzó más de lo que jamás lo había hecho. Se levantaba al alba, trabajaba en la gran extensión de tierra hasta el anochecer y se acostaba tan cansada que a veces incluso se olvidaba de lavarse los dientes. Desayunaba (un plátano y una magdalena orgánica) y almorzaba (un sándwich de pavo y una manzana) en el huerto todos los días, sentada con las piernas cruzadas sobre la arada tierra negra que olía a esperanza y a fecundidad. Por las tardes, iba a la ciudad en bicicleta para asistir a las reuniones. «Hola, soy Dorothy y soy adicta». «¡Hola, Dorothy!».

Por extraño que pareciera, su decadencia la tranquilizaba y reconfortaba. Los desconocidos que se quedaban después de la

reunión, bebiendo café malo en vasos de espuma de poliestireno y comiendo galletas rancias de supermercado, se convirtieron en sus amigos. Allí conoció a Myron y, a través de Myron, a Peggy y, a través de Peggy, a Edgar y Owen y a la comunidad de agricultores ecológicos.

En junio de 2006, ya tenía mil metros cuadrados desbrozados y una pequeña parcela de tierra roturada. Compró conejos, les construyó una conejera y aprendió a mezclar sus excrementos con las hojas muertas y los escasos restos de comida que le sobraban para hacer compost. Dejó de morderse las uñas y cambió su obsesión por la marihuana y el alcohol por la adicción a las frutas y las verduras orgánicas. Había renunciado a gran parte de los bienes mundanos, convencida de que una vida sin modernidades se adaptaría mejor a su autodisciplina recién descubierta.

Estaba arrodillada sobre la tierra, cavando con un desplantador de jardinería, cuando oyó que alguien llamaba.

Dejó el desplantador y se levantó, sacudiéndose la suciedad de los enormes guantes.

Una mujer mayor y menuda estaba cruzando la calle hacia su puerta. Llevaba puestos unos vaqueros oscuros y una sudadera blanca en la que ponía: «MEJOR ABUELA DEL MUNDO». Una llamativa línea blanca, como de mofeta, recorría las raíces de su cabello negro y este enmarcaba una cara redondeada, de mejillas prominentes y barbilla puntiaguda.

—Ah, eres tú —dijo la mujer, deteniéndose bruscamente.

Dorothy se quitó los guantes y se los sujetó en la cintura caída del pantalón. Secándose el sudor de la frente, fue hacia la valla. Estaba a punto de decirle que ella no sabía quién era, cuando la asaltó un recuerdo.

«Estoy tumbada en el sofá, despatarrada, con un montón de marihuana sobre la tripa. Intento sonreír a la buena samaritana que acaba de entrar en casa, pero voy tan colocada que solo soy capaz de reírme y de decir palabrotas. Tallulah está roja como un tomate a causa de la vergüenza».

—Eres la madre de la chica de la manopla de horno —susurró Dorothy—. La vecina de enfrente.

—Margie Mularkey. Y sí, para horror de mi hija, la envié aquí con un guiso caliente alrededor de 1974. Tú estabas... indispuesta.

—Colocada. Y probablemente borracha.

Margie asintió.

—He venido a ver qué pasaba. No sabía que te habías mudado. La casa llevaba vacía mucho tiempo. Debería haberme dado cuenta,

pero... ha sido un año difícil. Hemos pasado bastante tiempo fuera.

—Yo podría vigilar tu casa. Y recogerte el correo. —En cuanto se le escapó la oferta, Dorothy se sintió expuesta. Una buena mujer como Margie Mularkey, que recibía a los vecinos y seguramente hacía colchas de patchwork, nunca aceptaría la ayuda de alguien como Dorothy.

—Eso estaría muy bien. Te lo agradecería. Hay una caja de leche en el porche. Tal vez podrías dejar el correo allí.

—Por supuesto.

Margie desvió la mirada hacia la carretera vacía, contemplando fijamente el sol a través de sus grandes gafas ahumadas.

—Las chicas salían a escondidas por la noche a montar en bicicleta por esta calle. Creían que yo no me enteraba. —Entonces, Margie se desplomó, como si le hubieran fallado las piernas.

Dorothy abrió la puerta y se acercó a la mujer para ayudarla a levantarse. Sujetándola por el codo, la acompañó hasta el jardín trasero, donde había una silla sucia de madera de abedul.

—Bueno..., aún no he limpiado los muebles de exterior.

Margie se rio sin ganas.

—Estamos en junio. El verano acaba de empezar —repuso, antes de introducir la mano en el bolsillo y sacar un paquete de cigarrillos.

Dorothy se sentó con las piernas cruzadas en el patio de cemento asfixiado por la maleza, observando cómo una lágrima resbalaba por la mejilla redonda de la mujer y caía sobre su mano venosa.

—No me hagas caso —dijo Margie—. Llevo guardándomelo demasiado tiempo.

—Ah.

—Katie, mi hija, tiene cáncer —explicó Margie. Dorothy no tenía ni idea de lo que se solía decir en un momento así. «Lo siento» le parecía una frase patética y obvia, pero ¿qué otras opciones había?—. Gracias —musitó Margie.

Dorothy respiró un poco de humo mentolado de segunda mano.

—¿Por qué?

—Por no decir «se pondrá bien», o, peor aún, «lo siento».

—A veces la vida puede ser una mierda —declaró Dorothy.

—Ya. Hasta ahora no lo sabía.

—¿Cómo está Tully?

—En estos momentos está con Katie. —Margie levantó la vista—. Creo que le gustaría que fueras a verla. Acaba de dejar el programa de televisión.

Dorothy intentó sonreír, pero no pudo.

—No estoy preparada. Le he hecho daño demasiadas veces. No

quiero volver a hacérselo.

—Ya —contestó Margie—. Siempre ha sido más frágil de lo que parece.

Se quedaron sentadas un rato más, sin decir nada. Finalmente, Margie se levantó.

—Bueno. Tengo que volver.

Dorothy asintió. Se puso en pie lentamente, salió con Margie del patio y la acompañó hasta Firefly Lane.

—¡Margie! —la llamó Dorothy, cuando esta empezaba a cruzar la calle.

Margie se volvió.

—¿Sí?

—Seguro que ella sabe lo mucho que la quieres. Tu Katie. Y eso es muy importante.

Margie asintió y se enjugó las lágrimas.

—Gracias, Nube.

—Ahora soy Dorothy.

Margie sonrió con tristeza.

—Dorothy, espero que no te moleste que te diga esto: el tiempo pasa. Créeme. Las chicas fuertes enferman de repente. No esperes demasiado para ir a ver a tu hija.

20

En octubre de 2006, los nubarrones no dejaron de derramar lluvia ni un solo día, convirtiendo los campos cuidadosamente arados de Dorothy en un amasijo oscuro y fangoso lleno de charcos turbios. Aun así, ella seguía saliendo todos los días, lloviera o hiciera sol, a cuidar aquella tierra que se había convertido en el centro de su vida. Plantó ajos y una mezcla de centeno de invierno y veza vellosa para cubrir la tierra húmeda. Preparó los parterres para los cultivos que plantaría en primavera, forrándolos con dolomita y esparciendo varias capas de compost. Estaba ocupada sembrando, cuando la furgoneta de una floristería entró en el camino de la casa de enfrente.

Dorothy se sentó sobre los talones y miró hacia la casa de los Mularkey. La lluvia le nublaba la vista, cayendo del ala de su sombrero en gruesas cuentas que oscurecían la franja negra de Firefly Lane.

Ella sabía que no había nadie en la vivienda. Los Mularkey se pasaban el día en el hospital o en la casa de Kate. Dorothy les recogía el correo, lo amontonaba cuidadosamente y lo metía en la caja plateada donde dejaban la leche. Se había encontrado la caja vacía, sin correo, en varias ocasiones, por lo que sabía que Bud y Margie pasaban por allí de vez en cuando, aunque hacía un mes que no veía a ninguno de los dos y tampoco su coche.

Dejó el desplantador y se levantó lentamente, quitándose los guantes. Se los sujetó en la cintura y salió del jardín para cruzar el patio e ir hacia el camino de entrada.

Se encontraba a la altura del buzón, cuando la furgoneta de reparto dio marcha atrás en el camino de los Mularkey y giró a la izquierda en Firefly Lane.

Dorothy cruzó la calle y recorrió el sendero de grava con sus enormes botas de goma. A la derecha, los pastos verdes y ondulados se extendían desde la casa de campo hasta la valla de troncos de madera que delimitaba la propiedad. Al acercarse al acogedor porche de aquella casa de color blanco, no pudo evitar pensar que era lo más parecido a un hogar que había tenido su hija y que ella nunca había entrado allí.

El porche estaba lleno de arreglos florales. Sobre el suelo, sobre las

mesas... Hasta había uno sobre la caja de la leche. A Dorothy le dio un vuelco el corazón. Cogió el sobre de un ramo cercano y lo abrió.

Lamentamos mucho vuestra pérdida.
Echaremos de menos a Kate.
Con cariño, la familia Goldstein

Dorothy no tenía ni idea de por qué la había invadido de repente aquella sensación de pérdida. Ni siquiera era capaz de evocar mentalmente una imagen de Kate Ryan. Lo único que le venía a la cabeza era el recuerdo de una melena rubia y una sonrisa serena.

La marihuana y el alcohol le habían robado muchísimas cosas y ella nunca había echado tanto de menos sus recuerdos.

Aquello le destrozaría el corazón a Tully, literalmente. Puede que Dorothy no conociera mucho a su hija, pero sabía que Kate era el suelo bajo sus pies, la barandilla que impedía que se cayera. Ella era la hermana que Tully siempre había deseado y nunca había tenido; la familia que su hija anhelaba tan desesperadamente.

Dorothy deseó con todas sus fuerzas que los Mularkey no llegaran a casa y se encontraran con el porche lleno de flores mustias; no quería ni pensar lo deprimente que sería. Pero ¿qué podía hacer ella para ayudar?

Por fin podría tenderle la mano a su hija.

La idea le infundió un hilo insospechado de esperanza. Quizá ese momento tan terrible fuera el adecuado para demostrarle a Tully que había cambiado. Se apresuró a volver por el camino hasta su casa. Tardó menos de treinta minutos en averiguar por teléfono dónde y cuándo sería el funeral. Se celebraría dentro de unos días, en la iglesia católica de Bainbridge Island. En un pueblo tan pequeño como Snohomish, la noticia de la muerte de uno de los suyos corría como la pólvora.

Por primera vez en muchísimo tiempo, Dorothy se preparó para un evento. El 5 de octubre, bajo una lluvia torrencial, fue a la ciudad en bicicleta y se cortó el pelo. Por la forma en la que la peluquera resopló y chasqueó la lengua, Dorothy se dio cuenta de que consideraba que su pelo era excesivamente largo y gris, pero a Dorothy, que tenía un largo historial en cuestión de excesos, le importó un comino. No necesitaba salir de allí con el aspecto de Jane Fonda, igual de joven y guapa. Lo único que quería era no avergonzar a Tully, demostrarle a su hija que había cambiado.

Así que se cortó el pelo a la altura de los hombros y dejó que aquella chica con botas de motorista y vestida de negro de arriba

abajo se lo secara en bonitas ondas. Luego se dirigió a una de las tiendecitas locales de la calle Primera (donde soportó más resoplidos y chasquidos de lengua) y se compró unos pantalones negros básicos y un jersey de cuello alto a juego. Pidió que le envolvieran la ropa en bolsas de plástico y la llevó hacia la bicicleta. Cuando llegó, el pelo se le había vuelto a estropear, pero apenas se dio cuenta. Estaba demasiado ocupada con la conversación que estaba teniendo lugar en su cabeza.

«Me alegro de volver a verte».

«Mi más sentido pésame».

«Sé lo importante que era para ti».

«Ya no consumo. Llevo sobria doscientos noventa y siete días».

Dorothy se compró un libro sobre cómo ayudar a un ser querido durante el duelo. La mayoría de las frases sonarían ridículas viniendo de ella: «Ahora está en un lugar mejor. El tiempo lo cura todo. La oración puede ser un consuelo». Pero podría probar con otras: «Sé lo importante que era para ti. Tuviste suerte al conocerla». Subrayó algunas de las condolencias y las practicó delante del espejo, fingiendo en todo momento no darse cuenta de lo vieja y cascada que estaba, de los estragos que las drogas y el alcohol habían causado a su piel.

Cuando se despertó el día del funeral, hacía una mañana inusitadamente radiante y soleada. Se duchó a conciencia y se echó acondicionador en el pelo, aunque no sabía cómo peinarlo y, en realidad, el corte no le había servido de mucho. Seguía pareciendo una mezcla entre Albert Einstein y una hippie vieja. Pero ¿qué se le iba a hacer? El maquillaje no mejoraría su rostro arrugado y sus ojos cansados. Entre lo mal que veía y lo que le temblaba el pulso, probablemente acabaría pareciéndose a Bette Davis en *¿Qué fue de Baby Jane*?

Aun así, hizo lo que pudo. Se lavó los dientes y se puso la ropa nueva. Se parecía un poco —solo un poquito— a Blythe Danner después de una borrachera de tequila, pero al menos su atuendo era decente.

Se montó en la bicicleta y se dirigió a la ciudad, agradecidísima por el sol, aunque seguía haciendo frío.

Una vez en el centro, se tomó un té chai con leche de soja mientras esperaba impaciente el autobús, repasando de nuevo aquellas frases mentalmente. Cuando llegó, Dorothy se subió a él.

Podía hacerlo. Podía hablar con su hija y ayudarla. Por fin.

Giró la cara hacia la ventanilla y se topó con una versión fantasmal de su propio rostro. Más allá se hallaba la autopista y, aún más allá, un recuerdo inesperado.

Un aparcamiento lleno de coches. Arces que dan sombra, un parque municipal con niños jugando…

Estoy colocada hasta las cejas. No podría de otra manera.

He ido allí porque mi madre ha muerto.

—Mamá. Gracias a Dios que has venido. —Mi hija es guapísima y verla me pone verdaderamente triste. ¿Tiene dieciséis años? ¿Cómo puedo no saberlo con seguridad? La oscuridad aumenta, desbordándose, y me siento cada vez más pequeña, más débil—. Sabías que te necesitaba.

Tully está sonriendo. Sonriendo.

Pienso en cuántas veces he intentado ser lo que esa niña necesitaba y en cuántas veces he fracasado estrepitosamente. Tully sigue hablando, diciendo cosas, y noto que los ojos se me llenan de lágrimas. Doy un traspié.

—Mírame —le digo.

—Te estoy mirando.

—No. Mírame. No puedo ayudarte.

Tully frunce el ceño y da un paso atrás.

—Pero te necesito.

Dorothy apartó la vista de la ventanilla. ¿Qué le había dicho a su hija el día del funeral de su propia madre? Ya ni se acordaba. Lo único que recordaba era que se había ido… y los días oscurísimos —o meses, o años— que habían venido después. Los hombres. Las drogas.

Ese día había permitido que el Estado se hiciera cargo de su hija.

El autobús llegó a la terminal del ferry y se detuvo resoplando. Dorothy se bajó y se subió al barco con destino a Bainbridge.

¿Había estado allí antes? Creía que no; o, si lo había hecho, habría sido borracha o drogada, porque no lo recordaba.

La isla era bonita y estaba bien cuidada, con tiendas pintorescas y calles tranquilas. Era uno de esos sitios en los que todo el mundo se conocía y alguien como ella llamaba la atención, incluso con ropa nueva y limpia.

Sabía que, de no haber tomado la medicación, en esos momentos estaría fatal. Pero gracias a los fármacos se encontraba bien. Sus pensamientos eran un poco confusos y tenía la mente un poco embotada, pero se hallaba en un estado de calma y eso era lo importante. Durante años, había odiado tanto el aturdimiento que le causaban las pastillas que prefería la montaña rusa de subidones y bajones. Pero ahora se quedaba con la calma sin dudarlo.

Aunque, a decir verdad, le habría gustado tomarse una copa. Solo una.

Metió la mano en el bolsillo del abrigo y apretó con fuerza la ficha de nueve meses de sobriedad que se había ganado en la última

reunión. Pronto conseguiría la de los diez meses. Día a día.

Se dejó llevar por el flujo constante de lugareños y turistas para bajar del barco, subir a la terminal y salir a la luz del sol. Orientándose sola, atravesó el pueblo en aquel tranquilo día de principios de octubre. La distancia hasta la iglesia católica era más larga de lo que creía, así que cuando llegó ya era tarde. La misa ya había empezado. Las grandes puertas dobles estaban cerradas. Se había estrellado muchas veces en su vida, pero no pensaba entrar sola en aquella iglesia.

Vio un banco bajo un par de arces, a un lado del aparcamiento, y se sentó bajo su dosel multicolor. Sobre ella, una hoja otoñal renunció a su última y débil conexión con la vida y cayó al suelo. Dorothy se la quitó de la cara y se miró las manos, pensativa.

Cuando volvió a levantar la vista, Tully estaba sola delante de la iglesia. Dorothy se puso en pie y echó a andar, pero se detuvo.

El aparcamiento se estaba llenando de gente. Los asistentes estaban saliendo de la iglesia. Varios de ellos se reunieron alrededor de Tully.

La familia de Kate, probablemente. Un hombre guapísimo, una hermosa adolescente y dos niños con el pelo revuelto.

Margie abrazó a Tully, que se echó a llorar entre sus brazos.

Dorothy regresó a las sombras bajo el árbol. Había sido una idiota al pensar que podría encajar allí, que su presencia podría ayudar.

Su hija ya tenía a personas que se preocupaban por ella y por las que ella se preocupaba. Se reunirían en ese día y aliviarían su dolor compartiéndolo. ¿No era eso lo que hacía la gente? ¿Lo que hacían las familias?

Aquello hizo que Dorothy se sintiera inconmensurablemente triste, vieja y cansada. Había llegado hasta allí siguiendo un rayo de luz imposible de atrapar.

—*No es bueno fingir, ¿sabes? Y no tenemos todo el tiempo del mundo.*

Oigo la voz de Kate aunque, sinceramente, preferiría no hacerlo.

—*Ahora lo entiendes, ¿no*?

Soy como una niña pequeña que cierra los ojos, segura de que en su oscuridad autoimpuesta nadie la podrá ver. Eso es lo que deseo en ese momento: desaparecer. No quiero continuar con ese rollo de seguir la luz y hacer balance de mi vida. Duele demasiado.

—*Te estás escondiendo de mí.*

—¿Sí? No me digas. A los muertos no se os escapa una.

Siento que se acerca; es como aproximarse a la luz de una hoguera. Unas diminutas estrellas blancas y amarillas atraviesan mi oscuro

campo de visión. Huele a lavanda, a colonia Love's Baby Soft y... a humo de marihuana.

Eso me hace retroceder.

—*Abre los ojos*.

La forma en la que lo dice me quita las ganas de obedecer. Lentamente, hago lo que me pide, pero incluso antes de ver el póster de David Cassidy y escuchar a Elton John cantando *Goodbye Yellow Brick Road*, sé dónde estoy. He vuelto a mi habitación de la casa de Firefly Lane. Mi viejo tocadiscos de juguete está sobre la mesilla de noche, junto a un montón de discos de cuarenta y cinco revoluciones.

Dorothy. *Goodbye Yellow Brick Road*. La Ciudad Esmeralda. ¿Cómo podía haber pasado por alto todas aquellas claves tan obvias de mi vida? Siempre fui una niña perdida en Oz, buscando la forma de creer que no había nada como volver a casa...

Kate está a mi lado. Estamos sentadas en mi cama de la casa de Firefly Lane, apoyadas en el desvencijado cabecero. Me fijo en un póster amarillo en el que pone: «LA GUERRA NO ES BUENA PARA LOS NIÑOS Y DEMÁS SERES VIVOS».

—*Ahora lo entiendes, ¿no*?—repite Kate, esta vez en voz más baja.

No quiero pensar en todo eso..., en el día en que mi madre apareció para «ayudarme» con mi «adicción» y lo mal que reaccioné. ¿En qué más me he equivocado? Pero antes de que pueda responderle, otra voz me susurra algo al oído. «Lo siento».

Dios mío.

Es mi madre. El dormitorio desaparece a mi alrededor. Huele a desinfectante.

Me giro para mirar a Kate.

—¿Está aquí? ¿O allí? En el hospital, quiero decir.

—*Escucha* —me pide Kate con dulzura—. *Cierra los ojos*.

3 de septiembre de 2010

16.57 horas

—¡Señora! ¡Señora! ¿No piensa bajarse?

Dorothy regresó al presente, sobresaltada. Estaba en el taxi, delante de la puerta de urgencias del hospital. Le pagó al taxista y, tras dejarle una propina demasiado grande, abrió la puerta y salió bajo la lluvia.

El camino hasta la puerta de entrada la puso nerviosa. Cada paso era un acto de voluntad inimaginable y si algo estaba claro era que su voluntad siempre había sido tan sólida como la cera caliente.

Mientras entraba en el austero vestíbulo, se sintió como una vieja hippie desaliñada en un mundo de alta tecnología.

Al llegar a recepción, se detuvo y se aclaró la garganta.

—Soy Doro... Nube Hart —murmuró. Su antiguo nombre la molestaba como un sujetador barato, pero era como Tully la conocía —. La madre de Tully Hart.

La mujer del mostrador asintió y le dio el número de habitación.

Apretando los dientes y cerrando las manos heladas, Dorothy se dirigió al ascensor y subió al cuarto piso. Una vez allí, sintiéndose más nerviosa a cada paso que daba, recorrió el suelo de linóleo blanquecino hasta la sala de espera, que estaba casi vacía salvo por las sillas de color mostaza, la mujer del mostrador y un par de televisores encendidos sin sonido. Vanna White, de *La Rueda de la Fortuna*, le dio la vuelta a la letra erre en la pantalla.

El olor a desinfectante, a comida de cafetería y a desesperación de aquel sitio la perturbó. Se había esforzado mucho en su vida para mantenerse alejada de los hospitales, aunque se había despertado en ellos unas cuantas veces.

Margie estaba sentada en la sala de espera. Al ver llegar a Dorothy, dejó de hacer punto y se levantó.

A su lado estaba aquel hombre tan guapo que había sido marido de Kate. Cuando vio a Margie ponerse en pie, siguió su mirada y frunció el ceño. Luego se levantó lentamente. Dorothy lo había visto de lejos en el funeral, pero ahora tenía el pelo más canoso. Y estaba más delgado.

Margie se le acercó, con las manos extendidas.

—Me alegro de que hayas recibido mi nota. Tuve que pedirle a Bud que la pegara en la puerta. No me daba tiempo a ir a buscarte.

—Gracias —repuso Dorothy—. ¿Cómo está?

—Nuestra chica es una luchadora —dijo Margie.

Dorothy sintió que la emoción se apoderaba de ella, o puede que fuera la nostalgia. «Nuestra chica». Como si ella y Margie fueran ambas madres de Tully. Dorothy deseó que aquello fuera cierto, aunque en realidad solo Margie podía reclamar ese vínculo. Iba a decir algo —no tenía ni idea de qué— cuando el marido de Kate se acercó a ellas. Al ver la rabia que encerraba su mirada, la voz de Dorothy se convirtió en cenizas.

—¿Te acuerdas de Johnny? —le preguntó Margie—. El marido de Katie y amigo de Tully.

—Nos conocimos hace años —dijo Dorothy en voz baja. No era un buen recuerdo.

—No has hecho más que herirla —susurró él.

—Lo sé.

—Como vuelvas a hacerle daño, tendrás que vértelas conmigo. ¿Entendido?

Dorothy tragó saliva, pero no apartó la mirada.

—Gracias.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Por quererla.

A él le sorprendieron sus palabras.

Margie tomó a Dorothy del brazo y la condujo por el pasillo hasta una zona muy iluminada de la UCI donde había varias habitaciones acristaladas alrededor de un puesto central de enfermería. Una vez allí, Margie la soltó el tiempo justo para ir a hablar con la mujer del mostrador.

—Vale —dijo Margie cuando regresó—. Esa de ahí es su habitación. Puedes entrar a hablar con ella.

—No le gustaría que estuviera aquí.

—Tú habla con ella, Dorothy. Los médicos creen que ayuda. —Dorothy miró hacia la cristalera; al otro lado, una cortina de lo más funcional impedía que se viera la cama—. Háblale.

Dorothy asintió. Echó a andar, arrastrando los pies como una inválida, mientras su miedo aumentaba a cada paso, llenándole los pulmones, causándole dolor. Una inválida. Una inútil. Esa era ella.

Literalmente, la mano le tembló al abrir la puerta.

Dorothy respiró hondo y fue hacia la cama.

Tully yacía en ella, rodeada de máquinas que zumbaban, golpeaban y silbaban. Un tubo de plástico transparente llenaba su boca floja. Tenía la cara deformada, magullada y amoratada. Estaba calva y un catéter de plástico le salía de la cabeza. Tenía un brazo escayolado.

Dorothy acercó una silla a la cama y se sentó. Sabía lo que a Tully le gustaría oír. Era para lo que su hija había ido a Snohomish, lo que le había pedido de mil maneras a lo largo de los años. La verdad. La historia de Dorothy. Su historia.

Podía hacerlo. Por fin. Sabía que podía. Eso era lo que su hija necesitaba de ella. Respiró profundamente.

—Cuando yo era niña, en California había hermosos huertos de cítricos, en lugar de aparcamientos y autopistas. Las torres petrolíferas bombeaban constantemente arriba y abajo en las laderas de las montañas, como gigantescas mantis religiosas oxidadas. Acababan de abrir el primer McDonald's. Recuerdo cuando empezaron a construir Disneylandia y mi padre creía que Walt estaba «como una puñetera

cabra» por invertir tanto dinero en una feria para niños —susurró Dorothy lentamente, abriéndose camino palabra por palabra.

»Nosotros éramos ucranianos.

»¿Lo sabías?

»No, claro que no. Nunca te he contado nada de mi vida, ni de tus orígenes. Supongo que ya va siendo hora.

»Siempre has querido conocer mi historia. Así que ahí va.

»De pequeña, yo...

creía que «ucraniano» significaba «feo» y bien podría haber sido así. Fue el primero de los secretos que aprendí a guardar.

Encajar. No destacar. Ser americanos. Eso era lo que les importaba a mis padres en el lustroso mundo de plexiglás de los años cincuenta.

Seguro que tú no lo entiendes. Eres una niña de los setenta, salvaje y libre. Creciste rodeada de personas de lo más variopintas.

En los años cincuenta, las chicas éramos como muñecas.

Extensiones de nuestros padres. Pertenencias. Esperaban de nosotras que fuéramos perfectas, que no tuviéramos otra cosa en mente que complacer a nuestros progenitores, sacar buenas notas y casarnos con el chico adecuado. Ahora, en este mundo moderno, es difícil imaginar lo importante que era casarse bien.

Debíamos ser amables, comprensivas y hacer cócteles y bebés, pero solo después del matrimonio.

Vivíamos en una de las primeras calles sin salida del condado de Orange. Se llamaba Rancho Flamingo. Era una urbanización en forma de herradura de casas de planta baja situadas en parcelas idénticas, con jardines verdes y cuidados en la parte delantera. Si de verdad habías triunfado, tenías piscina.

Las fiestas en las piscinas estaban de moda. Recuerdo ver a las amigas de mi madre reunidas junto a la nuestra, con trajes de baño y gorros de goma cubiertos de flores, fumando y bebiendo mientras los hombres se tomaban sus martinis al lado de la barbacoa. Todos estaban ya borrachos cuando por fin alguien se metía en el agua.

Los fines de semana eran una juerga constante; una sucesión de fiestas en piscinas de temática tropical. Lo raro es que solo recuerdo ver a adultos. Por aquel entonces, los niños debían verse, pero no oírse.

Sinceramente, nunca le di muchas vueltas de pequeña. Yo me fundía con los elementos de madera de la casa. Nadie me prestaba atención. Era una chica desgarbada, con el pelo encrespado y unas cejas gruesas que me ensombrecían la cara. Mi padre solía decirme

que parecía judía; decía palabrotas al comentarlo y yo no tenía ni idea de por qué eso le molestaba, por qué yo le molestaba, porque resultaba obvio que era así. Mamá me decía que me callara y que fuera una niña buena.

Y eso hice.

Me callé, me callé tanto que perdí a los pocos amigos que había hecho en la escuela primaria. En el primer ciclo de secundaria ya era una marginada, o quizá no una marginada, sino simplemente invisible. Para entonces, el mundo estaba cambiando, pero no lo sabíamos. A nuestro alrededor sucedían cosas terribles, grandes injusticias, pero no las veíamos. Mirábamos hacia otro lado. Ellos —los negros, los hispanos, los judíos— eran «ellos», no «nosotros». Mis padres nunca mencionaban nuestra procedencia mientras rezumaban racismo en los cócteles. La primera vez que pregunté si los ucranianos eran como los comunistas, tenía catorce años. Mi padre me dio una bofetada.

Fui corriendo a buscar a mi madre. Estaba en la cocina, de pie junto a la encimera de formica de color verde aguacate, con un delantal sobre el vestido azul pálido, fumando un cigarrillo mientras vertía la mezcla de sopa de cebolla en un cuenco de crema agria.

Yo lloraba tanto que los mocos me caían en la boca y sabía que se me estaba formando un moratón en la mejilla.

—Papá me ha pegado —le dije.

Ella se giró poco a poco, con un cigarrillo en una mano y el paquete de sopa vacío en la otra. Me miró fijamente a través de sus gafas negras de ojo de gato con piedras brillantes y me preguntó:

—¿Qué has hecho?

—¿Yo? —Respiré con fuerza, tragando saliva. Ella le dio una calada a la boquilla de su Lucky Strike y exhaló.

Fue entonces cuando comprendí que había sido culpa mía. Había hecho algo malo. Algo que estaba mal. Y me habían castigado. Sin embargo, por muchas vueltas que le di, no conseguí averiguar qué era lo que había hecho tan mal.

Pero sabía que no podía decírselo a nadie.

Ese fue el principio del fin. No sé describirlo de otra forma. A partir de ahí, la cosa fue a peor. En verano, empecé a cambiar físicamente. Me vino el periodo («ya eres una mujer», me dijo mi madre, entregándome una almohadilla y un cinturón, «no nos avergüences ni nos metas en líos»), mis pechos se desarrollaron y perdí varias capas de grasa infantil. La primera vez que aparecí en una fiesta en la piscina con un traje de baño de dos piezas de Annette Funicello, oí cómo al señor Orrowan, el vecino de la casa de al lado, se le caía la

copa de martini. Mi padre me agarró por el brazo con tanta fuerza que parecía que el hueso se me iba a romper mientras me arrastraba al interior de la casa, me arrinconaba y me decía que parecía una fulana.

La forma en la que me miró fue peor que la bofetada en la cara. Sabía que quería algo de mí, algo oscuro e inexplicable, pero no lo entendía.

Aún.

Entró en mi habitación una noche cuando yo tenía quince años. Estaba borracho, olía a tabaco y me hizo daño. No creo que sea necesario ser más explícita.

Después, dijo que era culpa mía por vestirme como una fulana. Le creí. Era mi padre. Estaba acostumbrada a creerle.

Traté de contárselo a mi madre más de una vez, pero había empezado a evitarme y me gritaba por cualquier tontería. Me decía constantemente que me fuera a mi habitación o que saliera a pasear. No soportaba verme. Eso era evidente.

Después de aquello, intenté pasar desapercibida. Me abrochaba los jerséis hasta el cuello y dejé de maquillarme. No hablaba con nadie, no hacía nuevos amigos y perdí los pocos que tenía.

Mi vida siguió así durante meses. Mi padre cada vez se emborrachaba más, se enfadaba más y se volvía más malvado, y yo cada vez estaba más callada, más deprimida y más desesperada, aunque no me daba cuenta. Creía que estaba bien, hasta que un día en clase un chico me señaló, se rio de mí y todos lo imitaron. O eso me pareció. Me sentí como en esa escena de *De repente, el último verano* en la que los chavales se ponen en contra de Liz Taylor y el chico con el que está. Rabiosa, ansiosa y agresiva. Empecé a gritar, a llorar y a tirarme del pelo. Toda la clase se quedó callada. Al darme cuenta del silencio, levanté la vista, horrorizada por lo que había hecho. La profesora me preguntó qué me pasaba y yo me limité a mirarla hasta que ella resopló en señal de desaprobación y me envió a la oficina del director.

Las apariencias. Eso era lo que les preocupaba a mis padres. No les importaba por qué había llorado en clase, ni por qué me había tirado a mí misma del pelo, tan solo que lo hubiera hecho en público.

21

*M*e dijeron que lo del hospital era por mi propio bien. «Eres una chica mala, Dorothy. Todo el mundo tiene problemas, ¿por qué eres tan egoísta? Por supuesto que tu padre te quiere. ¿Por qué dices cosas tan terribles?».

Creemos que no hay universos paralelos, pero sí los hay. Pueden existir dentro de ti. Puedes ser una chica normal y corriente y, de repente, convertirte en un cascarón vacío. Puedes doblar una esquina, o abrir los ojos en tu propia habitación a oscuras y entrar en un mundo que se parece al tuyo pero no lo es.

El hospital, al que llamaban «sanatorio», estaba en otra ciudad. Ni a día de hoy sabría decir dónde. Podría haber sido en Marte.

Me pusieron una camisa de fuerza. No querían que me hiciera daño, o eso dijeron los hombres de blanco que vinieron a por mí.

Así que allí estaba yo. Una niña de dieciséis años con calvas, atada como un ganso y gritando. Mi madre lloraba cada vez que me miraba, pero no porque yo estuviera sufriendo, sino porque hacía mucho ruido. Mi padre ni siquiera vino con nosotras.

«Ocúpate tú de eso, mamá», había dicho.

De «eso».

Llegamos a aquel lugar, que parecía una prisión en una colina.

«¿Te vas a portar bien? Si te portas bien, te quitaremos la camisa de fuerza».

Prometí ser buena, lo cual sabía que significaba estar calladita. En los años cincuenta, las chicas buenas eran las que se estaban calladitas. Me la quitaron y me dejaron subir los anchos escalones de piedra. Mamá caminaba a mi lado, pero no lo suficientemente cerca como para tocarme, como si yo hubiera contraído alguna enfermedad que ella considerara contagiosa. Caminaba como entre la niebla, despierta y dormida a la vez. Más tarde supe que me habían drogado. Pero no lo recuerdo. Solo recuerdo haber subido aquellos escalones; era como avanzar debajo del agua. Sabía dónde me encontraba y lo que veía, pero todo estaba borroso y las proporciones eran erróneas.

Me moría de ganas de que mi madre me cogiera de la mano. Recuerdo bien que no dejaba de mirarla lloriqueando, algo que solo la hacía caminar más rápido. Clic, clic, clic. Ese era el sonido que hacían

sus tacones sobre los escalones de piedra. Agarraba la correa de charol del bolso con tanta fuerza que pensé que el cuero acabaría rompiéndose.

Dentro, todo el mundo iba vestido de blanco y estaba muy serio. Creo que fue entonces cuando reparé en los barrotes de las ventanas. Recuerdo haber pensado que era tan insustancial que podría huir a través de los barrotes, si me lo propusiera.

El médico se apellidaba Pana. O Terciopelo. Como algún tejido. Tenía los labios finos y nariz de alcohólico. Cuando lo vi, me eché a reír. Me imaginé que su nariz era un paracaídas rojo abriéndose y me reí tanto que empecé a llorar. Mi madre me susurró que me comportara, por el amor de Dios, y volvió a apretar con fuerza la correa del bolso entre los dedos.

«Siéntese, señorita Hart».

Hice lo que me dijeron y, mientras lo hacía, dejé de reírme. Me fijé en el silencio que reinaba en el despacho y también en la extraña luz. No había ventanas. Supuse que ya habría saltado demasiada gente al ver la nariz de paracaídas del señor Algodón.

«¿Sabe por qué está aquí?», me preguntó el doctor Seda.

«Ya estoy bien».

«No, Dorothy. Las chicas que "están bien" no se tiran de los pelos, ni gritan, ni acusan de cosas aberrantes a la gente que las quiere».

«Tiene razón —intervino mi madre bruscamente—. El pobre Winston está fuera de sí. ¿Qué le pasa?».

Miré con impotencia al doctor Lana.

«Podemos ayudarte a sentirte mejor, si te portas bien», dijo este.

No le creí. Miré a mi madre y le supliqué que me llevara a casa, donde le juré que estaría mejor.

Acabé de rodillas a su lado, gritando. Le dije que había sido sin querer y que lo sentía.

«¿Lo ve? —le dijo ella al doctor Seda—. ¿Lo ve?».

No fui capaz de hacerle entender lo arrepentida y asustada que estaba, así que empecé a gritar y a llorar. Sabía que estaba mal, que lo hacía demasiado fuerte. Me caí hacia delante y me golpeé la cabeza con el duro brazo de madera de la silla de mi madre.

La escuché gritar: «¡haga que deje de actuar así!».

Sentí que alguien, varias personas, se acercaban por detrás, me agarraban y me inmovilizaban.

Cuando me desperté, no sé cuánto tiempo después, estaba en una cama, con las muñecas y los tobillos atados con tal fuerza que no podía ni moverme.

A mi alrededor empezaron a aparecer personas vestidas de blanco,

que se movían como dianas de barracas de feria. Recuerdo que quería gritar, lo intentaba, pero no salía ningún sonido. Estaban trabajando en mí y a mi alrededor sin ni siquiera verme.

Oí el ruido de unas ruedas y me di cuenta de que todavía podía girar la cabeza, aunque me costó bastante. Una enfermera —más tarde supe que se llamaba Helen— metió una máquina en la habitación y la dejó al lado de la cama.

Alguien me manipuló la cabeza y me untó las sienes con una sustancia viscosa y fría. Aparté la cabeza, oí una voz que decía «mierda» y noté que me tiraban del pelo.

Helen se inclinó sobre mí, acercándose hasta tal punto que pude ver los pelillos negros de sus fosas nasales. «No tengas miedo. Acabaremos enseguida».

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Era patético que un gesto de amabilidad tan insignificante pudiera hacerme llorar.

El doctor Sarga fue el siguiente en entrar, con el ceño fruncido y la nariz por delante. Se inclinó sobre mí sin mediar palabra y me colocó unas frías placas metálicas a ambos lados de la cabeza. Eran como pedazos de hielo, congelados y ardientes a la vez, y me puse a cantar.

A cantar.

¿En qué demonios estaba pensando? No me extraña que creyeran que estaba loca. Me quedé allí tumbada, llorando y cantando *Rock Around the Clock* a pleno pulmón.

El médico me puso una correa alrededor de la cabeza. Intenté decirle que me estaba haciendo daño, que me estaba asustando, pero no podía dejar de cantar. Me metió algo en la boca que me dio arcadas.

Todos se apartaron de mí y recuerdo que pensé: «¡Es una bomba! Me han puesto una bomba en la cabeza y voy a explotar». Traté de escupir lo que me habían metido en la boca y entonces...

La sacudida es imposible de describir. Ahora sé que fue una descarga eléctrica que me recorrió todo el cuerpo. Me sacudí como una muñeca de trapo y me oriné encima. Oí un zumbido agudo y penetrante. Creí que se me iban a romper los huesos. Cuando por fin acabó, me desplomé sin vida sobre la cama, sintiéndome más cerca que nunca de la muerte. Oí el débil goteo de mi orina cayendo sobre el suelo de linóleo.

«Ya está —dijo Helen—. No ha sido para tanto, ¿no?».

Cerré los ojos y le pedí a Jesús que me llevara con él. No tenía ni idea de qué podía haber hecho que fuera tan terrible como para merecer ese castigo y necesitaba una madre, pero no a la mía, y mucho menos a mi padre. Supongo que necesitaba que alguien me

abrazara, me diera cariño y me dijera que todo iría bien.

Pero uno no siempre tiene lo que quiere, ¿verdad?

Puede que pienses que soy estúpida porque casi siempre me has visto drogada, pero soy bastante lista. No tardé en darme cuenta del error que había cometido. Por supuesto, sabía lo que se esperaba de mí antes de llegar al hospital, pero no sabía cuáles eran las consecuencias de salirme del camino. Así que tomé nota. Vaya si tomé nota.

Sé buena. Guarda silencio. Haz lo que te dicen. Responde a las preguntas directas con respuestas, nunca digas que no sabes, nunca digas que tu padre te hace daño. No digas que tu madre sabe lo que te pasa y no le importa. Ni se te ocurra. Y nunca digas que lo sientes. Eso es lo que él más odia.

Había entrado en el hospital destrozada. Pero aprendí a recoger los pedazos y a estrecharlos con fuerza contra mi pecho. Asentía y sonreía, tomaba las pastillas que me daban y preguntaba cuándo vendría mi madre. No hice amigas porque las otras chicas eran «malas» y estaban taradas. Mi madre nunca lo habría aprobado. ¿Cómo iba a ser amiga de una chica que se había cortado las venas o que había prendido fuego al perro de la familia?

Me mantenía al margen. Guardaba silencio. Sonreía.

El tiempo pasaba de forma extraña, allí dentro. Recuerdo haber visto cómo las hojas cambiaban de color y caían al suelo, pero esa era la única forma que tenía de calcular el paso de los días. En una ocasión, después de otro tratamiento con electrochoque, me encontraba en la «sala de juegos», a la que imagino que llamarían así porque había tableros de damas en las mesas. Estaba en una silla de ruedas, mirando por la ventana. Me habían empezado a temblar las manos y trataba de ocultárselo a todo el mundo.

«¿Dorothy Jean?».

La voz de mi madre nunca había sonado tan dulce. Me giré lentamente y levanté la barbilla para poder verla.

Estaba más delgada de lo que la recordaba y tenía el pelo peinado con tanta precisión que parecía recubierto de goma laca. Llevaba una falda larga escocesa, un recatado jersey de cuello babero y gafas de pasta negras. Se aferraba a la correa del bolso con ambas manos y esa vez llevaba guantes.

«Mami», dije, haciendo lo posible por no llorar.

«¿Cómo estás?».

«Mejor. Te lo prometo. ¿Puedo irme ya a casa? Seré buena».

«Eso dicen los médicos. Espero que estén en lo cierto. Me niego a creer que tu sitio esté entre... esta gente». Miró a su alrededor,

frunciendo el ceño.

Por eso llevaba guantes. No quería contagiarse de locura. Supongo que debería haberme alegrado de que no le importara tocarme, ni respirar el aire que yo exhalaba a su lado. Después de eso, intenté con todas mis fuerzas ser feliz, de verdad. Me despedí educadamente del doctor Gabardina, le estreché la mano a Helen e intenté sonreír cuando esta le aseguró a mi madre que me había portado de maravilla. Seguí a mi madre hasta su gran Chrysler azul y me senté en el asiento de cuero. Ella encendió inmediatamente un cigarrillo y, al poner el coche en marcha, la ceniza cayó sobre el asiento. Así fue como me di cuenta de que estaba disgustada. Mi madre no soportaba la suciedad.

Cuando llegué a casa, me quedé observándola. Y la vi como lo que realmente era. Una vivienda de planta baja, decorada al estilo de un rancho, con una veleta de un caballo, puertas de garaje tipo granero y las típicas grecas alrededor de las ventanas propias del Oeste. Delante de ella, un jinete de metal con la cara negra sostenía un cartel de bienvenida.

Era todo una farsa, una farsa que sobresalía en aquel universo paralelo. Y una vez que la veías, todo cambiaba. Era imposible pasarla por alto.

Mi madre no me dejó bajar del coche delante de casa. No quería que lo hiciera a plena luz del día, donde todos los vecinos pudieran verme. «Quédate ahí», susurró, cerrando la puerta del vehículo para ir a abrir la del garaje. Una vez dentro, se me permitió salir. Caminé en la oscuridad hasta entrar en nuestro luminoso salón de la era espacial, de aspecto aerodinámico y futurista. El techo era abovedado y estaba decorado con piedrecitas de colores. Unas cristaleras enormes daban a la piscina del jardín trasero, de estética polinesia. La chimenea estaba situada en una pared cubierta de piedras blancas enormes e irregulares. Los muebles eran lisos y plateados.

Mi padre estaba de pie junto a la chimenea. Todavía llevaba puesto su traje de Frank Sinatra, tenía un martini en una mano y un cigarrillo de la marca Camel encendido en la otra. Era de los que fumaba John Wayne, un buen tabaco americano. Me miró a través de sus gafas con montura de alambre y carey.

«Así que has vuelto».

«Los médicos dicen que está bien, Winston», dijo mi madre.

«¿Y es cierto?».

Tendría que haber mandado a la mierda a aquel hijo de puta, pero me quedé allí de pie, marchitándome como una flor bajo el castigo de su mirada. Ahora sabía cuál era el precio de montar un espectáculo.

Me había quedado claro quién tenía el poder en ese mundo y no era yo.

«Está llorando, por el amor de Dios».

Ni siquiera me había dado cuenta, hasta que él lo dijo. Pero aun así guardé silencio.

Ahora sabía lo que se esperaba de mí.

Cuando volví del manicomio, me convertí en una intocable. Había hecho algo impensable en Rancho Flamingo —montar una escena de lo más desagradable, avergonzando a mis padres— y, después de eso, era como un animal peligroso al que solo se le permitía vivir en el barrio atado a una robusta cadena.

Hoy en día, en programas como el tuyo y como el del doctor Phil, soléis decir que hay que hablar de las heridas que uno tiene y de las cargas que soporta. En mi época, era todo lo contrario. Había cosas de las que nunca se hablaba y mi crisis nerviosa entraba en esa categoría. En las raras ocasiones en las que mi madre se refería accidentalmente a mi periodo de ausencia —algo que procuraba no hacer jamás—, lo llamaba «mis vacaciones». La única vez que me miró a los ojos y dijo la palabra «sanatorio» fue el primer día que volví a casa.

Recuerdo que aquella noche puse la mesa para cenar, tratando de dilucidar cómo debía comportarme. Me giré lentamente para mirar a mi madre, que estaba en la cocina, removiendo algo. Pollo guisado, creo. Su pelo, todavía castaño —teñido, supongo—, era un casco de rizos perfectamente controlados que no le habría quedado bien a nadie. Tenía una cara que hoy en día podría considerarse atractiva; afilada y un poco masculina, con una frente amplia y pómulos prominentes. Llevaba unas gafas de pasta negra de ojo de gato y un conjunto de jersey y chaqueta de punto de color gris marengo. No había ni un ápice de dulzura en ella.

«¿Mamá?», dije en voz baja, acercándome a ella.

Ella giró la cabeza lo justo para mirarme.

«Cuando la vida te da limones, Dorothy Jean, haces limonada».

«Pero él...».

«Basta —replicó—. No quiero ni oír hablar del tema. Tienes que olvidarlo. Olvídalo todo y pronto aprenderás a sonreír de nuevo. Como he hecho yo. —Abrió mucho los ojos detrás de las gafas, suplicante—. Por favor, Dorothy. Tu padre no lo consentiría».

No tenía ni idea de si pretendía ayudarme y no sabía cómo hacerlo, o si le daba igual. Lo que sí tenía claro era que, si volvía a decir la verdad, o a demostrar mi dolor de alguna forma, mi padre me echaría

y ella no se lo impediría.

Y había lugares peores que en el que había estado. Ahora lo sabía. En el sanatorio hablaban de niños con miradas tan vacías como pizarras en blanco y manos temblorosas, de baños de agua helada y de cosas mucho peores, como lobotomías.

Me quedó claro.

Aquella noche, sin cambiarme siquiera de ropa, me metí en mi cama de niña y caí en un sueño profundo y agitado.

Él me despertó, por supuesto. Debió de estar esperando todo ese tiempo. Durante mi ausencia, a su ira le habían salido tentáculos que se enroscaban alrededor de todas las cosas, creciendo hasta estrangularlo. Yo lo había humillado con mis «mentiras».

Él me daría una lección.

Le dije que lo sentía, que había cometido un terrible error. Me quemó con un cigarrillo y me dijo que mantuviera la boca cerrada. Me quedé mirándolo fijamente. Mi silencio lo enfureció aún más. Pero era lo único que me quedaba. Recuerda que yo había aprendido la lección. No pude evitar que me hiciera daño, pero, cuando me miró esa noche, él también vio algo diferente. Podía volver a delatarlo. «Las chicas tienen bebés, ¿sabes? —susurré suavemente—. Y eso es una prueba».

Él se marchó y cerró de un portazo. Fue la última vez que vino a mi cama, pero no la última vez que me hizo daño. Solo me hacía falta mirarlo para que me pegara. Y yo me tumbaba en mi cama cada noche, esperando, preocupada, preguntándome cuándo cambiaría de opinión y volvería a las andadas.

La escuela también empeoró cuando volví del sanatorio.

Sin embargo, sobreviví. Mantenía la cabeza gacha e ignoraba a la gente que me apuntaba con el dedo y se reía. Yo era mercancía dañada y todos lo sabían. Curiosamente, eso me resultaba reconfortante. Ya no tenía que fingir.

Mi madre no soportaba a la nueva yo, con su ropa holgada, su cabello despeinado y sus ojos tristones. Cada vez que me veía, fruncía los labios y murmuraba: «Dorothy Jean, ¿es que no tienes amor propio?».

Pero a mí me gustaba ver las cosas desde fuera. De esa forma, lo veía todo mucho más claro.

Nos encontrábamos en la cúspide de un nuevo mundo, en California, al final de la década del plástico. Los barrios residenciales se estaban abriendo, dando lugar al nuevo sueño americano. Todo estaba limpio como los chorros del oro, impecable, impoluto.

Teníamos centros comerciales con tejados que parecían salidos de *Tomorrowland* y podíamos pedir hamburguesas desde el coche. Como yo me mantenía al margen, podía ver las cosas con la claridad que proporcionaba la distancia. Pero hasta que dejé el camino recto, no me di cuenta de los clanes que habitaban los pasillos de nuestro instituto. Estaban los «chicos bien», los populares que vestían a la última moda y hacían globos con el chicle mientras hablaban entre ellos y paseaban los relucientes coches nuevos de sus padres por la calle principal los sábados por la noche. Se reunían en grupos bulliciosos y risueños en Bob's Big Boy y recorrían las calles en coche al anochecer, saludándose, haciendo carreras y riendo. Eran el tipo de chavales que los profesores adoraban; los chicos que marcaban los tantos ganadores y las chicas que hablaban de la universidad y se gastaban el dinero de sus padres. Siempre seguían las reglas o, al menos, eso parecía, y en cierto modo yo los veía como si fueran de color dorado, como si su piel y su corazón fueran inmunes a los padecimientos que a mí me asaltaban.

Pero en la primavera de mi penúltimo año, empecé a fijarme en otros chicos, a los que antes no veía, aquellos que vivían en los barrios bajos. Pasaron de ser invisibles, como yo, a estar por todas partes. Iban vestidos como James Dean en *Rebelde sin causa*, se engominaban el pelo hacia atrás y llevaban los paquetes de cigarrillos en las mangas de las camisetas enrolladas. Las cazadoras de cuero negro se entremezclaban con los jerséis letterman.

Al principio los llamábamos «macarras» y luego «grasientos». Se suponía que era un insulto, pero ellos se limitaban a reírse, encendían sus cigarrillos y se burlaban de los que eran «mejores» que ellos. Casi de la noche a la mañana, empezaron a surgir rumores de peleas y reyertas.

Entonces, un «buen chico» murió en una carrera y en nuestra comunidad estalló una rabia desatada y terrible que, hasta entonces, yo nunca habría imaginado que pudiera existir.

Me sentí identificada con esa rabia. No me di cuenta de lo enfadada que estaba hasta que empezó a flotar en el ambiente y contagió a todo el mundo. Pero, como siempre, lo disimulé. Mientras caminaba por los pasillos —sola entre la multitud, aferrándome a mis libros—, escuchaba cómo los dos grupos se provocaban el uno al otro, oía a los chicos vestidos de cuero negro gritando: «Venid aquí, nenitas»; a las chicas con faldas plisadas, que se estremecían y se alejaban acelerando el paso, mirándolos con aire de superioridad.

Recuerdo que, el lunes siguiente al accidente, estaba en la clase de Economía Doméstica oyendo hablar a la señora Peabody de lo

importante que era para una joven ama de casa tener una despensa bien surtida. Nos aseguraba, radiante de felicidad, que podíamos impresionar a nuestros invitados con unas salchichas de Viena y cuatro ingredientes más. Además, prometió enseñarnos a hacer una bechamel, fuera lo que fuera eso.

Yo apenas le estaba prestando atención. ¿A quién iba a importarle aquello? Pero las «chicas bien», las que se pasaban el día luciendo los jerséis letterman y asintiendo con la cabeza como caballos en la línea de salida, no dejaban de tomar notas, sentadas en el borde de la silla.

Cuando sonó el timbre, fui la última en salir del aula. Había llegado a la conclusión de que eso era lo mejor. Los chicos populares rara vez se molestaban en mirar atrás.

Me abrí paso con cautela por el campo de minas que podía llegar a ser el pasillo de un instituto para los menos populares.

Había tanto ruido como en medio de una carretera solo que, en lugar de coches, los que armaban aquel escándalo eran los chicos bien, que hablaban todos a la vez y se burlaban de los demás.

Caminé con rigidez hasta mi taquilla, oyéndolos alzar la voz. No muy lejos, Judy Morgan estaba de pie junto a la fuente de agua, rodeada, como siempre, de sus amigas de pelo ahuecado del equipo de animadoras. Llevaba una medallita dorada de una virgen sobre el cuello babero.

«Eh, Hart, me alegro de que te esté volviendo a crecer el pelo».

Me puse roja como un tomate de vergüenza. Agaché la cabeza mientras manipulaba el candado.

Noté que alguien se acercaba a mí por detrás. De repente, el pasillo se quedó en silencio. Me giré.

Era un chico alto y de hombros anchos, con unos rizos negros que le habrían puesto los pelos de punta a mi madre. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, pero ni aun así conseguía dominarlo. Su piel era inaceptablemente oscura, tenía una dentadura blanca y fuerte y la mandíbula cuadrada. Llevaba una camiseta blanca y unos vaqueros gastados. Sujetaba descuidadamente en una mano una chaqueta de cuero negro, cuyas mangas rozaban el suelo.

Cogió el paquete de tabaco que llevaba en la manga enrollada. «No te importará lo que piense esa zorra, ¿no?».

Encendió un cigarrillo allí mismo, en el pasillo. El miedo se apoderó de mí al ver la punta incandescente, pero aun así fui incapaz de apartar la mirada.

«Está loca —dijo Judy—. Es perfecta para ti, grasiento».

La directora Moro llegó corriendo por el pasillo, abriéndose paso entre la multitud, haciendo sonar el silbato plateado y enviando a

todo el mundo a sus clases.

El chico me cogió de la barbilla y me hizo levantar la vista hacia él. Fue como ver a alguien totalmente diferente. No era más que un chaval con el pelo negro engominado, fumando un cigarro en el pasillo del instituto. «Soy Rafe Montoya», dijo.

Yo solo conseguí responder: «Dorothy Jean».

«A mí no me parece que estés loca, Dorothy. ¿Lo estás?», preguntó.

En realidad era la primera vez que alguien me lo preguntaba y lo primero que se me pasó por la cabeza fue mentir. Pero, al ver cómo me miraba, respondí: «Quizá».

Él me dedicó la sonrisa más triste que había visto en mucho tiempo y sentí un dolor en el pecho. «Eso solo quiere decir que estás prestando atención, Dorothy».

Antes de que pudiera responder, la directora Moro me agarró del brazo, me alejó de Rafe y me arrastró por el pasillo. La seguí dando traspiés.

No sabía mucho de la vida por aquel entonces, pero había algo que tenía claro: las chicas buenas de Rancho Flamingo no hablaban con chicos de piel oscura que se apellidaban Montoya.

Sin embargo, desde la primera vez que lo vi, no pude volver a pensar en otra cosa.

Suena a tópico, pero Rafael Montoya cambió el curso de mi vida al decirme aquellas palabras. «Eso solo quiere decir que estás prestando atención».

No dejé de repetirlas mentalmente mientras volvía a casa del colegio, analizándolas desde todos los ángulos posibles. Por primera vez me pregunté si, más que estar loca, el problema era simplemente que no encajaba. Quizá el mundo estaba tan desequilibrado como yo creía.

Durante toda la semana siguiente, cumplí con mi rutina diaria de forma automática. Dormía, me despertaba, me vestía e iba al instituto, pero eso no era más que una tapadera. No me lo quitaba de la cabeza, no dejaba de buscarlo. Sabía que estaba mal, que incluso podía ser peligroso, pero me daba igual. No. Mejor dicho: me gustaba que no estuviera bien.

De repente, quería ser una chica mala. Lo de ser una niña buena había sido un desastre absoluto. Creí que siendo mala me liberaría.

Empecé a preocuparme por mi pelo, a intentar que se pareciera al de las chicas populares. Lo planché, lo ricé y lo alboroté. Me depilé las gruesas cejas hasta que dibujaron dos arcos perfectos sobre mis ojos. Me puse un bonito vestido con cuello babero tras otro, con jerséis a juego atados a los hombros y cinturones ceñidos para resaltar mi

cintura de avispa. Limpié las zapatillas hasta que quedaron tan blancas que dolía mirarlas. En lugar de ser la primera en entrar en las clases y la última en salir, empecé a hacer lo contrario, sin importarme que los chicos me miraran cuando entraba corriendo después de sonar el timbre. Todos notaron el cambio. Los ojos de mi padre se encendían cada vez que me veía, pero mantenía las distancias. Había empezado a tenerme miedo, tanto como yo le había tenido a él. Era inestable y se lo hacía saber: estaba lo suficientemente loca como para hacer o decir cualquier cosa.

Los chicos empezaron a ir detrás de mí, pero me daba igual. No me interesaban aquellos a los que podría interesarles una chica como yo. Me quedaba rondando por los pasillos, buscándolo.

Me di cuenta de que estaba cambiando. Era como si, en su ausencia, me desarmara y reorganizara las piezas a imagen y semejanza de lo que imaginaba que él querría. Parece una locura —qué demonios, estaba loca—, pero yo me consideraba totalmente cuerda. Más cuerda de lo que había estado en años.

Mi padre me vigilaba de cerca. Sentía su mirada y me negaba a marchitarme ante ella. El deseo me había dado fuerzas. Recuerdo que una noche estábamos cenando, sentados a aquella mesa de formica verde con puntitos de color mostaza, comiendo las insípidas tostadas galesas de mi madre con queso fundido, rodajas de tomate y minisalchichas. Mi padre no paraba de fumar y se llevaba alternativamente el cigarrillo y el tenedor a la boca. Hablaba con frases breves que parecían disparos.

Mi madre parloteaba en los silencios, como si quisiera demostrar lo felices y normales que éramos. Entonces metió la pata al preguntarme por mi nuevo peinado y mi padre dio un golpe en la mesa que hizo tintinear los platos blancos de vidrio opalino de Corningware que mi madre había adquirido recientemente.

«No la animes —siseó—. Parece una golfa».

Estuve a punto de soltarle: «A ti te encantaría, ¿no?», pero solo pensarlo me dio tanto miedo que, en vez de ello, decidí levantarme. Sabía que una palabra equivocada podría enviarme de vuelta al loquero. El mero hecho de querer hablar me asustaba.

Hundí la barbilla en el cuello y empecé a recoger la mesa. En cuanto acabé con los platos, murmuré algo sobre los deberes, me fui corriendo a mi habitación y cerré la puerta.

No recuerdo cuánto tiempo estuve así: esperando, deseando y buscando. Como mínimo dos semanas, puede que más. Y entonces, un día, cuando estaba junto a la taquilla, concentrada en los números, le oí decir: «Te he estado buscando».

Me quedé helada. Se me secó la boca. Más lentamente de lo que nunca he hecho nada en el mundo, me di la vuelta y me lo encontré allí de pie, demasiado cerca, a mi lado.

«¿Me has estado buscando?».

«Y tú me has estado buscando a mí. Reconócelo».

«¿Cómo lo sabes?».

En respuesta a mi pregunta, él se acercó más todavía. La chaqueta de cuero negro que llevaba puesta crujió cuando levantó lentamente el brazo y me sujetó el pelo detrás de la oreja con un dedo. Cuando me tocó, sentí que me invadía el deseo. Fue como si, por primera vez, alguien se fijara en mí. Hasta ese momento, no me había dado cuenta de cuánto me dolía ser invisible. Deseaba que se fijaran en mí. Pero sobre todo deseaba que él me tocara y ese deseo me aterraba. Por lo que yo sabía, el sexo no era más que dolor y humillación.

Era consciente de que estaba mal sentir lo que él me hacía sentir y de que era peligroso que me excitara aquel chico que no era en absoluto adecuado para mí. Debería haberme esforzado en ponerle fin, en mirar hacia otro lado, en murmurar algo sobre que aquello no estaba bien, pero cuando me cogió de la barbilla y me hizo levantar la vista hacia él, supe que era demasiado tarde.

Su rostro era todo huecos y planicies, bajo la despiadada luz del pasillo. Tenía el pelo demasiado largo, como todos los grasientos, y casi azul en algunas zonas; además, su piel era demasiado oscura. Pero a mí no me importaba. Antes de conocer a Rafe, me esperaba un futuro como ama de casa de barrio residencial.

Y, de repente, esa posibilidad desapareció. Así de fácil. Quien diga que la vida no puede cambiar en un segundo es que es tonto. Yo quería romper las reglas. Haría cualquier cosa por él.

Rafe era la viva imagen de la frialdad, allí de pie, sonriéndome con arrogancia, pero pude reconocer en él las mismas emociones que a mí me habían convertido en otra persona.

Juntos seríamos peligrosos. Estaba convencida de ello. Tiraríamos el uno del otro en todo momento para volver a sentirnos así.

«Sal conmigo —me dijo, tendiéndome la mano—. Pasa de lo que piensen los demás».

«Los demás» eran todos: mis padres, los vecinos, los profesores, los médicos que me habían tratado. Ninguno de ellos aprobaría lo nuestro. Todos se espantarían y, además, yo estaba loca.

«Seremos peligrosos», volví a pensar.

«¿Podremos mantenerlo en secreto?», le pregunté.

Me di cuenta de que mi pregunta le había dolido y eso no me gustó. Hasta que, pasado un tiempo, él me llevó a la cama y me

enseñó lo que era el amor, la pasión y el sexo, no le conté todo, hasta el último detalle sórdido de mi existencia vacía y despreciable. Él me abrazó, me dejó llorar y me dijo que no permitiría que nadie me hiciera daño nunca más. Besó la pequeña constelación de cicatrices estrelladas que yo tenía en el pecho y en los brazos. Entonces lo entendió.

Durante meses, mantuvimos nuestra relación en secreto... hasta que me di cuenta de que estaba embarazada.

22

La gente cree que, en mi época, las chicas de instituto no nos quedábamos embarazadas, pero sí lo hacíamos. Hay ciertas cosas en este mundo que son inevitables y que los adolescentes practiquen sexo es una de ellas. La diferencia era que nosotras desaparecíamos. Siempre había rumores e insinuaciones. Las chicas simplemente se iban un día a visitar a una tía mayor o a una prima enferma y volvían un tiempo después, por lo general más delgadas y más calladas. A dónde iban realmente, ni lo sabía, ni me importaba.

Yo amaba a Rafe; no con el ardor de colegiala de nuestro primer encuentro, sino profundamente, con todo mi ser. Todavía no sabía que el amor era frágil y que el futuro podía cambiar en un instante. Una noche de finales de mayo de mi penúltimo año de instituto, mi padre llegó a casa con una sonrisa poco habitual y nos comunicó a mi madre y a mí que lo habían ascendido y que nos mudábamos a Seattle. Nos enseñó una foto de la casa que había comprado y le dio a mi madre un beso en la mejilla. Ella parecía tan sorprendida como yo.

Un giro radical.

«Nos mudaremos el 1 de julio», dijo mi padre.

Tenía que contárselo a Rafe. No disponía de más tiempo para preocuparme, ni para hacer planes. Mi futuro, a menos que él lo evitara, estaría en un lugar llamado Queen Anne Hill, en Seattle.

Aunque me daba miedo contárselo, también estaba emocionada. Tal vez incluso un poco orgullosa. Lo habíamos conseguido, habíamos creado un hijo fruto de nuestro amor, y ¿acaso no me habían criado para eso?

Él no dejó de abrazarme, la noche que por fin se lo conté. Teníamos diecisiete y dieciocho años, respectivamente: éramos unos niños. A él le quedaba menos de un mes de instituto. A mí algo más de un año. Estábamos tumbados en «nuestro sitio», una enramada que habíamos construido en el naranjal de Old Man Kreske. Habíamos dejado allí un viejo saco de dormir y una almohada. Guardábamos la cama en una bolsa de basura y la escondíamos en un seto cuando nos íbamos. Después de clase, extendíamos el saco de dormir y nos metíamos en él. Boca arriba, sin dejar de tocarnos, contemplábamos al cielo. El aire olía a naranjas maduras, a tierra fértil y a barro tostado

por el sol.

«Un bebé», dijo él, y de repente te imaginé: diez dedos en las manos, diez en los pies, una mata de pelo negro. En un instante, fabriqué una vida de ensueño para los tres, pero luego él se quedó callado y me asaltó la duda. ¿Cómo iba a quererme así, a mí, que estaba tan dañada?

«Puedo irme a... dondequiera que vayan las chicas. Cuando vuelva...», dije, rompiendo el silencio.

«No. Es nuestro bebé. Formaremos una familia», declaró él, con firmeza.

Nunca había amado tanto a nadie como lo amé a él en ese momento.

Esa tarde con aroma a naranjas, empezamos a hacer planes. Sabía que no podía contárselo a mis padres. Si tenían la posibilidad de encerrarme y regalar a mi hijo, sabía que lo harían. Y tampoco me lo pensé dos veces antes de dejar el instituto. No era ninguna lumbrera y ni siquiera había empezado a darme cuenta de lo grande que podía ser el mundo, ni de lo que podía durar una vida. Era una chica de mi tiempo. Quería ser esposa y madre.

Nos iríamos justo después de su graduación. Él también estaba solo, prácticamente. Su madre había muerto al alumbrarlo y él había acabado en el sur de California con uno de sus tíos, después de que su padre abandonara a la familia. Eran jornaleros migrantes. Rafe quería algo mejor para sí mismo y éramos lo suficientemente ingenuos como para pensar que podríamos encontrarlo juntos.

Cuando llegó el día que habíamos elegido para escaparnos, yo estaba muy nerviosa. No fui capaz de articular palabra durante la cena. Lo que menos me apetecía era tener que comerme el postre; no pude tragar ni un solo bocado de la tarta de galletas Ritz de mi madre.

«¿Y a esta qué le pasa, mamá?», preguntó mi padre, frunciendo el ceño a través del humo azul de su cigarrillo.

«Tengo deberes», murmuré, antes de levantarme. Lavé y sequé los platos mientras mi padre fumaba un cigarrillo entre bocado y bocado de tarta y mi madre se enfrascaba en una labor de bordado con alguna frase cursi. No los oí hablar entre ellos, aunque eso no era nada raro. Además, me latía tan fuerte el corazón que tampoco creo que hubiera sido capaz de escuchar sus voces.

Me aseguré de que todo estuviera perfecto, a la altura del exigente baremo de mi padre, antes de colgar el trapo de cuadritos vichy en el asa metálica de la cocina. Para entonces, mis padres se habían trasladado al salón. Se encontraban sentados en sus respectivos asientos favoritos: mi padre en el sillón de mohair verde oliva con

ribete de flecos y mi madre en un extremo del sofá color crema. A sus espaldas, unas cortinas de tejido de corteza vegetal con un estampado abstracto en verde oliva, blanco y rojo enmarcaban la imagen de la casa del vecino.

«Tengo muchos deberes que hacer esta noche», dije desde un extremo de la habitación, con las manos entrelazadas y los hombros encorvados, como una penitente. Me estaba esforzando en portarme bien. No quería que mi padre se enfadara ni lo más mínimo.

«Será mejor que te vayas, entonces», dijo este, encendiendo un cigarrillo con otro.

Abandoné apresuradamente la sala. Detrás de la puerta cerrada de mi habitación, esperé dando vueltas a que apagaran las luces, con la maleta escondida bajo la cama.

Los segundos me parecieron horas. A través de las finas paredes, oí la voz de Danny Thomas cantando algo en la televisión, mientras el olor del humo del cigarro de mi padre se colaba por debajo de la puerta.

A las nueve y cuarto, oí que apagaban la televisión y cerraban la casa. Esperé otros veinte minutos, el tiempo suficiente para que mi madre se echara Noxzema en la cara y se recogiera el pelo con una redecilla.

Asustada, metí varios cojines y peluches en mi cama y los tapé con las mantas. Me vestí con cuidado en la oscuridad. Estábamos en junio, e incluso en el sur de California podía hacer frío por las noches. Me puse una falda de cuadros escoceses de colores vivos y un jersey negro, de manga tres cuartos, abrochado hasta arriba del todo. Me cepillé el pelo, me lo recogí en una coleta y abrí la puerta.

El pasillo estaba silencioso y oscuro. Por debajo de la puerta del dormitorio de mis padres no se filtraba ninguna luz.

Avancé a hurtadillas por el corredor, alarmada por el sonido de mis propios pies sobre la moqueta. A cada paso esperaba que me detuvieran, que me agarraran, que me golpearan, pero nadie me siguió y no se encendió ninguna luz. Al llegar a la puerta de atrás, que tenía una equis por fuera como las de los graneros, me detuve y me volví para contemplar la casa.

Juré en silencio no volver jamás. Luego di media vuelta, vi unos faros esperándome al final del callejón sin salida y corrí hacia mi futuro.

Cuando agotamos el primer depósito de gasolina, el miedo se apoderó de nosotros. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Cómo íbamos a vivir, en realidad?

Yo tenía diecisiete años y estaba embarazada, carecía del título de bachillerato y de experiencia laboral. Rafe, a sus dieciocho años, no tenía familia ni dinero a los que recurrir. Al final, el dinero que teníamos nos dio solo para llegar hasta el norte de California. Rafe hizo lo único que sabía. Empezó a trabajar en una granja tras otra, recogiendo los frutos de temporada. Vivíamos en tiendas, chozas o cabañas. En lo que encontrábamos.

Recuerdo que yo siempre estaba cansada, sin dinero, sucia y sola. Él no me dejaba trabajar en mi estado y a mí no me importaba. Me limitaba a quedarme en cualquier casucha que encontrábamos, intentando hacerla acogedora. Queríamos casarnos. Al principio yo no tenía la edad suficiente y más tarde, cuando cumplí dieciocho años, el mundo había empezado a cambiar a nuestro alrededor y nos sumió en el caos. Llegamos a la conclusión de que los enamorados no necesitaban firmar ningún papel.

Éramos felices. Eso sí lo recuerdo. Yo amaba a tu padre. Incluso cuando ambos empezamos a cambiar, seguía loca por él.

El día que naciste —en una tienda de campaña en un campo de Salinas, por cierto— me sentí fortalecida y abrumada por el amor. Te pusimos Tallulah porque sabíamos que serías extraordinaria y Rose porque tu piel rosada era la cosa más suave y preciosa que jamás había tocado.

Yo te quería. Y te quiero.

Pero algo me pasó cuando naciste. Empecé a tener pesadillas con mi padre. Hoy en día, cualquiera le habría hablado a una madre primeriza de la depresión posparto, pero por aquel entonces no, al menos en un campamento de migrantes en Salinas. En nuestra pequeña y polvorienta tienda de campaña, me despertaba en mitad de la noche, gritando. Era como si las cicatrices de mis quemaduras de cigarrillo palpitaran de dolor. A veces me parecía verlas brillar a través de la ropa. Rafe no lo entendía.

Empecé a recordar lo que era la locura y a sentirme así de nuevo. Me asusté tanto que me lo callé e intenté ser buena. Pero Rafe no quería que fuera buena y me lo callara; no dejaba de agarrarme y zarandearme, de suplicarme que le dijera qué me pasaba. Una noche en la que él estaba fuera de sí por la preocupación, empezamos a pelearnos. Fue nuestra primera pelea de verdad. Él quería algo de mí que yo no podía darle. Se fue, o lo eché yo. No lo recuerdo. En cualquier caso, se marchó furioso, y en su ausencia me desmoroné. Sabía que había sido mala, que lo había perdido, que él nunca me había querido de verdad... ¿Cómo habría podido? Cuando por fin volvió a casa, tú estabas desnuda, llorando, y te habías hecho caca en

el suelo, y yo estaba allí sentada, aturdida, mirándote. Él me dijo que estaba loca y yo... me enfadé. Le di una bofetada con todas mis fuerzas.

Fue horrible. Llamaron a la policía. Le pusieron las esposas a Rafe, se lo llevaron y me hicieron entregarles mi carné de conducir. No olvides que estábamos en 1962. Aunque yo era adulta y madre, llamaron a mi padre. Por aquel entonces, mi madre ni siquiera tenía su propia tarjeta de crédito. Mi padre les pidió que me retuvieran y así lo hicieron.

Me pasé horas sentada en una celda sucia y apestosa de la cárcel. El tiempo suficiente para que a Rafe le tomaran las huellas y lo ficharan por agresión (piensa que yo era una chica blanca). Una mujer con cara de amargada de los servicios sociales te apartó de mí, quejándose de lo sucia que estabas. Debería haber gritado, haber extendido los brazos vacíos y exigir que me devolvieran a mi niña. Pero me quedé allí sentada, agobiada por una desesperación tan sombría que me impedía respirar, por una pena que me parecía imposible disipar. Estaba loca. Ahora lo sabía.

¿Cuánto tiempo estuve allí? Sigo sin saberlo. Por la mañana intenté convencer a la policía de que había mentido al decir que Rafe me había pegado, pero no les importó. Me dejaron encerrada «por mi propia seguridad» hasta que mi padre fue a recogerme.

El sanatorio al que me enviaron la segunda vez era mucho peor que el primero. Debería haber gritado y haberme peleado con uñas y dientes para escapar. No sé por qué no lo hice. Me quedé de pie junto a mi madre mientras ella me llevaba por unas escaleras de piedra hasta un edificio que olía a muerte, a alcohol y a orina rancia.

«Dorothy se escapó, tuvo un bebé y le pegó a su novio. Ahora no quiere hablar».

Fue entonces cuando empecé a sufrir grandes lagunas mentales, pedazos de tiempo que dejé olvidados en algún lugar de aquel edificio blanco y maloliente con ventanas llenas de barrotes y rejas.

Tengo recuerdos de ese lugar, pero no soy capaz de hablar de ellos. Ni siquiera ahora, después de tanto tiempo. Todo podía resumirse en una palabra: medicación. Amitriptilina para la depresión, clorhidrato para dormir, algo que no recuerdo para la ansiedad. Y electrochoques, baños de hielo... y... En fin, decían que era por mi propio bien. Al principio era consciente de todo, pero la clorpromazina me convirtió en una zombi; empezó a molestarme la luz, la piel se me secó y se me arrugó, y se me hinchó la cara. Cuando saqué fuerzas para levantarme

y mirarme al espejo, me di cuenta de que tenían razón. Estaba enferma y necesitaba ayuda. Ellos solo querían que estuviera mejor. Lo único que tenía que hacer para mejorar era volver a ser una buena chica. Dejar de maldecir, de resistirme, de mentir sobre mi padre y de exigir que me devolvieran a mi hija.

Pasé allí dos años.

Cuando salí del sanatorio, era otra persona. Estaba vacía. Esa es la mejor forma de explicarlo. Creía haber conocido el miedo antes de que esas puertas se cerraran tras de mí, antes de aprender a ver el cielo a través de los barrotes metálicos y la alambrada, pero me equivocaba. Cuando salí, me fallaba la memoria: a veces perdía la noción del tiempo y había fragmentos de mi vida que no lograba recordar.

Lo que sí recordaba era el amor. Era un recuerdo muy frágil, pero fue lo que me mantuvo con vida allí dentro. Me aferraba a mis recuerdos en la oscuridad, repasándolos con los dedos como las cuentas de un rosario. «Él me quiere». Me lo repetía una y otra vez. «No estoy sola».

Y también estabas tú.

Guardé en mi mente una imagen tuya durante todo el proceso: tus mejillas sonrosadas, tus ojos de color marrón chocolate —los ojos de Rafe— y la forma en que te lanzabas hacia delante cuando intentabas gatear.

Cuando por fin me dejaron marchar, salí del pabellón del hospital con una ropa que no reconocía como mía.

Mi madre me esperaba allí de pie, aferrándose a la correa del bolso con las manos enguantadas. Llevaba un austero vestido marrón de manga corta con un cinturoncito blanco. Su pelo parecía un gorro de baño. Frunció los labios y me miró a través de las gafas de ojo de gato.

«¿Ya te encuentras mejor?».

La pregunta me sacó de quicio, pero me contuve.

«Sí. ¿Cómo está Tallulah?».

Mi madre exhaló un pequeño suspiro de disgusto y me di cuenta de que no debería haber preguntado.

«Le hemos dicho a todo el mundo que es nuestra sobrina. Saben que fuimos a los tribunales para conseguir la custodia, así que no digas nada».

«¿Me la habéis quitado?».

«Mírate. Tu padre tenía razón. Tú no eres capaz de criar a un hijo».

«Mi padre», me limité a decir, pero fue suficiente. A mi madre se le erizó el vello del cogote.

«No empieces otra vez».

Me agarró del brazo, me sacó del sanatorio y me hizo bajar las escaleras y subirme a un Chevrolet Impala nuevo, de color azul cielo. Solo podía pensar en sacarte de esa casa horrible en la que él vivía, pero sabía que tenía que ser lista. Si volvía a meter la pata, encontrarían la manera de asegurarse de que no volviera a darles problemas. Había visto cómo lo hacían en aquellos sitios, por aquel entonces. Las cabezas calvas y las cicatrices de la cirugía; las miradas inexpresivas y los pacientes que caminaban arrastrando los pies, babeando y orinando en cualquier sitio.

El viaje de vuelta a casa duró más de dos horas. Recuerdo haberme fijado en la autopista que discurría a mi lado y haber pensado que aquella ciudad no me sonaba de nada. Mis padres vivían al lado de una nueva excentricidad llamada Space Needle, que parecía una nave alienígena pinchada en lo alto de una torre. No recuerdo que intercambiáramos ni una sola palabra hasta entrar en el garaje.

«Te ha ayudado, ¿verdad? —me preguntó mi madre. Percibí un brillo de preocupación en su mirada—. Nos dijeron que necesitabas ayuda».

Sabía que nunca podría decirle la verdad... si es que seguía siendo capaz de distinguir cuál era. «Estoy mejor», respondí con apatía.

Pero cuando entré en su nueva casa, que estaba llena de muebles de mi juventud y olía a la loción Old Spice de mi padre y a cigarrillos Camel, me sentí tan mal que fui corriendo al fregadero de la cocina y vomité.

La primera vez que volví a verte, me eché a llorar.

«Dorothy, déjala —me dijo mi madre bruscamente—. No te conoce».

No me permitía tocarte. Mi madre estaba convencida de que mi veneno acabaría infectándote, y ¿cómo podría yo llevarle la contraria?

Parecías feliz con ella y ella sonreía cuando estaba contigo, incluso se reía. Yo no recordaba haberla hecho nunca tan feliz como tú. Tenías tu propia habitación, muchos juguetes y ella te acunaba para que te durmieras. Aquella primera noche en casa, me quedé en la puerta de tu habitación mientras ella te cantaba *Duérmete, niña*.

Me di cuenta de que mi padre se me acercaba por detrás; el aire se enfrió. Se pegó a mí, me puso una mano en la cadera y me susurró al oído: «Va a ser una belleza, tu pequeña espalda mojada».

Yo me giré. «No se te ocurra ni mirar a mi hija».

Él sonrió. «Haré lo que me dé la gana. ¿O no lo sabes ya?».

Di un grito de rabia y lo empujé para apartarlo de mí. Él abrió los ojos de par en par, mientras perdía el equilibrio. Extendió la mano hacia mí y yo retrocedí, observando cómo caía por aquellas escaleras de madera maciza rodando, emitiendo golpes y crujidos y rompiendo la barandilla. Cuando se quedó inmóvil, bajé hasta él. La sangre brotaba de la parte posterior de su cabeza.

Sentí que una frialdad gris pálida descendía a mi alrededor, aislándome, alejándome. Me dejé caer de rodillas sobre la sangre que había a su lado. «Te odio», le dije, esperando que fueran las últimas palabras que oyera en su vida. Cuando oí la voz de mi madre, levanté la vista.

«¿Qué has hecho?», gritó contigo en brazos. Tú estabas durmiendo. Ni siquiera sus gritos te despertaron.

«Está muerto», contesté.

«Oh, Dios mío. ¡Winston!». Mi madre volvió corriendo a la habitación y pude oír cómo llamaba a la policía.

Corrí tras ella y la alcancé cuando estaba colgando.

Se dio la vuelta. «Te buscaré ayuda», dijo.

Ayuda.

Sabía lo que eso significaba. Electrochoques, baños de hielo, ventanas enrejadas y medicamentos que me hacían olvidar todo y a todos.

«Dámela», le supliqué.

«No está a salvo contigo». Mi madre te estrechó entre sus brazos. Vi cómo luchaba por ti y me dolió tanto que me costaba respirar.

«¿Por qué no te enfrentaste a él por mí?».

«¿Cómo?».

«Ya sabes cómo. Sabes lo que me hizo».

Ella negó con la cabeza, diciendo algo que no fui capaz de oír.

«Voy a protegerla», añadió en un débil susurro.

«A mí no me protegiste».

«No», repuso ella.

Oí que se acercaban las sirenas.

«Dámela —volví a rogarle, pero sabía que era demasiado tarde—. Por favor».

Mi madre negó con la cabeza.

Si me encontraban allí, me detendrían. Me había convertido en una asesina. Mi propia madre había llamado a la policía y estaba claro que no pensaba protegerme.

«Volveré a buscarla —le prometí llorando—. Encontraré a Rafe y volveremos».

Salí corriendo de la casa de mis padres y me escondí detrás de un rododendro gigante que había en el jardín. Todavía estaba allí cuando llegaron la policía, la ambulancia y los vecinos.

Quería odiar aquello en lo que me había convertido —una asesina — pero solo era capaz de alegrarme por su muerte. Al menos te había salvado de él. También quería salvarte de mi madre, pero ¿cómo iba a cuidarte sola? Yo no era nadie. No tenía trabajo, ni dinero, ni diploma de secundaria.

Necesitábamos a Rafe para volver a ser una familia.

«Rafe». Su nombre pasó a serlo todo para mí: mi religión, mi mantra, mi destino.

Bajé a la Primera Avenida y saqué el pulgar. Una furgoneta Volkswagen cubierta de pegatinas de flores se detuvo y el conductor me preguntó a dónde iba.

«A Salinas», le respondí. Era lo único que se me ocurría. El último lugar donde lo había visto.

«Sube».

Así lo hice. Subí al vehículo y me puse a mirar por la ventanilla mientras escuchaba la música que salía de su radio chirriante: *Blowin' in the Wind*.

«¿Te apetece colocarte?», me preguntó, y yo pensé: «¿Por qué no?».

Dicen que la marihuana no es adictiva. Para mí lo fue. Una vez que me fumé el primer porro, no pude parar. Necesitaba la calma que me proporcionaba. Fue entonces cuando empecé a vivir como un vampiro, pasándome las noches en vela, constantemente colocada. Me acostaba con hombres que ya ni recuerdo en colchones sucios. Pero dondequiera que iba, preguntaba por Rafe. En todas las ciudades de California hacía autostop para ir hasta las granjas de la zona y preguntar por él chapurreando en español, mostrando la única fotografía que tenía a jornaleros que me miraban con recelo.

Me pasé meses a la deriva, hasta llegar a Los Ángeles. Sola, hice autostop hasta Rancho Flamingo y vi la casa en la que había crecido. Luego me dirigí a la antigua casa de Rafe. Nunca había estado en ella, así que tardé en encontrarla. No esperaba que estuviera allí y no me equivocaba. Sin embargo, alguien me abrió la puerta.

Su tío. Lo supe en cuanto lo vi. Tenía los ojos oscuros de Rafe —tus ojos, Tully— y el mismo cabello ondulado. Me pareció increíblemente viejo, lleno de surcos y arrugas y descolorido por toda una vida de trabajo duro bajo un sol abrasador.

«Soy Dorothy Hart», dije, limpiándome la frente sudorosa.

Él se recolocó el maltrecho sombrero vaquero de paja sobre la cabeza. «Sé quién eres. Tú hiciste que lo metieran en la cárcel». Su inglés tenía un fuerte acento hispano.

¿Qué podía responder a eso? «¿Tiene idea de dónde está?».

Me miró durante tanto tiempo que empecé a sentirme mal. Luego hizo un pequeño gesto con su nudosa mano para que lo siguiera.

Me permití sentir un atisbo de esperanza y avancé, subiendo los desnivelados escalones del porche. Entré tras él en aquella casa limpia y llena de sombras, que olía a limones, puede que a tabaco y a carne asada.

Ante una pequeña chimenea tiznada de hollín, el anciano se detuvo. Encorvó los hombros y se giró hacia mí. «Él te amaba».

Vi a Rafe en los tristes ojos negros de aquel hombre y el amor me estrujó el corazón como un cepo. ¿Cómo explicarle a él mi desgracia, que había estado encadenada como un animal durante años, que me había cortado el brazo para liberarme? «Yo también lo amo. De verdad. Sé que él cree que me escapé, pero...».

Entonces caí en la cuenta.

«Te amaba». En pasado.

Negué con la cabeza. No quería oír lo que iba a decir a continuación.

«Él te buscó. Mucho tiempo».

Parpadeé para contener las lágrimas.

«Vietnam», dijo por fin.

Fue entonces cuando me fijé en la bandera doblada en forma de pequeño triángulo que estaba sobre la chimenea, dentro de un marco de madera.

«Ni siquiera pudimos enterrarlo en la tierra que amaba. No quedó nada de él».

Vietnam. No podía imaginármelo allí, a mi Rafe, con su pelo largo, su sonrisa radiante y sus manos tiernas.

«Sabía que vendrías a buscarlo, me pidió que te diera esto».

El anciano metió la mano detrás de la bandera y sacó un trozo de papel de cuaderno normal, de los que se usaban en el instituto. Estaba doblado en forma de cuadradito. El tiempo y el polvo lo habían vuelto del color del tabaco.

Me temblaron las manos al abrirlo.

«*Querida*»,[11] había escrito, y se me paró el corazón al leerlo. Te juro que pude oír su voz y percibir el aroma de las naranjas. «Te amo y siempre te amaré. Cuando regrese, os buscaré a ti y a Tallulah y volveremos a empezar. Espérame, *querida*, como yo te espero a ti».

Miré al anciano y vi mi dolor reflejado en sus ojos. Apreté la nota;

era tan frágil que se convirtió en ceniza entre mis manos. Salí como pude de la casa y caminé hasta que se hizo de noche, e incluso entonces seguí caminando.

Al día siguiente, cuando fui a la manifestación de protesta que me había llevado hasta Los Ángeles, aún estaba llorando. Mis lágrimas se mezclaron con el polvo y la suciedad y se convirtieron en la pintura de guerra de la pérdida. Me encontraba en medio de aquella multitud —la mayoría de ellos eran chicos como yo, debíamos de ser unos mil— y, mientras escuchaba sus consignas y sus protestas en contra de la guerra, caí en la cuenta. Había gente que estaba muriendo allí. Y la rabia que siempre bullía en mi interior encontró la forma de canalizarse. Ese día fue la primera vez que me detuvieron.

Ahí empecé a tener de nuevo lagunas mentales. De días, de semanas, incluso de un mes, una vez. Ahora sé que era porque consumía demasiadas drogas. María, metacualona y LSD. Todo parecía seguro por aquel entonces y yo estaba desesperada por animarme y desconectar.

Estaba obsesionada con vosotros, Tully; contigo y con tu padre. Empecé a veros a ambos en el aire caliente que subía del suelo del desierto en la comuna de Mojave donde vivía. Te oía llorar cuando lavaba los platos o sacaba agua de la cisterna. A veces sentía que tu manita tocaba la mía y gritaba de miedo, sobresaltada. Mis amigos se reían, me advertían sobre los malos viajes y pensaban que el LSD me ayudaría.

Cuando eché la vista atrás, después de desengancharme finalmente, no me sorprendió en absoluto. Eran los años sesenta, yo apenas había entrado en la edad adulta, habían abusado sexualmente de mí, me habían maltratado y yo creía que todo era culpa mía. Normal que hubiera caído en las drogas. Me convertí en un pedazo de cuerda flotando en un río de agua helada. Estaba colocada todo el tiempo.

Entonces, una noche en la que hacía tanto calor que no encontraba sosiego dentro del saco de dormir, soñé con mi padre. En mi pesadilla estaba vivo e iba a por ti. Una vez que la pesadilla entró en mi vida, nada consiguió librarme de ella. Ni las drogas, ni el sexo, ni la meditación. Al final no pude soportarlo más. Le dije a un tipo al que llamábamos Oso Pooh que se la chuparía durante todo el camino a Seattle si me llevaba a casa. Le di la dirección. Lo siguiente que recuerdo es que cinco de nosotros pusimos rumbo al norte en una vieja furgoneta Volkswagen, cantando al ritmo de The Doors y envueltos en una nube de humo. Acampamos por el camino, hicimos

brownies de marihuana en una sartén de hierro fundido sobre una hoguera y tomamos ácido.

Mis pesadillas se volvieron más desagradables e intensas. Empecé a ver a Rafe también a la luz del día, empecé a pensar que su fantasma me seguía. Oía su voz llamándome «zorra» y «mala madre». Lloraba en sueños constantemente.

Y un día me desperté, todavía drogada, y me di cuenta de que habíamos estacionado delante de la casa de mi madre. La furgoneta estaba mitad en la carretera, mitad en la acera. Creo que ninguno de nosotros recordaba haber aparcado. Crucé el suelo enmoquetado y salté de la furgoneta a la calle. Sabía que tenía mal aspecto y olía mal, pero ¿qué le iba a hacer?

Atravesé la carretera dando tumbos y entré en casa.

Tú estabas allí, en la mesa de la cocina, jugando con una cuchara, cuando abrí la puerta mosquitera y entré. En algún lugar del piso de arriba, una campana tintineó.

«Es el abuelo», dijiste y sentí que la rabia explotaba en mi interior. ¿Cómo podía estar vivo? ¿Y qué te había hecho?

Subí las escaleras dando bandazos contra las paredes, llamando a gritos a mi madre. Ella estaba en el dormitorio, con mi padre, que yacía como un cadáver en una de las camas gemelas. Él tenía una expresión vacía y gris y la baba le caía por la barbilla.

«¿Está vivo?», grité.

«Paralítico», dijo ella, poniéndose en pie.

Quería decirle a mi madre que pensaba llevarte conmigo; quería ver el dolor en sus ojos. Pero estaba tan desquiciada que no lograba pensar con claridad. Bajé corriendo las escaleras y te cogí en brazos.

Mi madre bajó corriendo detrás de mí. «Está paralítico, Dorothy Jean. Le dije a la policía que había sufrido un ataque. Te lo juro. Estás a salvo. Nadie sabe que lo empujaste. No tienes por qué irte».

«¿Tu abuelo puede moverse?», te pregunté.

Tú negaste con la cabeza y te metiste el pulgar en la boca.

Daba igual. Te tenía en brazos y no podía soltarte. Imaginé una redención para mí, un nuevo comienzo para nosotras. Imaginé una vida con cercas de madera, bicicletas con ruedines y reuniones de exploradoras.

Así que te llevé conmigo.

Y estuve a punto de matarte al dejarte comer un brownie de marihuana.

Ni siquiera fue idea mía llevarte al hospital cuando empezaste a marearte, sino de Oso Pooh.

«No sé yo, Dot. Es demasiada hierba para una niña. Se ha puesto...

verde».

Te llevé urgencias y les dije que te habías comido la maría del vecino. Nadie me creyó.

Más tarde, mientras dormías, volví a entrar a hurtadillas y te sujeté el nombre en la camisa con el número de teléfono de mi madre.

Fue lo único que se me ocurrió. Por fin lo había entendido: no te merecía.

Te besé antes de irme.

Seguro que no recuerdas nada. Al menos, eso espero.

Después de aquello, me hundí. Para mí, el tiempo se volvió tan elástico como la goma. La marihuana y la metacualona me embotaban la mente y me despojaban de la capacidad de preocuparme por nada. Pasé los seis años siguientes en comunas, en autobuses escolares pintados y haciendo autostop a la orilla de la carretera. La mayoría de las veces estaba demasiado drogada como para saber siquiera dónde me encontraba. Llegué a San Francisco. El epicentro. Sexo. Drogas. Rock and roll. Jimi en el Fillmore. Joan y Bob en el Avalon. No me acuerdo de mucho... Hasta que un día, en 1970, al mirar por la ventanilla mugrienta de la furgoneta mientras íbamos de camino a una manifestación por la paz, vi la Space Needle.

Ni siquiera me había dado cuenta de que habíamos salido de California. «¡Un momento! Mi hija vive cerca de aquí», grité.

Cuando aparcamos delante de la casa de mi madre, me di cuenta de que no debería salir del coche. Estabas mejor sin mí, pero tenía un colocón demasiado grande como para que eso me importara.

Salí a trompicones de la furgoneta, envuelta en una nube de humo de marihuana que me protegía. Fui hacia la puerta principal y llamé con fuerza, intentando mantener el equilibrio. Fracasé tan estrepitosamente que no pude evitar echarme a reír. Estaba tan colocada que...

3 de septiembre de 2010

18.15 horas

«Piiii...».

El ruido se filtró en los recuerdos de Dorothy y la devolvió al presente. Estaba tan metida en la historia que tardó unos instantes en darse cuenta de que estaba sonando una alarma.

Se puso en pie de un salto.

—¡Ayuda! —gritó—. ¡Que venga alguien, por favor! ¡Creo que se le ha parado el corazón! ¡Por favor! ¡Rápido! ¡Que alguien salve a mi hija!

El resplandor que me envuelve es precioso; me siento como dentro de una estrella. A mi lado, oigo la respiración de Katie. El aire de la noche huele a lavanda.

—Ella está ahí... Bueno, aquí —digo, asombrada por el mero hecho de que mi madre haya ido a verme.

Estoy escuchando su voz, tratando de entender lo que dice. Oigo algo de una fotografía y una palabra, *«querida»,* que no tiene sentido. En realidad, nada tiene sentido. Solo es un revoltijo de sonidos y pausas. Una voz olvidada y a la vez grabada en lo más profundo de mi alma.

Entonces percibo otro sonido. Un ruido que no encaja en este hermoso lugar. Un pitido.

No, un ronroneo. Un avión en lo alto del cielo... o un mosquito zumbándome en el oído.

Alguien arrastrando los pies. Gente caminando con zapatos de suela gruesa. Una puerta que se cierra con un «clic».

Solo que no hay ninguna puerta. ¿O sí?

Tal vez.

Una alarma suena a todo volumen.

—¿Katie?

Miro de reojo y veo que estoy sola. Un frío inesperado me hace temblar. ¿Qué ocurre? Algo está cambiando...

Me concentro mucho, me esfuerzo por ver dónde estoy realmente... Sé que me encuentro en esa habitación de hospital, conectada a un soporte vital. Una cuadrícula hace acto de presencia allá en lo alto. Paneles acústicos. Un techo blanco, lleno de agujeros grises. Áspero. Como la piedra pómez o el hormigón viejo.

Y de repente regreso a mi cuerpo. Estoy en una cama estrecha, con barandillas de metal ondulantes como anguilas, que emiten destellos plateados al moverse. Veo a mi madre a mi lado. Grita algo sobre su hija —yo— y luego se aleja rápidamente. Las enfermeras y los médicos entran corriendo y la apartan.

Todas las máquinas enmudecen a la vez y me contemplan expectantes, mientras sus formas antropomórficas se enderezan. Susurran entre ellas, pero no logro entender lo que dicen. Una línea verde recorre una cara negra y cuadrada, que sonríe y frunce el ceño

mientras pita. A mi lado, algo zumba y traquetea.

Un dolor insoportable me atraviesa el pecho, es tan inesperado que ni siquiera me da tiempo a llamar a Kate.

Luego, la línea verde se aplana.

23

3 de septiembre de 2010
18.26 horas

—Está muerta. ¿Por qué seguimos aquí? —preguntó Paxton. Marah se giró hacia él. Se hallaba sentado en el suelo de la sala de espera con las largas piernas estiradas, cruzadas por los tobillos. A su lado había un montón de envoltorios de comida de colores chillones: galletas, pasteles, patatas fritas, barritas de caramelo... Había comprado todo lo que estaba a la venta en la máquina expendedora, junto al ascensor. No dejaba de decirle a Marah que le pidiera más dinero a su padre. Ella frunció el ceño—. ¿Por qué me miras así? En la televisión, cuando la línea se aplana, se acabó. Tu padre te ha enviado un mensaje hace diez minutos diciendo que se le había parado el corazón. Luego el médico los ha llamado. Ya sabemos para qué. Se ha ido al otro barrio.

De repente, Marah pudo verle realmente. Fue como si se encendieran las luces del techo de un teatro decrépito que parecía mágico en la oscuridad. Se fijó en la piel pálida de Pax, en sus cejas perforadas, en sus uñas ennegrecidas y en la suciedad que tenía en el cuello.

Se puso de pie tan rápidamente que estuvo a punto de caerse, recuperó el equilibrio y echó a correr. Entró en la habitación de la UCI en la que estaba Tully, justo cuando el doctor Bevan decía:

—La hemos estabilizado de nuevo. Su actividad cerebral es buena, aunque obviamente no sabremos nada seguro hasta que se despierte. —El médico hizo una pausa—. Si es que se despierta. —Marah apoyó la espalda en la pared. Su padre y su abuela estaban de pie, al lado del médico. Dorothy estaba sola, con los brazos fuertemente cruzados y los labios apretados—. Hemos empezado a aumentar su temperatura corporal y la estamos sacando del coma, pero es un proceso lento. Mañana nos reuniremos de nuevo para evaluar su progreso. Le quitaremos el respirador y veremos qué pasa.

—¿Morirá cuando la desconecten de la máquina? —preguntó Marah, sorprendida por estar diciendo aquello en voz alta. Todos los presentes la miraron.

—Ven aquí —dijo su padre. Ella entendió de repente por qué él no

quería que sus hermanos estuvieran allí.

Marah se acercó con recelo. Llevaban tanto tiempo enfadados que le resultaba extraño acudir a él en busca de consuelo pero, cuando su padre levantó el brazo, ella se pegó a él y, durante un instante maravilloso, los años malos desaparecieron como por arte de magia.

—La verdad es que no lo sabemos —contestó el doctor Bevan—. Las lesiones cerebrales son impredecibles. Puede que se despierte y respire por sí misma, o puede que respire por sí misma y no se despierte. O puede que no sea capaz de respirar por sí misma. Cuando dejemos de medicarla y su temperatura corporal vuelva a la normalidad, podremos evaluar mejor su actividad cerebral. —El médico los miró a todos—. Ha estado muy inestable, como saben. Su corazón se ha detenido en varias ocasiones. Eso no tiene por qué ser un indicativo de las posibilidades que tiene de sobrevivir, pero es preocupante. —El doctor cerró el historial—. Mejor nos vemos mañana de nuevo para reevaluar la situación.

Marah miró a su padre.

—Quiero ir a buscar su iPod, el que le regaló mamá. Quizá si escucha su música... —No pudo terminar. La esperanza era demasiado peligrosa, tan efímera y amorfa; no encajaba en el mundo concreto de las palabras pronunciadas en voz alta.

—Esa es mi niña —dijo Johnny, dándole un apretoncito en la parte superior del brazo.

Marah recordó de pronto lo segura que se sentía cuando era su niña.

—¿Recuerdas cuando bailaban *Dancing Queen*? —comentó, intentando sonreír—. Se lo pasaban bomba.

—Sí —repuso él, con un nudo en la garganta. Marah se dio cuenta de que él también estaba recordando cómo su madre y Tully se sentaban juntas en el porche, incluso cuando todo se torció y su madre estaba tan pálida y delgada como una hoja de papel, escuchando su música ochentera y cantando. Él apartó la mirada un momento y luego le sonrió—. ¿El portero te dejará entrar en su apartamento?

—Todavía tengo una llave. Iré con Pax a su casa y cogeré el iPod. Luego... — Marah levantó la vista—. Podríamos volver a la casa. Si te parece bien.

—¿Bien? Nos hemos mudado a Bainbridge por ti, Marah. No he apagado la luz ni una sola noche, desde que te fuiste.

Una hora más tarde, Marah y Pax iban en un taxi en dirección a la costa.

—¿Qué se creen, que somos sus sirvientes? —protestó Paxton, repantingado al lado de Marah. Entonces encontró una hebra suelta en su camiseta negra y tiró de ella hasta que una espiral de hilo usado cayó en su regazo y el cuello de su camiseta se abrió. Era al menos la décima vez que le hacía aquella pregunta a Marah en las últimas ocho manzanas. Ella no contestó—. Tengo hambre —añadió él, al cabo de un rato—. ¿Cuánta pasta te ha dado tu viejo? ¿Podemos parar en Kidd Valley a comer una hamburguesa de camino?

Marah ni lo miró. Ambos sabían perfectamente que su padre le había dado dinero suficiente para una hamburguesa y que Paxton se gastaría hasta el último céntimo.

El taxi se detuvo delante del edificio de Tully. Marah se inclinó hacia delante en el asiento para pagar y salió detrás de Paxton. Era una noche fresca en Seattle. El azul del cielo empezaba a oscurecerse poco a poco.

—No entiendo por qué tenemos que hacer esto. Ella no oye una mierda.

Marah saludó al portero, que los miró frunciendo el ceño, como hacían casi todos los adultos. Luego guio a Pax por el elegante vestíbulo de mármol color crema para ir hacia el ascensor de espejos. Cuando llegaron al último piso, salieron del ascensor y se dirigieron al apartamento de Tully.

Marah abrió la puerta con la llave. El silencio que reinaba en el interior le resultó raro. En casa de Tully siempre había música. Encendió las luces mientras avanzaba por el pasillo.

Paxton cogió una escultura de cristal que había en el salón y se puso a darle vueltas entre las manos. Ella estuvo a punto de decir: «Cuidado, eso es un Chihuly», pero se tragó la advertencia. No era muy recomendable criticar a Pax. Era extremadamente sensible y se enfadaba en menos de nada.

—Tengo hambre —se quejó él, que ya se había aburrido—. ¿Sigue existiendo el Red Robin que había en esta manzana? No me vendría mal una hamburguesa con queso.

Marah le dio encantada el dinero suficiente para deshacerse de él.

—¿Quieres algo?

—No. Estoy bien.

Él aceptó el billete de veinte de su padre. Cuando se marchó y la casa volvió a quedarse en silencio, Marah pasó por delante de la mesa de centro, donde había un montón de correo esparcido. A su lado, en el suelo, estaba el último número de la revista *Star*, abierta por el famoso artículo.

A Marah casi le fallaron las piernas. Tully había estado leyendo la

revista la noche anterior... antes de subirse al coche. Ahí estaba la evidencia.

Apartó la vista de la prueba de su traición y siguió andando. El equipo de sonido para el iPod que había en la sala de estar estaba vacío, así que Marah fue al dormitorio de Tully y echó un vistazo alrededor. No había nada junto a la cama. Entró en el enorme vestidor de Tully y se detuvo de repente.

«Toma, pruébate esto, Marah. Pareces una princesa. A mí me encanta disfrazarme, ¿a ti no?».

La culpa se arremolinó a su alrededor, formando un humo negro y oscuro que se elevaba y contaminaba el aire que respiraba. Podía olerlo, sentirlo flotando sobre su piel desnuda, poniéndole la piel de gallina. Marah cayó lentamente de rodillas, sintiéndose de pronto incapaz de levantarse.

«Él acabará contigo». Eso había sido lo último que Tully le había dicho aquella noche terrible de diciembre en la que ella había elegido a Paxton, anteponiéndolo al resto de personas que la querían. Cerró los ojos, recordándolo. ¿De verdad solo habían pasado nueve meses desde que su padre y Tully habían aparecido en su habitación de la residencia? Parecía toda una vida. Paxton la había cogido de la mano y la había sacado a la calle en aquella noche nevada, riendo —riendo —, diciendo que eran como...

Romeo y Julieta.

Al principio le había parecido romántico, todo ese rollo de «nosotros contra ellos». Marah había dejado la universidad y se había mudado al apartamento destartalado que Paxton compartía con otros seis chicos. Era un cuarto piso sin ascensor en un edificio infestado de bichos de Pioneer Square pero, en cierto modo, a ella le daba igual no disponer apenas de electricidad o agua caliente y que el retrete no funcionara. Lo único que le importaba era que Paxton la quería y que podían pasar la noche juntos y entrar y salir libremente. Le daba igual que él no tuviera dinero ni trabajo. Su poesía los haría ricos, algún día. Además, ella tenía dinero. Había ingresado todo lo que le habían regalado por su graduación en una cuenta bancaria. Y su padre le daba lo suficiente para la universidad como para no tener que recurrir a sus propios ahorros.

Cuando el dinero de la cuenta de Marah se agotó, todo empezó a cambiar. Paxton decidió que la marihuana era «aburrida» y que el cristal, e incluso a veces la heroína, eran «lo más». A Marah empezó a faltarle dinero de la cartera; ella nunca había estado segura al cien por

cien, no lo suficiente como para acusarlo a él, pero desaparecía más rápido de lo esperado.

Ella había trabajado desde el principio. Paxton no podía tener un trabajo porque necesitaba las noches para recitar poesía en los clubes y los días para trabajar en sus versos. Marah estaba encantada de ser su musa. Su primer trabajo había sido en el turno de noche de un hotel de mala muerte, pero no le había durado mucho. Después, había ido saltando de un trabajo a otro, sin lograr conservar ninguno durante demasiado tiempo.

Hacía unos meses, en junio, Paxton había vuelto a casa de madrugada, colocado, después de haber estado en un club, y le había dicho que Seattle «estaba acabado». Hicieron las maletas al día siguiente y siguieron a uno de los nuevos amigos de Paxton a Portland, donde se mudaron a un apartamento sucio y ruinoso con otros tres chicos. Al cabo de una semana, Marah consiguió trabajo en Magia Negra. Lo que hacía en la librería era diferente a lo que había hecho en otros trabajos, aunque al final todo se reducía a lo mismo. Un montón de horas de pie, ayudando a gente maleducada, para volver a casa con cuatro duros. Pasaron meses así.

Hasta hacía diez días, Marah no había caído realmente en la cuenta de lo precaria que era su vida en común.

Esa noche llegó a casa y se encontró un aviso de desahucio clavado en la puerta del piso. Abrió la puerta rota —la cerradura no funcionaba cuando se mudaron y el administrador nunca se había preocupado de arreglarla— y vio a sus compañeros de piso sentados en el suelo del salón, pasándose una pipa unos a otros.

—Nos van a desahuciar —dijo.

Los chicos se burlaron de ella. Paxton se puso de lado y la observó con ojos vidriosos y mirada perdida.

—Tú tienes trabajo...

Durante varios días, Marah caminó entre tinieblas; el miedo arraigó en ella como un iceberg profundo y sólido. No quería ser una indigente. Había visto a los niños de la calle de Portland mendigando, durmiendo en portales sobre mantas sucias, rebuscando en los contenedores de basura para conseguir comida, gastándose el dinero en drogas.

Tampoco tenía a nadie con quien hablar de ese miedo. Ni una madre. Ni una mejor amiga. La constatación de ese hecho la hizo sentirse aún más sola.

Hasta que se acordó: «Mi labor es quererte».

En cuanto le sobrevino aquel pensamiento, ya no pudo deshacerse de él. ¿Cuántas veces se había ofrecido Tully a ayudarla? «No me

gusta juzgar a la gente. Sé lo difícil que es ser humano».

Entonces supo a dónde tenía que ir.

Al día siguiente, sin contárselo a Paxton, llamó al trabajo para decir que estaba enferma, cogió sus últimos y preciados dólares y compró un billete de autobús a Seattle.

Llegó al apartamento de Tully pasadas las siete de la tarde. Estuvo delante de la puerta mucho tiempo, al menos quince minutos, tratando de reunir el valor suficiente para llamar. Cuando por fin lo hizo, apenas podía respirar.

No hubo respuesta.

Marah rebuscó en el bolsillo y sacó la llave de repuesto. Abrió la puerta y entró. El lugar estaba tranquilo y bien iluminado y, en la sala de estar, la música del iPod de Tully sonaba suavemente. Marah se dio cuenta por la canción *Diamonds and Rust* que era el iPod que su madre le había regalado a Tully cuando estaba enferma. Con «sus canciones». Las de «Tully y Kate». ¿Acaso Tully escuchaba alguna otra cosa?

—¿Tully?

Su madrina salió del dormitorio como una indigente, con el pelo revuelto, la ropa arrugada y los ojos cansados.

—Marah —dijo, desconcertada. Estaba... rara. Temblorosa y pálida. Parpadeaba como si no pudiera concentrarse.

«Está colocada». Marah había adquirido la suficiente experiencia en los últimos dos años como para saberlo.

Se dio cuenta de inmediato de que Tully no la ayudaría. Al menos no esa Tully, que apenas podía mantenerse en pie.

Aun así, lo intentó. Le pidió, rogó y suplicó que le diera dinero.

Tully le dijo muchas cosas bonitas con los ojos llenos de lágrimas pero, al final, la respuesta fue «no».

Marah estaba tan decepcionada que le entraron ganas de llorar.

—Mi madre dijo que podía contar contigo. Cuando se estaba muriendo, dijo que tú me ayudarías y me querrías, pasara lo que pasara.

—Lo estoy intentando, Marah. Deseo ayudarte...

—Siempre y cuando haga lo que tú digas. Paxton tenía razón —contestó Marah, dolida. Sin esperar siquiera la respuesta de Tully, salió corriendo del apartamento. Mientras estaba en la estación de autobuses del centro de Seattle, sentada en un banco helado, a Marah se le ocurrió la forma de resolver el problema. A su lado había una de esas revistas del corazón. En ella aparecía un artículo sobre Lindsay Lohan, a la que habían detenido por conducir un Maserati mientras estaba en libertad condicional.

El titular decía: «estrella desbocada días después de salir de

rehabilitación».

Marah cogió la revista, llamó al número de la línea directa y dijo: «Soy Marah Ryan, la ahijada de Tully Hart. ¿Cuánto pagarían por una historia sobre su problema con las drogas?». Mientras hacía la pregunta, empezó a sentirse culpable. Había ciertas cosas, ciertas decisiones, que simplemente uno sabía que estaban mal.

—¡Marah, mira esto!

Escuchó su nombre como si viniera de muy lejos. Volvió en sí lentamente, recordando dónde estaba: arrodillada dentro del vestidor de Tully.

Su madrina estaba en el hospital, en coma. Marah había ido allí a buscar el iPod que contenía todas sus canciones favoritas por si tal vez, por un casual, la música podía abrirse paso entre la oscuridad y ayudarla a despertar.

Marah se volvió lentamente y vio a Paxton sosteniendo una hamburguesa a medio comer en una mano mientras hurgaba en el joyero de Tully con la otra. Se levantó poco a poco.

—Pax...

—No, en serio. Mira esto —insistió él, levantando un pendiente con un único diamante del tamaño de la goma de borrar de un lápiz. Emitía brillos de colores incluso en la oscuridad del armario.

—Déjalo donde estaba, Paxton —le pidió ella, con hastío.

Él le dedicó su mejor sonrisa.

—Venga, vamos. Tu madrina ni siquiera se daría cuenta de que no está. Piénsalo, Marah. Podríamos ir a San Francisco, como habíamos soñado. Sabes lo atascado que estoy con lo de la poesía. Es por culpa del dinero, porque no tenemos nada. ¿Cómo puedo ser creativo si tú estás fuera todo el día, trabajando? —Se acercó a ella. La atrajo hacia él y apretó sus caderas contra las de ella, moviéndolas de forma sugerente. Luego deslizó las manos por su espalda, las posó en su trasero y lo apretó con fuerza—. Este podría ser nuestro futuro, Mar. —La intensidad de su mirada perfilada de negro la asustó un poco.

Ella se zafó y retrocedió. Por primera vez, se fijó en el egoísmo de su mirada, en la leve rebeldía de su boca, en sus pálidas manos ablandadas por la pereza y en la vanidad de su atuendo.

Él se quitó el pendiente de calavera negro y plateado del lóbulo de la oreja y puso el diamante de Tully en su lugar.

—Vamos.

Estaba convencido de que ella lo seguiría, de que sometería su voluntad a la de él. ¿Y por qué no iba a estarlo? Eso era lo que Marah había hecho desde el principio. En la consulta de la doctora Bloom, había conocido a un poeta guapo, problemático y con cicatrices en las

muñecas que le había prometido enseñarle una forma de superar el dolor. La había dejado llorar en sus brazos y le había dicho que las letras de las canciones y los poemas podían cambiarle la vida. La había convencido de que estaba bien autolesionarse, más que eso, le había hecho creer que era algo hermoso. Ella se había teñido el pelo, se lo había cortado con una cuchilla de afeitar y se había maquillado la cara de blanco como muestra de dolor. Luego lo había seguido a los bajos fondos del mundo que ella conocía y había permitido que su oscuridad la sedujera y la anulara.

—¿Por qué me quieres, Pax?

Él la miró.

Marah sintió como si su corazón colgara de un fino gancho de plata.

—Eres mi musa. Ya lo sabes. —Él le dedicó una sonrisa perezosa y siguió hurgando en el joyero.

—Si ya casi no escribes.

Pax se volvió hacia ella. Marah pudo ver la rabia en su mirada.

—¿Y tú qué sabrás?

Fue entonces cuando su corazón se desgarró y se precipitó al vacío. Marah no pudo evitar pensar en el amor con el que la habían criado. La forma en la que sus padres se amaban y amaban a sus hijos. Dio un paso adelante, con la curiosa sensación de estar liberándose y madurando al mismo tiempo. Pensó en las vistas que había desde la sala de estar de Bainbridge Island y de repente extrañó con todas sus fuerzas la vida que había tenido, la niña que había sido. Todo seguía allí esperándola, al otro lado de la bahía.

Exhaló un profundo suspiro y llamó a Paxton por su nombre.

Él la miró fijamente, haciendo un gesto de impaciencia con la mandíbula. Ella sabía que no soportaba que cuestionara su arte. Pensándolo bien, no soportaba que cuestionara nada. Cuando más la quería era cuando estaba callada, destrozada y autolesionándose. ¿Qué clase de amor era ese?

—¿Sí?

—Bésame, Pax —le pidió Marah, acercándose lo suficiente a él como para que la estrechara entre sus brazos.

Él le dio un beso rápido; ella se aferró a él, abrazándolo, esperando que su beso la volviera tan loca como siempre.

Pero no lo hizo.

Aprendió entonces que algunas relaciones terminaban sin fuegos artificiales, lágrimas, ni arrepentimiento. Terminaban en silencio. Esa decisión inesperada la asustó y le mostró el calado de su soledad. No era de extrañar que hubiera estado huyendo de ella durante años.

Marah sabía lo mal que lo había pasado Paxton con la muerte de su hermana y el abandono de sus padres. Sabía que a veces lloraba en sueños y que ciertas canciones podían hacer que su estado de ánimo se volviera negro como la tinta. Sabía que el mero hecho de pronunciar el nombre de su hermana — Emma— podía hacer que le temblara el pulso. Él era algo más que un poeta, un gótico o incluso un ladrón. O podría llegar a serlo algún día. Pero ya no era suficiente para ella.

—Yo te quería —musitó.

—Y yo te quiero. —Pax la cogió de la mano para salir del apartamento.

Marah se preguntó si el amor —o su final— siempre dolería así.

—Me he dejado una cosa —dijo Marah, cuando estaban en la puerta, soltando la mano de Paxton y deteniéndose de repente—. Espérame en el ascensor.

—Vale. —Él fue hacia el ascensor y pulsó el botón.

Marah volvió a entrar en el apartamento y cerró la puerta tras ella. Vaciló solo una décima de segundo antes de echar el cerrojo.

Él volvió corriendo a por ella y empezó a golpear la puerta, gritando y chillando. A Marah se le llenaron los ojos de lágrimas y las dejó correr hasta que él aulló: «¡Que te den, zorra, eres una falsa!», y se alejó con fuertes pisadas. Incluso después de eso, Marah se quedó allí sentada, desplomada sobre el suelo, con la espalda pegada a la puerta. Cuando el sonido de sus pasos se desvaneció, se levantó la manga y contó las pequeñas cicatrices blancas que tenía en el interior de los brazos, preguntándose qué demonios iba a hacer ahora.

Marah encontró el iPod y lo metió en una bolsa de la compra con la base de conexión portátil. Después, recorrió el apartamento lentamente, permitiéndose recordar mil pequeños momentos con Tully. Cogió también el diario de su madre y lo guardó en la bolsa. Para algún día.

Cuando no pudo aguantar más —no era capaz de soportar el silencio opresivo de ese lugar sin la risa fácil y la verborrea de Tully —, salió del apartamento y bajó hasta la terminal del ferry. Se subió al primer barco, se sentó en una de las cabinas y sacó el iPod. Se introdujo los pequeños auriculares en los oídos y le dio al *play*. Elton John empezó a cantarle: *«Goodbye… yellow brick ro… ad…»*[12].

Marah miró hacia un lado y contempló el oscuro estrecho, mientras empezaban a aparecer las lucecitas doradas de la isla de Bainbridge. Cuando el ferry atracó, volvió a guardar el iPod en la bolsa y fue hacia la terminal, donde cogió un autobús hasta la esquina de su calle.

Cuando vio su casa por primera vez en más de un año, su imagen la impactó. Las tejas de cedro, teñidas del color del caramelo casero, parecían más oscuras en aquella noche fría; el borde del tejado, blanco como la nieve, prácticamente brillaba bajo la luz dorada procedente del interior.

Se detuvo en el porche, esperando por un segundo oír la voz de su madre. «Hola, cielo, ¿qué tal el día?».

Abrió la puerta y entró. La casa le dio la bienvenida como lo había hecho desde la primera vez que había vuelto de la guardería, con luz, sonido y muebles cómodos y mullidos. Antes de que se le ocurriera qué decir, oyó que una puerta se abría de golpe en el piso de arriba.

—¡Ya está aquí! ¡Tonto el último, Skywalker!

Sus hermanos salieron disparados de la habitación del piso de arriba y bajaron las escaleras en tándem. Ambos llevaban puestas sudaderas de fútbol americano, lucían el mismo corte de pelo al estilo *skater* y tenían aparatos plateados en los dientes. En el rostro rubicundo y claro de Wills asomaban los primeros signos de un bigote. Lucas tenía la cara enrojecida por el acné.

Se apartaron el uno al otro a empujones y unieron fuerzas para levantarla. Se burlaron del vano intento de Marah por liberarse. La última vez que los había visto eran unos críos; ahora tenían casi doce años, pero la abrazaron con la fuerza de unos niños pequeños que habían echado de menos a su hermana mayor. Y ella también los había echado de menos. No sabía cuánto hasta ese momento.

—¿Dónde está Paxton? —le preguntó Wills, cuando por fin la soltaron.

—Se ha ido —repuso ella en voz baja—. Estoy yo sola.

—Guay —dijo Wills, intentando poner voz de fumado. Su mata de pelo se agitó mientras asentía con la cabeza—. Ese tío era gilipollas.

Marah no pudo evitar reírse.

—Te hemos echado de menos, Mar —declaró Lucas, muy serio—. Eso de largarte no ha molado nada. —Ella los abrazó de nuevo, esa vez con tanta fuerza que ellos chillaron y se zafaron—. ¿Cómo está Tully? —preguntó Lucas, cuando se liberó—. ¿La has visto? Papá dice que podremos ir mañana a verla. Entonces ya se habrá despertado, ¿no?

A Marah se le secó la boca. No sabía qué decir, así que esbozó una pequeña sonrisa y se encogió de hombros.

—Sí, claro.

—Genial —dijo Wills.

Acto seguido, echaron a correr de nuevo escaleras arriba, discutiendo por la propiedad de alguna de sus cosas.

Marah cogió la bolsa de la compra, subió las escaleras hasta su antigua habitación y abrió la puerta lentamente.

Allí dentro, nada había cambiado. Las fotos del campamento seguían sobre la cómoda y los anuarios estaban apilados junto a los libros de Harry Potter. Dejó la bolsa encima de la cama y fue hacia el escritorio. No le sorprendió comprobar que le temblaban las manos al coger su viejo y andrajoso ejemplar de *El hobbit*, que tantas veces había leído. El libro que su madre le había regalado hacía tantísimos años.

«Creo que todavía no estás preparada para *El hobbit*, pero algún día, tal vez dentro de unos años, habrá otra cosa que hiera tus sentimientos. Es posible que te sientas sola con tu tristeza, que no quieras compartirla con papá o conmigo. Entonces puedes leerlo, dejar que te transporte. Sé que suena tonto, pero a mí me ayudó cuando tenía trece años».

«Te quiero, mami», le había dicho Marah. Su madre se había reído y le había respondido: «Espero que recuerdes eso cuando seas adolescente». Pero Marah lo había olvidado. ¿Cómo era posible?

Acarició las letras doradas en relieve con la yema de los dedos. «Es posible que te sientas sola con tu tristeza».

A Marah la invadió una sensación de pérdida tan aguda que se le llenaron los ojos de lágrimas y pensó: «Cómo me conocía».

24

*E*stoy de vuelta en mi mundo de fantasía, en mi mundo de antaño, con mi mejor amiga a mi lado. No puedo precisar dónde exactamente, pero me encuentro tumbada sobre la hierba, mirando el cielo estrellado. Oigo los acordes de una canción. Creo que es Pat Benatar, que me recuerda que el amor es un campo de batalla. No sé cómo son posibles estas idas y venidas, aunque la teología nunca ha sido mi fuerte. Casi todo lo que sé de religión se lo debo a *Jesucristo Superstar*.

El dolor ha desaparecido; su recuerdo permanece, sin embargo, como la reminiscencia de una melodía distante y apagada, pero en las profundidades de mi mente.

—Katie, ¿cómo es posible que esté lloviendo?

Siento unas gotas sobre la mejilla, suaves como el roce de un ala de mariposa y, sin ninguna razón lógica, la tristeza se apodera de mí. Este mundo que me rodea —por extraño que sea— antes tenía sentido. Ahora algo está cambiando y no me gusta. Ya no me siento segura. Hay algo fundamental e importante que no va bien.

—*No está lloviendo*. —Su voz transmite una dulzura que no había percibido antes. Otro cambio—. *Es tu madre. Está llorando. Mira*.

¿Es que tengo los ojos cerrados?

Los abro lentamente. La oscuridad se desvanece de forma irregular; las imágenes caen a cuentagotas, atrayendo la luz sobre ellas. Algunos granitos de oscuridad se juntan como virutas de metal y se convierten en formas. De repente se hace la luz y veo dónde estoy.

En la habitación del hospital. Cómo no. Siempre estoy ahí; los otros lugares son espejismos. Esto es real. Puedo ver mi cuerpo maltrecho en la cama; mi pecho sube y baja al ritmo de la máquina que tengo al lado y que silba con cada exhalación. Un gráfico muestra la línea verde y montañosa de los latidos de mi corazón. Arriba y abajo, arriba y abajo.

Mi madre está al lado de la cama. Parece más menuda de lo que recordaba, más delgada, y tiene los hombros caídos como si llevara toda la vida soportando una carga. Sigue vestida con ropa como de otra época, de la era del *Flower Power*, de la marihuana Maui Wowie y de Woodstock. Lleva calcetines blancos y sandalias Birkenstock. Pero eso es lo de menos.

Está llorando. Por mí.

No soy capaz de confiar en ella, pero tampoco soy capaz de darle la espalda. Es mi madre. Después de todo, de todas las veces que se ha aferrado a mí y de todas las veces que me ha dejado marchar, sigue enredada en mis entrañas, formando parte del tejido de mi alma y el hecho de que esté ahí quiere decir algo.

Noto que me inclino hacia delante, para escuchar su voz. Esta resuena con fuerza en el silencio de la habitación. Me doy cuenta de que es de noche. Allá fuera, al otro lado de las ventanas, está oscuro como boca de lobo.

«Nunca te he visto sufrir —le dice a mi cuerpo. Su voz es prácticamente un susurro—. Nunca te he visto rodar por las escaleras, rasparte la rodilla o caerte de la bicicleta». Las lágrimas caen de sus ojos.

«Te lo contaré todo. Cómo me convertí en Nube, cómo intenté ser lo suficientemente buena para ti y fracasé. Cómo sobreviví a todos esos años malos. Te contaré todo lo que quieras saber, pero no podré hacerlo si no te despiertas». Se inclina sobre la cama y me mira.

«Estoy muy orgullosa de ti, —añade—. Nunca te lo había dicho, ¿verdad?».

No se enjuga las lágrimas. Estas caen sobre mi cara. Se acerca más a mí, lo suficiente casi para besarme la mejilla. Algo que no recuerdo que haya hecho nunca.

«Te quiero, Tully. —Se le quiebra la voz—. Puede que no te importe y puede que ya sea demasiado tarde, pero te quiero».

He esperado toda mi vida para oír esas palabras en boca de mi madre.

—¿*Tul*?

Me vuelvo hacia Kate, veo su rostro resplandeciente y sus hermosos ojos verdes. En ellos se refleja toda mi vida. Todo lo que he sido y lo que he querido ser. Eso son los mejores amigos: un espejo.

—*Es el momento* —dice y por fin lo entiendo. He estado navegando con Kate, descendiendo plácidamente por el río de mi vida con ella al lado, pero hay rápidos más adelante.

Tengo que tomar una decisión, pero antes necesito recordar. Sé instintivamente que me va a doler.

—¿Te quedarás conmigo?

—*Me quedaría para siempre, si pudiera*.

Ya va siendo hora de afrontar por qué mi cuerpo está ahí, destrozado y conectado a las máquinas de esa sala nívea.

—Pues vamos allá —digo, armándome de valor—. Todo empieza con Marah. ¿Cuánto tiempo hace que fue a verme? ¿Una semana?

¿Diez días? No lo sé. Estamos a finales de agosto de 2010, ha pasado ya un tiempo desde la supuesta intervención de mi madre y, sinceramente, el tiempo no está de mi parte. He estado...

intentando escribir mis memorias, pero no está funcionando. El dolor de cabeza parece haberse convertido en mi fiel compañero.

¿Cuánto tiempo llevo sin salir del apartamento? Me avergüenza admitir que ya no soy capaz hacerlo. No puedo ni abrir la puerta. Con solo tocar el pomo, el pánico se apodera de mí y empiezo a temblar, a ponerme nerviosa y a hiperventilar. Odio esa debilidad que hay en mí, me avergüenza, pero no logro superarla. Por primera vez en mi vida, mi voluntad ha desaparecido. Sin ella, no soy nada.

Todas las mañanas me hago la misma promesa: dejaré de tomar Xanax y saldré de casa para hacer frente al mundo. Trataré de encontrar a Marah. O un trabajo. O una vida. Imagino diferentes situaciones hipotéticas en las que voy a Bainbridge Island, le pido perdón a Johnny y este me lo concede.

Ese día no es diferente. Me despierto tarde y me doy cuenta de inmediato de que debo de haber tomado demasiadas pastillas para dormir. Me encuentro fatal. Tengo la boca pegajosa como un pozo de alquitrán y su sabor apunta a que la noche anterior olvidé cepillarme los dientes. Me giro en la cama y miro el reloj de la mesilla. Aprieto los labios y me froto los ojos resecos e irritados. No cabe duda de que he llorado en sueños. Y una vez más, he dormido todo el día.

Me levanto e intento concentrarme. En el baño, me topo con una montaña de ropa en el suelo.

Sí. El día anterior intenté salir. Pensé que era la ropa que había elegido la que me lo impedía. El maquillaje está esparcido por la encimera.

La cosa se está yendo de madre.

Hoy voy a cambiar mi vida.

Empiezo con una ducha. El agua caliente me golpea pero, en lugar de llevarse con ella mi letargo, me hace sentir peor. En aquel recinto lleno de vapor, empiezo a revivir demasiadas cosas: la ira de Johnny, la muerte de Kate, la huida de Marah.

Cuando me doy cuenta, el agua está fría. Parpadeo lentamente, preguntándome qué demonios me ha pasado. Congelada y temblando, salgo de la ducha y me seco.

«Come».

Sí.

Eso ayudará.

Me visto lentamente, poniéndome un pantalón de chándal que encuentro en el suelo de la habitación. Estoy temblando y me duele la cabeza. Comer me vendrá bien. Y también un Xanax.

Solo uno.

Deambulo por el oscuro apartamento, encendiendo las luces a medida que avanzo, ignorando el correo desparramado sobre la mesita de centro. Mientras me sirvo una taza de café, suena el teléfono móvil. Contesto rápidamente.

—¿Sí?

—¿Tully? —Es George—. Te he conseguido una entrada para una proyección de *El americano*, con George Clooney. Te enviaré los detalles por correo electrónico. Es un acto benéfico en un teatro del centro de Seattle. Los directivos de la cadena estarán allí. Será tu oportunidad de sorprenderlos. El 2 de septiembre. A las ocho. Por cierto, no llegues tarde y ponte guapa.

—Gracias, George —digo, sonriendo por primera vez en días.

Siento que la esperanza bulle en mi interior. Era algo que me hacía muchísima falta. Ya no puedo llorar más, estoy seca como el serrín. No puedo seguir viviendo así.

Entonces caigo en la cuenta de que tendré que salir del apartamento y dejarme ver en público. Empiezo a sentir pánico y trato de calmarlo.

«No».

Puedo hacerlo. Puedo hacerlo. Me tomo otro Xanax (ya lo dejaré mañana) mientras voy hacia el armario para elegir algo de ropa para el evento.

Necesitaré...

¿Qué? ¿Qué hago aquí de pie, en el vestidor?

Ah. Una cita para la peluquería.

—¿Tully?

¿Me estoy imaginando la voz de Marah? Me doy la vuelta a tal velocidad que tropiezo y me golpeo contra la puerta del armario. Me tambaleo mientras me abro paso por el apartamento, hacia una voz que ni siquiera creo que exista.

Pero ella está ahí, en mi salón, de pie delante de los ventanales. Va vestida de negro y lleva el pelo corto, de punta y teñido de rosa; tiene colgantes plateados en las cejas. Está extremadamente delgada; sus pómulos parecen hojas de cuchillos sobre sus mejillas pálidas y huecas.

Me va a dar otra oportunidad.

—Marah —digo suavemente. La quiero con todas mis fuerzas—. Me alegro de que hayas vuelto.

Ella cambia el peso de un pie a otro, nerviosa. Parece... no exactamente asustada, pero sí incómoda.

Me gustaría tener la mente más despejada, que el maldito dolor de cabeza remitiera un poco. Estoy inquieta, un poco impaciente por que hable.

—Necesito... —empieza a decir.

Avanzo hacia ella, medio tambaleándome. Me avergüenza mi inestabilidad. ¿Se habrá dado cuenta?

—¿Qué necesitas, cielo? —¿Lo he dicho, o solo lo he pensado? Ojalá no me hubiera tomado el segundo Xanax. ¿Estará huyendo de Paxton?—. ¿Estás bien?

—Sí. Pax y yo necesitamos dinero.

Me detengo.

—¿Has venido a pedirme dinero?

—Así es como puedes ayudarme.

Me presiono la sien con dos dedos, intentando calmar el dolor. El pequeño cuento de hadas se derrumba a mi alrededor. Ella no me quiere a mí, no ha venido para que la ayude. Quiere dinero y luego volverá a marcharse. Dinero para Paxton, probablemente. Él la ha convencido para que venga. Estoy segura. ¿Y qué diría Johnny si descubriera que le he dado dinero y la he dejado marchar de nuevo?

Con la mayor delicadeza posible, la agarro de la muñeca y le subo la manga. Tiene el antebrazo pálido y atravesado por una red de cicatrices; algunas son plateadas y antiguas, otras son nuevas y rojas y tienen pinta de doler.

Ella aparta la mano.

Se me parte el corazón. Sé que está sufriendo. Últimamente las dos tenemos eso en común, pero volveremos a estar juntas, a tenernos la una a la otra. No volveré a defraudarla nunca. Seré la madrina que Kate quería que fuera. No volveré a defraudarlos, ni a ella, ni a Johnny.

—Si estás bien, ¿por qué sigues autolesionándote? —Intento preguntárselo con suavidad, pero estoy temblando, literalmente. Me duele la cabeza y tengo náuseas. El corazón me late en los oídos. Me siento como si fuera a sufrir un ataque de pánico, pero ¿por qué?—. Quiero ayudarte, sabes que quiero hacerlo...

—¿Me vas a dar dinero o no?

—¿Para qué es?

—Eso no te incumbe.

Aquellas palabras me hieren tan profundamente como ella pretende, obviamente.

—Así que has venido a verme para pedirme dinero. —Observo a

esa chica a la que apenas reconozco—. Mírame —le ordeno, desesperada por hacerle entender lo peligrosas que son sus decisiones —. He arruinado mi vida, Marah. No tengo familia, ni marido, ni hijos. Lo único que tenía era mi carrera y la he perdido. No acabes como yo. Sola. Tienes una familia que te quiere. Vuelve a casa. Johnny te ayudará.

—Tengo a Pax.

—Estar con algunos hombres es peor que estar sola, Marah.

—¿Y tú qué sabrás? ¿Me vas a ayudar, o no?

Incluso en ese estado precario, sé que no puedo hacer lo que me pide. Lo deseo, lo necesito tanto como respirar, pero no puedo facilitarle de nuevo la huida. He cometido muchos errores con esa chica a lo largo de los años, el peor de todos idealizar a Paxton y ocultarle a Johnny la relación de ambos, pero he aprendido la lección.

—Te proporcionaré un lugar para vivir y te conseguiré cita con la doctora Bloom, pero no volveré a cometer el mismo error. No actuaré a espaldas de tu padre dándote dinero para que vivas en un tugurio con ese bicho raro al que le da igual que te autolesiones.

Después de eso, nos decimos cosas terribles, cosas que quiero olvidar. Esa chica a la que quiero como a mi propia vida me lanza una mirada capaz de hacer añicos la madera. Luego se va, dando un portazo.

Olvido el día del estreno de la película. Cómo es posible, lo ignoro. Lo único que sé es que, el 2 de septiembre por la noche, mientras estoy vagando con desgana de una habitación a otra, sin hacer nada, fingiendo que trabajo en mis memorias, salta una notificación de la agenda en mi teléfono móvil.

Echo un vistazo. «Película. Ocho de la tarde. Hablar con jefazos». Luego miro la hora.

Son las 19.03.

Iré. Debo ir. Es mi oportunidad. No dejaré que el miedo, el pánico o la desesperación me lo impidan. Me vestiré, me arreglaré y volveré a ser el centro de atención. Al fin y al cabo eso es Estados Unidos, la tierra de las segundas oportunidades, sobre todo para los famosos. Tal vez tenga que hacer el paseo de la vergüenza de Hugh Grant por los programas de entrevistas, disculparme con una sonrisa y confesar mi problema de ansiedad y depresión, pero la gente lo entenderá. ¿Quién no tiene ansiedad, en estos tiempos, tal y como está la economía? ¿Quién no ha perdido nunca un trabajo que adoraba?

Siento un poco de pánico mientras me dirijo al dormitorio, pero un

Xanax me ayudará, así que me tomo dos. Esa noche no puedo preocuparme por sufrir un ataque de ansiedad. Tengo que estar perfecta. Y puedo estarlo. Yo no soy de las que se esconden bajo gruesas mantas y puertas cerradas.

Entro en el vestidor, esquivando ropa que no recuerdo haber comprado y mucho menos haberme puesto y me detengo delante de mis vestidos. He engordado demasiado como para ponerme un modelazo, así que descuelgo un vestido negro *vintage* de Valentino con escote asimétrico y cojo unas medias caladas. Antes me sentaba de maravilla; ahora parezco una salchicha, pero es negro y es la mejor opción.

Tengo las manos torpes y lo único que consigo hacer con el pelo es recogerlo en una elegante cola de caballo. Unos enormes pendientes de perlas negros y dorados desviarán la atención de mi rostro cetrino (espero). Me pongo más maquillaje del que he llevado en mi vida y aun así parezco cansada. Vieja. Intentando no pensar en ello, me calzo unos zapatos caros de charol fucsia y cojo un bolso de mano.

Me dispongo a agarrar el pomo de la puerta cuando me invade el pánico, pero aprieto los dientes y me obligo a hacerlo. La abro y salgo al pasillo.

Cuando llego al vestíbulo, estoy hiperventilando, pero me niego a volver corriendo a la seguridad de mi apartamento.

El portero llama a la limusina y me desplomo en el asiento trasero.

«Puedeshacerlopuedeshacerlopuedeshacerlo».

Cierro los ojos y sobrevivo al pánico segundo a segundo, pero cuando el coche se detiene delante del teatro estoy tan mareada que creo que me voy a desmayar.

—¿Se va a bajar aquí, señora?

Sí. Por supuesto.

Salgo. Me siento como si estuviera vadeando barro mientras me acerco a la alfombra roja. Los focos me abrasan los ojos, haciéndome parpadear.

Me doy cuenta de que está lloviendo. ¿Cuándo ha empezado?

Unas inquietantes luces rojas caen en cascada desde el toldo y brillan sobre los charcos de agua de lluvia de la calle. Más allá de la zona acordonada, una gigantesca multitud de curiosos espera la llegada de algún famoso.

Me empiezan a temblar las manos; tengo la boca tan seca que apenas puedo tragar.

Levanto la barbilla y me obligo a caminar por la alfombra roja. Se disparan unos cuantos flashes pero, al ver que soy yo, los fotógrafos pierden interés.

Una vez dentro del teatro, me asalta el pensamiento catastrófico de que soy la mujer más vieja del lugar. Me preocupa tener un sofoco, ponerme roja de repente y empezar a sudar. Debería buscar a los jefes de la cadena, pero no lo hago. En lugar de eso, entro en la sala y me desplomo sobre uno de los asientos de terciopelo.

Las luces del techo se atenúan y empieza la película. A mi alrededor la gente respira, se mueve en silencio, sus asientos crujen.

Intento mantener la calma y prestar atención, pero no soy capaz. La ansiedad es un ente vivo que respira dentro de mí. Necesito salir de allí, solo por un segundo.

Busco el cartel de los aseos y lo sigo. El baño es tan luminoso que me escuecen los ojos. Ignorando el espejo, entro precipitadamente en una de las cabinas y me siento sobre la tapa del retrete, antes de cerrar la puerta de una patada. Me recuesto un poco, intentando calmarme, y cierro los ojos. «Relájate, Tully. Relájate».

Cuando me doy cuenta, me estoy despertando. ¿Cuánto tiempo llevo allí, desmayada en el retrete de un cine?

Salgo del cubículo con tal ímpetu que la puerta choca contra el cubículo de al lado, mientras me tropiezo con una hilera de mujeres. Estas me miran fijamente, boquiabiertas. La película debe de haber terminado.

Cuando bajo, veo cómo me mira la gente. Se apartan de mi camino, como si llevara dinamita o fuera portadora de una enfermedad contagiosa. Lo que ven cuando me miran es la foto de mi ficha policial por conducir bajo los efectos del alcohol. De repente, me doy cuenta de que no puedo hacerlo. No puedo reunirme con los jefazos de la cadena para defender mi postura y recuperar mi trabajo. Es demasiado tarde. He perdido mi oportunidad. Al tomar conciencia de ello, me siento como si me estuviera hundiendo en un pozo de arenas movedizas. Me abro paso a codazos entre la multitud, murmurando falsas disculpas, hasta que puedo volver a respirar. Acabo en un callejón tranquilo bajo la lluvia torrencial.

Más tarde, un hombre intenta ligar conmigo en un bar. Estoy a punto de permitírselo. Lo observo mientras me mira, me sonríe y me dice algo que hace que me muera de deseo; no por él, por supuesto, sino por la vida que he perdido, pero él está ahí y mi vida no. Me oigo a mí misma rogarle, literalmente, que me bese y lloro cuando lo hace porque me siento bien, pero no lo suficiente.

Cuando el bar cierra, vuelvo a casa andando (o en taxi, o haciendo autostop, ¿quién sabe? El caso es que llego a casa). El apartamento

está a oscuras cuando entro. No hay luces encendidas. Las enciendo todas mientras lo recorro dando tumbos, rebotando en las paredes y en las mesas al pasar.

Estoy tan avergonzada que podría echarme a llorar, pero ¿para qué? Me dejo caer en el sofá y cierro los ojos.

Cuando vuelvo a abrirlos, veo el montón de correo sobre la mesita de centro. Con los ojos empañados, contemplo los restos de mi vida anterior. Estoy a punto de apartar la vista cuando una foto capta mi atención. Una foto mía.

Me inclino hacia delante y aparto el montón de sobres y catálogos; allí, debajo de las facturas y el correo comercial, hay un número de la revista *Star* con la foto de mi ficha policial en la esquina superior izquierda. Debajo hay una única palabra, una palabra terrible: «Adicta».

Cojo la revista y la abro por el artículo. No es la historia principal, simplemente un pequeño chismorreo secundario.

Las palabras se desdibujan ante mis ojos, bailando y saltando, pero me enfrento a ellas una a una.

LO QUE REALMENTE SE ESCONDE DETRÁS DE LOS RUMORES

Envejecer no es fácil para ninguna famosa, pero parece que a Tully Hart, la antigua estrella del programa de entrevistas que en su día causó sensación, *La hora de las chicas*, le está resultando especialmente duro. La ahijada de Hart, Marah Ryan, ha hablado en exclusiva con *Star*. Ryan, de veinte años, confirma que Hart, ya en la cincuentena, ha estado luchando últimamente con los demonios que la han perseguido durante toda la vida. En los últimos meses, Hart «ha ganado una cantidad alarmante de peso» y ha estado abusando de las drogas y el alcohol, según Ryan.

Tully Hart parecía tenerlo todo, pero la envejecida presentadora, que ha hablado abiertamente de la difícil infancia a la que sobrevivió y que nunca se ha casado ni ha tenido hijos, parece estar desmoronándose bajo la presión de sus recientes fracasos.

La doctora Lorri Mull, psiquiatra de Beverly Hills —que no ha tratado a la celebridad—, comenta: «La señorita Hart está teniendo el comportamiento típico de una adicta. Resulta obvio que está cayendo en barrena».

La mayoría de los adictos a las drogas...

Dejo caer la revista al suelo. El dolor que he mantenido a raya durante meses, durante años, cobra vida con un rugido y me arrastra al lugar más sombrío y solitario en el que he estado nunca. Jamás lograré salir de él.

Abandono tambaleándome la sala de estar y huyo del apartamento,

cogiendo las llaves del coche al salir. No sé a dónde voy. Solo quiero marcharme de allí. Irme lejos.

No puedo seguir viviendo así. He tratado de seguir adelante sola; lo he intentado con todas mis fuerzas. Pero el mundo es enorme y yo me siento minúscula, no soy en absoluto yo misma. Soy como un dibujo a carboncillo de la mujer que un día fui, unas simples líneas negras sobre un espacio en blanco, una silueta. Mi corazón no puede soportar la pérdida. Ya no puedo... seguir mirando hacia otro lado. Lo único que veo es el vacío que hay a mi alrededor, a mi lado. Dentro de mí.

Me siento tan débil que una ráfaga de viento podría hacerme salir volando, pero me da igual. Ya no quiero ser fuerte. Lo único que quiero es... desaparecer.

Una vez en el ascensor, pulso el botón de bajada. Mientras atravieso el garaje subterráneo, saco el Xanax del bolso y me tomo dos. Su sabor amargo me hace sentir náuseas.

Me subo al coche, acelero y salgo de allí. Giro por la calle Primera sin mirar siquiera hacia la izquierda. Las lágrimas y la lluvia me nublan la vista, convierten aquella ciudad tan familiar para mí en un paisaje que nunca había visto antes, en un borrón irregular y deforme de rascacielos plateados, letreros de neón distorsionados y luces de farolas quemadas en formas imposibles y acuosas. Mi desesperación se está desbordando, anulando todo lo demás. Doy un volantazo hacia la derecha para esquivar algo —un peatón, un ciclista, un producto de mi imaginación— y de pronto uno de los imponentes pilares de hormigón que sostienen el envejecido y peligroso viaducto se presenta ante mí.

Veo ese enorme poste negro y pienso: «Acaba de una vez por todas».

Acaba de una vez por todas.

Parece tan fácil que me quedo sin aliento. ¿Acaso ese pensamiento ha estado ahí todo el tiempo? ¿He estado dándole vueltas en la oscuridad de mi subconsciente, observándolo? No lo sé. Lo único que sé es que ahora está ahí, tan seductor como un beso en la oscuridad.

No tengo por qué seguir sufriendo. Lo único que tengo que hacer es girar el volante.

25

*A*y, Dios. —Me vuelvo hacia Kate—. Pero intenté girar en el último segundo para evitar chocar contra el pilar.

—*Lo sé*.

—Por una fracción de segundo pensé: «¿A quién le iba a importar?», y seguí pisando el acelerador, pero luego giré. Solo que... ya era demasiado tarde.

—*Mira*.

En cuanto pronuncia esa palabra, me doy cuenta de que estamos de nuevo en la habitación del hospital. Es luminosa y blanca y hay gente alrededor de mi cama.

Yo estoy flotando por encima de todos ellos, observándolos desde arriba.

Veo a Johnny con los brazos cruzados con fuerza, dando vueltas de aquí para allá. Tiene los labios fruncidos y Margie llora en silencio, con un pañuelo sobre la boca. Mi madre parece desolada. Los gemelos están allí de pie, muy juntos. Me fijo en las lágrimas que hay en los ojos de Lucas y en la barbillita de Wills, que sobresale desafiante y airada. Parecen un poco insustanciales, como si alguien los hubiera borrado parcialmente.

Esos niños ya han pasado demasiado tiempo en hospitales. Me duele en el alma haberles hecho acabar ahí de nuevo.

—*Mis niños* —dice Kate y la dulzura de su voz me conmueve—. ¿*Se acordarán de mí?* —Lo dice en voz tan baja que creo haberlo imaginado. O puede que le esté leyendo la mente, como pueden hacer las mejores amigas.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿*De mis hijos criándose sin mí? No.* —Kate niega con la cabeza; su cabello rubio platino se estremece con el movimiento—. ¿*Acaso hay algo que decir*?

Nos quedamos en silencio y oigo los acordes de una canción que sale del iPod de la mesilla de noche; el volumen es tan bajo que apenas puedo oírla. *«Hello darkness my old friend...»*.

Entonces oigo unas voces.

«... es el momento... poco optimista...».

«... temperatura normal... retirar la ventilación...».

«... hemos quitado la derivación, pero...».

«... drenado...».

«... por su cuenta, ya veremos...».

El hombre de blanco tiene un aspecto un tanto amenazante; me estremezco cuando dice:

«¿Preparados?».

Están hablando de mi cuerpo, de mí, de retirarme el soporte vital. Mis amigos y mi familia están ahí para verme morir.

—*O respirar* —dice Kate—. *Es el momento, ¿quieres volver?* —añade.

Ahora lo entiendo. Todo llevaba a ese momento. Lo veo con una lucidez que debería haber tenido antes.

Veo a Marah entrar en la habitación del hospital. Parece tan delgada y frágil al lado de Johnny... Él la rodea con un brazo.

—*Ella te necesita* —me dice Kate—. *Y mis hijos también*. —Se le quiebra la voz; sé que está profundamente emocionada. Le prometí que sus hijos podrían contar conmigo y no lo cumplí. En cierto modo, la prueba está en los piercings. Siento que mi vieja némesis, la nostalgia, se despliega en las profundidades de mi ser y me invade.

Ellos me quieren. Incluso desde donde estoy, a través de la niebla de los mundos, puedo darme cuenta. ¿Por qué no lo vi cuando estaba con ellos? Puede que solo veamos lo que queremos ver. Deseo de verdad deshacer lo que he hecho, esa cosa tan terrible y egoísta, deseo deshacerlo y tener la oportunidad de ser otra versión de mí misma. Una versión mejor.

Además, yo también los quiero. ¿Cómo he podido creerme incapaz de amar durante todos esos años, sintiendo algo tan profundo? Me vuelvo para decírselo a Kate y ella me sonríe, mi mejor amiga, con su cabello rubio largo y enmarañado, sus espesas pestañas y su sonrisa capaz de iluminar cualquier habitación.

Mi otra mitad. La chica que me dio la mano hace tantos años y no volvió a soltármela hasta que no le quedó más remedio.

En sus ojos, veo pasar nuestras vidas: las dos bailando al ritmo de nuestra música, montando en bicicleta en la oscuridad, sentadas en sendas sillas en su playa, hablando y riendo. Ella es mi corazón; la que me hace volar y me mantiene con los pies en la tierra. No es de extrañar que me volviera loca en su ausencia. Ella era el pegamento que nos mantenía unidos.

—*Dime adiós* —me pide, en voz baja.

En la habitación del hospital —que ahora parece muy muy lejana— oigo a alguien, al médico, decir:

«¿Alguien quiere decir algo antes?».

Pero yo ahora estoy escuchando a Kate:

—*Siempre estaré contigo, Tul. Siempre. Seguiremos siendo amigas, pase lo que pase. Esta vez no dejarás de creer*.

Es cierto que yo había dejado de creer... en ella, en mí, en nosotros. En todo.

La miro y veo a través del resplandor aquel rostro que conozco tan bien como el mío.

—*Cuando alguien te dé un caderazo, cuando te recuerde que no eres el ombligo del mundo o cuando suene nuestra música: presta atención y me oirás a mí. Estoy en tus recuerdos*.

Sé que tiene razón. Puede que siempre lo haya sabido. Ella se ha ido. La perdí hace mucho tiempo, pero no supe dejarla marchar. ¿Cómo puedes dejar ir a tu otra mitad? Pero tengo que hacerlo... por el bien de ambas. Ahora lo entiendo. Aun así, no soy capaz de pronunciar la palabra.

—Ay, Katie... —digo, mientras los ojos se me llenan de lágrimas.

—¿*Lo ves*? —dice ella—. *Estás diciendo adiós*.

Se acerca a mí y percibo el calor que desprende. Entonces, como si fuera una pequeña llama, siento que otra piel roza la mía y me pone la carne de gallina, erizándome el vello de la nuca.

—*«Slip out the back, Jack* —dice ella—. *Make a new plan, Stan»*[13].

La música. Siempre la música.

—Te quiero —susurro y por fin me parece suficiente. El amor es lo único que perdura. Ahora lo entiendo—. Adiós.

Y tras haber pronunciado de corazón esa única palabra, me vuelvo a sumir en la oscuridad.

Creo verme a mí misma de lejos. Siento dolor. La jaqueca me ciega, es insoportable.

«Muévete». Es una vieja palabra, una que ya conocía y que me viene ahora a la mente. Hay una cortina de terciopelo negro delante de mí. Creo que estoy entre bastidores. Allá fuera hay luces...

Tengo que ponerme de pie..., caminar..., pero estoy cansada. Cansadísima.

Aun así, lo intento. Me levanto. Noto que me duele la columna vertebral a cada paso que doy, pero no dejo que eso me detenga. Hay una luz ahí fuera, en el escenario. Como el rayo de un faro, brilla con fuerza, me muestra el camino y luego vuelve a desaparecer. Sigo caminando, avanzando como puedo, pensando: «Por favor», pero mi mente está tan confusa que no sé a quién le estoy rezando. Y entonces, de repente, una colina se presenta ante mí y empieza a crecer rápidamente, elevándose, emergiendo de la negrura que tengo

delante.

No puedo hacerlo.

Desde muy lejos, oigo a alguien decir: «Despierta, Tully, por favor».

También los fragmentos de una canción, algo de «dulces sueños» que me suena mucho.

Intento dar otro paso, pero mis pulmones se resienten por el esfuerzo y me duele todo. Las piernas me fallan y caigo de rodillas, aterrizando con tal fuerza que me crujen los huesos y mi determinación se quiebra.

—No puedo hacerlo, Katie.

Estoy a punto de preguntarle por qué, de gritar la pregunta, frustrada. Pero sé cuál es la respuesta.

La fe.

Eso es algo que nunca he tenido.

«Vuelve, Tully».

Sigo el rastro de la voz de mi ahijada. En ese mundo de oscuridad, brilla como una telaraña, más allá de mi alcance. Intento atraparla, la sigo. Entonces respiro profunda y dolorosamente e intento ponerme en pie.

4 de septiembre de 2010

11.21 horas

—¿Preparados? —preguntó el doctor Bevan—. ¿Alguien quiere decir algo antes?

Marah ni siquiera fue capaz de asentir. Ella no quería que hicieran eso. Era mejor mantener a su madrina enchufada, respirando, que desconectarla de las máquinas. ¿Y si se moría?

La madre de Tully se acercó a la cama. Movía los labios agrietados e incoloros en silencio, formando palabras que Marah no podía oír. Estaban todos allí, reunidos alrededor de la cama del hospital: su padre, los abuelos, los gemelos y la madre de Tully. Su padre había hablado con ella y los niños esa mañana en el ferry, para explicarles lo que significaba todo aquello. Habían aumentado la temperatura corporal de Tully y le habían retirado la medicación fuerte. Ahora iban a desconectarla del ventilador. Con suerte, se despertaría y respiraría por sí misma.

El doctor Bevan dejó el historial de Tully en una funda que había a los pies de la cama. Una enfermera entró y retiró el tubo de respiración de la boca de Tully. El tiempo pareció detenerse de golpe.

Tully inspiró ruidosamente, como si tuviera flemas, y exhaló. Bajo la manta de algodón blanco, su pecho subía y bajaba, subía y bajaba.

—Tallulah —dijo el doctor Bevan, inclinándose sobre Tully. Le abrió los párpados y le iluminó los ojos con un haz de luz. Sus pupilas reaccionaron—. ¿Puede oírme?

—No la llame así —le indicó Dorothy con voz rota—. Odia ese nombre —añadió en un tono más suave, como si pensara que no debería haber hablado.

La abuela la agarró de la mano.

Marah se alejó de su padre y se acercó a la cama. Tully respiraba por sí misma, pero seguía pareciendo medio muerta, completamente magullada, amoratada, azulada, vendada y calva.

—Vamos, Tully —dijo—. Vuelve con nosotros.

No pasó nada.

¿Cuánto tiempo estuvo Marah allí, aferrándose a las barandillas de la cama, esperando a que su madrina se despertara? Le parecía que habían pasado horas cuando por fin oyó decir al doctor Bevan:

—Bueno. El tiempo dirá, supongo. Las lesiones cerebrales son complicadas. La vigilaremos de cerca durante las próximas horas. Con un poco de suerte, despertará.

—¿Con un poco de suerte? —repitió la abuela. Todos habían aprendido a desconfiar de esa expresión, cuando quien la decía era un médico.

—Por ahora es lo que hay —repuso el doctor Bevan—. Debemos tener esperanza. Pero su actividad cerebral es normal y sus pupilas reaccionan. Y está respirando por sí misma. Son muy buenas señales.

—Así que hay que esperar —concluyó papá.

El doctor Bevan asintió.

—Hay que esperar.

Cuando Marah volvió a mirar el reloj, vio que las finas manecillas negras seguían moviéndose, engullendo minutos y avanzando.

Oyó a los adultos susurrar detrás de ella, hablando entre ellos. Se volvió para mirarlos.

—¿Qué? ¿Qué?

Su padre se acercó. La cogió de la mano y ella se dio cuenta de que se trataba de algo malo.

—¿Crees que se va a morir? —le preguntó Marah.

Él suspiró con tal tristeza que casi la hizo llorar.

—No lo sé.

De repente, su mano le pareció un salvavidas. ¿Cómo podía haber olvidado aquello, la forma en la que su padre conseguía mantenerla a flote? Siempre había tenido esa capacidad, incluso en los viejos

tiempos, cuando Marah discutía constantemente con su madre.

—Se despertará —aseguró Marah, intentando tener fe. Su madre siempre decía: «No dejes de tener fe hasta que no te quede más remedio y mucho menos entonces». Claro que ella había muerto de todos modos—. ¿Solo podemos esperar?

Su padre asintió.

—Voy a llevar a los chicos y a tu abuelo a almorzar. Ya sabes que Wills necesita comer cada hora o le da un ataque. ¿Tienes hambre?

Marah negó con la cabeza.

—Dorothy y yo vamos a ir a tomar un café —dijo la abuela, acercándose a Marah—. Las últimas horas han sido muy duras. ¿Quieres venir con nosotras? Te invito a un chocolate caliente.

—Prefiero quedarme con ella —contestó Marah.

Cuando todos se marcharon, se quedó junto a la cama de su madrina, agarrada a las barandillas. Los recuerdos empezaron a rodearla, aplastándola por todas partes. Tully estaba presente en casi todos sus mejores recuerdos de la infancia. La recordó junto a su madre en la obra de teatro del instituto, cuando esta estaba ya muy enferma, completamente calva y encorvada en la silla de ruedas. Desde el lugar que le correspondía en el escenario, Marah había contemplado a aquellas dos mejores amigas y las había visto llorar. Tully se había inclinado y había secado las lágrimas de los ojos de su madre.

—Tully —dijo Marah—. Por favor, escúchame. Estoy aquí. Soy Marah y siento mucho lo que te hice. Quiero que te despiertes y me regañes. Por favor.

12 de septiembre de 2010
10.17 horas

—Lo siento —susurró el doctor Bevan.

Dorothy se preguntó si aquel hombre era consciente de la cantidad de veces que había pronunciado aquellas palabras durante la última semana. Si había algo que todos tenían claro era que el doctor Bevan sentía que Tully no hubiera despertado del coma. Este seguía repartiendo esperanza como si fueran caramelos que guardaba en el bolsillo para las emergencias, pero la esperanza de sus ojos había empezado a apagarse. Había ordenado que le practicaran a Tully una traqueotomía el segundo día para garantizar algo llamado «aireación eficaz de los pulmones»; también le habían insertado una sonda de

alimentación nasogástrica en una de las fosas nasales y se la habían sujetado con esparadrapo.

Daba la sensación de que Tully estaba durmiendo. Eso era lo que más le molestaba a Dorothy, mientras pasaba una hora tras otra sentada en aquella habitación. Cada segundo parecía lleno de posibilidades.

A diario, durante los últimos ocho días, ella pensaba: «Será hoy».

«Hoy Tully se despertará».

Pero luego llegaba la noche, sumiendo la habitación en la oscuridad, y el sueño antinatural de su hija continuaba.

El doctor Bevan los había convocado para una reunión. No podía ser una buena señal.

Dorothy estaba de pie en un rincón, con la espalda apoyada contra la pared. Con su ropa arrugada y sus zuecos naranjas, se sentía la persona más insignificante de la sala.

Johnny se mantenía erguido, con los brazos cruzados sobre el pecho y sus hijos cerca. Su dolor se manifestaba en pequeños detalles, como las zonas que se había dejado sin afeitar esa mañana y la camisa mal abrochada. Margie parecía más menuda y encorvada. La última semana la había hecho menguar, añadiendo dolor a un corazón que ya estaba a rebosar de él. Y Bud apenas se quitaba las gafas de sol. Dorothy a menudo tenía la sensación de que había lágrimas en sus ojos, detrás de aquellas lentes oscuras. Pero, de todos ellos, Marah era la que tenía peor aspecto. Parecía un alma en pena: estaba tan delgada que le costaba mantenerse en pie. Caminaba como si tuviera que calcular cada paso con cuidado. La mayoría de las personas mirarían a aquella chica de cabello recién teñido de negro, vaqueros y sudadera holgados y piel pálida, y verían a una joven afligida, pero Dorothy, que conocía muy bien el arrepentimiento, veía la culpa en la mirada de Marah, y esperaba —como todos— que aquella muerte en vida de Tully acabara bien. Dorothy no creía que ninguno de ellos pudiera soportar lo contrario.

—Es hora de hablar del futuro —dijo el doctor Bevan, aclarándose la garganta para captar de nuevo su atención—. Tully lleva ocho días sin reaccionar. Se ha recuperado adecuadamente de las lesiones graves y no muestra indicios claros de daños cerebrales, pero las pruebas de conciencia cognitiva no cumplen los criterios médicos para una rehabilitación intensiva continuada. Hablando claro, eso significa que, aunque tenemos constancia de que ha abierto los ojos en alguna ocasión y ha tosido una vez, creemos que es el momento de plantearse la posibilidad de un servicio de asistencia domiciliaria. Un hospital ya no es sitio para ella.

—Ella puede permitirse... —empezó a contestar Johnny, pero el médico negó con la cabeza.

—El dinero no es la cuestión, John. Nosotros tratamos a los pacientes en estado crítico. Es a lo que nos dedicamos aquí.

Margie se acercó a Bud, que la rodeó con un brazo.

—Hay varias residencias excepcionales en la zona. Tengo un listado...

—No —lo interrumpió Dorothy. La madre de Tully levantó la vista poco a poco. Todos la estaban mirando fijamente.

Tragó saliva.

—¿Puedo... cuidar de ella en casa? —Era difícil no retorcerse incómodamente bajo la punzante mirada del médico. Ella sabía lo que él veía cuando la observaba. A una vieja hippie con un nivel de higiene entre moderado y pobre. Pero él no tenía ni idea de a lo que había sobrevivido para estar allí. Levantó la barbilla y se encontró con los ojos entornados del neurocirujano—. ¿Es posible? ¿Puedo cuidarla en casa?

—Es posible, señora Hart —respondió este lentamente—. Pero usted no parece muy...

Margie se alejó de Bud y se puso al lado de Dorothy.

—¿No parece muy qué?

El médico frunció los labios.

—Cuidar a un paciente en coma es un trabajo complicado y difícil. Y los cuidadores únicos a menudo se sienten abrumados. Eso era lo que quería decir.

Johnny se acercó para ponerse al lado de su suegra.

—Yo podría ir los fines de semana a echar una mano.

—Y yo —dijo Marah, poniéndose al otro lado de Dorothy.

Los mellizos se adelantaron a la vez, con miradas serias de adulto asomando bajo el flexible voladizo de sus cabellos.

—Y nosotros.

Dorothy se emocionó, sorprendida. Ella nunca había defendido a su hija y nunca nadie la había defendido a ella. Le entraron ganas de girarse hacia Tully y decirle: «Mira cuánto te quieren». Pero en lugar de ello, apretó los puños y asintió con la cabeza, conteniendo las lágrimas ardientes que le nublaban la vista.

—Hay una empresa local especializada en el cuidado de pacientes en coma en casa. El precio puede resultar prohibitivo para la mayoría de los pacientes y sus familias, pero, si el dinero no es un problema, pueden contratar sus servicios. Una enfermera titulada podría ir a su casa a diario, o cada dos días, para cambiarle el catéter a Tully, comprobar si tiene úlceras en las córneas y hacerle algunas pruebas,

pero, aun así, implicará mucho trabajo, señora Hart. Tendría que seguir una rutina muy rigurosa. No la dejaré a su cuidado a menos que esté segura de que es capaz de hacerlo.

Dorothy recordó todas las veces que había soltado la mano de su hija, o que la había dejado marchar entre la multitud; todos los cumpleaños que se había perdido y todas las preguntas que no había respondido. Las personas que en ese momento la rodeaban conocían la triste y patética historia de Dorothy como madre. Nunca le había preparado a Tully un almuerzo escolar, ni le había hablado de la vida, ni le había dicho «te quiero».

Si no cambiaba ahora, si no le tendía la mano, su historia se limitaría a eso.

—Yo me ocuparé de ella —susurró Dorothy.

—Le echaré un vistazo al seguro y me haré cargo de las cuestiones financieras y médicas —dijo Johnny—. Tully tendrá la mejor atención domiciliaria posible.

—Los gastos, y el coma, podrían prolongarse durante bastante tiempo. Tengo entendido que no ha redactado testamento vital, que Kathleen Ryan es la ejecutora de su patrimonio y que dispone del poder de tomar decisiones médicas en su nombre, pero que la señora Ryan ha fallecido.

Johnny asintió.

—Tomaremos todas esas decisiones en familia. —Él miró a Dorothy y esta asintió—. Podemos replanteárnoslo más adelante, si es necesario. Hablaré con su gestor esta semana. Su apartamento vale varios millones, incluso con la situación económica actual. Podemos venderlo si es necesario, pero supongo que tendrá un seguro con cobertura máxima.

Marge se acercó y tomó de la mano a Dorothy. Las dos mujeres se miraron solemnemente.

—Aún no hemos vendido la casa de Snohomish. Bud y yo podríamos volver para ayudarte.

—Eres increíble —contestó Dorothy, en voz baja—. Pero, contigo ahí, me resultaría demasiado fácil dejar que tú fueras su madre. Necesito ser la persona responsable. Espero que lo entiendas.

La mirada de Margie lo dijo todo.

—Solo estoy a una llamada de distancia.

Dorothy suspiró con fuerza.

Listo. Estaba decidido. Por primera vez en su vida, iba a ejercer de madre de Tully.

12 de septiembre de 2010
18.17 horas

Johnny había estado casi todo el día con el gestor de Tully, Frank, revisando sus finanzas. En esos momentos, estaba sentado a solas en el coche, a bordo del ferry, con un montón de informes financieros en el asiento de al lado.

No tenía ni idea de cómo había sido la vida de Tully en los años posteriores a la muerte de Kate. Él creía que dejar la televisión había sido decisión suya, que el «acuerdo del libro» había sido lucrativo y que era el comienzo de otra carrera de alto nivel. Habría descubierto la verdad fácilmente... si se hubiera preocupado por descubrirla.

Pero no lo había hecho.

«Ay, Katie —pensó con tristeza—. Me vas a matar por esto...».

Se recostó en el asiento de cuero y miró más allá de la amplia abertura de la proa del ferry mientras empezaba a verse el gancho de arena de Wing Point. Cuando atracaron, cruzó por la irregular rampa metálica hasta llegar al suave asfalto de la carretera.

Al final del camino de acceso, su casa estaba bañada por la luz de la tarde. Era la hora dorada, ese momento hermoso y cristalino que precedía a la puesta de sol, cuando todos los colores eran nítidos y suaves. Septiembre era un buen mes en el Noroeste, una estación que compensaba todos los días grises y lluviosos que estaban por llegar.

Durante unos segundos, vio ese lugar como era antes. La casa y el jardín —como todo— habían cambiado desde la muerte de Kate. Antes, el jardín tenía un aspecto agreste y descuidado. Su mujer siempre estaba «a punto» de empezar a domesticarlo. Por aquel entonces, todas las plantas, flores y arbustos estaban demasiado crecidos y desbocados. Las flores se amontonaban unas sobre otras como chicos malos en el patio del colegio peleándose por el territorio. Siempre había juguetes desparramados: monopatines, cascos y dinosaurios de plástico.

En la actualidad, el jardín estaba bien cuidado. Un jardinero iba una vez a la semana a rastrillar, cortar y segar. Las plantas estaban más sanas, las flores eran más grandes y sus colores más intensos.

Entró en el oscuro garaje y se quedó allí sentado un momento para ordenar sus pensamientos. Cuando se sintió de nuevo con fuerzas, entró en casa.

En cuanto llegó, los chicos bajaron corriendo las escaleras, chocando uno contra otro, empujándose. Era como ver *Rollerball* en una colina. Hacía tiempo que había dejado de gritarles por eso o de preocuparse por que alguno se cayera. Así eran ellos. Los dos iban

vestidos con sudaderas azules y doradas de Bainbridge Island y llevaban unas zapatillas de *skater* que, desde su punto de vista, eran dos tallas mayores de lo debido.

En los últimos años se habían convertido en un trío, él y los gemelos. El tiempo que habían pasado en Los Ángeles los había unido más y se alegraban de volver a vivir allí. Sin embargo, podía ver cómo se iban formando fisuras en su relación. Ambos, sobre todo Wills, habían empezado a guardar secretos. Este empezaba a responder a las preguntas ordinarias con evasivas. «¿Quién ha llamado?» era un buen ejemplo. «Nadie».

«Ah, entonces, ¿estabas hablando solo?». Ese tipo de cosas.

—Hola, papá —dijo Wills, bajando de un salto los últimos tres escalones. Lucas lo siguió un segundo después. Aterrizaron juntos con tanta fuerza que hicieron crujir las tablas del suelo.

Quería a esos chicos con todas sus fuerzas. Y, sin embargo, los había defraudado de mil maneras distintas desde que no estaba Kate para guiarlo. Solo, no había sido tan buen padre como sus hijos —o Marah— se merecían. Extendió la mano para apoyarse en la mesa del recibidor, que estaba a su lado. Había cometido tantos errores en esos años sin Kate. ¿Cómo era posible que ahora viera sus fallos con tanta claridad?

¿Se lo perdonarían algún día?

—¿Estás bien, papá? —le preguntó Lucas. Lucas, cómo no. «Cuida de Lucas..., él no lo entenderá. Seguramente será el que más me eche de menos...».

Johnny asintió.

—Mañana iremos a limpiar y pintar la casa de Dorothy. Para prepararla para Tully. Sé que estáis deseando ayudar.

—A ella y a mamá les gustaba el azul —dijo Wills—. Sería un buen color para su habitación.

Lucas dio un paso adelante y miró a Johnny.

—No es culpa tuya, papá —susurró su hijo—. Lo de Tully, digo.

Johnny extendió la mano y le acarició la mejilla.

—Te pareces tanto a tu madre.

—Y Wills es como tú —comentó Lucas. El mito familiar, tan a menudo reiterado, transmitido y repetido. Y cierto.

Johnny sonrió. Tal vez lograran seguir adelante a partir de entonces así, manteniendo viva a Kate de mil pequeñas formas. Por fin estaba preparado para hacerlo. Irónicamente, el accidente de Tully le había mostrado lo que realmente importaba.

—¿Dónde está vuestra hermana?

—A ver, papá. Adivina —contestó Wills.

—¿En su habitación?

—¿Qué hace ahí dentro todo el tiempo?

—Está pasando por un momento difícil. Vamos a darle un poco de margen, ¿de acuerdo, Conquistador?

—De acuerdo —respondieron los dos a la vez.

Johnny los dejó atrás y subió las escaleras. Aunque se detuvo ante la puerta cerrada de Marah, no llamó, ni le dijo nada. Estaban intentando por todos los medios dejarle espacio. Ese día, en el hospital, él se había dado cuenta de lo profundo que era su dolor y en los últimos años había aprendido una buena lección: escuchar era tan importante como hablar. Cuando ella estuviera lista para dialogar, él intentaría hacerlo lo mejor posible. No volvería a fallarle.

Entró en su habitación, dejó caer el montón de papeles sobre la cama y se dio una larga ducha caliente. Se estaba secando el pelo con una toalla cuando alguien llamó a la puerta.

Se puso rápidamente unos vaqueros y una camiseta y gritó:

—¡Adelante!

La puerta se abrió y apareció Marah. Tenía las manos entrelazadas con fuerza. Johnny todavía sentía una pequeña punzada de tristeza cada vez que la veía. Estaba tan delgada y pálida... Parecía una especie de doble triste de la chica que era antes.

—¿Puedo hablar contigo?

—Por supuesto.

Marah apartó la mirada.

—Aquí no. —Su hija dio media vuelta, salió de la habitación y bajó las escaleras. En el vestíbulo, cogió uno de los gruesos jerséis que había colgados en los ganchos, junto a la lavadora, y se lo puso mientras cruzaba el umbral de la puerta.

Cuando salieron al porche, se sentó en la tumbona de madera favorita de su madre. Por encima de sus cabezas, el otoño había cubierto las largas ramas del arce. Las hojas de color escarlata, mandarina y amarillo limón se hallaban esparcidas por la terraza y se pegaban aquí y allá, sobre la barandilla. ¿Cuántas veces se habían sentado él y Katie allí por la noche, después de que los niños se acostaran, con la oscuridad a sus pies y las velas brillando suspendidas sobre ellos, mientras se escuchaban el uno al otro, con las olas de fondo?

Johnny alejó aquel recuerdo y se sentó en la silla que había al lado de Marah. La madera vieja y desgastada crujió mientras se acomodaba.

—Le vendí una historia a la revista *Star* —susurró su hija—. Les dije que Tully era una drogadicta y una alcohólica. Me pagaron

ochocientos cincuenta dólares. Salió la semana pasada. La..., la vi en el apartamento de Tully. Ella la leyó antes de coger el coche.

Johnny respiró hondo y exhaló. Luego volvió a hacerlo, mientras pensaba: «Ayúdame, Katie». Cuando estuvo seguro de que no se le quebraría la voz, respondió:

—A eso te referías cuando dijiste que todo era culpa tuya.

Ella se giró hacia él. La angustia de sus ojos era desgarradora.

—Es que es culpa mía.

Johnny miró fijamente a su hija, contemplando el dolor de su mirada.

—Nos vinimos abajo cuando tu madre se fue. Y eso es culpa mía. Me dolía demasiado estar cerca de Tully, así que me alejé de ella. O más bien hui. Tú no eres la única que le ha hecho daño.

—Eso no ayuda mucho —repuso ella, tristemente.

—He pensado mil veces en el día que fuimos a tu residencia —musitó Johnny—. Me equivoqué al explotar de aquella manera. Haría cualquier cosa por volver atrás y decirte que te quiero, decidas lo que decidas, y que siempre podrás contar con mi amor.

—Eso era lo que necesitaba —respondió ella, secándose los ojos.

—Y también le pediría perdón a Tully. Me equivoqué al echarle la culpa a ella. —Marah asintió, pero guardó silencio. Johnny pensó en todos los errores que había cometido con esa niña, en la cantidad de veces que le había dado la espalda en lugar de apoyarla; en los momentos en los que se había quedado callado en lugar de hablar. La de errores que cometía un padre solo cuando se sentía sobrepasado—. ¿Podrás perdonarme?

Ella lo miró fijamente.

—Te quiero, papá —dijo.

—Yo también te quiero, bichito.

Marah esbozó una sonrisa débil y un poco triste.

—¿Y Tully? Seguramente pensará que...

—¿Qué le dirías ahora mismo?

—Le diría lo mucho que la quiero, pero no tendré oportunidad de hacerlo.

—Tendrás la oportunidad. Podrás decírselo cuando despierte.

—Me cuesta un poco creer en los milagros, últimamente.

A Johnny le entraron ganas de responder: «Como a todos». Pero en lugar de ello, dijo:

—A tu madre no le gustaría nada oír eso. Ella te diría que, al final, todo se soluciona, que no hay que dejar de tener fe hasta que no te quede más remedio y...

—Mucho menos entonces —susurró Marah, convirtiendo su voz en

un eco de la de su padre.

Durante un segundo maravilloso, Johnny sintió a Katie a su lado. Las hojas crujieron sobre su cabeza.

—Quiero volver a ver a la doctora Bloom, si te parece bien.

Johnny levantó fugazmente la vista y vio que uno de los tarros se movía entre las sombras. «Gracias, Katie».

—Te pediré una cita.

26

14 de septiembre de 2010
09.13 horas

El día previo a la llegada de Tully, los Ryan y los Mularkey se presentaron en la casa de Firefly Lane como un equipo de limpieza profesional. Dorothy nunca había visto a nadie trabajar tanto ni llevarse tan bien.

Arrancaron el papel, limpiaron y pintaron de un hermoso azul cielo el dormitorio de la parte de atrás, que había sido el de Tully a los catorce años y que ahora volvería a serlo, a los cincuenta. Situaron la cama de hospital, que ya les habían entregado, frente a la única ventana de la habitación. Desde allí, Tully podría ver a través de la ventana de guillotina abierta, más allá del huerto, la antigua casa de la que en su día había sido su mejor amiga. Marah había elegido la nueva ropa de cama, una colcha blanca con estampado floral en relieve, y los gemelos habían seleccionado varias fotos para poner sobre la cómoda; había al menos una docena, en total; algunas instantáneas de Kate y Tully a lo largo de sus vidas, una de Tully con un bebé de carita sonrosada en brazos y otra de Johnny y Tully recibiendo un premio sobre un escenario. Dorothy deseó tener alguna foto suya con su hija para añadir a la colección, pero simplemente no existía ninguna. En medio de aquel despliegue, llegó una enfermera de la agencia de asistencia a pacientes en coma y estuvo hablando con Dorothy al menos durante dos horas sobre los cuidados diarios de Tully.

Cuando finalmente se marcharon todos, Dorothy empezó a deambular por las habitaciones, diciéndose a sí misma que era capaz de hacerlo. Leyó dos veces los folletos y el material facilitado por la enfermera, tomando notas en los márgenes.

Dos veces había estado a punto de tomarse una copa, pero al final lo había superado y se encontraba de nuevo en el hospital, caminando por el luminoso pasillo hacia la habitación de su hija. Sonrió a una de las enfermeras de la planta, abrió la puerta y entró.

Había un hombre sentado junto a la cama de su hija, leyendo. Al ver a Dorothy, levantó la vista. Un par de cosas llamaron la atención

de esta, de entrada: su juventud, ya que probablemente no tendría más de cuarenta y cinco años, y su aspecto exótico y multicultural. Llevaba el pelo recogido en una coleta y Dorothy estaba segura de que, bajo su bata blanca de médico, habría unos vaqueros desgastados y una camiseta de algún grupo de rock. Tenía puestos unos de esos zuecos de plástico que a ella tanto le gustaban.

—Lo siento —se excusó el hombre, levantándose al tiempo que dejaba el libro. Se titulaba *Shantaram*. Era un volumen grueso e iba por la mitad.

—¿Le está leyendo?

Él asintió y se acercó a ella extendiendo la mano.

—Soy Desmond Grant, médico de urgencias.

—Dorothy. Soy su madre.

—Bueno. Debería volver al trabajo.

—¿La visita a menudo?

—Intento pasarme por aquí antes o después de mis turnos. Vengo muchas veces a verla de madrugada. —El hombre sonrió—. Tengo entendido que hoy se va a casa.

—Sí. Dentro de una hora.

—Ha sido un placer conocerla. —El médico fue hacia la puerta.

—¿Desmond?

Él se dio la vuelta.

—¿Sí?

—Firefly Lane, número 17. En Snohomish. Ahí es donde estaremos. Por si quiere acabar de leerle el libro.

—Gracias, Dorothy. Me encantaría.

Ella esperó a que se marchara y luego se acercó a la cama. En los once días transcurridos desde el accidente, los hematomas de la cara de Tully habían ido cambiando de color, pasando de un ciruela intenso a un marrón plátano podrido. Las decenas de pequeñas heridas que tenía se habían cubierto de costras; solo unas cuantas seguían rezumando pus amarillento. Sus labios estaban agrietados y secos.

Dorothy metió la mano en el bolsillo de su vestido suelto y sacó un botecito de crema de abeja. Con la yema del dedo índice, esparció la suave mezcla por los labios sin vida de Tully.

—Creo que esto les vendrá bien. ¿Cómo has dormido esta noche? —le preguntó—. ¿Yo? No muy bien —dijo, como si estuvieran charlando—. Estaba nerviosa por tu regreso a casa. No quiero decepcionarte. ¿Que no crees que lo haga? Me alegra oírlo. —Dorothy posó una mano sobre la cabeza calva y reseca de su hija—. Te despertarás cuando estés preparada. Curarse lleva su tiempo. Lo sé de buena tinta.

Justo cuando acababa de terminar la frase, la puerta se abrió y el doctor Bevan y Johnny entraron en la habitación.

—Veo que ya está aquí, Dorothy —dijo el médico, haciéndose a un lado para permitir que varias enfermeras y dos técnicos sanitarios entraran en la habitación.

Ella intentó sonreír. Si eran necesarias todas esas personas simplemente para trasladar a Tully, ¿cómo diablos pensaba cuidarla ella sola?

—Respira, Dorothy —la tranquilizó Johnny, acercándose a ella.

Ella lo miró, agradecida.

A partir de ese momento, todo fue muy rápido. Cambiaron a Tully de la cama a una camilla, le quitaron la vía intravenosa, la desconectaron de las máquinas y se la llevaron en una silla de ruedas. En recepción, Dorothy firmó un montón de papeles, recogió algunos documentos de alta, así como varios folletos de procedimientos asistenciales y una serie de notas del doctor Bevan. Cuando por fin estuvo en el coche de Johnny, siguiendo a la ambulancia, estaba muerta de preocupación.

Al llegar a la calle Columbia, bajaron por la colina y vieron el áspero pilar gris contra el que Tully había chocado. Delante de él, en la acera, le habían hecho un homenaje improvisado. Los globos, las flores moribundas y las velas formaban una especie de altar. Había un cartel que decía: «DESPIERTA, TULLY». Y otro en el que ponía: «REZAMOS POR TI».

—¿Crees que sabe cuánta gente está rezando por ella? —preguntó Dorothy.

—Eso espero.

Dorothy guardó silencio después de aquello. Se recostó en el cómodo asiento de cuero y observó cómo el paisaje urbano daba paso al rural y luego al campestre, cambiando los edificios altos por las vallas bajas, el tráfico denso por las carreteras lentas y sinuosas bordeadas de árboles en las que solo se veía algún que otro coche. Al llegar a casa, se detuvieron detrás de la ambulancia y aparcaron.

Dorothy se adelantó para abrir la puerta principal y encender las luces y condujo a los sanitarios al dormitorio de Tully, donde los niños de la familia Ryan habían colocado un cartel enorme que ponía: «BIENVENIDA A CASA, TULLY».

Dorothy siguió a los técnicos sanitarios, haciéndoles preguntas y anotando cuidadosamente las respuestas.

En un abrir y cerrar de ojos, estaba todo listo. Tully se encontraba en su habitación, aparentemente dormida, y la ambulancia había desaparecido.

—¿Quieres que me quede? —le preguntó Johnny.

Dorothy estaba tan perdida en sus propios pensamientos que su voz la sobresaltó.

—Ah. No. Pero gracias.

—Marah vendrá el jueves. Traerá comida. Y yo me pasaré el fin de semana con los chicos. —Estaban a lunes—. Margie y Bud nos han dejado las llaves de la casa de enfrente. Y ella me ha pedido que te recuerde que está solo a unas horas de distancia. Que si cambias de opinión y necesitas ayuda, cogerá el primer vuelo.

Dorothy se obligó a sonreír.

—Puedo hacerlo —dijo, tanto para convencerse a sí misma como a él.

Fueron hacia la puerta. Una vez allí, Johnny se detuvo para mirarla.

—No sé si sabes lo mucho que esto significaría para ella.

—Sé lo mucho que significa para mí. ¿Cuántas veces puede uno tener una segunda oportunidad?

—Si te agobias...

—No pienso beber. Tranquilo.

—No es eso lo que me preocupa. Quiero que sepas que estamos todos aquí para lo que Tully necesite. Y para lo que necesites tú. Me refería a eso.

Dorothy miró fijamente a aquel hombre maravilloso y comentó:

—Me pregunto si sabrá lo afortunada que es.

—Nosotros no lo sabíamos —repuso él en voz baja y Dorothy vio el arrepentimiento reflejado en las arrugas de su rostro.

Dorothy sabía que no debía decir nada. A veces, simplemente tomabas la decisión equivocada y tenías que asumirlo. Lo único que se podía cambiar era el futuro. Lo acompañó al exterior de la casa y lo vio alejarse. Luego cerró la puerta y volvió al lado de la cama de su hija.

Una hora más tarde, llegó la enfermera y le entregó a Dorothy una lista de cuidados.

—Acompáñeme —le indicó.

Durante las tres horas siguientes, Dorothy observó con atención todos los movimientos de la mujer; aprendió paso a paso lo que debía hacer para cuidar a su hija. Al final de la visita, tenía un cuaderno lleno de anotaciones y recordatorios.

—Ya está preparada —dijo por fin la enfermera.

Dorothy tragó saliva.

—No sé yo.

La enfermera sonrió con dulzura.

—Es como cuando era pequeña —le explicó—. ¿Recuerda que siempre necesitaba algo? Un cambio de pañales, que la cogieran en brazos, un cuento para dormir... ¿Y que nunca sabía qué era hasta que se calmaba? Pues esto es igual. Solo tiene que repasar la lista. Lo hará bien.

—No fui muy buena madre —dijo Dorothy.

La enfermera le dio una palmadita.

—Todas pensamos lo mismo, querida. Lo hará bien. Y no lo olvide. Seguramente pueda oírla. Así que hable, cante, cuente chistes. Lo que sea.

Esa noche, cuando se quedó a solas con su hija por primera vez, Dorothy entró sin hacer ruido en el dormitorio, prendió una vela con aroma a gardenia y encendió la lámpara de la mesilla.

Accionó los controles de la cama y la elevó hasta un ángulo exacto de treinta y cinco grados. Se detuvo ahí y luego la bajó. Después volvió a subirla.

—Espero que esto no te maree. Se supone que debo elevarte y bajarte la cabeza durante quince minutos cada dos horas.

Cuando acabó de hacer aquello, Dorothy retiró suavemente las mantas y comenzó a masajearle las manos y los antebrazos. Mientras friccionaba las extremidades de Tully y la sometía suavemente a ejercicios pasivos, no dejó de hablar.

Al final, no tenía ni idea de lo que le había contado. Solo sabía que, cuando tocó los pies de su hija para extender la crema hidratante sobre su piel seca y agrietada, se había echado a llorar.

Dos semanas después de que Tully saliera del hospital, Marah tuvo la primera cita con la doctora Bloom. Mientras caminaba por la sala de espera vacía, no pudo evitar imaginarse a Paxton allí, con su mirada triste y tierna y el pelo negro cayéndole constantemente sobre la cara.

—Marah —dijo la doctora Bloom, dándole la bienvenida con una sonrisa—. Me alegra volver a verte.

—Gracias.

Marah se sentó en la silla que había delante del escritorio de madera pulida. El despacho le pareció más pequeño de lo que recordaba y también más íntimo. Desde allí, la vista de la bahía de Elliott era preciosa, incluso en ese día gris y lluvioso.

La doctora Bloom se sentó.

—¿De qué te gustaría hablar hoy?

Había tantas opciones, tantos errores que solucionar y tantas cosas que resolver, tanta culpa y dolor. Le entraron ganas de cambiar de

postura y mirar hacia otro lado, o de ponerse a contar las hojas de la planta. En lugar de eso, contestó:

—Echo de menos a mi madre, Tully está en coma y me he cargado mi vida hasta tal punto que solo quiero meterme en un agujero y esconderme.

—Ya lo has hecho —repuso la doctora Bloom. ¿Su voz siempre había sido tan dulce?—. Con Paxton. Y aquí estás. —A Marah le sorprendió la verdad que había en aquellas palabras; ahora lo entendía. Bloom tenía razón. Todo aquello había sido una forma de esconderse: el pelo rosa, los piercings, las drogas, el sexo. Pero ella había amado a Paxton. Al menos eso había sido real. Puede que también algo desesperado, dañino y peligroso, pero real—. ¿De qué te escondías?

—¿Entonces? De echar de menos a mi madre.

—Hay ciertos dolores de los que no se puede huir, Marah. Tal vez ahora lo sepas. A algunos dolores hay que mirarlos a los ojos. ¿Qué es lo que más echas de menos de tu madre?

—Su voz —respondió ella—. Y la forma en que me abrazaba —añadió—. La forma en que me quería.

—Siempre la echarás de menos. Te lo digo por experiencia. Habrá días, incluso después de años, en los que la extrañarás tanto que no podrás soportarlo. Pero también habrá días buenos; meses y años llenos de ellos. De una manera u otra, la buscarás toda la vida. Y también la encontrarás. A medida que crezcas, la entenderás cada vez más. Te lo garantizo.

—A ella no le gustaría nada cómo he tratado a Tully —susurró Marah.

—Creo que te sorprendería la facilidad con la que perdona una madre. Y también una madrina. La pregunta es: ¿podrás perdonarte a ti misma?

Marah levantó la vista bruscamente, con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo necesito.

—Pues muy bien. Empezaremos por ahí.

Marah descubrió que mirar atrás, hablar de su madre y de Tully, de la culpa y del perdón, la ayudaba. A veces, cuando estaba en la cama por las noches, empezaba a recordar e intentaba imaginar que su madre le hablaba en la oscuridad.

Porque eso era lo que más echaba de menos: la voz de su madre. Y, con todo, sabía lo que algún día tendría que hacer; sabía que había un lugar donde podría encontrar la voz de su madre cuando fuera lo suficientemente fuerte como para ir a buscarla.

Pero necesitaba que Tully estuviera con ella. Esa era la promesa que Marah le había hecho a su madre.

Durante las semanas siguientes, Dorothy se metía en la cama por las noches agotada y se levantaba extenuada. Siempre tenía la lista de cuidados a mano; la cogía constantemente para releerla una y otra vez, temiendo que se le hubiera escapado algo. Repasaba mentalmente las tareas como si fueran una letanía. Subir y bajar, quince minutos cada dos horas; comprobar los fluidos y la comida, revisar la sonda nasogástrica, masajearle las manos y los pies; aplicarle crema hidratante; cepillarle los dientes; ejercitar sus extremidades con movimientos amplios y suaves; mantener la cama seca y las sábanas limpias; girarla de un costado a otro cada pocas horas; comprobar la succión traqueobronquial.

Pasó más de un mes hasta que le perdió el miedo y más de seis semanas hasta que la enfermera que las visitaba dejó de añadir notas a la lista.

A finales de noviembre, cuando las hojas habían empezado a caer y a dar un toque de color a su jardín oscuro, embarrado y lleno de malas hierbas, empezó a pensar —por fin— que realmente era capaz de hacer aquello, y cuando llegaron las primeras Navidades que pasaría con su hija ya apenas necesitaba consultar la lista de tareas. Sus días se volvieron rutinarios. La enfermera —Nora, abuela de doce niños de edades comprendidas entre los seis meses y los veinticinco años— iba a verlas cuatro veces por semana. La semana anterior le había dicho: «¡Caray, Dot, ni yo misma podría hacerlo mejor! ¡En serio!».

El día de Navidad de 2010 amaneció fresco y despejado en la ciudad de Snohomish y Dorothy por fin se sentía en paz, o tan en paz como podía sentirse una mujer con una hija en coma. Se levantó antes de lo habitual y se dispuso a decorar la casa para darle un aire festivo. Obviamente, no encontró adornos en el trastero de la parte de atrás, pero tampoco le importó. Ingeniárselas era una de sus especialidades en la vida; pero, mientras revolvía en el oscuro armario, se topó con las dos cajas de cartón de recuerdos de Tully.

Se detuvo, enderezó la espalda y las miró fijamente. Estaban cubiertas por una capa de polvo gris.

Cuando Johnny le había entregado aquellas cajas, junto con la ropa, los artículos de aseo y las fotos de Tully, Dorothy las había considerado sagradas, solo aptas para los ojos de su hija, pero ahora se preguntaba si su contenido podría ayudar a Tully. Se agachó y cogió la caja en la que ponía: «Queen Anne». Era ligera, por supuesto.

¿Cuántas cosas podrían habérsele ocurrido guardar a una Tully de diecisiete años?

Dorothy limpió el polvo de la caja y se la llevó al dormitorio de su hija.

Esta permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, respirando tranquilamente. Una luz pálida y plateada entraba por la ventana y se acumulaba agitándose sobre el suelo, cambiando de forma con el movimiento de los árboles del exterior. Las franjas de luz y oscuridad se perseguían por el suelo, amplificadas por las cuentas de cristal del atrapasueños colgado en la ventana.

—Te he traído tus cosas —le dijo Dorothy a Tully—. He pensado que tal vez, por Navidad, podría hablar contigo sobre lo que hay aquí. —Dejó la caja junto a la cama.

Tully no se movió. Estaba empezando a crecerle de nuevo una pelusa de color caoba canoso y parecía un pollito. Los moratones y las heridas se le habían curado; solo unas cuantas cicatrices plateadas señalaban el lugar donde habían estado. Dorothy untó con un poco de crema de abeja los labios resecos de su hija.

Luego, acercó la silla y se sentó junto a la cama. Inclinándose, abrió la caja. Lo primero que sacó fue una pequeña camiseta de Maguila Gorila; al tocarla, le sobrevino un recuerdo.

«Mami, ¿puedo tomar un brownie?».

«Claro. Un poco de marihuana no le hace daño a nadie. Clem, pásame los brownies».

Y de repente: «Dot, tu hija se ha caído redonda...».

Se quedó mirando la camiseta. Era tan pequeña...

Se dio cuenta de que llevaba en silencio mucho tiempo.

—Ah. Perdona. Seguramente creías que me había ido, pero todavía sigo aquí. Algún día entenderás que el hecho de que volviera una y otra vez significaba algo. Siempre supe cuál era mi lugar. Solo que no era capaz de... hacerlo. —Dejó la camiseta a un lado, doblándola cuidadosamente.

Lo siguiente que sacó fue un gran álbum de fotos, con una cubierta de plástico salpicada de nomeolvides y la ilustración de una niña con aspecto de colona. Alguien había escrito, en la parte superior: «Álbum de recortes de Tully».

A Dorothy le temblaron las manos al abrir el libro por la primera página, donde encontró una pequeña fotografía con los bordes ondulados de una chiquilla flacucha soplando una vela. En la página opuesta había una carta. Comenzó a leerla en voz alta.

Querida mamá:

Hoy cumplo once años. ¿Cómo estás? Yo bien. Seguro que estás de camino para venir a verme porque me echas tanto de menos como yo a ti.

Con cariño, tu hija, Tully

Querida mamá:

¿Me echas de menos? Yo a ti sí.

Con cariño, tu hija, Tully

Dorothy pasó la página y siguió leyendo. Más cartas.

Querida mamá:

Hoy en el colegio hemos montado en poni. ¿Te gustan los ponis? A mí sí. La abuela dice que puede que tú les tengas alergia, pero yo espero que no. Cuando vengas a buscarme, a lo mejor podemos comprar un poni.

Con cariño, tu hija, Tully

—Las firmas todas como: «Tu hija, Tully». ¿Acaso te preguntabas si sabría quién eras? —En la cama, Tully hizo un ruido. Sus ojos se abrieron de golpe. Dorothy se levantó rápidamente—. ¿Tully? ¿Puedes oírme? —Tully emitió un sonido, como un suspiro cansado, y volvió a cerrar los ojos. Dorothy se quedó allí de pie un buen rato, esperando algo más. No era raro que Tully abriera los ojos, pero a ella siempre le parecía un hecho significativo—. Seguiré leyendo —dijo finalmente, volviendo a sentarse para pasar la página.

Había cientos de cartas, al principio escritas por la mano insegura de una niña y luego, con el paso de los años, con la letra más confiada de una jovencita. Dorothy las leyó todas.

Hoy he hecho la prueba para las animadoras, con *China Grove*.

¿Conoces esa canción?

Me sé de memoria todos los presidentes. ¿Aún quieres que sea presidenta?

¿Por qué no has vuelto?

Deseaba dejar de leer —cada palabra de cada carta era como una puñalada en el corazón—, pero no podía parar. Ahí estaba toda la vida de su hija, expuesta en cartas. Leyó entre lágrimas todas ellas, cada postal y cada artículo del periódico escolar.

Alrededor de 1972, las cartas cesaron. Nunca se volvieron coléricas, acusadoras o culpables; simplemente se acabaron.

Dorothy pasó la última página. Allí, pegado en el reverso, encontró un sobrecito azul, cerrado, dirigido a «Dorothy Jean».

Contuvo el aliento. Solo una persona la llamaba «Dorothy Jean».

Abrió el sobre lentamente.

—Hay una carta de mi madre. ¿Tú sabías que estaba aquí, Tully? ¿O la dejó después de que te dieras por vencida conmigo? —preguntó, nerviosa.

Dorothy extrajo un único pliego de papel de correspondencia, tan fino como el papel de repostería y arrugado como si lo hubieran estrujado y hubieran vuelto a alisarlo.

Querida Dorothy Jean:

Siempre creí que volverías a casa. Recé durante años. Le rogué a Dios que te enviara de vuelta a mí. Le prometí que, si me concedía solo una oportunidad más, no volvería a mirar hacia otro lado.

Pero ni Dios ni tú escuchasteis las plegarias de esta anciana. No puedo culparos a ninguno de los dos. Algunos errores son imperdonables, ¿no es cierto? En eso, los predicadores se equivocan. He debido de bordar un millón de labores para honrar a Dios. Haberte dicho a ti un par de palabras habría sido más útil.

Lo siento. Es tan sencillo. Solo son ocho letras y nunca fui lo suficientemente fuerte como para decirlas. Ni siquiera intenté detener a tu padre. No podía. Tenía demasiado miedo. Ambas sabemos cuánto le gustaban los cigarrillos encendidos, ¿verdad?

Ahora me estoy muriendo, cada vez me encuentro más débil a pesar de que intento por todos los medios esperarte. He sido mejor con Tully. Quiero que lo sepas. He sido mucho mejor abuela que madre. Ese es el pecado que me llevo conmigo.

No me atreveré a pedirte que me perdones, Dorothy Jean. Pero lo siento. Quiero que lo sepas.

Ojalá pudiéramos volver a intentarlo. Ojalá.

Dorothy se quedó mirando aquellas palabras, que bailaban y se desdibujaban ante ella. Siempre se había considerado la única víctima de aquella casa. Tal vez habían sido dos.

Tres, contando a Tully, a quien sin duda había afectado la maldad de su abuelo, aunque no fuera de forma directa.

Tres generaciones de mujeres destrozadas por un solo hombre.

Dorothy suspiró con fuerza y pensó: «Vale».

Solo eso, una simple palabra, solo una. «Vale». Ese era su pasado.

Su pasado.

Miró a su hija, que parecía una princesa dormida, rejuvenecida por el cabello nuevo que le estaba saliendo.

—No más secretos —dijo, o más bien susurró. Le contaría todo a Tully, incluida la carta de arrepentimiento de su madre. Ese sería su regalo de Navidad para su hija. Dorothy pronunciaría aquellas palabras junto a su cama, empezando donde lo había dejado en el hospital. Luego escribiría su historia al completo, para que Tully lo tuviera todo para sus memorias, cuando lo necesitara. No habría más vergüenza secreta, no huiría más de las cosas que eran culpa suya, ni de las que no lo eran. Tal vez así, algún día, ambas podrían curarse—. ¿Te parece bien, Tully? —le preguntó en voz baja, rezando con todas sus fuerzas para que esta le respondiera.

A su lado, Tully siguió respirando tranquilamente, inhalando y exhalando.

27

Ese año, el invierno se hizo eterno. Los días grises se sucedían como sábanas sucias en un tendedero. Los nubarrones oscurecían el cielo, arrojando lluvias intermitentes hasta que los campos se volvieron negros y viscosos y las ramas de los cedros cayeron como mangas mojadas. Cuando llegaron los primeros días soleados de la primavera, el verde se extendió por los campos del valle de Snohomish y los árboles se enderezaron de nuevo, esforzándose por ir hacia la luz, con las puntas llenas de brotes de color verde lima. Las aves regresaron de la noche a la mañana, graznando y lanzándose en picado hacia las gruesas lombrices rosadas que emergían de la tierra húmeda.

En junio, los lugareños ya habían olvidado el crudo invierno y la decepcionante primavera. En julio, cuando se reanudaron los mercados agrícolas, ya se oían quejas sobre lo caluroso que estaba siendo el verano de 2011.

Al igual que las flores de su jardín, Marah se había pasado aquellos largos meses grises reuniendo fuerzas, o buscando las que siempre habían estado en su interior.

Pero ya era finales de agosto. Tocaba mirar hacia delante, en lugar de hacia atrás.

—¿Seguro que quieres hacer esto sola? —le preguntó su padre, apareciendo detrás de ella. Marah cerró los ojos y se apoyó en él. Johnny la rodeó con los brazos para sostenerla.

—Sí —respondió. De hecho, era lo único de lo que estaba segura. Tenía cosas que decirle a Tully, cosas que se había guardado, a la espera de un milagro; pero ese milagro ya no iba a producirse. Había pasado casi un año desde el accidente y Marah se estaba preparando para irse a la universidad. La noche anterior le había ayudado a su padre con el documental sobre los niños de la calle y las imágenes de esos pobres chavales descarriados, con sus mejillas hundidas, sus miradas vacías y su falsa bravuconería le habían llegado al alma. Sabía lo afortunada que era por estar allí, en casa. A salvo. Y eso fue lo que dijo cuando su padre la grabó. «Me alegro de haber vuelto». Pero, aun así, le quedaba algo por hacer—. Le prometí una cosa a mamá y tengo que cumplir mi promesa —dijo.

Su padre le dio un beso en la coronilla.

—Estoy muy orgulloso de ti. ¿Te lo he dicho últimamente?

Ella sonrió.

—Todos los días, desde que me quité el pelo rosa y el piercing de la ceja.

—No es por eso.

—Lo sé.

Él la agarró de la mano, salió con ella de casa y la acompañó hasta el coche que estaba aparcado en la entrada.

—Conduce con cuidado.

Aquella era una frase que, últimamente, había adquirido mucho más significado para ella. Asintiendo, se subió al asiento del conductor y arrancó.

Era un precioso día de finales de verano. En la isla, los turistas entraban y salían del ferry, llenando las aceras del centro de Winslow. En la otra orilla, el tráfico era tan denso como siempre y Marah siguió a la multitud hacia el norte.

Salió de la autopista en Snohomish y condujo hasta Firefly Lane.

Se quedó sentada en el camino de entrada unos instantes, observando la bolsa gris de Nordstrom que tenía al lado. Finalmente, la cogió y fue hacia la puerta principal.

El aire tenía un olor fresco y vivificante, a manzanas y melocotones madurando bajo el sol. Desde allí pudo apreciar la exuberancia del huertito de Dorothy, que estaba lleno de relucientes tomates rojos, judías verdes e hileras de frondoso brócoli.

La puerta se abrió antes de que llamara y apareció esta, vestida con una blusa floreada y unos pantalones cargo holgados.

—¡Marah! Tully te estaba esperando —le dijo, dándole un fuerte abrazo. La había recibido con aquella misma frase cada jueves, durante casi doce meses—. Ha abierto los ojos dos veces esta semana. Es una buena señal. ¿No crees?

—Claro —repuso Marah, con un hilillo de voz. Lo creía hacía unos meses, cuando había empezado a suceder. La primera vez que había ocurrido, de hecho, se había emocionado muchísimo. Había llamado a Dorothy y se había quedado esperando a su lado, inclinada hacia delante, diciendo: «Vamos, Tully, vuelve...».

Levantó la bolsa gris.

—He traído algo para leerle.

—¡Estupendo! Perfecto. Me vendría bien poder pasar algo de tiempo en el jardín. Este mes las malas hierbas están acabando conmigo. ¿Quieres un poco de limonada? Es casera.

—Vale. —Marah siguió a Dorothy por la vivienda de planta baja, que estaba limpia como una patena. Había lavanda seca colgada de las

vigas del techo, perfumando el aire. Fragantes ramos de rosas repartidos en jarras de agua agrietadas y ollas de metal decoraban las encimeras y las mesas.

Dorothy desapareció en la cocina y volvió con un vaso de limonada helada.

—Gracias.

Se miraron durante un instante, hasta que Marah asintió con la cabeza y echó a andar por el largo pasillo hacia la habitación de Tully. La luz del sol entraba por la ventana, haciendo que las paredes azules brillaran como el agua del mar.

Tully yacía en la cama de hospital, que estaba un poco elevada, con los ojos cerrados y el cabello castaño salpicado de canas grises. Unos rizos indomables rodeaban su rostro pálido y delgado. Una colcha de color crema le llegaba hasta justo debajo de la clavícula. Su pecho subía y bajaba a un ritmo tranquilo y constante. Tenía un aspecto de lo más sereno. Como siempre, por una fracción de segundo Marah pensó que Tully abriría los ojos, le dedicaría una de sus amplias sonrisas y le diría: «Hola».

Se obligó a avanzar. La habitación olía a la crema de manos de gardenia que tanto le gustaba a Dorothy. Sobre la mesilla de noche, había un ejemplar en rústica de *Ana Karenina* que Desmond llevaba meses leyéndole a Tully.

—Hola —le dijo Marah a su madrina—. Me voy a la universidad. Sé que ya estás enterada, hace meses que te hablo de ello. A Loyola Marymount. En Los Ángeles. Qué ironía, ¿verdad? Creo que una facultad más pequeña será mejor para mí. —La joven se retorció las manos. No estaba allí para eso. Ese día no. Durante meses y meses, había esperado un milagro. Pero había llegado el momento de despedirse, entre otras cosas. Cada vez le dolía más el pecho. Cogió la silla que había al lado de la cama, se sentó y se acercó a su madrina—. Te estrellaste con el coche por mi culpa, ¿verdad? Porque fui una sinvergüenza y vendí esa historia a la revista. Le dije a todo el mundo que eras una drogadicta...

El silencio que siguió a su declaración la hundió. La doctora Bloom había intentado convencerla de que el estado en el que se encontraba Tully no era culpa suya —todo el mundo lo había hecho—, pero era otra de esas cosas que Marah no era capaz de creer. No podía evitar disculparse cada vez que la visitaba.

—Ojalá pudiéramos empezar de nuevo, tú y yo. Te echo muchísimo de menos. —La voz de Marah era dulce e insegura.

En medio del silencio, suspiró y cogió la bolsa gris que había en el suelo, a su lado. Sacó su posesión más preciada. El diario de su madre.

Le temblaron un poco las manos al abrirlo y ver «La historia de Katie» escrito con la llamativa caligrafía de Tully.

Marah contempló aquellas palabras. ¿Cómo era posible que todavía le diera miedo leer lo que había escrito en aquellas páginas? Lo normal sería que quisiera conocer las últimas reflexiones de su madre, pero el mero hecho de pensarlo le daba vértigo.

—Le prometí que leería esto contigo cuando estuviera preparada. En realidad no lo estoy, ni tú eres realmente tú, pero me marcho y la doctora Bloom dice que ha llegado el momento. Y tiene razón. El momento ha llegado.

»Vamos allá —susurró Marah, antes de empezar a leer en voz alta.

El pánico siempre llega de la misma forma. Primero siento un nudo en la boca del estómago que se convierte en náuseas y luego una falta de aire que me agita y que las respiraciones profundas no logran aliviar. Pero la causa de mi miedo es diferente cada día; nunca sé lo que lo va a causar. Puede ser un beso de mi marido, o la intensa tristeza de su mirada cuando se aleja. A veces me doy cuenta de que ya ha empezado a llorar mi muerte, de que ya me echa de menos aunque todavía siga aquí. Peor aún es la silenciosa aceptación de Marah de todo lo que digo. Daría cualquier cosa por una de nuestras antiguas discusiones. Esa es una de las primeras cosas que me gustaría decirte ahora, Marah: esas discusiones eran la vida real. Tú estabas luchando por liberarte y dejar de ser mi hija, pero todavía no sabías cómo ser tú misma, y yo tenía miedo de dejarte marchar. Es el círculo del amor. Ojalá me hubiera dado cuenta entonces. Tu abuela me dijo que yo sabría antes que tú que te arrepentirías de esos años y tenía razón. Sé que te arrepientes de algunas de las cosas que me dijiste, como yo me arrepiento de mis propias palabras. Pero nada de eso importa. Quiero que lo sepas. Yo te quiero y sé que tú me quieres.

Pero todo eso es mera palabrería, ¿no? Yo quiero ir más allá. Así que, si pudieras tener un poco de paciencia conmigo (hace años que no escribo nada), me gustaría contarte una historia. Se trata de mi historia y también de la tuya. Comienza en 1960, en un pequeño pueblo agrícola del norte, en una casa de tablillas de madera situada en lo alto de una colina, al lado de un prado con caballos. Pero cuando la cosa se pone de verdad interesante es en 1974, cuando la chica más guay del mundo se muda a la casa de enfrente y...

Marah se sumergió en la historia de una niña solitaria de catorce años de la que se burlaban en el autobús y que vivía a través de sus personajes de ficción favoritos. «Me llamaban “piojo acuático”, se reían de mi ropa y me preguntaban de qué charco me había escapado. Yo guardaba silencio, aferrándome a mis libros de texto forrados con papel de estraza. Ese año, Frodo era mi mejor amigo, junto con

Gandalf, Sam y Aragorn. Me imaginaba a mí misma como protagonista de alguna aventura legendaria». Marah podía imaginárselo perfectamente: una chica marginada que se había sentado una noche a contemplar las estrellas y había conocido por casualidad a otra chica solitaria. Aquella noche, unas cuantas palabras fortuitas se habían convertido en el inicio de una amistad que había cambiado la vida de ambas.

Nosotras nos veíamos guapas. ¿Ya te ha pasado eso alguna vez, Marah? ¿Alguna vez has seguido una moda absurda hasta límites insospechados y aun así te has mirado al espejo y has visto una versión genial y maravillosa de ti misma? Pues eso fueron los ochenta para mí. Por supuesto, Tully tenía el control total de mi vestuario...

Marah se tocó el pelo corto y negro, recordando cuando lo llevaba rosa y engominado...

Cuando conocí a tu padre, fue algo mágico. No para él, sino para mí. A veces, si tienes suerte, puedes ver tu futuro reflejado en los ojos de otra persona. Ese es el tipo de amor que deseo para vosotros, hijos míos: no os conforméis con menos.

Al coger en brazos a mis bebés y contemplar sus miradas turbias, descubrí el trabajo de mi vida. Mi pasión. Mi propósito. Puede que esté pasado de moda, pero yo nací para ser madre y disfruté de cada segundo de la maternidad. Tú y tus hermanos me enseñasteis todo lo que hay que saber sobre el amor y se me rompe el corazón al dejaros.

El diario seguía avanzando, serpenteando y zigzagueando por los años de vida de su madre. Cuando Marah llegó al final, el sol ya se había puesto; la noche había caído y ella ni siquiera se había dado cuenta. La luz anaranjada del exterior se colaba por los cristales de la ventana. Marah encendió la lámpara de la mesilla y siguió leyendo en voz alta.

Quiero que esto te quede claro, Marah. Tú eres una luchadora, una inconformista. Sé que perderme te herirá profundamente. Recordarás nuestras discusiones y peleas.

Olvídalas, cielo. Solo estábamos desempeñando nuestros papeles. Recuerda todo lo demás: los abrazos, los besos, los castillos de arena que hicimos, las magdalenas que decoramos, las historias que nos contamos. Recuerda cómo te quería, cómo adoraba cada pequeña parte de ti. Recuerda que me encantaban tu fuego y tu pasión. Tú eres lo mejor que hay en mí, Marah, y espero que algún día descubras

que yo también soy lo mejor que hay en ti. Olvida todo lo demás. Recuerda solamente cómo nos queríamos.

El amor. La familia. Las risas. Eso es lo que yo recuerdo ahora, al final del camino. Durante gran parte de mi vida, pensé que no hacía lo suficiente ni tenía la suficiente ambición. Supongo que mi estupidez es perdonable. Era joven. Quiero que mis hijos sepan lo orgullosa que estoy de ellos y lo orgullosa que estoy de mí misma. Tú, papá, los niños y yo solo nos necesitábamos a nosotros mismos.

El amor.

Eso es lo único que recordamos.

Marah se quedó mirando fijamente la última palabra, «recordamos», a través de un velo de lágrimas que le abrasaba los ojos y empañaba el texto. En esa neblina acuosa, evocó la imagen de su madre con todo detalle: su cabello rubio que nunca estaba perfectamente peinado, sus ojos verdes capaces de leerte el alma y saber exactamente lo que estabas pensando, la forma en la que sabía cuándo un portazo era una invitación y cuándo no, su risa entrecortada, cómo le apartaba el pelo de los ojos a Marah y le susurraba: «Siempre serás mi niña», justo antes de darle un beso de buenas noches.

—Dios mío, Tully... Puedo recordarla...

Siento los latidos de mi corazón. En ellos, oigo la subida y la bajada de las mareas, el siseo de una brisa de verano, el redoble de un tambor.

Recuerdos sonoros.

Pero ahora hay algo más en la oscuridad que me instiga, que me azuza, que desestabiliza el latido de mi corazón.

Abro los ojos, sin darme cuenta siquiera de que los tenía cerrados, pero no percibo ninguna diferencia; no hay nada que ver, salvo la negrura infinita que me rodea.

«Tully».

Esa soy yo. O era yo. Oigo de nuevo mi nombre y mientras las letras se fusionan, uniendo el eco con el sonido, me doy cuenta de que hay unos puntitos luminosos, tal vez luciérnagas o luces de linternas, que bailan a mi alrededor, saltando como si fueran peces.

Palabras. Esos puntos de luz que parecen estrellas son palabras que descienden flotando hacia mí.

«... la chica más guay del mundo...».

«... los castillos de arena que hicimos...».

«... lo mejor que hay en ti...».

Inhalo bruscamente al darme cuenta; mi pecho traquetea como un

par de dados.

«Marah».

Es su voz la que oigo, pero las palabras son de Kate. Su diario. Lo he leído tantas veces a lo largo de los años que me lo sé de memoria. Me doy cuenta de que estoy intentando tocarla, extender la mano. La oscuridad me frena, me retiene, mientras el brillo de las estrellas pasa de largo por delante de mí.

Alguien me estrecha la mano. Marah. Puedo sentirla, noto la cálida fuerza de su agarre, sus dedos curvados alrededor de los míos; es lo único real en este mundo sin sentido.

—*Puedes oírla* —dice Kate.

Me doy la vuelta y ahí está ella, bañada por una luz increíblemente maravillosa. Puedo verla dentro del resplandor: sus ojos verdes, su pelo rubio, su amplia sonrisa.

A través de la oscuridad, oigo: «Dios mío, Tully. Puedo recordarla».

Y así, sin más, me recuerdo a mí misma. La vida que viví, las lecciones que no aprendí, cómo les fallé a las personas a las que amaba y lo mucho que las quería. Recuerdo verlos reunirse alrededor de mi cama, oírlos rezar por mí. Quiero que vuelvan. Quiero volver.

Miro fijamente a Katie y veo nuestro pasado en sus ojos. Pero hay algo más: nostalgia. Veo el amor que siente por todos nosotros —por mí, por su marido, por sus hijos, por sus padres— y cómo ese amor brilla a la vez de esperanza y añoranza.

—*¿Qué quieres, Tully*?

Las palabras de Marah caen a nuestro alrededor, brillando en el agua y posándose sobre mi piel como si fueran besos.

—Quiero otra oportunidad —digo y, mientras lo hago, el poder de mi decisión me invade, dando fuerza a mis extremidades cansadas y apáticas.

—*He venido a despedirme. Tengo que seguir adelante, Tul. Y tú también. Necesito que te despidas de mí y que sonrías. Es lo único que te pido. Una sonrisa que me haga saber que estarás bien.*

—Tengo miedo.

—*Vuela lejos*.

—Pero...

—*Yo me he ido, Tul. Pero siempre estaré contigo. Vete...*

—Nunca olvidaré nuestra amistad.

—*Lo sé. Ahora, vete. Vive. La vida es un regalo... Y... diles a mis hijos...*

—Lo sé —susurro. Ella me ha confiado varios mensajes. Guardo sus palabras en mi corazón, las atesoro en mi alma. Le diré a Lucas que su madre va a visitarlo por las noches, le susurra al oído y vela por sus

sueños, que es feliz y que quiere que él también lo sea... Le diré a Wills que no pasa nada por estar triste y que deje de pelearse por llenar el vacío que dejó su madre. «No me he ido, simplemente no estoy ahí». Ese había sido su mensaje. Les enseñaré todas las cosas que ella les habría enseñado y me aseguraré de que sepan lo mucho que los quiere.

Alejarme de ella es lo más difícil que he hecho nunca. De repente tengo frío y me pesa el cuerpo. Hay una colina enorme delante de mí, tan empinada que me da la sensación de que me caigo hacia atrás al intentar subirla.

En la cima, hay una luz resplandeciente. Me esfuerzo por seguir adelante, por acercarme a ella, por dar un paso más.

La luz se está alejando de mí.

Tengo que llegar a la cima, donde se encuentra el mundo, pero estoy muy, muy cansada. Aun así, sigo intentándolo. Asciendo poco a poco. Cada paso me supone un esfuerzo monumental. La oscuridad retrocede. La luz de las estrellas se convierte en nieve y cada copo que cae me abrasa la piel. Pero allí hay una luz y se está volviendo cada vez más fuerte. Es como el rayo de un faro, que se enciende de vez en cuando para mostrarme el camino.

Estoy jadeando, pensando: «Por favor». Me doy cuenta de que es una oración. La primera plegaria auténtica de mi vida.

No lo voy a conseguir.

No.

Tengo que lograrlo. Me imagino que Katie está a mi lado, como en los viejos tiempos, subiendo a Summer Hill mientras empujamos las bicicletas, solo con la luz de la luna como guía. Sigo avanzando y, de repente, corono la colina. Huele a gardenias y a lavanda seca.

Ahora la luz está por todas partes, me hace daño en los ojos, me ciega. Viene de un objeto pequeño y cónico que se encuentra a mi lado.

Parpadeo, tratando de controlar la respiración.

—Lo he conseguido, Katie —susurro, en voz demasiado baja como para que nadie pueda oírme. Tal vez ni siquiera lo digo en voz alta. Espero que ella responda: «Lo sé», pero solo oigo el sonido de mi respiración.

Vuelvo a abrir los ojos e intento enfocar la vista. Hay alguien a mi lado; puedo verlo entre franjas de luces y sombras. Un rostro que me mira desde arriba.

Marah. Vuelve a estar como antes, igual de guapa y con aspecto de buena salud.

—¿Tully? —dice con cautela, como si yo fuera un espíritu o una

ilusión.

Si estoy soñando, me alegro de ello. Estoy de vuelta.

—Marah —digo por fin, después de una eternidad.

Intento resistir, quedarme allí, pero no lo consigo. El tiempo se me escapa. Abro los ojos —veo a Marah y a Margie— e intento sonreír, pero me siento muy débil. ¿Y esa es la cara de mi madre? Trato de decir algo, pero lo único que me sale es un graznido. Y puede que me lo esté imaginando.

Entonces, vuelvo a quedarme dormida.

28

Dorothy estaba sentada en la sala de espera del hospital, con las manos entrelazadas sobre el regazo y las rodillas tan pegadas que sus prominentes huesos chocaban entre sí cada vez que se movía. Estaban todos allí: Johnny y sus hijos gemelos; Marah, que tenía los ojos vidriosos, estaba nerviosa y parecía incapaz de estarse quieta; Margie y Bud. Hacía tres días que Tully no abría los ojos, ni intentaba hablar. La habían trasladado inmediatamente al hospital, donde había comenzado de nuevo el juego de la espera.

Al principio había parecido un milagro, pero Dorothy ya no estaba tan segura. De todos modos, ella no creía en esas cosas. ¿O sí?

El doctor Bevan les aseguró que Tully se estaba despertando de verdad; les dijo que a menudo llevaba tiempo recuperar plenamente la consciencia tras haber estado dormida tanto tiempo. Les advirtió que probablemente le quedarían algunas secuelas, algo que sin duda tenía sentido. No podías tirarte un año durmiendo y luego despertarte y pedir un café y un dónut.

Durante meses, Dorothy había rezado para que aquello sucediera. Se arrodillaba junto a la cama de su hija todas las noches. Era incómodo y doloroso para sus articulaciones envejecidas, pero estaba convencida de que el dolor era parte del peaje. Así que se arrodillaba y rezaba, noche tras noche, a medida que el otoño se iba oscureciendo para dar paso al invierno, que se iba iluminando para dar paso a la primavera. Rezaba mientras sus hortalizas echaban raíces y reunían fuerzas para crecer; rezaba mientras las manzanas brotaban en los árboles y empezaban a madurar. La oración era siempre la misma: «Por favor, Dios, haz que despierte».

Durante todo ese tiempo, mientras pronunciaba aquellas palabras desesperadas, nunca se había permitido pensar realmente en ese momento. Temía imaginar una respuesta a sus oraciones, como si su necesidad pudiera gafarlo.

Al menos, eso era lo que se decía a sí misma. Ahora se daba cuenta de que aquella era una más de la larga serie de mentiras que se había contado a lo largo de los años.

No se había atrevido a imaginar ese momento porque la aterraba.

¿Y si Tully se despertaba y no quería saber nada de ella?

Sin duda era una posibilidad. Dorothy había sido una madre terrible durante mucho tiempo y ahora, cuando por fin había aprendido a ser mejor, cuando finalmente se había atrevido a zambullirse de lleno en la maternidad, no era real. No al menos para Tully, que había estado todo el rato dormida.

—Estás tarareando de nuevo —le dijo Margie con dulzura.

Dorothy apretó los labios.

—Es un tic nervioso. —Margie extendió el brazo y le agarró la mano. A veces, a Dorothy seguía sorprendiéndole lo fácil que le había resultado intimar con Margie; también le sorprendía lo mucho que podía significar el mero hecho de que te tocara otro ser humano que te comprendía—. Tengo miedo —reconoció.

—Pues claro. Porque eres madre. El miedo define nuestro trabajo.

Dorothy se volvió para mirar a Margie.

—¿Qué sabré yo de la maternidad?

—Has aprendido rápido.

—¿Y si no quiere saber nada de mí cuando se despierte? No sé cómo volver a ser la que era sin ella. No puedo plantarme al lado de su cama y saludarla sin más.

Margie sonrió con tristeza, tan cansada como su propia mirada.

—Ella siempre quiso tener contacto contigo, Dorothy. Recuerdo la primera vez que me preguntó qué le pasaba, por qué no la querías. Te juro que se me partió el corazón. Le dije que a veces la vida no era como uno se esperaba, pero que nunca había que perder la esperanza. Entonces, ella tenía diecisiete años. Tu madre acababa de morir y le daba miedo pensar dónde iba a vivir. Nosotros la acogimos, le dimos un hogar. Aquella primera noche, cuando estaba en la cama en la habitación de Katie, me senté a su lado y le di las buenas noches. Ella me miró y me dijo: «Algún día me echará de menos», y yo le respondí: «Es imposible que no lo haga». Y Tully repuso, en voz tan baja que casi no fui capaz de oírla: «Esperaré». Y lo hizo, Dorothy. Te esperó de mil maneras distintas.

Dorothy deseó ser el tipo de mujer capaz de creer algo así.

Para Tully, el tiempo pasaba en imágenes borrosas y viñetas sin sentido: un coche blanco, una mujer de rosa que decía algo sobre que ya se sentía mejor, una cama que se movía, un televisor relegado a un rincón de una habitación blanca, voces que le llegaban como un zumbido lejano. Pero en ese momento estaba oyendo una sola voz. Los sonidos empezaron a llegar hasta ella fracturándose, formando... palabras.

—Hola, Tully. —Ella parpadeó lentamente y abrió los ojos. Había un hombre a su lado. Un hombre con bata blanca. No era capaz de verlo con claridad; allí la iluminación era muy tenue. Echaba de menos un poco más de luz. ¿Qué significaba eso? Además, tenía frío —. Soy el doctor Bevan. Estás en el hospital del Sagrado Corazón. Llegaste aquí hace unos cinco días. ¿Te acuerdas?

Ella frunció el ceño, intentando pensar. Se sentía como si hubiera estado en la oscuridad durante horas, años, vidas. No era capaz de recordar nada. Solo algo de una luz..., el sonido del agua corriendo..., el olor de la hierba verde de primavera.

Intentó humedecerse los labios —los tenía dolorosamente secos— y le ardía la garganta.

—¿Qué...?

—Tuviste un accidente de coche y sufriste un traumatismo craneoencefálico grave. Te rompiste el brazo izquierdo por tres puntos y también el tobillo izquierdo, aunque esa fue una rotura limpia y sencilla. Ambos huesos han soldado bien. —¿Un accidente de coche? —. No, Tully, no intentes moverte.

¿Había intentado moverse?

—¿Cuánto... tiempo? —Ni siquiera sabía lo que estaba preguntando y cuando él dijo algo que ella ni entendió, ya estaba cerrando los ojos de nuevo. Dormiría solo un ratito...

Oyó algo. Sintió algo. No estaba sola. Respiró hondo, exhaló lentamente y abrió los ojos.

—Hola.

Johnny estaba allí, a su lado. Detrás de él se encontraban Margie, Marah y... ¿Nube? ¿Qué hacía su madre ahí?

—Has vuelto —susurró Johnny, con voz quebrada—. Pensamos que te habíamos perdido.

Tully trató de buscar su voz, pero, aun intentándolo con todas sus fuerzas, solo consiguió balbucear. No era capaz de pensar con claridad.

Él le acarició la cara.

—Estamos aquí. Todos.

Se esforzó por concentrarse, de repente desesperada por decirle algo.

—Johnny... La he...

«La he visto».

¿Qué significaba eso? ¿A quién había visto?

—No te preocupes, Tul —dijo él—. Tenemos todo el tiempo del

mundo.

Ella cerró los ojos y se quedó dormida. Al cabo de un rato, le pareció oír voces —la de Johnny y la de algún otro hombre—. Le llegaron algunas palabras: «Recuperación notable, actividad cerebral normal, darle tiempo», pero nada de eso tenía sentido para ella, así que dejó de prestar atención.

Johnny aún seguía allí cuando volvió a despertarse. Y también Margie. Estaban junto a su cama, hablando en voz baja, cuando ella abrió los ojos. Ese despertar era diferente; se dio cuenta al instante.

Cuando Margie la vio abrir los ojos, se echó a llorar.

—Estás ahí.

—Hola —graznó Tully. Tuvo que concentrarse para hallar esa simple palabra, para encontrarse a sí misma en palabras. Luego dijo algo, no sabía qué, aunque estaba bastante segura de que no tenía sentido. Se daba cuenta de que hablaba de forma muy lenta y un poco atropellada, pero la manera en que le sonreían restaba importancia a todo eso, hacía que aquello le diera igual.

Johnny se acercó a ella.

—Te hemos echado de menos.

Margie también se acercó.

—Esta es mi chica.

—¿Cuánto tiempo... aquí? —Sabía que había más palabras que deberían formar parte de su pregunta, pero no era capaz de encontrarlas.

Margie miró a Johnny.

—Llegaste aquí hace seis días —contestó Johnny en voz baja. Luego cogió aire—. El accidente fue el 3 de septiembre de 2010.

—Hoy es 27 de agosto de 2011 —añadió Margie.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Has estado en coma casi un año —dijo Johnny.

Un año.

Ella cerró los ojos, con cierta sensación de pánico. No recordaba nada de ningún accidente de coche, ni haber estado en coma, ni...

—*Eh, Tul.* —De repente, pudo verse en la oscuridad con ella, en un recuerdo hermoso y único. Dos mujeres adultas en bicicleta, montando una junto a la otra, con los brazos extendidos y... la luz de las estrellas —. *¿Quién te ha dado permiso para morirte?* —dijo Katie, a su lado.

No podía ser real. Se lo había imaginado. Esa tenía que ser la respuesta.

—Supongo que me han tenido drogadísima, ¿no? —preguntó Tully,

abriendo los ojos lentamente.

—Sí —respondió Margie—. Para salvarte la vida.

Así que era eso. Mientras estaba colocada y medio muerta, se había imaginado a su mejor amiga. No le sorprendía lo más mínimo.

—Tienes que hacer terapia física y ocupacional. El doctor Bevan nos ha recomendado a un terapeuta excelente que trabajará contigo. No cree que tardes mucho en poder vivir sola en casa.

—Casa —murmuró, preguntándose dónde estaba eso, exactamente.

En su sueño estaba en una tumbona de madera junto a la playa, con Katie al lado. Pero no era la orilla gris y pedregosa de Bainbridge Island la que se extendía ante ellas, ni tampoco las agitadas aguas azules de la bahía.

—¿Dónde estamos? —preguntó su yo onírico y, mientras esperaba una respuesta, una luz se derramó sobre el agua turquesa, iluminándolo todo hasta que brilló de tal forma que Tully no fue capaz de ver nada.

—*Cuando alguien te dé un caderazo, cuando te recuerde que no eres el ombligo del mundo o cuando suene nuestra música: presta atención y me oirás a mí.*

Tully se despertó sobresaltada. Se incorporó tan rápido que se quedó sin respiración y su dolor de cabeza se agudizó.

—Katie.

De repente, se vio abrumada por el recuerdo de haber estado en la luz. Había estado con Katie en algún lugar —en el más allá—, le había dado la mano y la había oído decir: «Yo siempre estaré contigo. Cada vez que escuches nuestra música o llores de risa, yo estaré ahí. Cuando cierres los ojos por la noche y me recuerdes, estaré ahí. Siempre».

No sabía cómo, pero había sido real. Parecía increíble.

No habían sido los fármacos, ni su lesión cerebral, ni una ilusión. Había sido auténtico.

29

Al día siguiente, sometieron a Tully a una retahíla interminable de pruebas médicas: la palparon, la pincharon, le dieron golpecitos y le hicieron radiografías. A ella le sorprendía lo rápido que estaba mejorando, al igual que a todos los demás.

—¿Estás lista? —le preguntó Johnny, cuando finalmente le dieron el alta.

—¿Dónde están todos?

—Preparando tu fiesta de bienvenida. Es todo un acontecimiento. ¿Preparada?

Tully se encontraba sentada en una silla de ruedas junto a la única ventana de la habitación, con un casco en la cabeza, por si se caía. Estaba un poco lenta de reflejos y nadie quería que se diera un cabezazo.

—Sí. —A veces le costaba encontrar las palabras, así que respondía con frases sencillas.

—¿Cuántos habrá ahí fuera?

Ella frunció el ceño.

—¿Cuántos qué?

—Fans tuyos.

Ella suspiró.

—No tengo ningún fan.

Él cruzó la habitación y se acercó a ella para girar la silla de ruedas hacia la ventana.

—Fíjate bien.

Ella siguió su mirada. Un gran número de personas estaban reunidas allá abajo, en el aparcamiento, resguardadas bajo paraguas de vivos colores. Había al menos tres docenas.

—No creo... —empezó a decir Tully, pero entonces vio los carteles.

¡TE QUEREMOS, TULLY!
TULLY, MEJÓRATE
¡TUS AMIGAS NUNCA NOS HEMOS RENDIDO!

—¿Eso es por mí?

—Tu recuperación ha sido una gran noticia. Los fans y los

periodistas empezaron a llegar en cuanto se enteraron.

La gente se desdibujó ante los ojos de Tully. Al principio pensó que había empezado a llover con más intensidad. Luego se dio cuenta de que estaba recordando lo mal que lo había pasado en los últimos años y de que se había echado a llorar ante la evidencia de que, después de todo, no la habían olvidado.

—Te adoran, Tul. Me han dicho que Barbara Walters quiere entrevistarte. —Ella ni siquiera supo qué responder. De todos modos, eso era lo de menos. Johnny se puso en marcha. Empuñó las asas de goma de la silla y sacó a Tully de aquella habitación de hospital. Ella se quedó mirando pensativa el cuarto una última vez, al salir. Al llegar al vestíbulo, Johnny se detuvo y echó el freno de la silla—. No tardaré mucho. Solo voy a dispersar a tus admiradores y a los periodistas.

La dejó mirando a la pared, de espaldas al vestíbulo, antes de salir por las puertas automáticas de cristal.

Era una tarde de finales de agosto y estaba lloviznando a la vez que brillaba el sol. Los lugareños llamaban a eso «intermedios luminosos».

Mientras Johnny se acercaba, las cámaras se giraron hacia él y los flashes empezaron a parpadear. La gente empezó a bajar poco a poco los carteles de: «TE QUEREMOS, TULLY», «MEJÓRATE», «REZAMOS POR TI».

—Sé que estáis al corriente de la milagrosa recuperación de Tully Hart. De verdad ha sido un milagro. Los médicos del Sagrado Corazón, especialmente el doctor Reginald Bevan, han atendido a Tully de forma excepcional y sé que ella querría que se lo agradeciera en su nombre. Sé que también le gustaría que diera las gracias a sus fans, muchos de los cuales habéis estado rezando por su recuperación.

—¿Dónde está? —gritó alguien.

—¡Queremos verla!

Johnny levantó una mano para pedir silencio.

—Estoy seguro de que entenderéis que Tully debe centrarse en su recuperación, en estos momentos. Ella...

La gente ahogó un grito. Las personas que estaban delante de Johnny se giraron al unísono hacia las puertas del hospital. Los fotógrafos empezaron a empujarse unos a otros, entre un aluvión de flashes.

Tully estaba sentada delante de las puertas del hospital, que se abrían y se cerraban constantemente detrás de ella. Estaba jadeando y tenía la silla torcida, sin duda porque se encontraba demasiado débil como para impulsarse con firmeza hacia delante. Una lluvia fina caía sobre su casco, mojándole la blusa.

Johnny se volvió hacia ella.

—¿Estás segura? —le preguntó.

—Por supuesto... que no. Vamos allá.

Él empujó la silla y la gente se calmó.

Tully sonrió incómoda.

—No estoy muy favorecida —comentó Tully. Se produjo un clamor de apoyo que estuvo a punto de tumbar a Johnny. Los carteles volvieron a elevarse en el aire—. Gracias —añadió, cuando la gente por fin se calmó.

—¿Cuándo volverás a la televisión? —gritó uno de los reporteros.

Ella se giró hacia los presentes y luego hacia Johnny, que tan bien la conocía y que había estado con ella desde el inicio de su carrera. Se fijó en cómo la miraba: ¿estaría recordando a aquel culo de mal asiento de veintiún años que se había pasado meses enviándole un currículum al día y que estaba dispuesta a trabajar gratis? Él sabía que ella siempre había necesitado desesperadamente ser alguien. De hecho, había renunciado a todo para ser idolatrada por personas a las que ni siquiera conocía.

Tully respiró hondo.

—Ya basta —dijo. Quería explicarse, decir que ya bastaba de fama, que ya no la necesitaba, pero era demasiado difícil reunir todas esas palabras y ponerlas en orden. Ahora sabía lo que de verdad importaba.

La gente empezó a gritar y a hacerle preguntas a Tully.

Tully se volvió hacia Johnny.

—Nunca he estado más orgulloso de ti —susurró él, de forma que nadie más pudiera oírlo.

—¿Por rendirme?

Él le acarició la cara con una delicadeza que la dejó sin respiración.

—Por no rendirte nunca.

La gente todavía seguía gritando preguntas cuando Johnny se hizo con el control de la silla de ruedas y volvió a guiarla hacia el vestíbulo del hospital.

En cuestión de segundos estaban en el coche, dirigiéndose al norte por la Interestatal 5.

¿A dónde iban? Se suponía que tenía que llevarla a casa.

—No es por aquí.

—¿Estás conduciendo tú? —le preguntó Johnny. Aunque no la miró, Tully sabía que estaba sonriendo—. No, ¿verdad? Tú eres la copiloto. Sé que has sufrido hace poco un traumatismo craneoencefálico, pero seguro que recuerdas que el conductor es el que conduce el coche y el pasajero el que disfruta del paisaje.

—¿A dónde... vamos?

—A Snohomish.

Por primera vez, Tully pensó en el año que había pasado en coma. ¿Cómo era posible que nadie le hubiera dicho dónde había estado todo ese tiempo? ¿Se lo estaban ocultando? ¿Y por qué no se le había ocurrido antes aquella pregunta?

—¿Bud y Margie han estado cuidando de mí?

—No.

—¿Tú?

—No.

Ella frunció el ceño.

—¿Una residencia?

Él puso el intermitente y salió de la autopista en dirección a Snohomish.

—Has estado en tu casa de Snohomish. Con tu madre.

—¿Con mi madre?

Johnny se emocionó.

—Ha habido más de un milagro en todo esto.

Tully no sabía ni qué decir. Le habría sorprendido menos enterarse de que Johnny Depp la había cuidado durante esos largos meses de oscuridad.

Y, sin embargo, un recuerdo la tentó, acercándose y desapareciendo de inmediato.

Una combinación escurridiza de palabras y luz. El olor a lavanda y a Love's Baby Soft... *«Billy, don't be a hero...»*.

Katie diciendo: «Escucha. Es tu madre».

Johnny se detuvo delante de la casa de Firefly Lane y se volvió hacia Tully.

—No sé cómo decirte lo mucho que lo siento —dijo, tras un largo silencio.

Ese hombre le inspiraba una ternura extraordinaria. ¿Cómo podría hacerle entender lo que había aprendido en la oscuridad... y en la luz?

—La he visto —susurró Tully.

Él frunció el ceño.

—¿A quién?

Tully se dio cuenta de que Johnny acababa de entenderla.

—A Katie.

—Ah.

—Dirás que estoy loca, que tengo daños cerebrales o que estaba drogada. Pero me da igual. La vi, me cogió de la mano y me encargó que te dijera que lo has hecho bien y que no hay nada que los niños tengan que perdonarte. —Él frunció el ceño—. Creía que te estarías martirizando por no haber sido lo suficientemente fuerte con ella. Por no haberle dejado expresar su miedo. Me pidió que te dijera que te

habías comportado tal y como ella deseaba y que le habías dicho todo lo que necesitaba oír.

Tully lo agarró de la mano y los años que habían pasado juntos regresaron, todas las veces que habían reído, llorado, anhelado y soñado.

—Te perdonaré por haberme roto el corazón si tú también me perdonas a mí. Por todo.

Él asintió lentamente, con los ojos llenos de lágrimas.

—Te he echado de menos, Tul.

—Mi querido Johnny. Yo también te he echado de menos.

Marah se volcó en la decoración de la bienvenida de Tully, pero, aunque hablaba con sus abuelos y bromeaba con sus hermanos, se sentía como si estuviera caminando sobre cáscaras de huevo. Tenía un nudo de ansiedad en el estómago. Deseaba con todas sus fuerzas que su madrina la perdonara, aunque no se lo merecía. Solo había otra persona que parecía incómoda con la celebración que iba a tener lugar y esa era Dorothy. La madre de Tully parecía haber menguado en los últimos días, como si hubiera encogido. Marah sabía que la mujer había empezado a guardar sus escasas pertenencias en una bolsa. Mientras todos estaban ocupados con la decoración, Dorothy había murmurado algo sobre que necesitaba suministros para el invernadero. Llevaba fuera varias horas y aún no había regresado.

Cuando Tully llegó, todos empezaron a vitorear y a aplaudir para celebrar su vuelta a casa. La abuela y el abuelo la abrazaron con cariño y los chicos estaban entusiasmados con su regreso.

—Sabía que te pondrías bien —le dijo Lucas a Tully—. Rezaba todas las noches.

—Yo también rezaba todas las noches —dijo Wills, para no ser menos.

Tully parecía exhausta, allí sentada, con la cabeza ladeada formando un ángulo extraño. El tosco casco plateado le daba un aire casi infantil.

—Conozco a dos chicos... que pronto cumplirán años. Me he perdido un año. Compraré dos regalos. —Tully tuvo que esforzarse mucho para decir todo aquello y, cuando terminó, tenía las mejillas encendidas y se había quedado sin aliento.

—Probablemente dos Porsches igualitos —dijo Johnny.

La abuela se rio y se llevó a los niños a la cocina para ir a buscar la tarta.

Marah aguantó la fiesta a base de falsas sonrisas y comentarios

entre dientes. Por suerte para ella, Tully se cansaba pronto y se despidió a eso de las ocho.

—¿Me llevas a la cama? —le preguntó, agarrándole la mano y apretándola con fuerza.

—Claro. —Marah se hizo cargo de la silla y empujó a su madrina por el pasillo largo y estrecho, hacia el dormitorio de la parte de atrás. Una vez allí, maniobró para meter a Tully por la puerta abierta de la habitación, donde había una cama de hospital, flores por todas partes y mesas llenas de fotografías. Al lado de la cama había un soporte para el suero.

—Aquí es donde he estado durante un año... —señaló Tully.

—Sí.

—Gardenias —comentó—. Lo recuerdo...

Marah la ayudó a entrar en el cuarto de baño, donde Tully se lavó los dientes y se puso el camisón blanco que estaba colgado de un gancho detrás de la puerta. Luego volvió a subirse a la silla de ruedas y Marah la llevó hasta la cama. Cuando llegaron, ayudó a Tully a ponerse de pie.

Su madrina la miró a los ojos. De un solo vistazo, Marah pudo verlo todo en ellos: «mi labor es quererte»..., la discusión..., «eres mi mejor amiga»..., y las mentiras.

—Te he echado de menos —dijo Tully.

A Marah se le saltaron las lágrimas. De repente se echó a llorar por todo lo sucedido: por la pérdida de su madre, por haberla encontrado en el diario, por la forma en la que había traicionado a Tully y por todo el daño que había infligido a las personas que la querían.

—Lo siento mucho, Tully.

Esta levantó los brazos lentamente para estrechar las mejillas de Marah entre sus manos secas y apergaminadas.

—Tu voz me trajo de vuelta.

—El artículo de *Star*...

—Eso es agua pasada. Venga, ayúdame a acostarme. Estoy agotada. —Marah se enjugó las lágrimas, apartó la colcha y ayudó a Tully a meterse en la cama. Luego se tumbó a su lado, como en los viejos tiempos—. Todo eso de la luz y de que ves pasar tu vida ante tus ojos es cierto. Cuando estaba en coma... abandoné mi cuerpo. Podía ver a tu padre en la habitación del hospital conmigo. Era como si estuviera flotando en una esquina, observando lo que le pasaba a aquella mujer que se parecía a mí, pero que no era yo. Como no podía soportarlo, me di la vuelta y vi una luz. La seguí y, de repente, estaba en Summer Hill, montando en bicicleta en la oscuridad. Con tu madre al lado —dijo Tully, después de quedarse callada un buen rato. Marah dio un

respingo y se tapó la boca con la mano—. Ella está con nosotros, Marah. Siempre estará aquí, cuidándote y amándote.

—Me gustaría creerlo.

—Eso depende de ti. —Tully sonrió—. Se alegra de que ya no tengas el pelo rosa, por cierto. Se supone que tenía que decírtelo. Espera, había algo más... —Frunció el ceño, como si estuviera intentando recordar—. Ah, sí. Me dijo: «Todas las cosas tienen un final, incluso esta historia». ¿Te dice algo?

—Es de *El hobbit* —dijo Marah. «Es posible que algún día te sientas sola con tu tristeza, que no quieras compartirla con papá o conmigo. Si eso sucede, recuerda que tienes este libro en la mesilla de noche».

—¿El libro infantil? Qué raro.

Marah sonrió. A ella no le parecía nada raro.

—Soy Dorothy y soy adicta.

—¡Hola, Dorothy!

Se encontraba de pie en medio del círculo de personas que habían acudido a la reunión nocturna de Narcóticos Anónimos. Como de costumbre, la reunión estaba teniendo lugar en la vieja iglesia de la calle Front, en Snohomish.

En aquella habitación fría y poco iluminada, con olor a café rancio y rosquillas secas, habló de su recuperación, de todo el tiempo que le había llevado y de lo oscuro que había sido a veces el camino. Necesitaba hacerlo precisamente esa noche.

Al final de la reunión, salió de la pequeña iglesia de madera y se montó en la bici. Por primera vez en mucho tiempo, no se quedó a hablar con nadie después de la reunión. Estaba demasiado nerviosa como para andarse con ceremonias.

Era una noche de color negro azulado, llena de árboles balanceándose y estrellas diminutas. Recorrió la calle principal, señalizó el giro y fue hacia la salida del pueblo.

Al llegar a su casa, entró en el camino de acceso y se detuvo. Apoyó la bicicleta con cuidado sobre el lateral de la vivienda, se dirigió a la puerta principal y giró el pomo. En el interior, reinaba la tranquilidad. El aire olía a restos de comida —tal vez a espaguetis— y a albahaca fresca. Quedaban algunas luces encendidas, pero todo estaba en silencio.

Se recolocó el bolso en el hombro y cerró la puerta detrás de ella. El olor penetrante de la lavanda llenó sus fosas nasales. Avanzó en silencio por la casa. Dondequiera que mirara, veía muestras de la fiesta que se había perdido: la pancarta de «bienvenida a casa», el

montón de servilletas de colores vivos sobre la encimera, las copas de vino secándose junto al fregadero.

Qué cobarde era.

En la cocina, se sirvió un vaso de agua del fregadero y luego se apoyó en la encimera, engullendo el líquido como si se estuviera muriendo de sed. Ante ella se extendía el sombrío pasillo.

A un lado estaba la puerta de su habitación; al otro, la de Tully.

«Cobarde», volvió a pensar. En lugar de cruzar el pasillo y hacer lo que debía, fue vagando por la casa hasta la puerta de atrás y salió al porche.

Olía a humo de cigarro.

—¿Me estabas esperando? —preguntó en voz baja.

Margie se levantó.

—Por supuesto. Sabía lo difícil que sería para ti. Pero ya te has escondido lo suficiente.

Dorothy creyó que iban a fallarle las rodillas. Nunca en la vida había tenido una buena amiga, una de esas mujeres que estaban a tu lado cuando las necesitabas. Hasta entonces. Extendió la mano hacia la silla de madera que estaba a su lado y se apoyó en ella.

Allí fuera había tres sillas. Dorothy se había pasado meses restaurando esas mecedoras de madera que había encontrado en una tienda de beneficencia. Cuando terminó de lijarlas y pintarlas de colores vivos, escribió unos nombres en el respaldo. «Dorothy». «Tully». «Kate».

En aquel momento, le había parecido un gesto romántico y optimista. Mientras sostenía el pincel y extendía los brillantes colores sobre la madera áspera, había imaginado lo que diría Tully cuando se despertara. Ahora, sin embargo, lo único que veía era la presunción de sus actos. ¿Qué le hacía pensar que Tully querría sentarse con su madre por la mañana a tomar una taza de té... o que no le rompería el corazón sentarse al lado de una silla que siempre estaría vacía, esperando a una mujer que nunca volvería?

—¿Recuerdas lo que te dije de la maternidad? —le preguntó Margie en la oscuridad, exhalando el humo.

Dorothy rodeó una cesta vacía y se sentó en la silla que llevaba su nombre. Se fijó en que Margie estaba sentada en la silla de Tully.

—Me has dicho tantas cosas... —repuso Dorothy, recostándose con un suspiro.

—Cuando eres madre, aprendes lo que es el miedo. Siempre estás asustada. Siempre. Por todo, desde las puertas de los armarios hasta los secuestradores o el clima. No hay nada que no pueda hacer daño a nuestros hijos, te lo aseguro. —Margie se giró—. La ironía es que ellos

necesitan que nosotras seamos fuertes. —Dorothy tragó saliva—. Yo fui fuerte por mi Katie —declaró Margie.

Dorothy notó que la voz de su amiga se quebraba al decir aquello y, sin pensárselo dos veces, se levantó de la silla, fue hacia ella y tiró para ponerla de pie y darle un abrazo. Se dio cuenta de lo delgada que estaba y de cómo temblaba al tocarla, algo que entendió perfectamente. A veces era peor si te consolaban que si no te decían nada.

—Johnny quiere esparcir sus cenizas este verano. No sé cómo voy a soportarlo, pero sé que ha llegado el momento.

Dorothy no tenía ni idea de qué decir, así que se limitó a guardar silencio.

Cuando Margie se apartó, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Tú me ayudaste a superarlo. Lo sabes, ¿no? Por si nunca te lo había dicho. Cuando me dejabas sentarme aquí a fumar, mientras tú plantabas semillas y arrancabas malas hierbas.

—Si apenas hablaba contigo.

—Estuviste a mi lado cuando te necesitaba, Dorothy. Como has hecho con Tully. —Margie se enjugó las lágrimas e intentó sonreír—. Ve a ver a tu hija —añadió, en un susurro.

Tully se despertó desorientada de un sueño profundo. Se incorporó tan rápidamente que se mareó y aquella habitación desconocida estuvo dando vueltas a su alrededor durante un rato.

—Tully, ¿estás bien?

Ella parpadeó lentamente y recordó dónde se encontraba. En su antigua habitación, en la casa de Firefly Lane. Encendió la lámpara de la mesilla de noche.

Su madre estaba sentada en una silla, pegada a la pared. Se levantó con torpeza, entrelazando las manos. Llevaba ropa como de vagabunda, calcetines blancos y sandalias Birkenstock. Y los restos andrajosos de aquel collar de macarrones que Tully le había hecho en el campamento bíblico. Su madre lo había conservado todos aquellos años.

—Estaba preocupada —dijo su madre—. Como es tu primera noche... Espero que no te importe que esté aquí.

—Hola, Nube —susurró Tully.

—Ahora soy Dorothy —repuso su madre. Esbozó una sonrisa a modo de disculpa y se acercó a la cama—. Elegí el nombre de Nube en una comuna a principios de los años setenta. Estábamos todo el rato colocados y desnudos. Muchas malas ideas parecían buenas en aquella

época. —Miró a Tully.

—Me han dicho que te has ocupado de mí.

—No ha sido nada.

—¿Un año cuidando a una mujer en coma? Eso no es precisamente «nada».

Su madre metió la mano en el bolsillo y sacó una ficha pequeña. Era dorada y redonda, un poco más grande que una moneda de veinticinco centavos. En la moneda había un triángulo dibujado; en el lado izquierdo del triángulo estaba escrita en negro la palabra «sobriedad» y en el lado derecho «aniversario». Dentro del triángulo había un diez en números romanos.

—¿Recuerdas aquella noche que fuiste a verme al hospital, en 2005?

Tully recordaba todas las veces que había ido a ver a su madre.

—Sí.

—Fue entonces cuando toqué fondo. Al final, una acaba cansándose de las palizas. Entré en rehabilitación no mucho después de aquello. La pagaste tú, por cierto, así que muchas gracias.

—¿Y seguiste sobria?

—Sí.

Tully temía creer en la inesperada esperanza que suponía la confesión de su madre. Y temía no hacerlo.

—Por eso viniste a mi apartamento e intentaste ayudarme.

—Fue una intervención bastante patética. Solo éramos una vieja y su hija enfadada. —Dorothy esbozó una sonrisa un tanto torcida—. La vida se ve mucho más clara cuando estás sobria. Me he hecho cargo de ti para compensar todas las veces que no me hice cargo de ti. —Su madre se inclinó hacia delante, tocando el collar de macarrones que llevaba al cuello. La dulzura de su mirada sorprendió a Tully—. Sé que solo ha sido un año y no espero nada.

—Oí tu voz —dijo Tully. Lo recordaba a retazos, por momentos. Oscuridad y luz. «Estoy muy orgullosa de ti. Nunca te lo había dicho, ¿verdad?». Aquel recuerdo era como el corazón suave y cremoso de un bombón caro—. Estabas al lado de mi cama y me contaste un cuento, ¿no?

Su madre se sorprendió y luego se entristeció un poco.

—Debería habértelo contado hace años.

—Dijiste que estabas orgullosa de mí.

Dorothy extendió por fin la mano y acarició la mejilla de Tully con la ternura propia de una madre.

—¿Cómo no voy a estar orgullosa de ti? —Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas—. Siempre te he querido, Tully. Era de mi propia

vida de la que huía. —Lentamente, Dorothy metió la mano en el cajón de la mesilla de noche y sacó una fotografía—. Tal vez podamos empezar por aquí. —Le entregó la foto a Tully.

Esta cogió la instantánea que se agitaba entre los dedos delgados y temblorosos de su madre.

Era cuadrada y pequeña, del tamaño de un naipe, con los bordes blancos festoneados, doblados y ajados. Los años habían aportado una pátina craquelada a la imagen en blanco y negro.

Se trataba de una fotografía de un hombre joven sentado en los escalones sucios de un porche, con botas y una larga pierna estirada. Tenía el pelo largo y negro, además de sucio. Las manchas de sudor oscurecían la camiseta blanca que llevaba puesta; sus botas de vaquero habían visto días mejores y tenía las manos llenas de mugre.

Pero su sonrisa era amplia y radiante y, aunque no debería ser así, su enorme boca, ligeramente ladeada, encajaba a la perfección en aquel rostro anguloso. Sus ojos eran negros como la noche y parecían guardar mil secretos. A su lado, sobre el escalón del porche, dormía un bebé de cabello castaño, con un pañal holgado y grisáceo. El hombre estaba posando posesivamente su enorme mano sobre la espaldita desnuda del bebé.

—Tú y tu padre —susurró Dorothy.

—¿Mi padre? Si decías que no sabías quién...

—Mentí. Me enamoré de él en el instituto.

Tully volvió a mirar la fotografía. Pasó la yema del dedo por encima, estudiando cada línea y cada sombra, sin poder apenas respirar. Nunca había visto ni el menor atisbo de sus propios rasgos en la cara de ningún familiar. Pero ahí estaba su padre y ella se parecía a él.

—Tengo su sonrisa.

—Sí. Y te ríes igual que él.

Tully sintió que algo en su interior encajaba.

—Él te quería —le dijo su madre—. Y a mí también.

Tully percibió que la voz de su madre se quebraba. Cuando levantó la vista, las lágrimas que había intuido en su voz corrían por sus mejillas.

—Rafael Benecio Montoya.

Tully pronunció su nombre con reverencia.

—Rafael.

—Rafe.

Tully apenas era capaz de contener la emoción que embargaba su corazón. Eso lo cambiaba todo, la cambiaba a ella. Tenía un padre. Un papá. Y la quería.

—¿Puedo...?

—Rafe murió en Vietnam.

Tully ni siquiera era consciente del paisaje onírico que había construido hasta que esa única palabra hizo que se desmoronara a su alrededor.

—Ah.

—Pero te lo contaré todo sobre él —le aseguró su madre—. Como que te cantaba canciones en español y te lanzaba al aire para que te rieras. Te puso ese nombre en la lengua de los choctaw porque decía que eso te convertiría en una auténtica estadounidense. Por eso siempre te llamaba «Tallulah». Para recordárselo a sí mismo.

Tully contempló los ojos llenos de lágrimas de su madre y pudo ver en ellos amor, nostalgia y angustia. Y también esperanza. El resumen de sus vidas.

—He esperado tanto tiempo...

Dorothy le acarició suavemente la mejilla.

—Lo sé —musitó.

Aquella era la caricia que Tully había esperado toda la vida.

En sus sueños, Tully está sentada en una de las tumbonas de madera de mi terraza. Yo estoy a su lado, por supuesto. Nos veo como éramos antes: jóvenes y risueñas. Siempre hablando. En las ramas del viejo arce, vestido ahora con los tonos escarlata y dorados del otoño, hay varios tarros colgados con cordeles; dentro de ellos, las velitas arden intensamente sobre nuestras cabezas, proyectando gotas de luz parpadeante sobre el suelo.

Sé que a veces, cuando Tully se sienta ahí fuera, en su silla, piensa en mí. Se acuerda de cuando bajábamos juntas en bicicleta por Summer Hill, con los brazos extendidos, creyendo que el mundo era increíblemente grande y maravilloso.

Ahí, en sus sueños, seremos amigas y estaremos juntas para siempre. Haciéndonos mayores, vestidas de color morado y cantando canciones tontas que no dicen nada y lo dicen todo. Ahí no habrá cáncer, ni vejez, ni oportunidades perdidas, ni discusiones.

«Siempre estoy contigo», le digo en sueños, y ella sabe que es verdad.

Yo me giro, sin apenas moverme. Solo con una mirada de soslayo, ya estoy en otro lugar, en otro momento. Dentro de mi casa en Bainbridge Island. Mi familia está reunida, riéndose de algún chiste que no puedo oír. Marah ha vuelto de la universidad en las vacaciones de invierno; ha hecho una de esas amigas que duran toda la vida. Y mi padre está sano. Johnny ha empezado a sonreír de nuevo y pronto volverá a enamorarse. Luchará contra ello... y claudicará. Y mis hijos, mis hermosos hijos, se están

convirtiendo en hombres ante mis ojos. Wills sigue yendo por la vida a toda velocidad, fuerte e impetuoso, mientras que Lucas se mantiene en la retaguardia, pasando casi desapercibido entre la multitud, hasta que asoma su sonrisa. Pero es a Lucas a quien oigo por las noches, es Lucas el que me habla en sueños, temeroso de olvidarme. Los echo tanto de menos a todos que a veces me resulta insoportable. Pero les irá bien. Yo lo sé y ahora ellos también lo saben.

Muy pronto, mi madre se reunirá conmigo, aunque ella aún lo ignora.

Desvío la mirada un instante y vuelvo a estar en Firefly Lane. Es por la mañana. Tully entra cojeando en la cocina, se toma un té con su madre, se ponen a trabajar en el jardín y veo cómo empieza a recuperar fuerzas. Ya no necesita la silla de ruedas. Ni siquiera un bastón.

Pasa el tiempo. ¿Cuánto?

En su mundo, tal vez días. O semanas...

De repente, hay un hombre en el huerto, hablando con Dorothy.

Tully deja la taza de café y se acerca a él; camina con pasos lentos e inseguros sobre la tierra arada y desigual del jardín. Sigue fallándole un poco el equilibrio, de momento. Deja atrás a su madre y va hacia aquel hombre, que tiene en la mano...

¿Unas zapatillas?

«Des», dice Tully. Ella extiende la mano y él la agarra. Cuando se tocan, vislumbro su futuro: una playa de guijarros gris y un par de sillas de madera cerca del mar... Una mesa preparada para una cena festiva, con mi familia y la suya reunidas y una trona que alguien acerca... Una casa cada vez más vieja rodeada por un porche con vistas al mar. Todo eso es lo que veo en un único latido del corazón de mi mejor amiga.

En ese momento, me doy cuenta de que le irá bien. La vida seguirá para ella como es debido; se romperán corazones, se cumplirán sueños y se correrán riesgos, pero ella siempre nos recordará a ambas: dos chicas que se dieron una oportunidad hace toda una vida y se convirtieron en amigas íntimas.

Me acerco a ella; sé que percibe mi presencia. «Por fin», le susurro al oído. Ella me oye, o tal vez solo cree saber lo que yo diría en ese momento. Qué más da.

Es hora de despedirme.

No de «Tully y Kate». Siempre formaremos parte la una de la otra. Siempre seremos las mejores amigas.

Pero debo seguir adelante, al igual que ella.

Cuando miro atrás por última vez, desde muy muy lejos, la veo sonreír.

AGRADECIMIENTOS

Cada vez que escribo un libro, necesito apoyarme en mis amigos a fin de obtener la fuerza necesaria para crear una historia y darle vida. Este viaje ha sido especialmente accidentado y ha habido momentos en los que me habría rendido de no haber sido por ellos. Agradezco a Susan Elizabeth Phillips y a Jill Barnett que me advirtieran que había llegado el momento de escribir esta historia. También me gustaría decirles a Megan Chance y Jill Marie Landis, con total sinceridad, que no lo habría conseguido sin ellas. Gracias.

Mis agradecimientos también a Jennifer Enderlin y Matthew Shear, por proporcionarme lo que más necesitaba: tiempo.

La esperada continuación de *El baile de las luciérnagas* nos recuerda que, mientras hay vida, hay esperanza... y, mientras hay amor, hay perdón.

Tully Hart siempre ha sido una fuerza de la naturaleza, una mujer impulsada por grandes sueños y por los recuerdos de su doloroso pasado. Creía que podría superarlo todo. Pero ahora ha tocado fondo. Kate Ryan ha sido su mejor amiga durante más de treinta años. Juntas han reído, bailado, vivido y llorado. Kate ha sido su apoyo y ahora no sabe cómo va a sobrevivir.

Quiere hacer honor a la promesa que le hizo a Kate de cuidar de su familia, pero es un propósito que no se ve capaz de cumplir. Marah, la hija de Kate, se encuentra consumida por la culpa y cada vez más aislada. Además, Nube, la problemática madre de Tully, ha elegido justo este momento para volver a aparecer. Y, después de todo, ¿qué sabe la ambiciosa e independiente Tully sobre formar parte de una familia?

Una llamada en mitad de la noche unirá a estas tres mujeres que han perdido su camino y que se necesitarán las unas a las otras —y quizá también un milagro— para transformar sus vidas.

Una emocionante y desgarradora historia sobre amistad, amor, maternidad, pérdida y nuevos comienzos.

Kristin Hannah es autora de más de veinte novelas de gran éxito por las que ha recibido numerosos premios y de las que se han vendido más de veinte millones de ejemplares en todo el mundo. Los best sellers *El Ruiseñor y Volverás a Alaska* fueron elegidos como Mejor Novela Histórica por Goodreads en 2015 y 2018. *El Ruiseñor*, que está siendo adaptado al cine, ganó el codiciado People's Choice Award a la mejor novela. *El baile de las luciérnagas* se ha convertido en una exitosa serie de Netflix. Kristin estudió Derecho antes de convertirse en escritora profesional y es madre de un hijo. Vive con su marido en la región del Pacífico Noroeste de Estados Unidos, cerca de Seattle.

Título original: *Fly Away*

Primera edición: octubre de 2022

© 2013, Kristin Hannah
Esta edición se publica por acuerdo con Jane Rotrosen Agency, LLC
a través de International Editors' Co. S.L. Literary Agency
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, Eva Carballeira, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Michael Storrings / Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografías de portada: www.etsy.com/shop/treasureagain; © Getty Images; © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9129-707-9

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: sumadeletras
Instagram: sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] «Hay personas que esperan toda una vida... momentos como este». *[N. de la T.]*

[2] «Tócame una vez y sabrás que es de verdad». *[N. de la T.]*

[3] «Nacido para ser salvaje». *[N. de la T.]*

[4] «Cuando contemplas Hanalei a la luz de la luna». *[N. de la T.]*

[5] «Billy, no seas un héroe». *[N. de la T.]*

[6] «Teníamos alegría, teníamos diversión, teníamos estaciones en el sol». *[N. de la T.]*

[7] «Puedes bailar». *[N. de la T.]*

[8] «No dejes de creer». *[N. de la T.]*

[9] «Solo es una chica de pueblo que no tiene a nadie en el mundo». *[N. de la T.]*

[10] *Moody* en inglés significa «de humor cambiante, deprimido». *[N. de la T.]*

[11] En español en el original. *[N. de la T.]*

[12] «Adiós, camino de baldosas amarillas». *[N. de la T.]*

[13] «Sal por la puerta de atrás, Jack / Búscate otro plan, Stan». *[N. de la T.]*

Índice

Vuela lejos

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Kristin Hannah

Créditos

Notas